57243

57 A 3

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

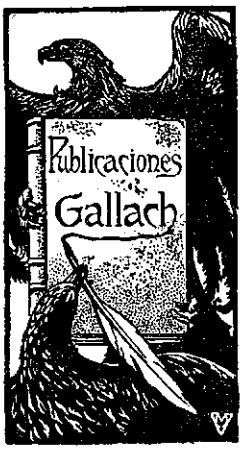
© Biblioteca Nacional de España

HISTORIA DE ESPAÑA

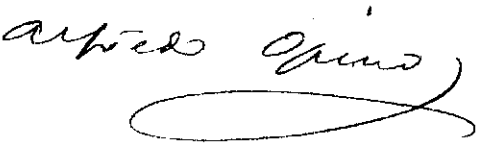
Y

DE LAS REPÚBLICAS LATINO-AMERICANAS

© Biblioteca Nacional de España



© Biblioteca Nacional de España



© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

R. 758.154

HISTORIA DE ESPAÑA

Y DE LAS

REPÚBLICAS LATINO-AMERICANAS

POR

D. ALFREDO OPISSO

CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA
SOCIO DE MÉRITO DE LA ARQUEOLÓGICA TARRACONENSE

CON UN PRÓLOGO DE

D. MIGUEL S. OLIVER

CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

Y OTRO PRÓLOGO, REFERENTE A LA PARTE DE AMÉRICA, DE

D. FEDERICO RAHOLA

SENADOR DEL REINO

TOMO I

España primitiva. — Los aborígenes
Primeros colonizadores.
España antigua: Cartago y Roma

BARCELONA
CASA EDITORIAL "GALLACH"
416, CONSEJO DE CIENTO, 418

© Biblioteca Nacional de España

PROPIEDAD DEL EDITOR

—

DERECHOS DE TRADUCCIÓN
RESERVADOS

IMPRENTA DE HENRICH Y C.ª — BARCELONA

© Biblioteca Nacional de España

ÍNDICE

Nota del Editor ..... pág. XI
Prólogo ..... » XV

PRIMERA PARTE

ESPAÑA PRIMITIVA

CAPÍTULO I

EL TERRITORIO

Situación de España, página 2. — Contorno y relieve de la península, pág. 2. — La meseta, pág. 5. — Depresiones y altitudes, pág. 6. — Geología, pág. 7. — Hidrología, pág. 7. — Ríos, pág. 8. — Clima, pág. 8. — Vientos, pág. 10. — Presión atmosférica y humedad, pág. 10. — Vegetación y cultivos, página 11. — Unidad del país, pág. 12.

CAPÍTULO II

PRIMEROS POBLADORES

Prehistoria, página 13. — Iberos, pág. 13. — Celtas y ligures, pág. 14. — Celtíberos, pág. 15. — La civilización primitiva, pág. 16. — Las lenguas, pág. 19.

CAPITULO III

LOS IBEROS, LOS CELTAS Y LOS CELTÍBEROS

Tribus ibéricas, página 21. — Pueblos de origen celta, pág. 23. — Los celtíberos, pág. 24. — Los verones, pág. 24. — Organización social de los iberos, pág. 24. — Religión, pág. 26. — Cultura literaria, pág. 27. — Artes e industrias, pág. 27. — La ganadería, pág. 28. — Derecho, pág. 28. — Costumbres, pág. 28. — Los celtas, pág. 30. — Los celtíberos, pág. 31.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO IV

LOS PRIMEROS COLONIZADORES

Los pelasgos, página 35. — Los fenicios, pág. 37. — Los griegos, pág. 38. — Resumen, pág. 39.

CAPÍTULO V

CIVILIZACIÓN PÚNICO-GRIEGA

Los fenicios, página 40. — Los griegos, pág. 43. — Política de los fenicios y de los griegos en España, pág. 43.

PARTE SEGUNDA

ESPAÑA ANTIGUA

CAPÍTULO I

LOS CARTAGINESES

Origen y situación de Cartago, página 46. — Intervención cartaginesa, pág. 46. — Primera guerra púnica, pág. 48. — Conquista de España, pág. 49. — Amílcar Barca, pág. 49. — Asdrúbal, pág. 51. — Aníbal, pág. 52. — Primeras campañas de Aníbal, pág. 55. — Elmántica, pág. 56. — La guerra de Sagunto, pág. 57. — El «casus belli», pág. 61.

CAPÍTULO II

CIVILIZACIÓN CARTAGINESA

Constitución de Cartago, página 63. — La justicia, pág. 64. — Religión, pág. 64. — Artes y ciencias, pág. 64. — La ciudad, página 65. — Comercio, pág. 66. — Agricultura, pág. 66. — Instrucción, pág. 66. — Colonización, pág. 67. — El ejército, pág. 67. — La marina, pág. 68. — Descubrimientos geográficos de los cartagineses, pág. 68. — Costumbres de los cartagineses, pág. 70.

CAPÍTULO III

LOS ROMANOS EN ESPAÑA

Aníbal en Italia, página 72. — Los romanos en España, pág. 74. — Los cartagineses se disponen a disputar el dominio de España, pág. 75. — Tarraco, pág. 75. — Rota de los Escipiones, pág. 78. — Lucio Marcio sostiene el poder romano en España, pág. 80. — Claudio Nerón, pág. 84. — Publio Cornelio Escipión,

© Biblioteca Nacional de España

pág. 85. — Toma de Cartagena, pág. 87. — Los cartagineses derrotados en Andalucía, pág. 89. — Ultimos esfuerzos de los cartagineses, pág. 90. — Expulsión de los cartagineses, pág. 94. — Defensa de Cádiz, pág. 98. — Segunda guerra púnica, pág. 99. — Fin de la dominación cartaginesa en España, pág. 102.

CAPÍTULO IV

La conquista romana

Estado de la península, página 104. — Indíbil y Mandonio, página 105. — Victorias españolas, pág. 107. — Alarma del Senado, pág. 107. — Comienza la guerra de la independencia española. El sitio de Emporión, pág. 108. — La guerra de Celtiberia, pág. 112. — Continúa la guerra, pág. 112. — principio de la guerra de Numancia, pág. 114. — La primera batalla de Numancia, pág. 115. — La infamia de Coca, pág. 117. — El sitio de Intercatia, pág. 118.

CAPÍTULO V

Viriato

La campaña de Mummio, página 120. — La infamia de Sergio Galba, pág. 121. — El primer caudillo nacional, pág. 123. — Primeras campañas de Viriato, pág. 124. — Las últimas campañas, pág. 129. — Asesinato de Viriato, pág. 132.

CAPÍTULO VI

La guerra de Numancia

Antecedentes, página 135. — La ciudad de Numancia, pág. 137. — Quinto Pompeyo ante Numancia, pág. 139. — Fracaso de Mancino, pág. 140. — Fracaso de Lépido, pág. 140. — El debelador de Cartago se encarga del sitio de Numancia, pág. 142. — Los campamentos, pág. 145. — Sitiados y sitiadores, pág. 145. — Sesenta mil romanos contra ocho mil numantinos, pág. 154. — Muerte o libertad, pág. 159.

CAPÍTULO VII

Últimas luchas por la independencia

La sumisión, página 165. — Los cimbros, pág. 166. — Nuevas revueltas, pág. 167. — Alteraciones en Bética, pág. 169.

CAPÍTULO VIII

La guerra de Sertorio

Antecedentes, página 171. — La política de Sertorio, pág. 172. — Primeros combates, pág. 174. — Declina la fortuna de Sertorio, pág. 176. — Sitio de Calahorra, pág. 179.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO IX

CESARISTAS Y POMPEYANOS

Julio César en España, página 182. — Renace la insurrección española, pág. 185. — España bajo el poder de los pompeyanos, pág. 185. — Pronunciamiento de César, pág. 186. — Rendición de los pompeyanos, pág. 188. — España bajo el poder de Longinos, pág. 189. — La campaña de Andalucía, pág. 191. — La batalla de Munda, pág. 194. — Final de la campaña, pág. 197. — Ultima tentativa de los pompeyanos, pág. 201. — El decreto del año 38, pág. 202.

CAPÍTULO X

LA CIVILIZACIÓN ESPAÑOLA BAJO LA DOMINACIÓN ROMANA, HASTA AUGUSTO

Estado social y político, página 204.—Cultura, pág. 205. — Agricultura y minas, pág. 206. — Costumbres, pág. 206.

CAPÍTULO XI

EL IMPERIO REPUBLICANO

El consulado de Augusto, página 207. — La guerra de Cantabria, pág. 208. — La paz octaviana, pág. 211. — Las últimas resistencias, pág. 213. — Españoles en Roma, pág. 214. — Nacimiento del Redentor del mundo, pág. 214. — Muerte de Augusto, pág. 214. — Tiberio, pág. 214. — Calígula, pág. 216. — Claudio, pág. 216. — Españoles notables en Roma, pág. 217. — Introducción del cristianismo en España, pág. 217. — Nerón, pág 217. — El cristianismo en España, pág. 218. — El pronunciamiento de Galba, pág. 218. — Galba, pág. 219. — Otón, página 220. — Vitelio, pág. 221.

CAPÍTULO XII

EL IMPERIO LIBERAL

Vespasiano, página 222. — Vespasiano bienhechor de los españoles, pág. 223. — Los judíos en España, pág. 225. — Tito, página 225. — Domiciano, pág. 226. — España bajo Domiciano, pág. 227. — Nerva, pág. 228. — Trajano, primer emperador español, pág. 228. — Adriano, pág. 231. — Los Antoninos, página 234. — Marco Aurelio, pág. 234. — Cómodo, pág. 236. — El judaísmo, pág. 236.

CAPÍTULO XIII

EL IMPERIO MILITAR

Pertinax, página 238. — Septimio Severo, pág. 239. — Caracalla-Heliogábalo, pág. 239. — Alejandro Severo, pág. 240.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XIV

El imperio administrativo

Diocleciano, página 243. — La era de los mártires, pág. 244. — Constantino, pág. 245. — Desde Juliano a Teodosio, pág. 246. — Teodosio el Grande, pág. 246.

CAPÍTULO XV

Civilización hispanorromana

Estado social de España, página 249. — Divisiones territoriales de España, pág. 250. — Ciudades, colonias, municipios, página 251. — Organización municipal, pág. 252. — Administración de justicia, pág. 253. — El paganismo, pág. 254. — El sacerdocio gentilicio, pág. 254. — El clero cristiano, pág. 256. — Las herejías, pág. 256. — Organización del ejército, pág. 258. — Literatura hispanorromana, pág. 262. — Los Sénecas, pág. 264. — Lucano, pág. 265. — Quintiliano, pág. 267. — Silio Itálico, pág. 268. — Lucio Junio Moderato Columela, pág. 269. — Lucio Floro, pág. 269. — Marcial, pág. 270. — Mela, pág. 271. — Literatura cristiana, pág. 271. — Circos, anfiteatros, teatros, pág. 277. — Monumentos de honor, pág. 277. — Las calzadas y los puentes romanos, pág. 278. — Agricultura e Industria, página 280. — Minas, pág. 282. — Comercio, pág. 282. — Las Artes, pág. 283. — Las casas hispanorromanas, pág. 284. — Las ciudades, pág. 285. — Cementerios, pág. 286. — La vida social, pág. 287.

CAPÍTULO XVI

Los últimos años del imperio, página 288.

© Biblioteca Nacional de España

LÁMINAS Y MAPAS

	Págs.
Destrucción de Astapa	97
Tarragona, Torre de los Escipiones	115
Asesinato de Viriato	133
Sitio de Numancia	145
Rendición de Numancia	159
Sagunto (Murviedro), Puerta principal del Teatro Romano.	171
Batalla de Munda, entre Pompeyo y César	195
Mérida, El Arco de Trajano	231
Segovia, Vista general del Acueducto Romano	259
Mapa de España bajo la dominación de los romanos	289

© Biblioteca Nacional de España

NOTA DEL EDITOR

El estudio de la historia de un país es, para los naturales del mismo, un tema obligado, indispensable. La narración de los acontecimientos, la experiencia de tantas generaciones extinguidas, los grandes hechos que hacen vibrar las almas de entusiasmo, y las abominables iniquidades que llenan de horror el corazón, son lecciones en las que el lector halla provechosas enseñanzas para su acertada actuación en la vida política, social y económica de su patria, a cuyo desenvolvimiento contribuimos todos.

El historiador, según nuestra modesta opinión, cuando narra, debe olvidarse por completo, en absoluto, de su propia individualidad, ha de saber sofocar sus opiniones y sentimientos personales, cosa difícil, por no decir imposible, si a la exposición de los hechos agrega consideraciones de cierta índole que indudablemente han de exteriorizar influencias subjetivas. No siendo un tratado histórico de índole filosófica, sino de carácter meramente narrativo, el historiador debe atenerse a los hechos escuetos y a las conveniencias inmediatas y palpables derivadas de ellos. El juicio, es operación que pertenece al lector. Un mismo acontecimiento es aplaudido y censurado a la vez: D. Pedro es apellidado el Cruel *por unos, el* Justiciero *por otros; al defensor de Tarifa le llaman unos Guzmán el Bueno, otros lo consideran como padre*

© Biblioteca Nacional de España

sin entrañas... Así pues, abundando en este criterio, el objeto de esta HISTORIA DE ESPAÑA Y DE LAS REPÚBLICAS LATINO-AMERICANAS, *es la narración fiel y sencilla de los sucesos prósperos o adversos de orden político, militar, económico y social acaecidos en España y en las naciones de allende el Atlántico, traídas a la vida mundial por nuestros antepasados, mecidas en sus primeros años en el regazo amoroso de la patria española, nutridas con nuestra propia sangre y educadas por nuestros maestros; naciones que, emancipadas ya de la servidumbre a que estuvieron sometidas, conservan aún ciertos lazos de unión con España, lazos nobilísimos e imperecederos, lazos inquebrantables: la religión y la lengua. La historia de aquellas naciones y la historia de España son inseparables, porque todas ellas forman la historia de una sola familia.*

Muchas y muy valiosas historias de España se han escrito; no faltan tampoco buenas historias de aquellas Repúblicas; esto es, no faltan excelentes tratados históricos parciales de estos países, en los que sus autores han adoptado sabiamente investigaciones ajenas los unos, o han expuesto las suyas propias los otros; mas por regla general, y conste que no está en nuestro ánimo el propósito de censura, para el cual no nos reconocemos autorizados, casi todas ellas adolecen, a nuestro modesto sentir, de un defecto, que en obras de otra índole sería meritísimo y es el exceso de galas oratorias, la superabundancia de imágenes más o menos poéticas, los adornos literarios, en fin, más a propósito para envolver en nebulosidades la verdad, que para ofrecer al lector un medio rápido y seguro de informarse de la verdadera evolución de España y América Latina en el cumplimiento de sus respectivos destinos dentro de la especie humana.

La sociedad actual, dominada de febril agitación, no gusta de exquisiteces retóricas donde no son necesarias. La afanosa lucha por la existencia no le deja tiempo para

© Biblioteca Nacional de España

detenerse en lo que no es de inmediata utilidad; quiere saber todo, porque necesita saberlo, pero sin vanas disquisiciones, sin adornos superfluos. Por tal motivo, al encomendar este espinoso trabajo al eximio publicista D. Alfredo Opisso, individuo correspondiente de la Real Academia de la Historia, hubimos de rogarle que fuese breve, que se ciñera a los hechos y a sus consecuencias, que pasara rápidamente por los acontecimientos de nuestra historia antigua, de aquellas épocas lejanas cuya influencia en la España moderna se disipa y diluye hasta anularse, lo mismo que en el hombre se desvanece y se pierde el recuerdo de sus primeros pasos en la vida, y en fin, que usara un lenguaje llano, castizo y claro.

Esta Historia de España hemos querido hacerla extensiva, continuando en ella simultáneamente la de las Repúblicas Latino-Americanas, en cuya historia y vida propia no se ocupan otros tratadistas a partir de la emancipación de aquellos países de origen español.

Unidos intensamente estos pueblos de un mismo origen y de una misma sangre; estrechados cada día más por las corrientes de emigración y comercial; borradas las luchas de que fueron teatro aquellos modernos Estados y selladas con fraternal abrazo sus fiestas de independencia, fiestas sublimes, hermosas, de las cuales hay que recordar con satisfacción las que celebró la noble República federal Argentina en las que el soberano español estuvo representado por su A. R. la infanta Isabel, nadie podrá negar que la HISTORIA DE ESPAÑA Y DE LAS REPÚBLICAS LATINO-AMERICANAS, *lo mismo encierra interés grande para los que en aquellos lejanos continentes recuerdan su origen, como para los que en este viejo solar español al recordar el poder y la influencia de pasadas grandezas, evocamos igualmente el recuerdo de nuestros descendientes y allegados que allí en adorable confraternidad colaboran por el engrandecimiento de aquellas Repúblicas Americanas.*

© Biblioteca Nacional de España

Por satisfechos nos daremos si con nuestra HISTORIA DE ESPAÑA Y DE LAS REPÚBLICAS LATINO-AMERICANAS *contribuimos a estrechar aún más los lazos de confraternidad que nos unen con aquellos países y gracias hemos de dar al Sr. Opisso quien, con esta obra, ha dado una prueba más de sus grandes conocimientos viniendo a consolidar con ella la fama, que ya disfrutaba, de escritor puro, correcto y discreto. Su lenguaje no es solamente sencillo, es también elegante y es...*modernista *puesto que con especial donosura ha sabido aplicar nuestros términos modernos a los sucesos políticos, sociales, militares y económicos de los tiempos pasados, facilitando de esta manera la inteligencia del lector.*

JOSÉ GALLACH

© Biblioteca Nacional de España

PROLOGO

El autor y el editor de esta obra, pídenme de consuno unas líneas para encabezarla. No atinaría con la causa de esta distinción si no pudiese atribuirla a parcialidades de la amistad y del compañerismo. Años hace que comparto con el veterano y benemérito escritor que ha dado cima a esta *Historia de España y de las Repúblicas latino-americanas* el mismo trabajo y aun la misma mesa, en la dirección del importante periódico barcelonés que no importa citar, porque de la generalidad de los lectores ha de ser conocido.

Más años hace todavía que me acostumbré a leerle y admirarle cuando, yo muy joven y él ya en la plena madurez de su talento y de su pluma, dirigía *La Ilustración Ibérica*, una de las publicaciones más dignas de buen recuerdo entre cuantas aparecieron en las últimas décadas del pasado siglo y prepararon o representaron la transición entre dos generaciones y dos épocas. Bien firmada con su propio nombre, bien con el convencional y literario de *Carlos Mendoza*, pocos serán los aficionados y las personas preocupadas por el avance intelectual de nuestra patria, que no recuerden la meritoria y asidua labor de Opisso en aquellas fechas, su ubicuidad verdaderamente portentosa, su universal

© Biblioteca Nacional de España

competencia. Literatura, arte, historia, filosofía, nada fué extraño a su dominio y a su insaciable y siempre despierta curiosidad. Dominó y domina casi todas las vertientes del conocimiento humano, aun las más inconexas y distantes entre sí; y si, juzgando versos o novelas, parece un crítico o un impenitente gustador de bellezas, envejecido en el deleite de las lecturas recreativas; si, dando a conocer las nuevas escuelas extranjeras de pintura o de estética pictórica, deja la impresión de un especialista consumado, cuando habla de biología, o de fisiología, o de terapéutica, nos recuerda su condición, eclipsada por tantas otras dotes, de médico entendido y dominador como pocos de la bibliografía de su arte profesional.

Después, como ya dije, un azar para mí dichoso me trajo a ser su compañero de diarias tareas y a confundir y mancomunar con él preocupaciones, trabajos y puntos de vista. Un trato asiduo, un cambio cotidiano de ideas en largas horas de conversación e intimidad, han venido desplegando a mis ojos, por plazo que se acerca ya a un decenio, toda la riqueza — verdaderamente oculta en gran parte, por la modestia y descuido del poseedor, — toda la riqueza de ese espíritu cultivadísimo, uno de los dos o tres más pertrechados y *extensos*, así, en absoluto, que he conocido en mi vida.

Don Alfredo Opisso, desde su mocedad, presenta los caracteres del más desapoderado *intelectualismo*. Su afán de conocer, no es ya hambre, sino voracidad. Lo lee todo, lo sabe todo, lo recuerda todo. Su memoria es sencillamente admirable, tanto por la capacidad, que no tiene límites, cuanto por la precisión y fijeza. Delante de mí escribió, hace seis o siete años, una porción de artículos, reunidos después en volumen bajo el nombre de *Lito-*

© Biblioteca Nacional de España

grafías viejas. Eran, esas «litografías», retratos o semblanzas de políticos españoles pertenecientes a la primera mitad del siglo XIX: Narváez, González Bravo, Prim, evocados con una exuberancia de vida, de movimiento, de anécdotas, de frases, de fechas y de rasgos pintorescos que no podían menos de sorprender. Pero lo más sorprendente es lo que voy a decir: Opisso escribió todo eso de repente y con la sola ayuda de su memoria. No le vi jamás traer un libro, ni una nota, ni un apunte, aunque cupiera en un papel de fumar. La presencia de tal hombre en una redacción, hace inútil la del indispensable Larousse y suple el diccionario enciclopédico. Rarísima e inextricable ha de ser la confusión telegráfica que no consiga poner en orden o el despacho que resista a su interpretación y a los recursos de su retentiva. Alusiones obscuras, citas trastrocadas, falsas atribuciones, personajes actuales y personajes históricos, nombres geográficos ininteligibles, todo encuentra aclaración en tan viviente repertorio.

Este mismo exceso de erudición ha perjudicado a la postre la personalidad literaria de nuestro amigo, sobreponiéndose lo adquirido a lo propio. Una íntima, profunda humildad le ha llevado a olvidarse de sí mismo y a abandonarse en demasía a la corriente objetiva de las lecturas y del pensamiento ajeno, renunciando a la elaboración activa de su poderosa inteligencia. El conocimiento de las grandes ideas y de las grandes creaciones le ha llevado a prescindir de su propia afirmación, disolviéndose y como dispersándose en el mar sin riberas que lleva dentro de sí mismo. De ahí ese amable excepticismo intelectual en que vacila de continuo y que nada tiene que ver con el escepticismo moral, de que Dios le ha librado por fortuna, concediéndole un alma austera

© Biblioteca Nacional de España

y llena de mansedumbre. He dicho algunas veces que con un poco más de confianza en su criterio; con un poco más de apego a los principios, fuesen los que fuesen; con alguna mayor fe política en el sentido que se quiera, Opisso sería uno de los más formidables polemistas, que hubiesen aparecido en la prensa periódica, porque muy pocos recuerdo que poseyesen su arsenal, su memoria, sus elementos de combate, la variedad, extensísima y profunda a la vez, de sus nociones y pertrechos.

En él la contemplación ha triunfado de la acción; y no, ciertamente, por rendir tributo a la holganza. Nadie ignora que se trata de un trabajador infatigable, de una verdadera potencia de trabajo. De esa potencia dará idea la presente obra, en la cual fuerza es que me ocupe unos momentos, después de haber dicho del autor, aun a trueque de lastimar su modestia pudorosa y exquisita, lo que como testigo a veces asombrado he tenido ocasión de ver y comprobar reiteradamente.

No pocas historias generales de España se han escrito de un siglo acá, no únicamente para satisfacer necesidades de la enseñanza pública o en forma de compendio y manual, sino también para ofrecer a los lectores cultos una ampliación de esos elementos, una base de consulta y una como protocolización de los anales de su patria. Alguna de esas historias, como la de Lafuente, ha cumplido durante largos años los fines a que obedecía de fundir en cuerpo único crónicas de reinos, crónicas de sucesos o épocas determinadas, monografías especiales y vidas de grandes hombres, integrándolo todo en un cauce común, con enlace y sucesión ininterrumpida.

Pero los años no pasan en balde y aun esos esfuerzos tan considerables y meritorios con relación a su objetivo, envejecen rápidamente. Y envejecen con mayor

© Biblioteca Nacional de España

motivo, cuando coincide con períodos de intensa actividad para la investigación. Una serie de eruditos y de historiógrafos, nacionales y extranjeros, trabajan sin cesar desde entonces, desde hace más de cincuenta años sobre todos los temas del pasado en nuestra nación. Diplomatarios, colecciones de documentos, hallazgos arqueológicos, controversias, debates, interpretaciones o versiones nuevas, alteran o aumentan y complican la faz de los hechos conocidos. Una grandísima parte de estas nociones y rectificaciones permanece desconocida del gran público y estancada en los libros, revistas y folletos en que aparecieron, sólo frecuentados por especialistas y profesionales.

Y he aquí, precisamente, el doble objeto de esta compilación: vulgarizar la historia de España tal como resulta de la expresada rectificación desde mediados del siglo XIX hasta nuestros días e incorporarle además la historia de las repúblicas americanas de nuestra sangre y lengua, no sólo como colonias nuestras que fueron, sino como pueblos ahora independientes, de manera que el actor de este trabajo, no es España en su sentido geográfico, sino la raza española como unidad étnica y espiritual.

Claro es que el autor no ha pretendido entregarse a la investigación personal, imposible en empresa tan vasta; su tarea ha sido de coordinación de los descubrimientos hechos hasta ahora en los archivos y en todas las especialidades que integran la verdad del pasado. Se trata de un trabajo de síntesis, de agrupación y de conjunto. Está escrita la obra con imparcialidad, sin pasión ni cólera, con ese aire sereno y equidistante que el historiador, acostumbrado a las grandezas y más aún a las prevaricaciones y debilidades de nuestra

© Biblioteca Nacional de España

especie, reserva para el espectáculo de la vida. El estilo, que revela al periodista, es llano, corriente, sin énfasis ni lirismos inoportunos.

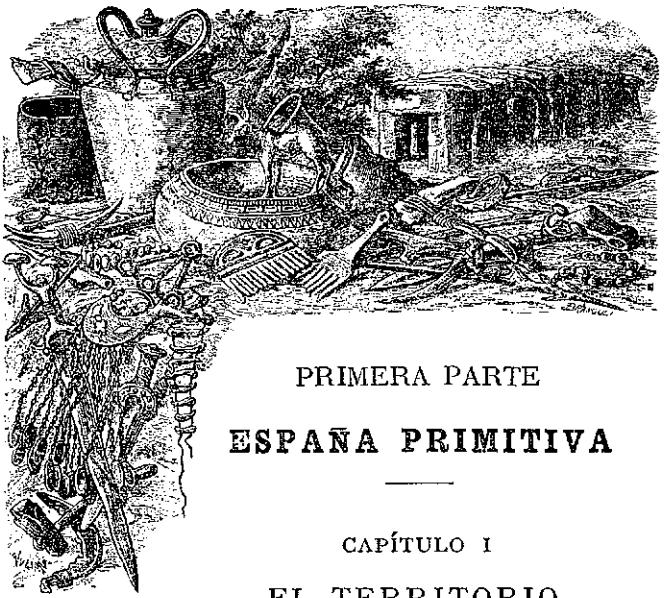
Dentro de la imparcialidad de la exposición, el autor manifiesta su juicio sobre cosas y personas, a la luz de la moderna crítica histórica, excluyendo las leyendas y evitando los errores rutinarios. El estudio comprende, juntamente con la evolución política, social y económica, la evolución científica y artística. Del plan debe decirse que está basado en la división por siglos o por grandes períodos, pero con separación, dentro de esos períodos, de unos y otros reinos y de unas y otras materias, con lo cual se evitan confusiones.

Y, por último, no ha procurado deducir enseñanzas, sino formular síntesis sobre el carácter de los distintos períodos. Atento siempre a la verdad estricta, no ha cerrado las puertas a la realidad, ni aun en aquellos casos en que pueda resultar desagradable y odiosa, si bien se esfuerza en separar los cargos legítimos de las imputaciones gratuitas esparcidas por el odio y la diatriba. Opisso no es un obcecado ni un fanático. Escribe guiado por el amor a la justicia y por el amor a la patria.

Tales son los principios a que el autor ha querido que respondiera su obra y tal es el autor mismo.

MIGUEL S. OLIVER.

© Biblioteca Nacional de España



PRIMERA PARTE

ESPAÑA PRIMITIVA

CAPÍTULO I

EL TERRITORIO

SITUACIÓN DE ESPAÑA. — CONTORNO Y RELIEVE DE LA PENÍNSULA. — MONTAÑAS. — LA MESETA. — DEPRESIONES Y ALTITUDES. — GEOLOGÍA. — HIDROLOGÍA. — CLIMA. — VIENTOS. — PRESIÓN ATMOSFÉRICA Y HUMEDAD. — VEGETACIÓN Y CULTIVOS. — UNIDAD DEL PAÍS.

Antes de entrar en el estudio de los sucesos que se han desarrollado en el solar español, es preciso haberse formado idea de sus condiciones geográficas, como dato indispensable para la explicación de su desenvolvimiento histórico, desde todos los puntos de vista. De otra suerte no tendrían interpretación posible los hechos acaecidos. El hombre se halla influído por el medio ambiente, sin que esto suponga la negación de su libérrimo albedrío. Por lo mismo, conviene dar previamente una ligera idea del teatro en que van a desarrollarse los acontecimientos.

© Biblioteca Nacional de España

Situación. No puede concebirse situación más envidiable que la que ocupa España en la superficie de la Tierra. Siendo la península la más ventajosa de las formas continentales, ocupamos una península precisamente en la mejor porción actual del globo, o sea el Occidente europeo; cerramos y dominamos la comunicación entre los dos mares de la civilización: el Mediterráneo y el Atlántico, poseyendo la llave de ambos en el Estrecho. Somos nación mediterránea como lo fueran Egipto y Fenicia, Grecia, Roma, Cartago, Constantinopla, Venecia, y nación atlántica como Inglaterra y Alemania. En el primer concepto fuimos en la edad media gran potencia marítima; en el segundo descubrimos y colonizamos a América.

Nuestra preeminencia geográfica, como hace notar el nunca bastante llorado Macías Picavea, es absoluta; por lo dilatadísimo de nuestras costas hubiéramos podido rivalizar con Inglaterra y aun anularla; el litoral de Francia es muy inferior al de España, y además se hallan incomunicados el de su Mediodía y el de su Poniente; Italia sólo se abre en el Mediterráneo; Alemania tiene pocas costas y éstas de difícil acceso. Ninguna de ellas puede compararse con España, salvo la Gran Bretaña, en superioridad marítima.

Desgraciadamente nuestra potencia social no corre parejas con tan admirable potencia natural, y eso desde ya hace siglos. Los motivos podrán deducirse de lo que iremos refiriendo en el curso de esta obra.

Contorno y relieve. España forma un prisma o, mejor dicho, una pirámide de cuatro caras desiguales, truncada, pero no uniformemente, sino coronada por altísimos relieves. Un segmento equivalente a la octava parte de la base es lo único que a manera de istmo retiene a España enlazada con Europa, por medio del Pirineo. Todo el resto es costa: cerrada

© Biblioteca Nacional de España

la del Norte; con vastísimas concavidades la de Levante; quebradísima la del Sur.

Esta costa del Sur termina en una especie de península, en cuyo extremo se halla Tarifa y de la cual es continuación la península marroquí llamada de Yebala. Ambas estaban unidas antes del último período de la era terciaria, hasta que se hundió el istmo que las enlazaba, formándose el actual Estrecho de Gibraltar. De ahí que se dé el nombre de cadena hispanomarroquí a la que culminando en Sierra Nevada prosigue, a través de la brecha gibraltarina, por la península de Yebala con el nombre de *Atlas Menor*.

La superficie de la península española, comparada exactamente por Estrabón con la de una piel de toro extendida, es de 589.000 kilómetros cuadrados (y al decir península española comprendemos, geográficamente, a Portugal); la costa se extiende en una longitud de 4.100 kilómetros.

La longitud máxima, entre los 36º y los 44º latitud Norte, o sea entre la punta de Tarifa (Andalucía) y el Cabo de Peñas (Galicia), es de 856 Km.; su anchura máxima, entre los 9º 18′ 51″ longitud Oeste y 3º 18′ 24″ longitud Este, o sea desde Cabo Finisterre a Cabo de Creus, es de 1.040 Km.

El perímetro del contorno peninsular se distingue por su regularidad — un cuadrilátero; — en cambio, su relieve es eminentemente complejo e intrincado.

Dos caras del prisma, la del Norte y la del Sur, son estrechas, muy rápidas y montuosas. La arista de la primera está formada por los Pirineos (incluyendo la cordillera cántabro-astúrica); la de la segunda está determinada por la cordillera Penibética (Sierra Nevada).

La cara oriental es ancha, menos abrupta y descansa sobre una zona de tierras bajas. Su arista es la más elevada y está indicada por la cordillera Ibérica,

© Biblioteca Nacional de España

la meseta manchega y las sierras meridionales, hasta Sierra Nevada.

La cara occidental es más ancha aún y está compuesta de vastas llanuras, cortadas por numerosos macizos; su declive es muy suave hasta Portugal, donde el descenso se hace brusco, extendiéndose luego a sus pies una zona de tierras bajas, como en la cara oriental.

Este relieve, en suma, se halla constituído: por una armazón de cordilleras, sierras, macizos y peñas; por una gran meseta interior y central; por dos profundas depresiones, el valle del Ebro al NE. y el valle del Guadalquivir al SO.; por las cuatro vertientes marítimas o caras del prisma.

La base del sistema montañoso peninsular es el Pirineo. Este sistema, más abrupto e inaccesible que el de los Alpes y el más formidable de Europa después del citado, determina en la frontera franco-española el límite del tronco continental europeo, continuado por la depresión del valle del Ebro, como los Alpes y el valle del Po determinan dicho límite para Italia.

Forma un eje, pero ya secundario, la cordillera Ibérica, o Celtibérica, como dicen otros; constituyen el relieve central la sierras Carpetana y Oretana, y existen además otros fuertes relieves en las vertientes de los dos mares.

Gran parte del sistema ibérico se halla sepultado bajo las terrazas de la meseta central, cubierto de páramos; arrancando la cordillera pirenaico-cantábrica en los montes de Reinosa, se dirige primero hacia el SO. y después desde la sierra de Alcaraz (Albacete) al Sur.

Dividiéndola en septentrional, central y meridional veremos que en la primera sólo proyecta los tres macizos de las sierras de la Demanda (Burgos), Cebollera y Moncayo (Soria); que en la central se limita a las

© Biblioteca Nacional de España

sierras de Albarracín (Teruel), y que en la meridional (Alcaraz) desarrolla los tres formidables macizos de Sierra Morena (entre el macizo central, el valle del Guadalquivir), las sierras de Segura (entre las vertientes marítimas oriental y occidental), y por fin la barrera inmensa de Sierra Nevada.

El relieve central se levanta sobre la meseta, cortándola y subdividiéndola en múltiples porciones. Los dos principales relieves son las ya citadas sierras Carpetana (Guadarrama, Gredos, Gata) y Oretana (montes de Toledo, sierra la Guadalupe). La cima culminante es la de Gredos, vértice de la pirámide.

Todos los sistemas dichos se distinguen por su extremada complicación y sus escabrosidades, lo cual explica muchas particularidades de nuestra historia y de nuestras costumbres.

La meseta. La meseta en que termina la pirámide se halla limitada al N. por los Pirineos cántabro-astúricos; al NE. por los macizos septentrionales de la cordillera Ibérica; al E. por las sierras de Albarracín y Cuenca; al S. por Sierra Morena; al O. por la arista atlántica. Esta vasta superficie está cruzada por la cordillera Carpetana que la divide en dos porciones: una septentrional (meseta de Castilla la Vieja) y otra meridional (la de Castilla la Nueva).

Formado su suelo por sedimentos terrosos, hállase rodeada de ingentes murallas graníticas y cretáceas, y desde las enhiestas cumbres de sus picos se divisan ora el mar, ora los valles del Ebro y del Guadalquivir.

Como ocurre entre el Sahara y el Sudán, las dos mesetas no se hallan a igual altitud sobre el nivel del mar, sino que la cordillera Carpetana las divide en dos escalones: la altitud media de la meseta del Norte es de 700 metros; la del Sur, de 600. Varios puertos y los valles del Alberche y del Alagón sirven de paso entre las dos.

© Biblioteca Nacional de España

Depresiones y altitudes. No sólo hay que tener en cuenta las cordilleras, sino en contrario, las depresiones. Ya hemos dicho que éstas son dos principalmente: el valle del Ebro y el del Guadalquivir. El primero se hunde bastante en sus dos laderas: el segundo es amplio y su pendiente mucho más suave. A esto hay que añadir que mientras el Guadalquivir no halla obstáculo alguno en su perezoso descenso al mar, el Ebro se ve de repente detenido en su curso por el Mont Sant (Tarragona), y los puertos de Beceite (Teruel) de 1.000 a 1.400 metros de altitud, viéndose obligado a abrirse paso por sus escarpados desfiladeros hasta llegar a la vecindad de las playas, donde desagua en pantanosos terrenos, por varias golas.

En cuanto a las altitudes veremos que son enormes las diferencias. Mientras los picos más altos de Sierra Nevada y el Pirineo se elevan a 3.500 y 3.400 metros, apenas exceden de 100 metros las tierras fecundadas por el bajo Guadalquivir. Entre esos dos extremos figuran las siguientes altitudes intermedias:

Cordillera central (Gredos) y cordillera Cantábrica (Peñas de Europa): 2.700 metros.

Macizos del Moncayo, Sierra Cebollera y Sierra de la Demanda: 2.300 a 2.400.

Sierra de la divisoria meridional de la cordillera Ibérica: 2.000.

Son numerosos los relieves montañosos que oscilan entre los 1.000 y 2.000 metros de altitud.

Lomas de las terrazas interiores (páramos de la Mancha, colinas y montañas de las dos mesetas, divisoria del valle del Ebro), de 900 a 1.000.

Meseta del Duero: 700 metros; del Tajo y del Guadiana, 600; de la depresión del bajo Ebro, 250; del Guadalquivir, 100.

De ahí una división de la península en tres zonas:

© Biblioteca Nacional de España

tierras bajas (de 0 a 500 metros), 230.000 kilómetros cuadrados; tierras altas (de 500 a 1.000), 260.000; montañas (de 1.000 para arriba) 90.000. Predominan, pues, las tierras altas.

Geología. Los terrenos primarios de la península, o sea los terrenos de rocas primitivas azoicas (esto es, *sin animales fósiles*); esos terrenos en que se hallan el granito, el gneiss, el feldespato, las lavas antiguas, los lignitos cristalinos, las rocas silíceas, ocupan poca extensión: se encuentran en la región astúrico-leonesa, en la parte occidental de Castilla la Nueva y en los límites entre Castilla la Vieja y Portugal.

Los *terrenos secundarios* o calizos tienen su mayor representación en la parte levantina y en todas las comarcas montuosas.

Los *terciarios* o *cretáceos* y los *cuaternarios* o de *aluvión* ocupan las llanuras de la meseta central, los valles del Ebro, del Guadalquivir y las zonas costeras.

La constitución geológica de España explica su riqueza minera, factor tan importante en las primeras invasiones: rocas graníticas, cretáceas y marmóreas; cementos, arcillas, fosforita; sales de azufre, magnesia y sodio, cuencas carboníferas; filones metalíferos, todo eso tenemos, de lo cual resulta que está por ver si España es una nación «esencialmente agrícola», según el vulgarizado clisé, o un país «eminentemente minero».

Hidrología. La península española padece fatalmente de mala distribución de las lluvias; pues todo cuanto le favorece la vecindad, por el Oeste, de la corriente atlántica del Gulf Stream, y por el Sudoeste de los húmedos vientos alisios, le perjudican las corrientes abrasadoras que por el Este llegan desde el Sahara.

La configuración piramidal del territorio peninsular favorece en un todo los vientos de Levante y cierra el paso a los del Oeste y del Sudoeste, donde

© Biblioteca Nacional de España

las nubes engendradas por la evaporación atlántica, al chocar contra la meseta deben vaciarse en las vertientes cantábrica, galaica y lusitana, y de ahí esas pertinaces lluvias en la provincia de Santander, en Asturias, Galicia y costas de Portugal.

En cambio, abierto nuestro Este a la influencia del Sahara, las provincias levantinas padecen las terribles sequías que tantos males ocasionan.

En cuanto a la meseta central, las lluvias son casi exclusivamente equinocciales, aparte de algunas que caen en invierno gracias a la colada de algunas ráfagas atlánticas y cantábricas, de igual manera que ocurre en la meseta meridional con la colada de los turbiones monzonales del Sur.

Algo ayudan, con todo, a la producción de lluvias, cuando menos en la mitad septentrional de la Península, las grandes nevadas invernales que caen en los altos macizos montañosos de los Pirineos cántabro-astúricos y de la divisoria septentrional de la cordillera Ibérica. En cambio hay regiones climatológicas, como las comarcas meridionales de la vertiente oriental y no pocos páramos de la meseta donde sólo reinan el glacial cierzo del NE. y el abrasador solano del Sahara.

Ríos. Corre por España grandísima cantidad de agua, pero las venas circulantes dejan mucho que desear. Tenemos cinco grandes ríos: los de las depresiones: Ebro y Guadalquivir, y los que vienen del tronco, Duero, Tajo y Guadiana, aparte de los muchísimos que se deslizan por las cuatro vertientes marítimas, abundantes en afluentes. Desgraciadamente, a causa de las lluvias mal distribuídas, nuestros ríos ofrecen las más extraordinarias diferencias en su caudal, según las estaciones y otras causas. En su mayoría se pasa de un estiaje, casi seco, a la inundación.

Clima. Los principales factores que constituyen el clima de un país son la temperatura, los

© Biblioteca Nacional de España

vientos, las lluvias, la presión atmosférica, la higrometría, el aspecto del cielo, la vegetación.

La temperatura varía según se trate de la meseta o de las tierras atlánticas y mediterráneas.

La temperatura de la meseta varía según se trate de la castellana vieja, de la castellana nueva o de las montañas que en ellas y entre ellas se levantan.

Corresponden a la meseta castellana del Norte las cuencas, casi enteras, del Ebro y del Duero. En ella no suelen pasar las máximas de 40º, ni las mínimas de 5º a 10º bajo cero. La mejor estación es el otoño; los inviernos son largos; las primaveras no tienen nada de dulces, antes bien ofrecen los más desagradables cambios; los veranos son de corta duración. La humedad no es excesiva; las nieblas no perjudican gran cosa, y hace bastante sol.

Más rigurosa es la temperatura en la meseta del Sur, comprensiva de las cuencas del Tajo y el Guadiana, y la alta cuenca del Guadalquivir, con las altas tierras de la vertiente mediterránea. Las máximas pasan demasiadas veces de 44º; las mínimas oscilan entre —4º y —9º; los cambios termométricos son bruscos, lo mismo cada día que en cada estación; apenas hay primavera ni otoño, sino invierno y verano; mucha sequedad y mucho sol.

En las sierras de las dos mesetas la humedad es siempre excesiva; nieblas y nieves en gran cantidad; las máximas rara vez pasan de 30º; en cambio son muy comunes las temperaturas bajo cero.

Las temperaturas mediterráneas, que se extienden desde el Estrecho de Gibraltar hasta el Golfo de León, se subdividen en dos zonas: termina la occidental en Tarragona, y es algo cálida (máximas de 40º, a veces de larga duración; mínimas de 2º, cortas); escasa humedad, muchísimo sol, primavera agradable, otoño que casi se confunde con el verano; poca brusquedad en

© Biblioteca Nacional de España

los cambios termométricos diarios. La oriental se extiende desde Tarragona a Cabo de Creus y ya son más raras las máximas de 40º; más largas las mínimas de 2º; hay también mucho sol, pero la humedad es en cambio grandemente más considerable que en la zona de Poniente.

Vientos. En la vertiente mediterránea predominan los de Levante, en general ardorosos, como procedentes de África; y no menos cálidos son los de Poniente, procedentes de la meseta central. Gracias a que algunas veces soplan vientos monzonales y llegan ráfagas del Norte, frescas y productoras de lluvias.

Todo lo contrario ocurre en la vertiente atlántica, donde, como en Inglaterra y Noruega, predominan los vientos del Oeste, húmedos y templados; los vientos de Levante son fríos y secos.

En la meseta castellana vieja dominan también los cuadrantes del Oeste, pero, sobre todo en invierno, el helado cierzo, con cielo despejado. De ahí que la meseta susodicha sea por su temperatura un trasunto de Siberia, corroborándolo su propia flora en que se contienen numerosas especies propias de dicha región.

En la meseta de Castilla la Nueva sopla también el cierzo, mientras en el estío deja sentir su abrasadora calidez el solano, procedente del Sahara.

Presión atmosférica y humedad. Dada la configuración del país, ya se comprenderá que la presión barométrica ha de variar considerablemente desde la costa a la meseta, y, en efecto, las presiones oscilan entre 762 y 670.

Las altas presiones de la zona litoral son eficaz elemento para la regularidad del clima, mientras las bajas presiones de la meseta dan lugar a bruscos cambios de temperatura, a una extremada irradiación del calor del suelo y a un ambiente enrarecido.

Por lo que hace a la humedad del aire, no hay aún

© Biblioteca Nacional de España

recogidos bastantes datos, pero puede decirse que en general la atmósfera es seca, sobre todo en Levante y en la meseta.

Tantas desventajas quedan compensadas por la pureza del cielo en general, que no sólo es una belleza, sino un importantísimo elemento bienhechor.

Vegetación y cultivos.

Añadida a las numerosas causas anteriormente apuntadas y que explican la pobreza de nuestra península en general, en el concepto de la vegetación, hay que añadir la bárbara enemiga de que es objeto el arbolado. Lo que no ha talado la codicia, lo ha hecho la estupidez campesina; así, apenas quedan más grandes masas forestales que los pinares de Cuenca y Soria. Se ha dejado pelada la vertiente española del Pirineo, y se han convertido en páramos la mayoría de los montes antes cubiertos de toda clase de especies arbóreas. Sólo, por su alejamiento y la dificultad de los transportes, quedan espléndidas arboledas en Galicia, en el Bierzo y la Vera de Plasencia — especialmente nogales y castaños, — en las tierras altas de las provincias de León, Palencia y Burgos — nogales, alisos, chopos, fresnos, — en algunos puntos de la divisoria norte de la cordillera Ibérica y de la cordillera Carpetana, y algo también en Sierra Nevada; pero aun así, están todos esos bosques amenazados de próxima desaparición según las constantes devastaciones de que son objeto.

Asimismo han desaparecido casi por completo los prados, tan abundantes y ricos en otros tiempos, y lo mismo puede decirse de las dehesas. En cambio, Portugal conserva celosamente sus bosques.

Son cultivos predominantes los de viñedos, cereales y olivares. En las provincias de Tarragona y Castellón tienen mucha importancia el algarrobo, el almendro y el avellano. En las huertas en que se puede emplear con abundancia el regadío — muy escasas a la verdad, — se cultivan hortalizas y frutales.

© Biblioteca Nacional de España

La agricultura se halla atrasadísima, excepto en las huertas de Valencia y Murcia, Campo de Tarragona, Llano de Barcelona y algunas comarcas asturianas: los abonos son desconocidos por la mayoría de los labradores. Aun así, y con tan graves contrariedades, figura España en primera línea en la calidad de sus uvas, de sus frutas, de sus flores y de sus hortalizas, de lo cual somos deudores a la luz y al calor que nos envía el cielo.

Unidad del país.

Como hace notar Macías Picavea, en medio de tantos factores antagónicos y de tal cúmulo de diversidad, España ofrece en conjunto un sello característico, que le presta una unidad de que carecen muchas otras naciones. Este sello característico es «el de ser una tierra meridional europea, de trazos fuertes en el suelo, de acentos vivos en el cielo, de aires finos y secos, de temperaturas extremas, de vegetación más cualitativa que cuantitativa, de más luz y sol que lluvias y humedades, de tantas rocas como tierras, de paisajes siempre más clásicos que románticos, de líneas en todo y caracteres muy firmes y decididos, sin tonos menores, ni borrosidades indecisas, ni garambainas crepusculares e indefinibles».

Y por este carácter del país se explica el de sus pobladores, dígase lo que se quiera en contra de la doctrina del *medio ambiente,* definida ya por Hipócrates en el siglo v antes de nuestra Era. Sólo se exceptúan del conjunto las provincias del Norte, situadas en la vertiente pirenaico-cantábrica, que pertenecen geográficamente al tronco continental, mejor que al territorio peninsular; clima lluvioso, sol apagado, verdor.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO II

PRIMEROS POBLADORES

PREHISTORIA. — IBEROS. — CELTAS Y LIGURES. — CIVILIZACIÓN PRIMITIVA. — LENGUAS.

SIGLOS XXII A XII A. J.

Prehistoria. Bien poco es lo que con seguridad se puede decir respecto a los primeros pobladores de España, o sea a los habitantes prehistóricos.

Iberos. La mayoría de los autores suponen que los primitivos habitantes de España, esto es, los aborígenes, fueron los iberos; pero aunque así no fuera, resulta, sin embargo, que existían ya en la península desde 22 siglos antes de nuestra Era.

Estos iberos, de cráneo ovalado *(dolicocéfalos)* eran de procedencia probablemente africana; pasaron sin duda a Europa a través del Mediterráneo, y se corrieron por las costas y las islas de este mar, por nuestra Península, por Francia hasta el valle del Sena, y finalmente, por Inglaterra y Escocia.

Respecto a sus estancias en África parece ser que se extendían hasta el Senegal, pero principalmente por la costa mediterránea y Marruecos. En suma, esos iberos no debían ser otros que los *bereberes* o berberiscos.

© Biblioteca Nacional de España

Créese que los extinguidos guanches de Canarias pertenecían a esta raza.

Se han encontrado cráneos iberos (que en suma no dejan de parecerse bastante a los cráneos de los negros) en la caverna de Genista, cerca de Gibraltar, en Córcega, Cerdeña, Sicilia, Italia meridional y en la caverna famosa del *Homme Mort* (departamento del Lozère, Francia).

La raza ibera vivía en las oquedades naturales: grutas, cuevas y cavernas. Se supone que eran gente de color atezado; de ojos y cabellos negros; muy ortognatos, esto es, con la barbilla recta, en vez de adelantarse sobre el plano de la cara.

Todo indica que eran exclusivamente pescadores y cazadores; no tenían animales domésticos, ni conocían los cereales; sabían encender fuego; iban vestidos de pieles, que cosían con agujas de hueso. Se adornaban con collares y brazaletes de conchas y se tatuaban con óxidos metálicos.

El cuidado con que sepultaban a sus muertos indica que poseían ideas religiosas y creían que los difuntos gozaban de una nueva vida más allá de la tumba. En cambio es triste tener que reconocer que practicaban el canibalismo, como de ello dan prueba los huesos humanos encontrados en sus cavernas y rotos, sin duda para sacar la medula (cavernas de Cesareda, en el valle del Tajo, de la isla de Palmaria, en el Golfo de Spezzia, y de Keiss, en Escocia).

Créese descendientes de los iberos a los galeses del condado de Denbigh, a los irlandeses de los condados de Donegal y Kerry, a los corsos, los vascos españoles y los bereberes de África.

Celtas y ligures. Todo indica que los iberos fueron arrojados de sus primitivas estancias por otros pueblos, más fuertes que ellos. Esos celtas, probablemente de origen asiático (Circasia, Turquestán, India),

© Biblioteca Nacional de España

tenían la cabeza redonda *(braquicéfalos)*, eran de elevada estatura y habitaban en los bosques. En su avance desde Dinamarca y Bélgica se fijaron en la Bretaña francesa, y emprendieron luego la marcha al Sur, encontrándose con los iberos españoles, de lo cual se originó una terrible y porfiada lucha que hubo de durar siglos.

Los celtas acabaron por expulsar a los iberos de sus estancias del Norte y se establecieron principalmente en el Noroeste y el Centro, y en el litoral oceánico, mientras los primitivos pobladores se encaminaban hacia el Mediodía y al Este.

Digamos ahora que algunos autores protestan de que se les llame *celtas* a los que decimos, pues sólo lo eran por la lengua y no por la raza; a su juicio los verdaderos *celtas* son los que habitaban en Francia central; sin embargo, es difícil desarraigar una denominación tan extendida, y por lo mismo no se les ha llamado *celtas* a los habitantes susodichos, sino *ligures*, por constituir el fondo de la población de Liguria, descendiente de aquéllos.

Los ligures, representados por los auverneses, son ni más ni menos que lapones; ellos también arrojaron de sus estancias a los iberos, y se fijaron al parecer en Vasconia al emigrar hacia el Sur. (Isaac Taylor.)

Celtíberos. La guerra de exterminio que se hacían iberos y celtas hubiera acabado sin duda con unos y con otros, por lo cual, viendo que era imposible el triunfo para ninguno de los dos optaron por llegar a un acuerdo, y de su fusión nació la raza *celtíbera*, que acabó por dar carácter a la totalidad de los pobladores.

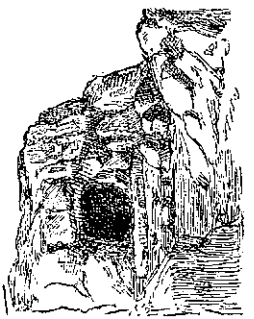
Las cualidades terriblemente belicosas de esta raza — mucho más belicosa aún que las dos a que debió su origen, — son la mejor explicación de la resistencia que en múltiples lugares encontró la dominación romana. De ahí que el Senado calificase a España de *Natio rebellatrix*. E igual les hubo de ocurrir antes a los cartagineses, como ya veremos.

© Biblioteca Nacional de España

La civilización primitiva.

Iberos y celtas ocuparon probablemente nuestra península en plena edad cuaternaria, dejando ambos pueblos importantísimos testimonios de su civilización.

Cabe a España el privilegio de poseer la estación humana prehistórica más antigua que se conoce en el mundo. Es la de Torralba, cerca de este pueblo (Soria), en terreno triásico y a 1.112 metros sobre el nivel del mar. Corresponde por lo tanto al período paleolítico más inferior. En este yacimiento se hallan restos del elefante meridional, del elefante antiguo, del rinoceronte etrusco, del *Equus stenonis*, de dos especies de ciervos, mezclados con útiles tallados por el hombre, de forma más ruda y primitiva aún que los útiles más antiguos que se conocen, o sea los de Chelles.



Cueva artificial

Atribúyense a los iberos, troglodítas o habitantes en las cavernas (sin que tal género de albergue haya desaparecido aún de la península), los objetos encontrados en el Cerro de San Isidro de Madrid (hachas, puntas y otros productos de pedernal tallado); las pinturas y grabados, de sorprendente realismo y admirable ejecución de la Cueva de Altamira (Santander), habiéndose descubierto posteriormente en la región cántabra otras cavernas no menos interesantes por sus pinturas que por sus restos industriales, en Castillo, Covalanas, Hornos de la Peña, La Haza, Santa Isabel, Venta de la Pera, Camargo, etc.

También se han descubierto cavernas con pinturas y restos de hueso y pedernal en Torrecilla de Cameros (Logroño), Cueva de Dimas y Aizquirí (Vascongadas), Cretas y Beceite (Aragón); Cogul (Lérida) y Puerto de la Selva y Serinyá (Gerona).

© Biblioteca Nacional de España

Las estaciones prehistóricas de esta última localidad pertenecen a dos períodos: la una al final del cuaternario, y la otra al final del neolítico, esto es, en la época de transición entre la piedra pulimentada y el bronce. Abundan en la primera los objetos de cuerno y de hueso, con restos del oso de las cavernas; los útiles son arpones, agujas y puntas de dardo, de cuerno y de hueso; hay también muchos objetos de pedernal. En la otra cueva se han hallado hachas de piedra, objetos de metal, cerámica, etc. Esta estación pertenece al territorio que ocupaban los fieros indigetas.

En todas las cavernas susodichas han aparecido punzones, buriles, raspadores, puntas de flecha, cuchillos, vasos con grecas, etc., pero no es eso lo más notable, sino unos signos especiales, como una especie de alfabeto simbólico, calificado acertadamente de *pictografía*. Lo particular del caso es que esos signos — que en apariencia recuerdan la escritura de los chinos, — son análogos a los que emplean aún los esquimales, los tuaregg, los australianos, y se emplearon en Creta y en Caldea, lo cual, en suma, no representaría más que la unidad del género humano. Las cuevas más notables en que se encuentran dichas pictografías son la Cueva *del Lladre* (cerca del Mas de Llor, Tarragona) y la *Cueva de la Graja* (Jimena, provincia de Jaén).

Todos estos antiquísimos monumentos parecen datar del primer período de la edad de piedra (paleolítico, o de la piedra tallada).

Fíjanse como pertenecientes a la edad de la piedra pulimentada (período neolítico) la *Cueva de la Mujer* y la *Cueva de los Murciélagos*, ambas en la provincia de Granada (Alhama y Albuñol). En la Cueva de los Murciélagos descubrió el Dr. Góngora, una diadema o collar de oro, cestas de esparto perfectamente tejidas,

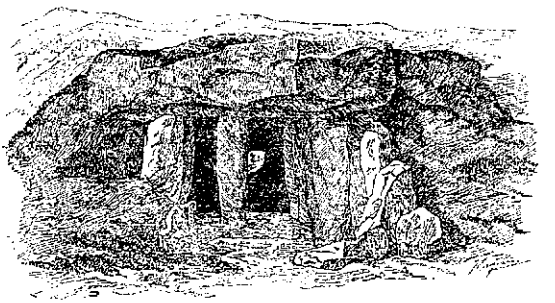
© Biblioteca Nacional de España

así como una fina túnica del mismo textil, collares de concha, hachas de piedra, punzones de hueso, etc.

También debe fijarse en este lejanísimo período la construcción de monumentos de piedras grandes (megalitos), anteriores a la invasión celta, lo cual sería otra prueba de la unidad del género humano. Estos monumentos (menhires, dólmenes, cromlechs, piedras bamboleantes, etc.), abundan mucho en Cataluña, donde no es probable estuvieran los *cellas* de Bretaña y en Andalucía, donde es famoso el *Dolmen* o camino cubierto de Antequera.

Piedra bamboleante

Llegamos ya a la edad de los *metales,* que como es sabido, empezó por el cobre, siguiéndole después el



Dolmen de Antequera

bronce (aleación con el estaño) y por fin el hierro. Figuran entre las más notables estaciones de esta edad el dolmen de Ollería (Valencia), bajo el cual se encontraron hachas de dicho metal; una cueva cerca de Alcoy; Cuevas de Vera, Mieres, etc.

Pertenecen a la edad del bronce una flecha encon-

© Biblioteca Nacional de España

trada en 1879 en el valle de Santa Pau (Gerona); los objetos encontrados en Cuevas de Vera (Almería) por los señores Siret, en varios puntos de Asturias y por fin en varias localidades de las provincias de Granada y Sevilla (Viezma y Castilleja de la Cuesta).

Probablemente debe fijarse también en esta edad la necrópolis de la montaña de la Bastida, a 5 kilómetros de Totana (Murcia), pues se han descubierto allí gran número de urnas cinerarias y objetos de oro, plata y bronce, pero no de hierro.

Figuran como primitivos ejemplares de esta edad varias armas encontradas en diversas localidades de Galicia, Almería, Granada, Córdoba y Cáceres, pero ninguna de esas estaciones puede compararse en importancia con la que descubrió el marqués de Cerralbo en Aguilar de Anguita (Guadalajara, cerca de la raya con la provincia de Soria). Es una necrópolis que contiene más de 3.000 sepulturas, muchas de ellas de gran riqueza. Allí han aparecido armaduras de guerrero y jaeces de caballo; broches, fíbulas y adornos mujeriles; espadas de rara forma; herraduras de caballo, etc. Remóntase esta necrópolis a comienzos del siglo IV a. J.

Por lo que hace al *famoso Cerro de los Santos* en Montealegre (Albacete), se cree que las quince estatuas allí encontradas podrían ser prehistóricas, pero otros les atribuyen un origen greco-fenicio; ello es que no solamente aparecieron objetos de bronce, sino también de hierro.

Las lenguas. No tiene duda que el hombre primitivo, en España, conocía la escritura, según resulta de las *pictografías* de que hemos hecho mención. En cuanto al lenguaje hablado todo indica que fué uno de ellos el vascuence; — más ligur tal vez que ibero; — el otro sería, verosimilmente, el bereber, de origen africano o camítico. Se leerá muchas veces que el vascuence es de origen *celta*, pero es por la confusión, lar-

© Biblioteca Nacional de España

gamente reinante, entre el celta lingüístico y el celta étnico. *Celta,* en este caso, quiere decir *ligur,* habitantes primero en la Galia belga, después en la Auvernia y emigrados en parte desde aquí a la Liguria.

Y dada la subdivisión geográfica de España, no es menester decir las alteraciones de que serían objeto las dos lenguas al extenderse por toda la península.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO III

LOS IBEROS, LOS CELTAS Y LOS CELTÍBEROS

TRIBUS IBÉRICAS. — PUEBLOS DE ORIGEN CELTA. — LOS CELTÍBEROS. — ORGANIZACIÓN SOCIAL DE LOS IBEROS. — RELIGIÓN.—CULTURA LITERARIA. — CERÁMICA IBÉRICA. — GANADERÍA. — DERECHO. — COSTUMBRES DE LOS CELTAS Y DE LOS CELTÍBEROS.

Hacia el siglo VI antes de nuestra Era la población de España se hallaba distribuída aproximadamente en esta forma:

Tribus ibéricas.

Se extendían desde el Pirineo a Cádiz y desde Tarragona a Braga.

Habíanse establecido los *cerretanos* en Cerdaña, los *indigetas* en Indica, o sea Ampurias, famosos cazadores; los *castelanos* (de donde catalanes) entre el Llobregat y el Congost; los *ilergetas* entre el Segre y el Gállego; eran batalladores y aventureros y tenían por capital a Lérida (Ilerda).

Los *jacetanos* se habían alojado entre el Ebro (Iber, nombre que algunos derivan de *ber* o *bereber*) y el sitio llamado después *Los Trofeos de Pompeyo,* en el Pirineo. Formaban varias confederaciones, como eran las de los *cesetanos* (y no *cosetanos*), de Tarragona; de los *laletanos* (Barcino), de los *ausetanos* (Vich), etc., y se extendían por el Oeste hasta el Segre.

© Biblioteca Nacional de España

Los *ilercaones* o *ilergabones,* de Ilergabona, ciudad destruída, ocupaban el lugar comprendido entre Espelacia y la desembocadura del Ebro; gente fornida, incansable y batalladora.

Los *vetones* ocupaban parte de Extremadura y de Salamanca; dícese que eran muy belicosos y aficionados a lucir armas, galas y caballos.

Los *edetanos,* fieros y tenaces, con Edeta (Liria) y Salduba (Zaragoza), se extendían entre el Júcar y el Ebro, y estaban confederados con los ilergabones.

Los *contestanos* (*Lucentum,* Alicante, — *Ilorci,* Lorca; *Dianium,* Denia, *Cartagonova,* según se llamó después, o sea Cartagena) se extendían desde la desembocadura del Júcar al *Spartarias Campus,* Campo del Esparto, cerca de Cartagena. Eran de ágiles miembros y carácter rencoroso.

Los *bastetanos* (de *Basti,* Baza) habitaban en la costa mediterránea desde Abdera a Cartagena y se internaban hasta la alta cuenca del Júcar o Sucrón.

Los *bástulos* tenían sus estancias entre *Varea* (Vera) y *Málaca,* Málaga. Se habían enriquecido grandemente con la fabricación de aceites y las salazones de pescado, industrias aprendidas de los fenicios; explotaban minas de oro y cultivaban con gran provecho su feracísimo suelo. Contaban con ciudades magníficas, como Abdera, Carteya y Málaca. Dícese que eran velocísimos en la carrera y hábiles en combatir a caballo.

Los *turdetanos* o *túrdulos* (antes tartesios) se extendían desde Córdoba hasta Jaén y desde el río Guadajoz a *Gades* (Cádiz), por una parte (*Turdetania Bética* de los romanos), y por otra desde el Guadiana al Tajo, hasta el cabo Espichel *(Turdetania Lusitana).*

Era un pueblo llegado a un alto grado de civilización, opulento, con numerosas ciudades como *Gades* (Cádiz), *Hispalis* (Sevilla), *Asta,* donde se celebraban las asambleas de la Confederación, y cuyo nombre

© Biblioteca Nacional de España

significa *ciudad de la roca; Spaleni,* sobre el Guadalquivir; *Munda,* que algunos identifican con Montilla y otros con Ronda.

En la meseta moraban los *oretanos* (entre el Guadiana y la Sierra de Guadalupe) infatigables guerrilleros, los *carpetanos,* frugales y graves (provincias de Madrid y Toledo) y otros.

A estas tribus ibéricas habremos de añadir los *vascones* (Vascongadas, Navarra, parte de Aragón y Castilla) a quienes como hemos visto suponen algunos de estirpe ibero-ligur, aunque con el tiempo hubieron de ver reducido su territorio a causa de la invasión celta.

Pueblos de origen celta.

Estableciéronse éstos entre el Cantábrico y la meseta central, hasta el Atlántico. Ocupaban los *burmogos* parte de la actual provincia de Burgos; los *astures* las llamadas Asturias y el Bierzo, con las ciudades de *Astúrica* (Astorga), *Bergidum Flavium* (Castro de la Ventosa, en el Bierzo), *Interamnium* (cerca de Ponferrada), *Intercatia* (Villanueva del Campo). Eran grandes sufridores de trabajos, avaros y famosos por su afición a laborear el oro, feroces en el combate. Silio Itálico les llama «codiciosos», y Lucano «pálidos escudriñadores del oro».

Los *galaicos,* forzudos, astutos, mejores para la defensiva que para el ataque, se dividían en dos ramas; los *galaicos lucenses* (de *Lucus Augusti,* Lugo) se extendían por el Norte de Galicia, con las ciudades de Lugo, *Iria* (Padrón), *Celemi* (Caldas del Rey); los *galaicos bracarenses,* de Bracaria (Braga), ocupaban el Sur de Galicia, con Braga, *Tude* (Tuy), Braganza.

Al Este de esos *galaicos bracarenses* ocupaban los *vacceos* Palencia (Pallantia), *Segisma* (Amaya), *Cauca* (Coca), *Pincia* (Pinzas no lejos de Peñafiel). Esos vacceos se distinguían por su espíritu conquistador y su continuo traslado de una parte a otra, para llevar

© Biblioteca Nacional de España

a pacer sus ganados, de donde proviene que Silio Itálico les llame *late vagantes*.

Al Oeste de los vascones, al Este de los astures y al Norte de los burmogos se hallaban los indomables *cántabros*.

En el extremo Occidente, o sea en Portugal, se hallaban los *lusitanos* que ocupaban *Scalabis* (Santarem, *Ebura* (Evora), *Olisipón* (Lisboa).

Los lusitanos orientales tenían sus estancias en *Lancia Opidana* (Lamego), *Mirobriga* (Ciudad Rodrigo), *Salmantica* (Salamanca). Finalmente los *célticos* ocupaban el país entre *Coimbra* y *Oporto* y entre Faro y Lisboa.

Los celtíberos. Ocupaban estos pueblos, de origen, al parecer, celta e ibero, gran parte de la meseta y de la cordillera Ibérica. Los *celtiberos* propiamente dichos se corrían desde Tarazona (*Turiaso*) a *Abula* (Albacete), figurando entre sus principales localidades *Bilbilis* (Calatayud), *Libana* (Montalbán), *Medulum* (Molina), etc. Los heroicos e indomables *arévacos* se habían establecido en *Numancia* (cerca de Garray), *Voluce* (Caltañazor), y otros pueblos de la orilla meridional del Duero; los *pelendones*, acampaban en *Segeda*, cerca de Canales; los *lusonones* en Segorbe; los *olcades* en *Altheia* (Alconchel).

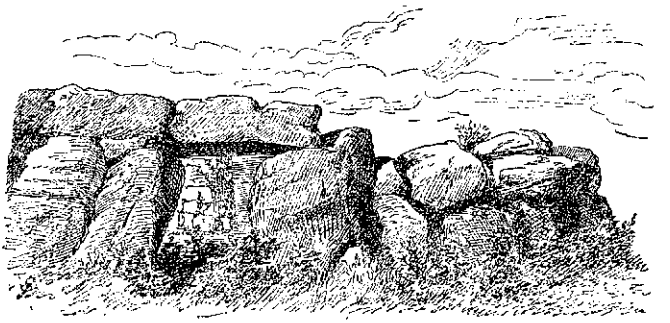
Los verones. Ocupaban estos celtas el territorio cuya capital era Varea (Logroño). Eran grandes agoreros y tan leales a sus jefes que cuando éstos fallecían se sacrificaban a sus manes.

§ I. — Los iberos

Organización social de los iberos Parece ser que los iberos se hallaban distribuídos en tribus o clanes, confederadas con frecuencia. Los jefes y los principales personajes de los clanes moraban en ciudades for-

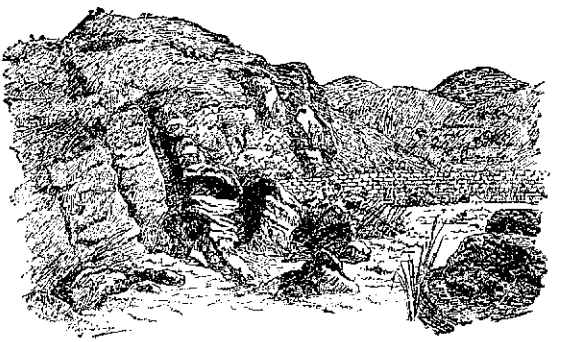
© Biblioteca Nacional de España

tificadas; los inferiores y los pobres vivían en aldeas o aduares. En las aldeas ejercía la autoridad el más anciano, a manera de un patriarca o jeque; en la tribu



Restos de una aldea prehistórica, según Siret

o clan mandaba un jefe militar y una especie de alcalde; en la confederación ocupaba el primer puesto un régulo, o representante de los clanes. No era raro



Muro de circunvalación

que a veces se diesen un caudillo común varias confederaciones, aunque limitado su poder por el de un Senado o Asamblea federal.

© Biblioteca Nacional de España

Todas estas tribus solían estar en continuas y sangrientas guerras entre sí, y lo mismo las confederaciones, sin lazo alguno común, ni siquiera religioso. Era la guerra por el placer de matar y por el ansia de robar.

Como en todos los pueblos de la antigüedad, existía la esclavitud. Los libres estaban divididos en *pobres* y *ricos*, hallándose los primeros bajo la dependencia de los segundos, lo cual podría explicar la persistencia de lo que llamamos caciquismo. En cuanto a los esclavos, solían ser prisioneros de guerra, de otras confederaciones, o bien deudores que no habían podido satisfacer sus débitos y quedaban como propiedad del acreedor. Esos esclavos eran destinados al laboreo de las minas, a la labranza, al servicio doméstico o a la industria y eran propiedad ya de particulares, ya de las ciudades, ya de la confederación.

Sin embargo, no siempre tenían los prisioneros de guerra la suerte de que se les redujese a cautiverio, pues no pocas veces el vencedor les cortaba las manos, para que no pudieran volver a empuñar las armas.

La riqueza de algunas confederaciones debía ser muy grande, pues se dice que algunos régulos se presentaban en el combate en carros incrustados de oro.

Religión. Venía a ser ésta una especie de sabeísmo. Adoraban al Sol y a la Luna, las nubes y los astros, culto propio de los pueblos salidos ya del salvajismo. Dícese que los iberos veneraban a un Ser Supremo llamado *Endovélico* o *Yun*, que tal vez sería el Sol.

Bajo las primeras invasiones —pelásgicas, egipcias, fenicias, — comenzaron algunos cultos exóticos, como el de Melkart, en Cádiz; el de Saturno; el de Venus crepuscular, el de Diana, equiparada a la Luna.

Igual que sucede en tantos otros pueblos, se celebraba con fogatas, banquetes y otras demostraciones de alegría el solsticio de verano; tal vez sean una reminis-

© Biblioteca Nacional de España

cencia de tales solemnidades nuestras hogueras de San Juan y lo que llaman en la Rioja la *sanjuanada,* que consiste en rociar con vino a los que van por la calle.

En el equinoccio de primavera se celebraba otra fiesta, presidida por una doncella llamada *Maia,* que se sentaba en un trono de flores. Y bien podría ser que se hubiese perpetuado después esta costumbre bajo la especie de la *Cruz de Mayo.*

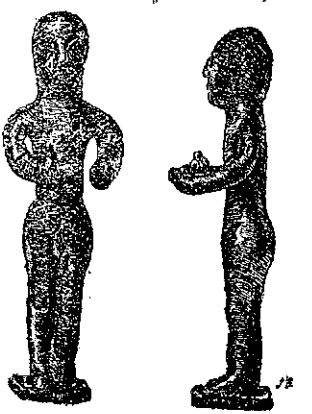
También era objeto de demostraciones de júbilo la aparición de *Hillarguia,* la Luna, en su lleno.

Como se ve, ejercía grande influencia el naturalismo, y de ahí que los matrimonios se contrajesen en las épocas de la siega y la vendimia.

Cultura literaria. Por raro que parezca, existía ya en tan lejana época. No solamente poseían los iberos un alfabeto, sino que los turdetanos tenían una gramática y, según Estrabón, poemas en verso que se remontaban a 6.000 años de fecha.

Artes e industrias. Por los restos encontrados en las cavernas prehistóricas y después en varias estaciones — tales como diademas y brazaletes, — se puede afirmar que los iberos sabían trabajar el oro, y también el bronce (ídolos de metal, hallados en Palencia).

La *cerámica ibérica* hubo de alcanzar una perfección admirable, según resulta de los hallazgos hechos en Archena, aunque algunos quieren que aquellos soberbios vasos y espléndidas urnas estén inspirados por el arte cartaginés (Siret). Estos vasos están ricamente decorados con follajes, animales y dibujos geométricos, a estilo de la cerámica de Micenas y de Creta.



Idolillos iberos

© Biblioteca Nacional de España

La ganadería. Era ésta importantísima en los pueblos iberos; carneros, ovejas y vacas constituían la principal riqueza en muchas tribus; las mujeres turdetanas hilaban y tejían la lana, y fabricaban con aquellos paños magníficos vestidos, que eran buscadísimos por todos los pueblos del Mediterráneo.

Asimismo fabricaban quesos, que gozaban de envidiable reputación.

Aparte de la ganadería proporcionaban pingües rendimientos los caballos, mulos y cerdos; la miel; el trigo, el vino, el aceite, de incomparable calidad.

Derecho. Dado el grande avance de la civilización entre los turdetanos y demás iberos podría creerse que existiesen leyes escritas, pero al parecer sólo regía el derecho consuetudinario, al igual que entre los celtas y celtíberos. Aunque la base de la familia era la monogamia, creen algunos que en ciertas tribus existían también la poligamia y la poliandria. Estaba establecido el derecho de sucesión y las transacciones se verificaban por el simple cambio de productos. Los pleitos eran fallados por el alcalde o jefe del clan, o tal vez sencillamente por el jeque, o jefe de la aldea. Los delitos privados se juzgaban conforme al primitivo derecho penal (acusación privada, indemnización); dado el escaso desarrollo político de las confederaciones eran pocos los delitos públicos.

Es particular que, según todos los datos, fuese más estimada la propiedad mobiliaria que la inmueble.

Costumbres. «Era costumbre de los iberos en general, pero particularmente de los lusitanos — escribe el historiador griego Diodoro Siculo, que floreció en tiempo de Augusto, — que la parte más robusta de la juventud perteneciente a las clases inferiores y más pobres, se organizara periódicamente en cuadrillas de aventureros, los cuales recorrían la Península, devastando el territorio de las ciudades, enriqueciéndose con el sa-

© Biblioteca Nacional de España

queo y retirándose luego con el botín a lugares inaccesibles, gracias a lo ligero de su armadura y a la celeridad extraordinaria de su marcha, que hacía casi imposible el alcanzarlos.» Y en parecidos términos se expresa también el geógrafo Estrabón

No es menester llamar la atención acerca de la similitud de tales correrías con las *razzias* de los bereberes, lo mismo marroquíes que *tuaregg*, y bien se echa de ver también que las tales devastaciones y violencias continuaron sin interrupción bajo el nombre de bandolerismo.

Las depredaciones consistían principalmente en robos de ganados, cosechas, objetos domésticos, armas y demás.

Las diversiones a que más aficionados se mostraban los iberos, y no han variado mucho los gustos desde entonces, eran el baile (del cual tal vez son vestigios el *aurrescu* y la *sardana*), los ejercicios gimnásticos, la caza, las corridas de toros y el juego de pelota.

Usaban como traje los iberos la túnica o sayo, generalmente negro, de pelo de cabra, color que ha sido simpre el preferido por las gentes del campo, de la misma manera que en los trajes que usan hoy muchos labradores castellanos, se descubre el vestigio de haber sido primitivamente pastoral.

El cubrecabezas consistía en un gorro en forma de mitra o bien en una especie de morrión rematado en tres puntas. El calzado eran abarcas, zuecos y alpargatas de esparto.

Todo indica que las españolas eran un modelo de laboriosidad. Ocupados los hombres en la guerra, la caza o los deportes, dejaban a las mujeres el cuidado de la labranza y del hogar. Usaban trajes claros o de colores chillones y gustaban de adornarse con vistosas joyas, de oro, plata u otros metales, o bien de piedra, marfil y hueso.

© Biblioteca Nacional de España

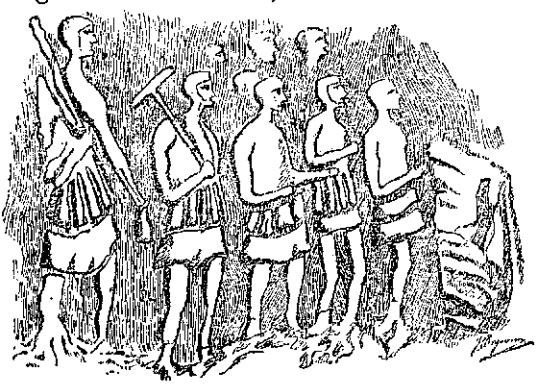
§ II. — Los celtas

Este pueblo, que por tantos siglos, tal vez, sostuvo implacable contienda con los iberos, era, al parecer, más robusto que éstos, pero no menos belicoso, indómito y feroz.

Dividíanse en tres clases: la sacerdotal o de los *druídas*, la de los nobles o guerreros, y la popular. Creían en la inmortalidad del alma y prestaban culto a los manes de los muertos, suponiendo que sus almas trasmigraban a otros seres.

Estos celtas no eran pastores, ni agricultores como los iberos, sino que su casi único modo de existencia era el pillaje.

Eran grandes curanderos, conocedores de las pro-



Mineros primitivos españoles, según un relieve hallado en Palazuelos

piedades de las plantas medicinales, valiéndose especialmente de la verbena y la liga o muérdago; pero en los casos graves no vacilaban en sacrificar víctimas humanas a sus dioses. Eran a un tiempo poetas y músicos (*bardos*), y se supone que se dedicaban a las más encumbradas especulaciones filosóficas. Las mujeres se-

© Biblioteca Nacional de España

guían a sus maridos en la guerra, cultivaban la tierra y llevaban a apacentar los ganados, aunque, como queda dicho, los celtas eran poco aficionados a tan pacíficas tareas. En cambio, se dedicaban al laboreo de las minas, para lo cual emplearían sin duda a los prisioneros que hacían en sus razzias.

Los celtas tardaron mucho en civilizarse. Ya hemos dicho que se les ha atribuído erróneamente la construcción de los monumentos megalíticos, existentes ya desde antes de su venida. Bebían agua y cerveza, pues en sus tierras no se daba bien la vid; comían panes hechos de harina de bellotas; llevaban las cabelleras crecidas como las mujeres; por no conocer la manteca empleaban el aceite y se cubrían con una especie de mitras.

§ III. — Los celtíberos

Ya hemos dicho que este pueblo fué el resultado de la fusión de iberos y celtas. Algunos les han denominado también Vascones. Hemos señalado ya sus estancias. Conviene decir ahora que en la fusión se sobrepuso generalmente el elemento ibero al celta.

Tan belicosos eran los celtíberos que tenían por deshonroso no morir en la batalla y creían tiempo perdido el que no empleaban en guerrear. De ahí que siendo su principal ocupación el manejo de las armas, inventaran muchas de éstas, de donde el grande desarrollo que adquirió entre ellos la industria siderúrgica.

Sabían, en efecto, acerar el hierro y templarlo de una manera admirable, dejándolo oxidarse para ello bajo tierra. Sus armas eran el broquel, de gran tamaño y origen galo, llamado *guerra;* picas con moharras de hierro, arrojadizas, llamadas *lanceæ* — nombre que conservaron los romanos y sigue empleándose en nuestros días; — llevaban yelmos de bronce con visera y chapas

© Biblioteca Nacional de España

para preservarse las mejillas; defendían los brazos con unas piezas llamadas *virias celtibéricas* y las piernas con altos botines de cuero, pero sobre todo se distinguían por su espada, ancha, puntiaguda y de dos filos, propia para acuchillar y estoquear, adoptada después por César para sus legionarios. Llevaban además bidentes y hondas.

Había entre ellos unos llamados *soldunes* (de *saladuna,* caballero), los cuales formaban asociaciones cuyos individuos juraban morir juntos. Los infantes se pintaban el rostro, se trenzaban el cabello sobre la frente y se vestían con pieles.

Eran tan fanáticos por su independencia, que si eran hechos cautivos, mataban a sus amos o se suicidaban.

Su organización social fué la misma de los iberos: la familia, el clan, la confederación, con clases libres (nobles y plebeyos) y esclavitud.

La religión consistía en el culto de *Yun* (el *Endovélico,* o Ser Supremo, de los iberos) y se creía que el jefe de la familia se convertía, al morir, en divinidad protectora.

Según parece eran hospitalarios, y en cuanto a la propiedad todo era común; todos cultivaban la tierra, o, mejor dicho, todas las mujeres, a quienes incumbía este cuidado, cada uno en su lote y después se destribuía por igual la cosecha. Si alguien ocultaba mayor o menor cantidad de avena, cebada, trigo, bellotas, etcétera, las cuales conservaban en silos, era condenado a muerte.

Hacían grande uso de la carne, como lo demuestra haberse encontrado en las excavaciones de Numancia astas de venado de gran tamaño, colmillos de jabalí, huesos de conejo, de bueyes, de caballos, ovejas, perros, gallinas, etc.

Bebían cerveza, en copas parecidas a los modernos bocks; hidromel y vino, comprado a los mercaderes

© Biblioteca Nacional de España

extranjeros. Vestían sayos de lana negra y las mujeres túnicas floreadas. Se asegura que se distinguían por su limpieza.

Las casas celtibéricas eran muy pequeñas, fabricadas con muros de cantos secos o de adobes, y techo de madera. Todas tenían una cueva o bodega subterránea. Se servían de piedras en lugar de mesas y asientos, y de piedra, en forma circular, eran también los hogares.

Entre sus artes se cuentan la escultura y la cerámica; supónense obra de los celtíberos los famosos *Toros de Guisando* y los cerdos o jabalíes encontrados en Ávila, Segovia y Cardeñosa. También se han encontrado toros de barro en Numancia, lo cual supone la veneración en que tuvieron nuestros aborígenes a aquel cornúpeto, relacionada, a juicio de D. Joaquín Costa, con el mito de las vacas de Gerión.

Jabalí de piedra, en Avila

Entre los objetos encontrados en las excavaciones de la inmortal ciudad celtíbera, figuran molinos de piedra, de mano, para la molienda de los granos; cuchillos y armas de *hierro*; *fibulas* o hebillas de bronce esmaltado, en su mayoría en figura de caballito; grandes vasijas, de la más variada forma, cajas, trompetas, pesos, bolas, etc., de barro. En algunos de esos vasos se observa la influencia de la decoración griega;

© Biblioteca Nacional de España

pero es indudable que desde mucho antes de la llegada de éstos, los celtíberos, como descendientes de los iberos, sabían ya modelar el barro. La decoración característica son espirales y círculos concéntricos.

No es de extrañar que pueblos tan atrasados, y más entre los celtíberos, que habían recibido tradiciones célticas, se practicasen sacrificios humanos. Ya decía Estrabón que los ribereños del Duero eran dados a los sacrificios para observar las entrañas de las víctimas y ver de qué modo caía el cadáver, después de la mortal puñalada asestada al corazón. Estos horribles sacrificios se practicaban, sin duda, en los monumentos megalíticos, verdaderos templos o adoratorios al aire libre.

Diremos finalmente que los celtíberos conocían la escritura ibérica.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO IV

LOS PRIMEROS COLONIZADORES

LOS PELASGOS. — LOS FENICIOS. — LOS GRIEGOS.

(SIGLOS XII A VI A. J.)

Dando por sentado que los iberos fuesen los aborígenes de España, que viniesen después los celtas y que al cabo de sangrientas guerras acabaran por fusionarse, vamos a tratar ahora de otras gentes que vinieron aquí, no como pobladores, sino como colonizadores o mercaderes, para obtener los preciosos productos agrícolas y mineros de nuestra península con las telas, metales, baratijas y objetos curiosos que ofrecían en cambio.

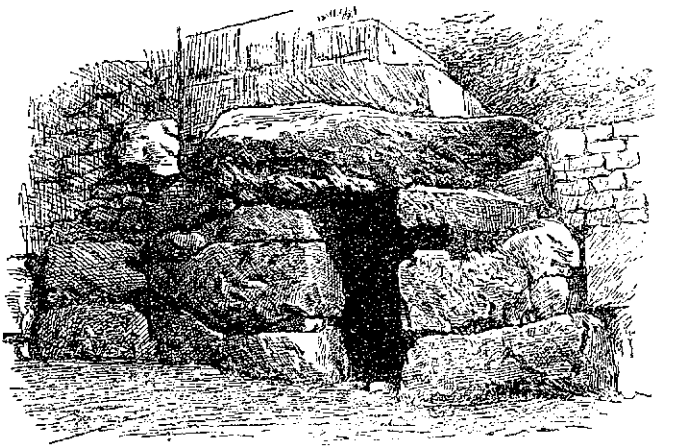
Fíjase la primera invasión, o sea la de los pelasgos, en la edad del bronce.

Como hemos dicho ya, rechazados nuestros iberos del Nordeste y del centro, se habían establecido en el Sur, y principalmente en Andalucía, descollando, entre todas, la nación de los *tartesios*, que se había constituído en monarquía.

Los pelasgos. Ya fuesen llamados por los tartesios para que les prestaran auxilio contra algún enemigo, ya por determinación propia, abordaron después a nues-

© Biblioteca Nacional de España

tra costa del Nordeste los famosos *pelasgos,* pueblo de obscuro origen, nómada y del cual parece quedaban tradiciones que se remontaban a 1700 años antes de la destrucción de Troya. Construían esos muros llamados *ciclópeos,* compuestos de enormes bloques de piedra, superpuestos y unidos sin mortero. Algunos quieren atribuir a este pueblo un origen ario, supo-



Puerta ciclópea de Tarragona

niéndole descendiente de la meseta del Pámir, aunque no faltan autores que restringen grandemente el concepto de aria, distinguiendo entre los arios de raza y los arios de lengua y adjudicando el honor de ser los verdaderos arios primitivos a los teutones, y más especialmente a los suecos.

Sea como fuere, sábese, por Homero, que esos pelasgos eran diestros en el manejo de la espada y de la pica; que su organización política era comunista, gozando las mujeres de los mayores derechos. El padre de familia era rey y pontífice en su casa. Celebrábanse asambleas en las cuales todo el mundo tenía voz y voto.

© Biblioteca Nacional de España

Después de un primer período cazador o pastoril, se dedicaron a la agricultura, y eligieron por emblema el toro, que figuraba en sus monedas. Las ciudades estaban rodeadas de ingentes muros. Parece que los pelasgos fueron también ilustres hidráulicos. Las casas eran de ladrillo crudo, y pintadas de colores claros. Sabían el arte de tejer, de teñir y de cocer el barro.

Este pueblo fué el que levantó las murallas de Ti-

Micenas: Puerta de los Leones

rinto y de Micenas, y en nuestra España las de Tarragona y Gerona, aunque es probable haya muchas más que estén soterradas. Algunos hacen idénticos a los pelasgos con los chotas de Italia, o sea los tirrenos o etruscos.

Hasta aquí todo es hipotético, pero ya deja de serlo en adelante.

Los fenicios. A esas invasiones, voluntarias o requeridas, de bereberes africanos y de pelasgos asiáticos, sucedió la de los fenicios, habitantes de una zona

© Biblioteca Nacional de España

del Mediterráneo oriental, cruzada por el Líbano y en la cual se levantaban las ciudades de Tiro y de Sidón.

La naturaleza del suelo determinó el carácter de este pueblo; los cedros del Líbano les sugirieron la construcción de naves, al ver flotar sobre el mar las ramas desgajadas por el tiempo o por los vientos; la fabricación de púrpura y de seda, el conocimiento de la moneda y el hallazgo de la escritura les impulsaron a ser navegantes, a extender su comercio por las más luengas tierras entonces conocidas, a bordo de sus redondas naves con tres órdenes de remos.

Hacia el siglo XII antes de nuestra Era emprendieron los fenicios sus primeras expediciones a Poniente, llegando hasta más allá del Estrecho de Gibraltar. Créese que en un principio se establecieron en la hoy sumergida isla Eritrea (*isla roja*, después de *Sancti Petri*) y que después fundaron a Cádiz, donde establecieron el culto de su dios, *Melkart*, el Hércules fenicio.

Era grande la codicia de aquella gente, de origen cananeo, y, por lo mismo, procuraron explotar las inmensas riquezas mineras de los tartesios, denominados ahora *turdetanos* y *túrdulos*. Continuaron fundando factorías, y así levantaron las de Málaca, Abdera (Adra), Carteya, Calpe, etc., hasta más de doscientas, siendo Gades la metrópoli de todas ellas.

El país daba muestra de poseer inagotables filones de plata; los ríos acarreaban pepitas de oro; el suelo, sin el menor esfuerzo, rendía espléndidas cosechas. Los fenicios, bien acogidos por los naturales, a quienes surtían de curiosos objetos de arte y numerosos utensilios: vasos, estatuas, telas, armas, fueron internándose, y explotaron a su sabor las minas, sin que al parecer se turbasen las buenas relaciones entre ellos y los naturales.

Los griegos. Tres o cuatro siglos después aparecía otro pueblo: los griegos.

© Biblioteca Nacional de España

Si los fenicios debieron a sus bosques maderables y a la situación que ocupaban a la orilla del mar la vocación marítima que les distinguía, los griegos se vieron obligados, por la pobreza de su suelo, a hacer como las abejas, esto es, a enjambrar, trasladándose a otras tierras, pero conservando siempre los más estrechos vínculos con su país de origen.

Los griegos poblaron las Baleares y fundaron a Rosas (Rodon) entre el Pirineo y la desembocadura del Ter; estos griegos eran *rodios,* y siguiendo en su navegación al Sur fundaron otros establecimientos en las costas mediterráneas, como Artalias, Eleyos, Cherconesus, Sopelacon, Olvia (Artana), Esteda, Peñíscola, Olva, Onda, etcétera. Otros llegaron hasta el centro y se aposentaron en un país que llamaron Arcadia.

Los cretenses o candiotas fundaron a su vez a Candia (Gandía). Atribúyese a otros griegos la fundación de Nebrija, Carlona, Tuy, Lisboa, Pontevedra, y no pocas ciudades del interior.

Una nueva colonización griega fué la de los focenses, establecidos en Marsella, y procedentes, como ya indica su nombre, de la Fócida. Estos focenses fundaron a Emporion (Ampurias), numerosas ciudades alrededor de la pelásgica *Tárraco* y consecutivamente a Sagunto, Zauste y Denia, más al Sur.

Resumen. Los iberos y los celtas fueron los primeros, o cuando menos los más antiguos pobladores, pero algunos añaden a las primeras tribus los medos, arameos y persas, suponiéndolos de raza aria; siguieron luego los pelasgos, después los fenicios, a quienes se añaden también judíos y egipcios primitivos, y, por fin, los griegos.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO V

CIVILIZACIÓN PÚNICO-GRIEGA

LOS FENICIOS. — LOS GRIEGOS. — POLÍTICA DE LOS DOS PUEBLOS.

Los fenicios. De éstos nos quedan incomparables restos en las necrópolis de Ibiza, llenas de preciosos objetos de cerámica, estatuitas, joyas y cuanto puede dar idea del arte púnico, maestro del griego

Talayot

© Biblioteca Nacional de España

arcaico, o cuando menos, origen de grandes influencias. Respecto a construcciones queda desechada la opinión que suponía obra de los fenicios la construcción de los monumentos pelásgicos o ciclópeos, pero se les atribuye la de los *talayots* de las Baleares.

El arte fenicio no fué nunca original, sino de pura imitación egipcia, caldeo-asiria y aun griego arcaica.

Tal vez, aunque sin asegurarlo, no son otra cosa que imitaciones del griego arcaico las estatuas famosas del Cerro de los Santos, en Yecla, y la exquisita *Dama de Elche* (hoy en el Louvre), de igual manera que podría pertenecer un busto de mujer, en mármol blanco, existente en el Museo de Tarragona, y que tiene todas las trazas de chipriota, que es como decir fenicio, bajo la influencia egipcia; como son también, al parecer, fenicio-egipcios las letras y jeroglíficos de un trozo de jaspe del país, conservado en el citado Museo.

La Dama de Elche (arte ibero primitivo influído por el griego arcaico)

Igual carácter presentan algunos ídolos de barro existentes en el mismo establecimiento oficial.

Ocupan sin duda los fenicios un lugar eminentísimo en la historia de la civilización humana, como propagadores de ella. Si no inventaron, perfeccionaron, y

© Biblioteca Nacional de España

por decirlo así, enseñaron a los pueblos las artes y las ciencias, arrancándolas del secreto de los templos y de la celosa reserva de las escuelas. Si no fueron los inventores del vidrio, supieron trabajarlo admirablemente y emplearlo en la fabricación de vasos y copas de colores y ornamentación de oro, de igual manera que revestían con placas de vidrio las paredes y techos de sus habitaciones; eran grandes orfebres y plateros; trabajaban el ámbar, el acero y el marfil, pero sobre todo descollaban en el arte de teñir las telas de púrpura.

Los fenicios dejaron testimonio de su colonización en Grecia, Cerdeña (con los *nuragos*), en Baleares (con los *talayots*), en Sicilia y en África; pero es indudable que su país predilecto era España, abundantísima en minas de metales preciosos. De ahí que desde la costa mediterránea se extendieran por todo el interior hasta Asturias y Galicia. Parece que en aquellos tiempos se encontraba la plata a flor de tierra, y con poco trabajo se extraía el oro, ya de los filones, ya de las arenas de los ríos.

Placas de marfil fenicias con dibujos, halladas en Andalucía

Conviene decir ahora que los fenicios, como buenos cananeos y codiciosos negociantes, eran el prototipo de la perfidia, y no se contentaban con llevarse nuestras riquezas naturales, sino que practicaban también la caza de esclavos, arrebatando astutamente hombres, mujeres y niños para venderlos luego en los mercados de Oriente.

Eran asimismo terribles piratas y secuestradores, lo

© Biblioteca Nacional de España

cual indica que no conocían la moral, ni tenían conciencia. Con todo, hicieron un bien al enterar a los ingenuos peninsulares españoles de lo que valía el país, y cómo se podían explotar sus riquezas.

Los griegos. Dejaron éstos huellas de su paso en Emporion y en Tarragona, en materia de cerámica, de estilo miceniano, aunque indudablemente la mayoría de los objetos fueron fabricados en el país. Su dibujo es muy correcto y la decoración es vegetal estilizada, geométrica y aun zoológica.

En Ampurias son en gran cantidad los vasos griegos que se han descubierto. En cuanto a obras de arte escultórico apenas si queda algún vestigio, entre ellos un alto relieve representando a Palas Atenea, en Tarragona. Créese también de origen griego, aunque bien pudiera ser más antigua, la danza llamada la *sardana*, de evidente carácter astronómico.

Política de los fenicios y de los griegos en España. Los fenicios no pensaron nunca en sujetar a las tribus iberas y menos a las celtíberas a su dominación. No les preocupaba otra mira que el comercio. Sólo una vez, ya en tiempo de la colonización griega, se les ocurrió a los colonos cananeos de Cádiz mostrarse arrogantes y tiránicos con los turdetanos, los cuales, como gente poco sufrida, atacaron las factorías fenicias de Tartesia, entraron a saco en algunas, como Medina Sidonia, y llegaron hasta amenazar a la misma Gades. Este cambio en las relaciones de ambos pueblos ocasionó las más trascendentales consecuencias, como ya veremos.

En cuanto a los griegos, parece que ejercieron inmensa influencia en los territorios donde habían levantado sus ciudades, en lo tocante a la difusión de la cultura. No se sabe que hubiese ocurrido nunca choque alguno entre los indígenas y ellos. Griegos y españoles obraban con entera independencia y se regían por sus respectivas leyes y costumbres.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

PARTE SEGUNDA

ESPAÑA ANTIGUA

CAPÍTULO I

LOS CARTAGINESES

ORIGEN Y SITUACIÓN DE CARTAGO. — INTERVENCIÓN CARTAGINESA. — PRIMERA GUERRA PÚNICA. — CONQUISTA DE ESPAÑA. — AMÍLCAR BARCA. — ASDRÚBAL. — ANÍBAL. — PRIMERAS CAMPAÑAS DE ANÍBAL. — ELMÁNTICA. — GUERRA DE SAGUNTO. — EL *casus belli* CON ROMA.

(SIGLOS VI A III A. J.)

Hemos dicho que al cabo de largos siglos de pacífica permanencia en Tartesia, se les ocurrió a los fenicios vejar y amenazar a los naturales (siglo VII a. J.). Desde entonces no volvió a haber paz, hasta que hacia 542, viéndose amenazados en Gades los fenicios y de cada vez más pujantes los tartesios, imploraron aquéllos el auxilio de la República de Cartago.

Y aquí es de notar cuántas veces ha ocurrido que las invasiones de España fuesen debidas al requerimiento de los habitantes de la península. Los pelasgos vinieron al parecer llamados por los tartesios; vienen ahora los

© Biblioteca Nacional de España

cartagineses llamados por los fenicios, como vinieron después los árabes, llamados por los judíos y los mismos visigodos. Y no tienen cuento las invasiones africanas solicitadas por los mismos árabes y bereberes de la península. Y esto ha durado casi hasta nuestros días; en tiempo de la guerra de Sucesión, llamamos a los ingleses, y en tiempo de Fernando VII a los rusos y franceses, aunque sólo acudieran éstos.

Origen y situación de Cartago.

Parece ser que Cartago debió su fundación a una colonia fenicia, que abandonó su patria en lejanos siglos para constituirse en Estado independiente.

Estos emigrantes se establecieron en una península del golfo de Túnez, entre Cabo Bueno y Cabo Blanco, recibiendo la plaza el nombre de *Karta Hadath*, o sea *Ciudad Nueva*.

Pronto dilataron su estrechísimo territorio con grandes conquistas en los países de alrededor, en Sicilia, en Córcega y en Ibiza, y en tal ocasión recibieron la embajada de los fenicios de Cádiz para que acudieran en su auxilio.

No sabían, sin duda, que era como pedir el cordero el auxilio del lobo.

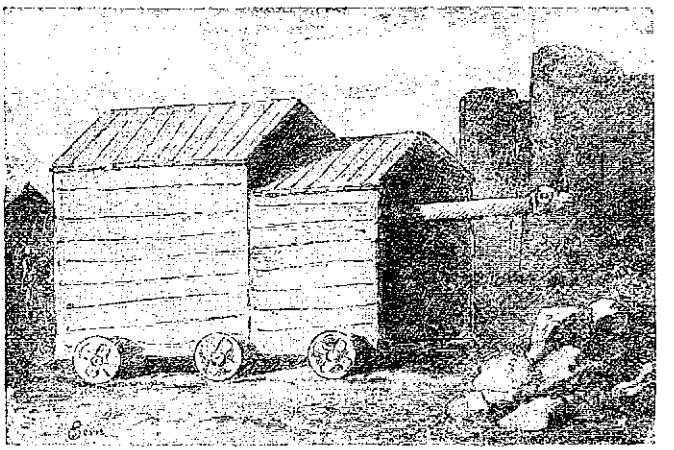
Intervención cartaginesa.

Cartago tenía grandes fuerzas en Ibiza, e inmediatamente las lanzó contra los tartesios, que no pudieron resistir el choque. Vencidos éstos, los cartagineses o púnicos se dispusieron a arrojar ahora a los fenicios, y pusieron sitio a Cádiz, auxiliados por no pocos naturales. Parece ser que para batir los formidables muros de la plaza, los cartagineses emplearon por primera vez el *ariete*. Hecho esto, continuaron castigando a los tartesios, que vieron arrasadas muchas de sus espléndidas ciudades y abandonaron su patria para correrse a la costa mediterránea. Por fin, cesó la guerra; Cartago devolvió a los fenicios Gades y algunas otras poblaciones

© Biblioteca Nacional de España

pertenecientes a ellos, y procuró hacer olvidar su primera intervención dedicándose al tráfico comercial, de la manera más pacífica, y así transcurrieron tres siglos, que bien puede decirse fueron de pérfido disimulo y enormes ganancias para ellos.

Los cartagineses, hábiles políticos, habían visto, después de la guerra con los tartesios, que no les convenía levantar el país en contra suya, y por lo mismo se con-



Arieto

dujeron de la manera más pacífica. Y unos y otros se daban por muy satisfechos; ellos, al hacerse con nuestros preciosos minerales y nosotros con la adquisición de algunos artículos superfluos que nos parecían de extremada valía.

Y tal vez hubieran continuado por mucho tiempo más siendo tan cordiales las relaciones hispano-púnicas a no haber llegado un momento en que Cartago vió su sola salvación en la conquista de España.

© Biblioteca Nacional de España

Precisa para ello que demos noticia de lo que ocurría en la poderosa república africana.

Primera guerra púnica.

Dueños los cartagineses del comercio español, dejaron en paz a nuestras tribus, como ya hemos dicho, pero se apoderaron de las Baleares, Córcega y Cerdeña, arrojando de ellas a los fenicios, mas aun no les bastaba, sino que a toda costa querían apoderarse de Sicilia, que era, en realidad, una simple colonia griega.

Dos siglos duró la lucha (desde 480 a 280 a. J.), quedando por fin vencedores los púnicos. Ya por entonces había extendido Roma sus dominios hasta la Italia Meridional, y sólo quedaban separados los territorios de ambas potencias por el Estrecho de Mesina. De ahí, a no tardar, una guerra, que desde luego tuvo que ser marítima, y como Roma no tenía escuadras se vió obligada a improvisarlas, copiando el modelo de los buques cartagineses.

La guerra duró tres años, con diversa fortuna; pero como no interesa a nuestra relación su historia, bastará decir que por fin, en 242, fueron completamente derrotados los cartagineses en la batalla naval de las islas Égadas, viéndose obligados a pedir la paz a su rival del Tíber, en duras condiciones, cual fué el inmediato abandono de Sicilia.

Sólo a título de memorable trance recordaremos ahora la guerra llamada *inexpiable*, que puso a Cartago al borde de su total ruina. Valíanse los púnicos para sus guerras de tropas mercenarias, cosmopolitas, mezquinamente pagadas, mientras sus escuadras eran tripuladas por esclavos. Terminada la guerra con Roma pidieron los mercenarios las muchas pagas que se les debían, y como no se les atendiera, subleváronse al mando de Estipendio y Matho, viéndose sitiada la misma metrópoli por aquellas feroces hordas. Gracias a Hannón y a Amílcar Barca se pudo salvar la situación; los mer-

© Biblioteca Nacional de España

cenarios fueron exterminados en el desfiladero del Hacha, pereciendo degollados más de cuarenta mil. La guerra duró tres años, y fué, como dice Polibio, «la más sangrienta e impía de cuantas se ofrecen en la historia».

Conquista de España. A nadie se le podía ocultar que la paz entre Roma y Cartago era un simple paréntesis, y que estallaría de nuevo la guerra en cuanto la segunda tuviera ocasión de intentar el desquite.

Para ello se pensó en aprovecharse de los inmensos recursos que podía proporcionar España: oro y plata, caballos, armas y un pueblo belicoso, dividido por inextinguibles odios y rivalidades, donde la recluta sería facilísima.

Resuelta la conquista, fué confiada a Amilcar Barca, el más ilustre de los caudillos púnicos, invicto hasta entonces por los romanos en la primera guerra púnica, vencedor de los mismos en Eryx.

Amilcar Barca. El insigne general púnico salió de Cartago con el propósito de reducir por la fuerza a toda la península, por bravos y feroces que fuesen sus habitantes. Llevaba grandes fuerzas, pero no era menester, pues todos reconocían que valía él solo por todo un ejército. Con él iban sus tiernos hijos, los que él llamaba sus leoncillos: Aníbal, Asdrúbal y Magón.

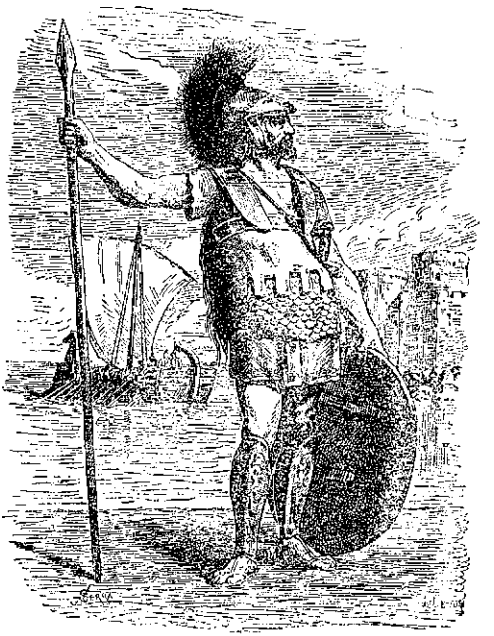
Los cartagineses arrojaron entonces la máscara; los comerciantes se habían convertido en dominadores. Desembarcó en Gades (238 a. J.) y desde allí emprendió una marcha que fué una verdadera *razzia* a lo largo de la costa. Venció a los tartesios o turdetanos, a los contestanos y a los edetanos. Siguiendo por la orilla del mar reedificó a *Acra Leuca* (Peñíscola) y creen algunos que llegó hasta el lugar donde se levanta hoy Barcelona, de la cual ciudad debió ser fundador o cuando menos restaurador. Los naturales resistieron cuanto pudieron, pero como existían entre ellos los

© Biblioteca Nacional de España

más profundos rencores, no pocos se pasaron a sus banderas, prefiriendo combatir a su lado que ayudar a los habitantes de las otras confederaciones.

En aquella guerra terrible perecieron los primeros defensores de la independencia española, Istolacio, jefe celta, e Indortes, jefe ibero. Con todo, muchas ciudades se rindieron, sin necesidad de apelar a la fuerza, sino por pura persuasión.

La victoriosa carrera de Amílcar hubo de quedar, sin embargo, bruscamente interrumpida.



Soldado cartaginés

Sitiaba el glorioso general la plaza celtíbera de *Vélice* (Belchite) cuando un príncipe indígena llamado Orisón se le presentó para ofrecerle sus servicios. Como el hecho no tenía nada de particular, aceptó Amílcar; pero en cuanto Orisón vió llegada la ocasión que tenía pensada, puso en obra el secreto intento que le había movido a acometer aquella, al parecer, villana traición.

Ello fué que los oretanos, haciendo resonar sus trompas de cuerno de toro salvaje (*urus*), se lanza-

© Biblioteca Nacional de España

ron, auxiliados por los vetones, contra los cartagineses, en columna cerrada, hasta que, hallándose ya a corta distancia, abrieron las filas y soltaron por las brechas gran número de feroces toros y carretas tiradas por bueyes, llenas de leña encendida, que introdujeron el pánico en las filas cartaginesas. Y entonces fué cuando Orisón, revolviéndose contra aquellos a cuyo lado se había puesto, los desbarató. Amílcar, huyendo a uña de caballo, perdió la vida al intentar vadear el Guadiana (229), al cabo de nueve años de campaña. No obstante, según otros, Amílcar pereció a manos de los saguntinos, lo cual explicaría el odio de Aníbal contra dicha ciudad.

Asdrúbal. Terrible contratiempo fué la muerte de Amílcar para Cartago, pues profundamente divididos los púnicos por sus parcialidades políticas, era difícil que los senadores se pusiesen de acuerdo para el nombramiento del sucesor. Aunque inmensamente rico, Amílcar era el jefe del partido *pobre* o democrático, mientras Hannón lo era del partido *rico* o aristocrático. Por fin se convino en nombrar a Asdrúbal, yerno de Amílcar, que inmediatamente se puso en camino para España.

El nuevo general optó por lo que llamamos hoy «la penetración pacífica», conociendo que nada alcanzaría por la violencia. Con todo, el honor militar exigía el castigo de la derrota de Vélice, y no le fué muy difícil, pues los vetones se marcharon y dejaron entregada la plaza a sus solas fuerzas. Asdrúbal se apoderó de Vélice, la arrasó e hizo morir crucificado a Orisón.

Cumplido este deber, impuesto en imperiosos términos por el Senado de Cartago, Asdrúbal empleó hábilmente una política de atracción; concertó alianzas con muchas confederaciones y fundó otra Cartago, que los romanos llamaron *Cartago Nova* (Cartagena), metrópoli púnica en España.

© Biblioteca Nacional de España

Todo parecía transcurrir con la mayor tranquilidad; habíase pactado con Roma que el límite entre ésta y Cartago, en España, fuese el Ebro, y se respetasen además las ciudades griegas aliadas de la costa edetana y contestana; viudo Asdrúbal de la hija de Amílcar, casó con una hermosa joven española, e iguales enlaces contrajeron muchos jefes.

Sin embargo, no todos los españoles se mostraban confiados. Formóse una coalición de tribus celtíberas y lusitanas que decidieron oponerse a aquella solapada tiranía. Hallábase a su cabeza un opulento celtíbero llamado Tago. Asdrúbal, colérico, partió contra los insurrectos, los derrotó y habiendo caído prisionero su caudillo, lo hizo crucificar cabeza abajo y paseó luego sus sangrientos restos por los pueblos que se habían declarado a su favor. Esta crueldad fué su perdición: hallándose Asdrúbal sacrificando en el templo de Melkart, un esclavo de Tago le dejó muerto de una puñalada, al cabo de nueve años de gobierno (221 a. J.).

Aníbal. Esta vez no tuvo por qué ocuparse el Senado de Cartago en nombrarle sucesor a Asdrúbal, pues el ejército proclamó con entusiasmo por su general al cuñado del difunto, Aníbal, hijo mayor de Amílcar, y que desde los nueve años, teniendo ahora veintinueve, no se había movido de la península. A pesar de haber guerreado constantemente y desempeñar el cargo de general de la caballería bajo el mando de Asdrúbal, poseía vasta instrucción y conocía tan perfectamente el griego que escribía en esta lengua sus despachos.

He aquí el retrato que, con algo enfático estilo, traza Tito Livio del joven general cartaginés. «Educado entre el ruido de las armas, endurecido su cuerpo en el ejercicio de la guerra de España, su maestra en el arte militar, como la llama Floro; codicioso de gloria y de ánimo arrogante y esforzado tan sereno en los peligros como audaz en los combates; tan enér-

© Biblioteca Nacional de España

gico como prudente y tan avisado como brioso, reconocido por el mejor jinete y por el mejor peón de todo el ejército; tan hábil para formar el plan de una expedición como activo para ejecutarle; tan dispuesto a obedecer como apto para mandar; tan paciente y sufrido para el frío y el calor como sobrio y templado en el comer y el beber; modesto en el vestir y acostumbrado a dormir sobre el duro suelo; el primero siempre en el ataque y el último en la retirada; con aventajada y sobresaliente disposición para las cosas más inconexas, no pudiera la República haber encomendado a manos más hábiles y dignas la suerte de las armas y el engrandecimiento de las conquistas; que la crueldad de que se le acusa, la deslealtad y la perfidia, la falta de temor a los dioses y de respeto a la religión y a la santidad del juramento, no debían servir de reparo y escrúpulo al Senado cartaginés, con tal de que en pro de la República los empleara.»

Aníbal

Pronto se iba a ver la diferencia que, en talento político y militar, en corazón y en habilidad mediaba entre Asdrúbal y el hijo de Amílcar. Y ya desde luego, nadie podía competir con él en odio a la república del Tíber, pues según refieren las historias, al partir Amílcar de Cartago para España con sus *leoncillos* le hizo jurar a Aníbal, ante la estatua de Baal Moloch, odio eterno a Roma y al nombre romano, y jamás olvidó este juramento.

Aníbal se propuso ante todo atraerse a los fieros españoles, que con tanto coraje habían resistido a

© Biblioteca Nacional de España

Amílcar y Asdrúbal y para ello comenzó por contraer enlace con una hermosa joven llamada Himilce, de Cástulo. Era difícil hacer olvidar las extorsiones y violencias de los años anteriores, pero Aníbal, para quien era de interés capital la pacificación de España, puso en ello los mayores cuidados: mostróse amabilísimo con todo el mundo, contrajo alianzas con muchas tribus; procuró atraerse a los régulos más influyentes, rebajó los tributos y dió orden a sus tropas de que se abstuviesen de molestar, ni disgustar en lo más mínimo a los naturales, comenzando él por dar ejemplo.

Los españoles, de quienes siempre se consigue más de grado que por fuerza, se dejaron seducir por e joven general, y olvidando las terribles luchas del pasado se mostraron, no pocos de ellos, tan adictos a Aníbal como pudieran serlo los propios cartagineses de su partido. No se les puede acusar por eso de falta de patriotismo, como fué el caso de los *afrancesados* en la guerra de la Independencia, ya que la idea de «patria española» era completamente desconocida aún.

Aníbal obró como eminente político al proceder de aquella suerte. En aquella larga guerra, empezada hacía cerca de veinte años, se había visto hasta dónde llegaba la terrible resistencia que oponían los españoles al yugo del conquistador. Lo mismo peleaban, en efecto, los hombres que las mujeres, los ancianos que los niños; morían todos sin exhalar un gemido, y si caían prisioneros se envenenaban o se mataban de la manera que podían. Apostados en las breñas, se defendían desde allí con valor supremo, y de nada servían las derrotas ni los rudos castigos, pues al siguiente día volvían a la carga.

Así era nuestra raza, retratada por el historiador hispano-romano Trogo Pompeyo, cuya relación extractó Justino en estos términos: «El cuerpo del espa-

© Biblioteca Nacional de España

ñol es tan duro y sufrido para el hambre y la fatiga como su corazón está dispuesto siempre a la muerte. Todos son rigurosamente sobrios, prefiriendo antes la guerra que el reposo, y si el enemigo les falta *fuera*, ellos lo buscan *dentro*. Frecuentemente perecen entre las más atroces torturas antes que revelar un secreto, poniendo su punto de honor más bien en la tenaz discreción de su silencio que en el cuidado de conservar la vida. Celébrase la firmeza incontrastable de aquel esclavo que durante la guerra púnica, después de haber vengado la muerte de su dueño (se *refiere al esclavo de Tago*) insultaba con su risa a sus enemigos entre las angustias del tormento, triunfando así con su semblante sereno y alegre de la crueldad de sus verdugos.

»Están dotados de tan grande agilidad de cuerpo como inquietud de ánimo. Casi todos estiman aún más que su propia sangre sus armas y sus caballos de guerra... ¡Tal es su valentía, más propia de fieras que de hombres!»

Primeras campañas de Aníbal.

No todos los naturales, sin embargo, se mostraban propicios a aceptar el gobierno cartaginés, y menos que nadie los terribles lusitanos y celtíberos. Era preciso, para el plan que meditaba Aníbal — la invasión de Italia, — no dejar enemigos a la espalda, y por lo mismo, a los pocos meses de su mando salió a campaña para reducir a los rebeldes, — se entiende a los defensores de la patria.

El ejército cartaginés se componía en parte de libios, pero principalmente de mercenarios, hez de todas las naciones, «turba de ladrones asalariados, muchedumbre cosmopolita, mezcla informe de todas las religiones, de todos los idiomas, de todas las costumbres, sin familia ni patria, nueva Sodoma errante que hubiera horrorizado a la antigua», dice Fornés.

© Biblioteca Nacional de España

A estos contingentes, especie de «legión extranjera», pudo desgraciadamente añadir Aníbal no escasas fuerzas iberas, ciegamente adictas a su persona.

La campaña fué corta (220-219 a. J.), pero terrible. Aníbal atacó y desbarató a los olcades (Alcarria); sujetó a los vácceos (palentinos), destrozó a los carpetanos que le disputaban el paso del Tajo y continuando su marcha hacia el Norte llegó hasta el Tormes.

Este avance no se realizó sin grandes pérdidas por parte del invasor, repitiéndose el caso de la resistencia tremenda opuesta a Amílcar y Asdrúbal. Nuestros guerrilleros ocasionaban terribles pérdidas al cartaginés, y miles de libios, númidas, escitas, etíopes, egipcios, baleares, hallaban la muerte en las llanuras y montañas de la meseta central española. No perdía jamás, Aníbal, en medio de tantas contrariedades, su valor sereno: vencido el enemigo procuraba atraérselo, sin perjuicio de exigirle tributos, ya que la avara Cartago le regateaba de continuo todo auxilio.

Elmántica. Así llegó a la vista de Salamanca, donde ocurrió un hecho que revelaba hasta qué extremo llegaba el odio al extranjero. Después de obstinadísima resistencia había podido el general cartaginés apoderarse de la famosa *Elmántica*, capital de los vetones. Según las leyes de la guerra, debían salir los habitantes para entrar a saco la ciudad, y ser registrados los hombres, pero no las mujeres. Las salmantinas salieron, pero no se llevaron ocultas las joyas, sino las armas de sus padres, esposos y hermanos, y una vez fuera, mientras los púnicos iban de casa en casa apoderándose de cuanto les parecía más valioso, entraron de nuevo los habitantes que, sorprendiendo a los aborrecidos extranjeros, hicieron espantosa carnicería en ellos, que escaparon al grito de sálvese el que pueda.

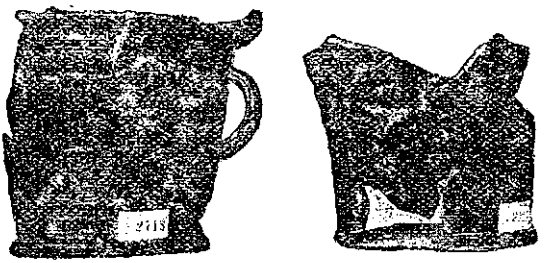
Maltrecho Aníbal, rehizo su hueste y puso sitio a

© Biblioteca Nacional de España

Abucella (Toro), costándole terribles pérdidas y largos meses la toma. Por fin quedaron, si no pacificadas, debilitadas aquellas regiones, y el general cartaginés vió llegada la hora de realizar lo que constituía su idea fija desde la niñez: destruir a Roma, ya que su existencia era incompatible con la de Cartago.

La guerra de Sagunto.

Como dijimos ya, Sagunto (Zacinto) había sido fundada por los focenses, en el país de los edetanos, aunque otros suponen que lo fuera por los pelasgos, por sus murallas ciclópeas, como las de Tarragona y las de las ciudades de la antigua Etruria. Sea como fuere, Sagunto era griega por



Barros saguntinos. (Museo de Tarragona)

sus costumbres, su lengua y su cultura. Era una ciudad riquísima, hermosa, floreciente. Su posesión proporcionaría inmenso botín al cartaginés, pero eso era secundario; lo que Aníbal se proponía era suscitar un *casus belli* con Roma, de la cual Sagunto era aliada.

Faltaba un pretexto, pues los saguntinos no habían realizado agresión alguna contra los cartagineses; pero nunca faltan pretextos en tales casos. Andaban en continuas peleas los saguntinos y sus vecinos los turboletas (Teruel), excitados bajo mano los unos por Cartago y los otros por Roma. El motivo de estas contiendas era la cuestión de límites, pero más aún la de aguas y de pastos.

© Biblioteca Nacional de España

Aníbal (219) intervino y exigió que los saguntinos se allanaran a las condiciones por él dictadas y que favorecían en gran manera a los turboletas, a lo cual respondieron los primeros que consultarían con Roma. Aníbal se negó a conceder ningún plazo y declaró la guerra a la ilustre ciudad.

En breve consiguió reunir un formidable ejército de ciento cincuenta mil hombres, en su mayoría iberos, con inmenso material de guerra y sitio, provisiones, forrajes y cuanto podía necesitarse para una empresa que habría de ser dificilísima.

A la noticia del avance presentáronse en el campamento de Aníbal los delegados que representaban en Sagunto al Senado y Pueblo romano, y le hicieron presente que de sitiar a Sagunto entenderían que era una declaración de guerra a la República del Tíber. A esto respondió Aníbal, que si los romanos habían castigado a los turboletas por insultos hechos a los saguntinos, los cartagineses, aliados de los turboletas, podían también tomar satisfacción en los saguntinos de los agravios inferidos a sus confederados, con lo cual se dió por terminada la conferencia.

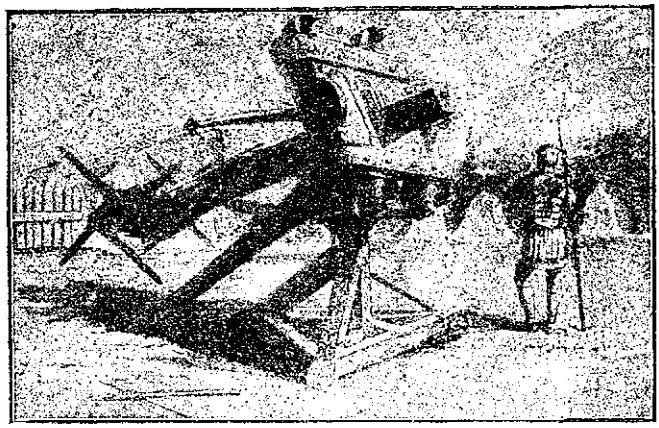
Las operaciones comenzaron desde luego: Aníbal comenzó por apoderarse de todos los pueblos circunvecinos a Sagunto, y taló el país en una extensión de treinta kilómetros a la redonda, para quitar a los sitiados toda esperanza de poder recibir víveres y bastimentos; los saguntinos a su vez repararon sus formidables murallas y levantaron nuevas obras de defensa — torreones y trincheras, — en las cuales emplearon las máquinas de guerra llamadas *faláricas*, que arrojaban gran número de saetas.

Los cartagineses, llegada la primavera, comenzaron a dar asaltos, siempre rechazados por los saguntinos, pero no sólo esto sino que los sitiados hacían diariamente impetuosas salidas contra las obras de

© Biblioteca Nacional de España

aproche de los cartagineses, contra sus máquinas de guerra, para destruirlas, como así lo consiguieron hartas veces, al par que penetrando en los campamentos hacían terribles estragos, movidos por su ánimo heroico y la fortaleza de su pecho.

Luchaban los saguntinos, siempre esperanzados en la llegada de las legiones romanas que sin duda acudirían en su auxilio, pero era vana esperanza; lo



Balista

que hizo Roma fué enviarle nuevos embajadores a Aníbal, quien, esta vez, ni siquiera se dignó recibirlos. Y aun fué peor lo ocurrido en Cartago, pues los embajadores romanos allí enviados en queja contra el general púnico fueron objeto de los más groseros insultos.

Aun con eso, no podía ser peor la situación de Aníbal ante Sagunto; a tratarse de otro jefe, sin duda se hubiera levantado el sitio, pero el hijo de Amílcar pertenecía a una casta de hombres superiores, de clarividencia asombrosa, y por eso no se desalentó y continuó en

© Biblioteca Nacional de España

su empresa, confiando en un aliado de inapreciable valor: el hambre asoladora.

Por eso no se retiraba Aníbal y porfiaba en su obra de destrucción.

Los arietes y catapultas de los sitiadores derribaron los ciclópeos muros de la ciudad, pero también los saguntinos empleaban sus faláricas, una de cuyas saetas hirió en un muslo al general cartaginés. Abierta brecha, penetraron en la ciudad grandes contingentes de los sitiadores. Los saguntinos, hambrientos, sin agua, defendiéronse con barricadas, calle por calle, casa por casa, palmo a palmo.

He aquí cómo describen los notables historiadores A. y H. Fornes los últimos días de aquella tremenda guerra, al cabo de ocho meses de hambre, de sed y de fallidas esperanzas: «Las gestiones espontáneas del noble saguntino Morco cerca de Aníbal alcanzaron unas a manera de condiciones: «Entregaréis, dijo, vuestras riquezas, y saldréis de la ciudad con dos vestidos, pero esa concesión no garantiza la vida de nadie, pues la entrega es a discreción.» Los saguntinos, entonces con glacial y espantosa calma fueron conduciendo a la plaza pública sus tesoros, joyas, telas y obras de arte, como si fueran a entregarlos a Aníbal, y hacinando todo esto en una inmensa pira, le dieron fuego; cada casa fué en seguida otra hoguera; los más prefirieron morir matando enemigos en una postrer salida, y al siniestro resplandor de las llamas los habitantes de todo sexo y condición optaron por la muerte antes que doblar su cuello a la coyunda del extranjero.»

Los supervivientes fueron repartidos, como botín, entre los mercenarios, y vendidos otros, en almoneda, como esclavos. A pesar de la terrible destrucción y del incendio aun pudieron los vencedores sacar riquísimo botín de Sagunto, pues aparte de lo que se repartieron los soldados, quedó aún oro para enviar al Te-

© Biblioteca Nacional de España

soro de Cartago, en tan grande cantidad que con ese oro de Sagunto se pudieron construir y tripular treinta naves de cinco órdenes de remos, organizar un ejército expedicionario de 20,000 mercenarios y levantar en España un fuerte ejército de iberos que pasó a África para dar guarnición. Aníbal, terminada la campaña, se retiró a Cartagena, para invernar.

Timbre inmortal de gloria para nuestra patria es el épico sacrificio de Sagunto, pero la verdad obliga a decir que ni una sola tribu acudió en su auxilio; y no nos referimos a las tribus del Oeste y del Centro, sino a las de la otra orilla del Ebro, aliadas de Roma, y, por lo tanto, obligadas a prestar su concurso a Sagunto. También es cierto que iberos, celtas y celtíberos se sintieron orgullosos de que Sagunto hubiese dado tal ejemplo, pero la cosa no pasó de puro platonismo. Ni una sola ciudad hubo que le mandara un soldado, ni pensara en obligar al cartaginés a levantar el sitio. Sólo se hizo proverbial la bravura y el hambre de Sagunto.

El «casus belli».

La caída de la plaza, obra de Aníbal, produjo tanta impresión en Cartago como en Roma. En el Senado cartaginés exclamaba Hannón, jefe del partido de los *Ricos*: «La ruina de Sagunto, y ojalá sea yo un falso profeta, caerá sobre nuestras cabezas, y la guerra que hemos emprendido y comenzado con los saguntinos tendremos que acabarla con los romanos»; pero todo era inútil, y el partido de los *pobres*, o democrático, cuyo ídolo era Aníbal, hijo de su insigne jefe Amílcar, clamaba por la guerra con Roma, certísimo de que el vencedor de Sagunto vencería también a las legiones de la aborrecida Loba del Tíber.

En Roma se dió el caso de que el Senado no sintiera muchas ganas de pelear, pero no tuvo más remedio que ceder bajo la presión del militarismo, ya que el ejército ardía en deseos de acabar por siempre con la odiada

© Biblioteca Nacional de España

rival africana. No se atrevió, por lo tanto, el Senado a ponerse enfrente de aquel estado de opinión, y envió embajadores a Cartago, con propósito de dar largas al asunto, si podía ser (primavera de 218).

Las instrucciones de los embajadores eran preguntar «si Aníbal había atacado a Sagunto por orden de su Gobierno».

Los senadores cartagineses procuraron esquivar la respuesta diciendo que ellos desconocían el supuesto tratado con Asdrúbal, que en todo caso debió de ser privado, y que ignoraban estuviese comprendida Sagunto entre las ciudades que no debían ser atacadas.

En vista de tal contestación, los embajadores juzgaron que no podían volver a Roma sin exponerse tal vez a algún terrible castigo, y Quinto Fabio Máximo, empleando la fórmula acostumbrada en tales casos, mostró los pliegues de su toga y exclamó:

— Aquí os traigo la paz o la guerra; elegid.

— Hazlo tú mismo — respondieron los senadores.

— Pues entonces, elijo la guerra.

— La aceptamos sin vacilar

No había ya esperanzas de arreglo. Iba a dar principio *la segunda guerra púnica.*

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO II

CIVILIZACIÓN CARTAGINESA

CONSTITUCIÓN DE CARTAGO. — LA JUSTICIA. — RELIGIÓN. — ARTES Y CIENCIAS. — LA CIUDAD. — COMERCIO. — AGRICULTURA. — INSTRUCCIÓN. — EL EJÉRCITO. — LA MARINA. — DESCUBRIMIENTOS GEOGRÁFICOS DE LOS CARTAGINESES. — COSTUMBRES.

Antes de referir lo que fué la campaña de Aníbal en Italia, a donde, como ya veremos, se dirigió, daremos noticia de la civilización de Cartago y de su influencia en nuestra península, por más que aquel pueblo mercader no pudiese citarse como dechado de naciones cultas.

Constitución de Cartago.

Esta comenzó al parecer por ser monárquica, de cuyo régimen ha quedado el recuerdo de *la reina Dido*, supuesta fundadora del Estado, pero con el tiempo fué transformándose en una oligarquía plutocrática. Desempeñaban la suprema magistratura dos *sufetas* o jueces, los cuales presidían el Senado, compuesto de 24 individuos; el poder legislativo, como diríamos hoy, era ejercido por una asamblea compuesta toda ella de *ricos*. El ejecutivo estaba constituído por un Consejo de Ciento (*Genusia*) «verdadera ciudadela de la oligarquía cartaginesa», dice Mommsen.

La nobleza se fundaba, no en los pergaminos, sino

© Biblioteca Nacional de España

en el dinero; bastaba ser rico para tener derecho a ocupar cualquiera magistratura, por elevada que fuese. Con todo, cuando Cartago comenzó a tener guerras con Roma, nació un partido democrático, llamado de los *pobres*, cuyo jefe era Amílcar, y avanzando la oleada acabó, con el tiempo, de hacerse dueño de los destinos de la República.

La justicia. El carácter feroz de aquella raza semita, se manifiesta lo mismo en su justicia que en su religión. Existían tribunales especiales que entendían en los delitos, y las penas eran horribles; crucifixión, mutilación, lapidación, aplastamiento bajo enormes rocas, o bien lanzamiento a las fieras. Rasgos que hacen más profunda la diferencia entre la legislación romana y la cartaginesa, reducida ésta a un puro negocio mercantil.

Religión. Los cartagineses conservaron los dioses de Fenicia. El dios supremo era Baal-Moloch, símbolo, a lo que se cree, del Sol destructor; su ídolo, de bronce, era espantoso; tenía el vientre hueco y en él se encendía un horno, al cual, cuando el metal se ponía candente, eran arrojados centenares de niños para aplacar su ira. Después de Moloch se rendía culto a la diosa Tanit (la luna), o sea la Astarté fenicia, ante la cual, en sus fiestas, se llegaba a los mayores extremos de libertinaje.

Melkart (Hércules) era el dios local, como en Tiro; adorábanse además a los Cabires y los Dioscuros, a Elissar o Dido (*la fugitiva*), la supuesta fundadora, a Ceres y Proserpina y otras divinidades; pero siempre resultaba el culto sanguinario, tétrico y sombrío. Las supersticiones eran muchas y crueles.

Artes y ciencias. Todo indica que la gran república mercantil de África septentrional no dejó de cultivar las ciencias y las artes, pues consta que los colonizadores púnicos difundieron conocimientos de agricul-

© Biblioteca Nacional de España

tura, astronomía y mecánica entre nuestros iberos. Se les atribuye mucho saber en medicina, y se conservan aún importantes fragmentos de una obra de agronomía escrita por Magón y que el Senado Romano mandó traducir. Se asegura que compusieron también muchos libros de historia, pero de ser así todos se han perdido.

Respecto al cultivo de las artes se ha negado que llegaran ni a mediano grado de perfección. Tan terrible fué la destrucción de Cartago y de sus colonias, que apenas si quedan, como resto, unas cisternas, en el emplazamiento de la metrópoli; sábese, no obstante, que su arquitectura, como la de los fenicios, pertenecía al sistema de construcción llamado en general ciclópeo. Eran también escultores y pintores, aunque de escaso mérito. De lo primero dan idea algunos bustos notables por las facciones africanas y los cabellos lanudos, y algunos monumentos funerarios conservados en el Museo de Leyden, y de lo segundo las pinturas descubiertas en nuestra villa de Adra.

Más descollaban, al parecer, en orfebrería y cerámica; algunos, como M. Siret, han querido suponer de origen cartaginés los vasos ibéricos descubiertos en Archena, de admirable ejecución y decoración espléndida.

La ciudad. Cartago estaba rodeada de una elevada muralla, y como dado lo reducido del recinto no podían edificarse muchas casas, se suplía elevándolas a grandísima altura. Eran de forma cúbica, y para aprovechar el terreno las calles eran estrechísimas.

Era grande el número de *fábricas,* como diríamos hoy, en las cuales se tejía el lino y trabajaban los metales y el barro.

La ciudad estaba dividida en tres distritos: la parte nueva o arrabal de Megara, cubierta de jardines, barrio de los ricos, cercada por una triple muralla; el barrio interior, también amurallado, y en el cual esta-

© Biblioteca Nacional de España

ban alojadas las tropas y los elefantes, y estaban los almacenes militares, dominado todo por la fortaleza de Brisa; el tercer barrio era el de la marina, con dos puertos, uno militar y otro mercante.

Era notabilísimo el acueducto, de setenta pies de alto, que se conservaba aún en tiempo de Carlos V. Este acueducto era el que conducía a la ciudad las aguas recogidas en las diez y seis cisternas de que hemos hablado antes.

Los mejores edificios se atribuyen, sin embargo, a arquitectos griegos.

Es de suponer que un pueblo tan rico gustaría del más refinado lujo, y así serían de suntuosos sus joyas, sus telas y sus muebles. Desgraciadamente son escasísimos los vestigios que quedan.

Comercio. Los cartagineses comerciaban con todos los pueblos conocidos, y aun con los desconocidos para todos, menos para ellos. Traían piedras preciosas, marfil, dátiles, telas, cueros, para llevarse nuestros metales auríferos y argentíferos, nuestros vinos y aceites, nuestras frutas, nuestras lanas y nuestras mulas. Además del cambio en especie empleaban unas *monedas de cuero*, que, para algunos, son ya como la anticipación de los valores fiduciarios.

Agricultura. Parece ser que los cartagineses tenían en gran consideración el arte de cultivar la tierra, que se honraban en ejercerla los más opulentos potentados. De ahí que estuviese muy adelantada la hidráulica, y apareciesen poblados de preciosas quintas los alrededores de la ciudad, convertidos en un verdadero Edén.

Instrucción. Los hijos de los ricos eran educados en los templos desde los tres años a los doce; desde esta edad a los veinte se instruían en la industria y a los veinte se dedicaban al ejercicio de las armas. Terminado este período debían elegir su profesión; el comercio, la guerra, la marina, el sacerdocio. En lenguas

© Biblioteca Nacional de España

acabó por prevalecer la griega; en ella enseñaban los helenos la filosofía, y ya hemos visto que en griego redactaba Aníbal sus despachos.

De la lengua cartaginesa nada se sabe, ni nada queda, como no sea un trozo de diálogo de Plauto en su comedia *Pœnulus*. Con todo, puede asegurarse que era una lengua semítica.

Colonización. Cartago era, en suma, una *compañía mercantil*, como lo fueron después en Inglaterra la Compañía de África o la de Indias. Las colonias eran factorías a las cuales eran enviados los *pobres* para que se hiciesen ricos, mediante el monopolio. Toda conquista se realizaba por puro interés y no por miras de civilización; en suma, lo mismo que sucede hoy, salvo los eufemismos diplomáticos. Así procuraron expulsar a los griegos, sus antecesores, para ponerse ellos. «Importábales poco la gloria militar, dice un autor; sólo se cuidaban del interés.»

El ejército. «Para proteger sus factorías contra los indígenas, dice C. Seignobos, para mantener sumisos a sus súbditos, siempre prontos a la rebelión, le era menester un fuerte ejército, pero la vida de un cartaginés valía demasiado para arriesgarla sin necesidad. Cartago prefería pagar soldados mercenarios, que reclutaba entre los bárbaros de su imperio y los aventureros de todos los países. Su ejército era un tropel abigarrado en que se hablaban todas las lenguas, en que se practicaban todos los cultos, en que cada soldado llevaba armas y traje diferentes. Veíanse allí

Mondero balear

© Biblioteca Nacional de España

númidas vestidos con una piel de león que les servía de yacija, montados en pelo sobre rápidos caballejos y disparando el arco al galope; libios de negra tez armados de picas; iberos de España, de blancos vestidos, guarnecidos de rojo, armados de una larga espada puntiaguda; galos desnudos hasta la cintura, portadores de enormes broqueles y armados de mandobles; baleares educados desde la infancia en lanzar piedras o bolas de plomo con la honda. Únicamente la caballería, como costosa, era del país. Los generales eran cartagineses; el gobierno desconfiaba de ellos, los vigilaba de cerca y cuando eran vencidos los mandaba crucificar.

La marina. Cartago fué la Inglaterra de la antigüedad, y al igual que ella le era preciso que sus escuadras no reconociesen rival. Las primeras naves eran de tres órdenes de remos; después fueron de cinco y finalmente llegaron a ser de siete, lo cual explica su velocidad y da razón también del gran número de esclavos que era preciso capturar para tan duro menester; mas para ello estaba África. En las galeras de cinco órdenes de remos iban embarcados 300 marineros y 120 soldados.

Para dar idea de la potencia naval de Cartago basta decir que cuando la expedición de Jerjes contra Grecia le proporcionaron 2,000 naves de guerra y 3,000 de transporte.

Esta formidable escuadra cuidaba de la protección de las colonias; en el puerto de Cartago podían fondear a sus anchas 200 quinquirremes; eran a millares las naves mercantiles que anclaban en el puerto civil.

Descubrimientos geográficos de los cartagineses. En el siglo de oro de Cartago, hacia 520 antes de J., decretó la *Genusia* que los almirantes Hannón e Himilcón partieran para fundar colonias, el primero en África — costas occidentales y meridionales, — y el segundo en el Occidente y el Norte de Europa.

© Biblioteca Nacional de España

Ambos almirantes dieron cuenta de sus descubrimientos en sendos *Periplos*, o diarios de circumnavegación. Perdióse el de Himilcón, pero se ha conservado el de Hannón, escrito en griego, que se guarda en la biblioteca de la famosa Universidad de Heidelberg, habiéndolo traducido al castellano el conde de Campomanes.

Dióse Hannón a la vela con 60 naves de 50 remos cada una, a bordo de las cuales iban hombres y mujeres, para poblar, con abundantes provisiones y bastimentos. En total, treinta mil personas, de raza libio-fenicia.

Desembocó la flota por el Estrecho de Gibraltar (las columnas de Melkart, o Hércules, de los fenicios) y a los tres días reconoció una espaciosa llanura y después un promontorio (Cabo Espartel); ya en el mar libre, puso Hannón proa al Sur y vió un vasto pantano rodeado de cañaverales entre los cuales apacentaban gran número de elefantes y animales silvestres. Llegó después a la desembocadura del Lixo (nuestro Lucus, el de Larache). Remontó el río y llegó a una comarca montuosa y poblada de fieras. Los habitantes, a buen seguro bereberes, le participaron que allá, más arriba, o sea en el Atlas, vivían, en cavernas, unos hombres de singular figura, que vencían a los más veloces caballos en la carrera.

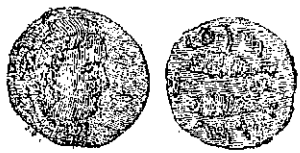
El cartaginés funda siete ciudades libio-púnicas en aquella costa, y continuando su ruta hacia el Sur se detiene en la isla de Cerne, situada en el golfo llamado hoy de Santa Cruz. Al cabo de doce días ve unas altísimas montañas, cubiertas de bosques, y habitadas por negros. Siete jornadas después llega la escuadra cartaginesa a un estuario. Desembarcan allí, pero no parece alma viviente, hasta que por la noche «vimos, escribe Hannón en su *Periplo*, gran número de hogueras y oímos multitud de flautas, címbalos y tamboriles, en medio de espantosos aullidos. En verdad que tuvimos miedo y más cuando nuestros adivinos

© Biblioteca Nacional de España

nos dieron orden de abandonar la isla inmediatamente.»

Parece ser que esa *isla* no era otra cosa que el estuario del Senegal. Navegaron los cartagineses otros cuatro días, viendo por las noches innumerables ahumadas en lo alto de los montes, y llegaron a otra *isla* que, como la anterior, contenía un lago (este lago debe suponerse fuera otro estuario).

En esta isla «las mujeres, dice Hannón, eran en mayor número que los hombres, tenían el cuerpo velloso y nuestros intérpretes (los de Larache) las llamaban *gorilas*. Nos fué de todo punto imposible coger a ningún hombre, porque todos huían a través de los precipicios; pero cogimos a tres mujeres que, desesperadas, rompían las ataduras, y nos mordían y arañaban con furor, por cuyo motivo las quitamos de en medio, las desollamos y llevamos sus pellejos a Cartago. Habiendo dado fin a los víveres, no pudimos continuar el viaje.»



Moneda cartaginesa

Esto indica, al cabo de más de 2400 años, que Hannón fué a parar al embocadero del Gambia, y tomó por *mujeres* a las hembras de los gorilas.

Puede suponerse también que los cartagineses tuvieron perfecta noticia de las islas Canarias, hasta el punto de que el Senado acordó trasladar allí su presidencia en caso de sobrevenir algún irreparable desastre. Estas vagas noticias hubieron de llegar hasta Egipto, donde las recogió Platón, que hizo de las Canarias, o de una de sus islas, el resto de un gran continente que llamó la *Atlántida*.

Costumbres de los cartagineses.

Pueblo mercantil, avaro, codicioso, sin conciencia; ávido de riquezas y sediento de brutales placeres, no tenía más propósito que subyugar a los pueblos para explotarlos, con

© Biblioteca Nacional de España

halagos unas veces, por la fuerza si se resistían. Así les vemos arrojar de España a las colonias griegas e imponer terribles tributos a los naturales, aparte de obligarles al laboreo de las minas. Gente sin lealtad, no vacilaban en violar los más solemnes tratados, haciéndose desde entonces tradicional la *fe púnica,* equivalente de traición. España no les debió nada; nada hicieron en favor de su civilización; sólo pensaron en engañarla y explotarla.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO III

LOS ROMANOS EN ESPAÑA

(Siglo III a. J. a siglo V d. J.)

Aníbal en Italia. — Los romanos en España. — Los cartagineses se disponen a disputar el dominio de la península. — Tárraco. — Rota de los Escipiones. — Lucio Marcio sostiene el poder romano en España. — Claudio Nerón. — Publio Cornelio Escipión. — Toma de Cartagena. — Los cartagineses derrotados en Andalucía. — Últimos esfuerzos de Cartago. — Expulsión de los cartagineses. — Defensa de Cádiz. — Segunda guerra púnica.

Aníbal en Italia.

Dijimos que después de terminada la guerra de Sagunto, retiróse Aníbal a Cartagena para pasar allí la invernada. El victorioso general ejercía el mando en jefe de todas las fuerzas cartaginesas, así de España como de África — como antes Amílcar y Asdrúbal, — y se preparaba con febril actividad a realizar por fin el proyecto que desde su infancia acariciara: destruir a Roma.

Aníbal fué reuniendo tropas, las adiestró, las organizó, y llegada la primavera del 218 a de J. se dispuso a dar principio a la grande empresa. Ante todo creyó deber ir a sacrificar ante el ídolo de Melkart, en Cádiz, como buen cartaginés. Encargó el mando de España a

© Biblioteca Nacional de España

su hermano Asdrúbal Barca; dispuso que se guardaran en el castillo de Sagunto los rehenes de las ciudades confederadas, bajo la custodia de Bostar, y poniéndose al frente de su hueste, salió de Cartagena para trasponer el Pirineo.

Componíase su ejército de 150,000 hombres, mercenarios, con 12,000 caballos, montados por jinetes de Cartago, y 58 elefantes. Sin duda debió seguir por la costa, pues cruzó el Ebro por su curso inferior. Hallábase ahora en territorio ocupado por tribus aliadas de Roma, y como le opusiesen resistencia, abrióse paso, a la fuerza, por entre ceretanos, lacetanos, ausetanos y demás.

Así llegó al Pirineo, deteniéndose para reorganizar su hueste. Despidió a los que no iban de grado; dejó en aquellos abruptos montes a su hermano Hannón con 10,000 hombres y toda la impedimenta que pudiera servirle de estorbo, encargándole estuviera atento a sofocar cualquier insurrección que estallara en favor de Roma, y continuó su marcha sólo con 50,000 infantes y 9,000 caballos.

Aníbal pasó el Ródano, flanqueando al Cónsul Escipión que le esperaba en Marsella, lugar por donde era de esperar hubiera de pasar precisamente para dirigirse a Italia; pero el Cónsul romano quedó burlado, sin que por eso deba achacársele a torpeza, pues a nadie, absolutamente, se le podía ocurrir que Aníbal hiciera lo que hizo, dejando inmortal memoria de su audacia y de su genio militar.

Y fué que en lugar de seguir desde el Pirineo por la Galia Narbonense hacia Italia, se remontó hasta Helvecia y allí cruzó los Alpes, por el San Bernardo Menor, desembocando inesperadamente en la Galia Cisalpina, o sea en Italia al Norte del Po.

Aquel paso, sin embargo, fué terrible, y Aníbal dejó en él gran parte de su gente. «Pagó con la mitad de su

© Biblioteca Nacional de España

ejército — hubo de decir su admirador y émulo, Napoleón — la adquisición de su campo de batalla.»

Los romanos, desesperados, acudieron a detenerle, pero sólo conseguían ser derrotados cada vez que intentaban cerrarle el paso: en el Tesino, en Trebia, en el lago Trasimeno, en Cannas.

Esas batallas fueron horrendas: en la del Trasimeno tuvieron los romanos 15,000 bajas y dejaron 15,000 prisioneros; en la de Cannas (2 de Agosto del 216) la República del Tíber perdió 70,000 hombres, salvándose únicamente 6,000. ¡Cosa extraña, sin embargo! En lugar de caer Aníbal sobre Roma se retiró a Capua, esperando refuerzos, pues su ejército había quedado diezmado.

Roma, entonces, comprendió que el nudo de la guerra estaba en España, de donde sacaba el cartaginés todos sus recursos, y decidió su conquista a todo trance, no tanto para sacar provecho como para privar de tan importante apoyo al cartaginés.

Los romanos en España.

Iba a hollar nuestro suelo una nueva raza; nos habían explotado hasta entonces fenicios, griegos y cartagineses, mas no había de tener punto de comparación su dominación desorganizada y accidental con la conquista férrea, absoluta, del romano.

El primer acto de la conquista fué el envío de 15,000 hombres sacados de las legiones del Ródano, que, al mando de Cneo Escipión, desembarcaron en Ampurias (Emporion). Escipión, a quien no se le ocultaba que era preciso atraerse a toda costa las poblaciones indígenas y griegas, trató a éstas con las mayores consideraciones; impuso la más terrible disciplina a sus legiones para que respetaran a los habitantes y así fué como consiguió que se le facilitara todo cuanto necesitaba, como logró adhesiones y, lo que no era poco, que acabara por olvidarse la negra culpa de no haber auxi-

© Biblioteca Nacional de España

liado a Sagunto en su inmortal defensa contra el cartaginés.

Cneo Escipión comenzó por ir en busca de Hannón, el hermano de Aníbal, a quien, como hemos dicho, dejó éste de observación en los Pirineos. Los catalanes, que seguían con entusiasmo a sus aliados de Roma, se condujeron bravamente; el cartaginés fué vencido, y dejó 2,000 prisioneros.

Con tal triunfo aumentó la popularidad de los romanos. Aunque Barcelona fuese cartaginesa de origen, el resto del país se sentía más inclinado a la causa de Roma; la recluta catalana era copiosísima. Cneo Escipión, gran general, se adelantó hasta el Ebro y sorprendió y apresó en los Alfaques (San Carlos de la Rápita) la escuadra cartaginesa. Con eso pudo disponer de una buena flota — añadida la púnica a la suya — y se dejó ver por todo el litoral, hasta la propia Cartagena, cuyo puerto saqueó, llegando a amenazar con el asalto a la misma formidable plaza.

Y como no hay nada que más entusiasme que el sol que más calienta, apresuráronse nuestros iberos y celtíberos, en gran número, a ponerse al lado del vencedor, olvidados de los antiguos tratos con el cartaginés.

Los cartagineses se disponen a disputar el dominio de España.

No pudo menos de sentirse alarmada Cartago ante el avance de Escipión, que ocupaba ahora tantos países de allende el Ebro, y para reforzar la hueste hispano-líbica que hasta entonces había hecho frente a los romanos, organizó tres cuerpos de ejército, uno a las órdenes de Asdrúbal Barca, gobernador general, en ausencia de Aníbal, Asdrúbal Gisgón y Magón.

Tárraco.

Roma, a pesar de la permanencia de Aníbal en Italia, perseveraba en la guerra de España, y con este objeto reunió una nueva escuadra y un fuerte ejército que puso a las órdenes de Publio Escipión, hermano del general en jefe, Cneo. Reunidos

© Biblioteca Nacional de España

ambos acordaron establecer su base de operaciones en la antiquísima *Cese* o *Tárraco*, la ciudad fundada por los pelasgos, capital de los cesetanos. Allá se fueron, desde Ampurias, y levantaron nuevos muros sobre el recinto ciclópeo — subsistentes aún en nuestros días, para admiración y estudio lo mismo de los doctos que de los profanos. — La muralla romana, tal como puede verse en el lado del Sudeste, es hermosísima y majestuosa al extremo. De que esta muralla fué levantada en tiempo de los Escipiones daba fe una lápida existente en el reinado de Alfonso XI, según se refiere en una crónica de este rey.

General romano

La ciudad ocupaba una situación admirable, por la inmensa extensión de mar y tierra que desde ella se dominaba. La urbe se extendía en una meseta, en lo alto de un cerro redondo, de suave pendiente, y a un tiro de piedra estaba el mar, donde a la sazón se bajaba por ásperos y fragosos senderos. Por la parte de Poniente se extiende el *Campo*, en una superficie de 640 kilómetros cuadrados, riquísimo en viñedos, frutales, cereales, olivares, algarrobos y huertas. En aquella época se cultivaban mucho el cáñamo y el lino.

Tal era la plaza que los Escipiones escogieron por base de operaciones en España, en lo cual no hicieron más que confirmar la elección de los antiguos pelasgos, fundadores de Cese. El mar daba salida a todas partes, con sus múltiples calas y ensenadas; la tierra, ópima, brindaba sus inagotables frutos. No podía desearse, pues, una situación más estratégica ni conveniente.

© Biblioteca Nacional de España

Desde entonces la guerra iba a tomar un carácter decisivo; o Roma o Cartago sobre España.

Siempre nuestro país — ibero o celtíbero, — ha sido amigo de la lucha; de él pudiera decirse, como del héroe caballeresco:

Sus arreos son las armas;
su descanso, el pelear.

Los celtíberos acudieron al cebo de la guerra, y con tan buena gente los Escipiones pudieron desarrollar su plan de impedir a toda costa que Aníbal, en Italia, pudiese recibir socorros de España. Los celtíbero-romanos derrotaron una y otra vez a Asdrúbal Barca; vencieron al cartaginés en Iliturgis (Granada), y Munda (Montilla, ¿Ronda?) y así fué como en cinco años largos no pudo Aníbal contar con un solo soldado español.

El golpe más terrible para el cartaginés fué, sin embargo, el recobro de Sagunto. Los Escipiones, para reparar ahora el abandono en que se había dejado a su heroica aliada, pusieron la plaza en manos de los escasos supervivientes de la inmensa catástrofe, y cayendo sobre la capital de los turboletas la arrasaron y vendieron como esclavos a sus moradores.

Cartago, profundamente preocupada con el amenazador avance de los romanos en España, y resuelta a conservar esta colonia, tan preciosa para ella, envió a Asdrúbal Barca cuantos refuerzos pudo. El hermano de Aníbal se mostró digno hijo de Amílcar y castizo cartaginés. La *fe púnica* le inspiró de igual manera que sus talentos militares.

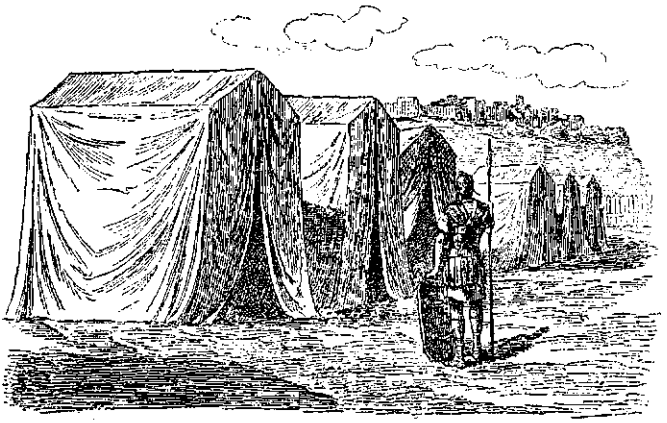
Imaginó, pues, en vez de dar grandes batallas, practicar la guerra de guerrillas mediante pequeñas columnas que de continuo acechaban el paso de los romanos, lo cual obligó a los Escipiones a dividir también sus fuerzas, siendo así que jamás había sido ésta la

© Biblioteca Nacional de España

severa táctica romana; pero no se contentó con esto Asdrúbal, sino que prodigando el oro, y valido de hábiles agentes consiguió que 30,000 celtíberos a sueldo de los Escipiones, abandonasen el servicio para retirarse a sus aldeas y ciudades.

Rota de los Escipiones.

Una vez logrado esto, y hallándose separados por largas distancias Publio y Cneo, vióse el primero atacado una noche, en su campamento, escasamente guarnecido, por los carta-



Tiendas romanas

gineses, que le sorprendieron valiéndose de lo que se llamó después una *encamisada.* El ilustre general romano hizo prodigios de valor y habilidad, pero fué vencido, muriendo de una lanzada y quedando completamente destrozadas sus escasas fuerzas.

La victoria dió grandes alientos a los mercenarios de Asdrúbal Barca, los cuales fueron entonces en busca de Cneo, — ignorante por completo de la catástrofe en que pereciera su hermano.—El general peleó como bueno, pero nada podía el valor contra la inmensa

© Biblioteca Nacional de España

superioridad numérica, y cayó también, cubierto de gloria, con casi toda su gente (212 a. J.).

Parece ser que Publio Escipión sufrió su derrota en el país de los *suesetanos* o sea en la comarca de Sangüesa, bañada por el río Aragón, esto es, en plena Celtiberia, y Cneo en Ilorcis (Lorqui), a orillas del Segura.

Los que escaparon salvos de esta terrible derrota fueron en busca de las legiones de Publio, cuya suerte ignoraban, hallándose con que no existían ya ni el insigne general ni su ejército. Sólo encontraron en su lugar algunas cohortes que había logrado salvar el valiente Tito Fonteyo, lugarteneinte de Publio.

Es de saber que en esta campaña contaron los cartagineses con el importante auxilio de 7,000 africanos y 700 caballos númidas que trajo el príncipe Masinisa, aunque después se pasó a los romanos, siéndoles siempre fiel hasta su muerte. Bien puede decirse que la campaña la decidió él.

Gran pérdida fué para Roma la de los dos Escipiones, habiendo sido Cneo «el primero de los romanos que con su buena traza y afabilidad ganó el favor y voluntad de los naturales».

No sería posible pasar más adelante sin sacar a colación la famosa *Torre de los Escipiones,* que se levanta en medio de un bosque no lejos de Tarragona. «Los de Tarragona, dice Mariana, tienen por averiguado que un torrejón que está puesto enfrente de aquella ciudad es el sepulcro de los Scipiones, donde se ven dos estatuas de mármol mal entalladas, puestas, como dicen, en memoria de los Scipiones. Puede ser que pasasen allí sus cenizas, o por ventura los naturales y los soldados, para muestra del mucho amor que les tenían, dado que los cuerpos no estuviesen allí, levantaron aquella memoria cerca de la ciudad principal donde era el asiento del gobierno romano *(y que ellos*

© Biblioteca Nacional de España

reedificaron) a manera de cenotafio, que es lo mismo que sepulcro vacío, como se ven en otras muchas memorias semejantes.»

Y bien podría ser que acertase en la explicación el Tito Livio talaverano.

Lucio Marcio sostiene el poder romano en España.

Era Lucio Marcio un joven centurión que, haciendo prodigios de valor, había logrado salvar algunos restos de las legiones derrotadas en *Ilorcis,* donde pereciera Cneo. Había sido tribuno militar y pertenecía a una ilustre familia romana.

La derrota de los Escipiones hizo que las poblaciones antes adictas a los romanos les cerraran ahora las puertas y aun les acosaran y mataran, de suerte que no podía ser más crítica la situación de aquellas tropas. Pero entonces se iba a ver cómo la energía de un solo hombre puede salvar la causa al parecer más perdida. Por lo demás, la conducta de los españoles encajó naturalmente en lo que puede esperarse de la flaca condición humana: «Falta comúnmente la lealtad y desamparan los hombres a los que ven ser de adversidad trabajados, como sucedió en esta ocasión en España», dice Mariana.

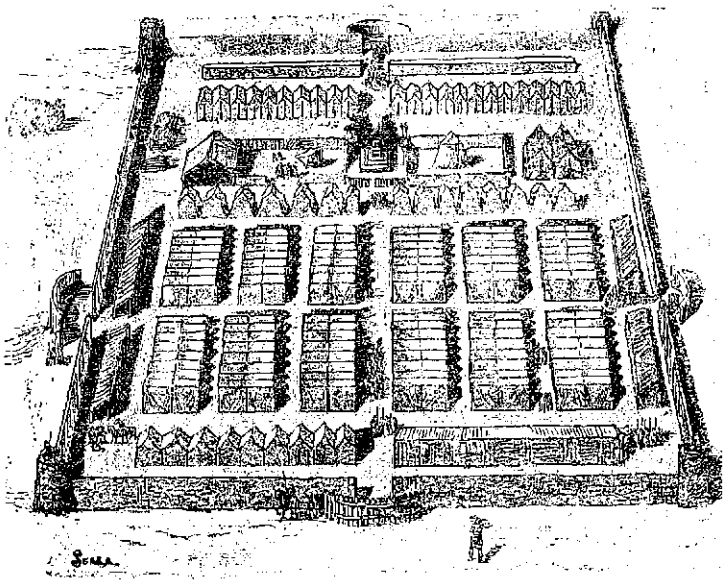
Centurión

Al frente, pues, de aquel puñado de supervivientes emprendió Lucio Marcio una admirable marcha desde orillas del Segura hasta las del Aragón (Navarra), recogiendo en su camino las guarniciones romanas

© Biblioteca Nacional de España

que encontraba en las ciudades y juntándose a él los dispersos que andaban fugitivos por los montes. Y así llegó al campamento donde se había atrincherado Tito Fonteyo, el lugarteniente de Publio Escipión. No es menester decir el júbilo con que fué acogido el bravo y noble centurión por los soldados que habían podido salvarse de la rota. Tanto fué el entusiasmo, que los legionarios le aclamaron por «teniente de pretor», posponiendo a Tito Fonteyo.

Eran muchos los enfermos y heridos que había en



Campamento romano

el campamento romano, pero no parece sino que todos recobraran la salud al recibir aquel socorro tan inesperado.

No tardaron en llegar alarmantes nuevas: Asdrúbal Barca había pasado el Ebro y marchaba al frente de

© Biblioteca Nacional de España

un numeroso ejército contra el campamento romano, siguiéndole a no larga distancia otro cuerpo al mando de Magón.

La consternación de los legionarios fué general; todos se daban por perdidos; sólo Lucio Marcio se mantenía animoso y sereno, aunque todo era inútil para levantar el ánimo de su gente.

No pasó mucho tiempo sin que se dejara ver el ejército cartaginés, pronto a dar el asalto al campamento. Seguros de la victoria los mercenarios de Asdrúbal, a los cuales se habían reunido no pocos iberos, llegaron hasta el mismo margen del foso, profiriendo amenazadores gritos.

De pronto ocurrió un cambio extraño; como si la vista de las banderas cartaginesas, ondeando al viento en la cumbre de los montes, hubiese obrado a manera de hierro candente sobre aquellos ánimos amilanados, transformóse en rabia la postración; los legionarios se precipitaron a las trincheras para rechazar al aborrecido contrario y no sólo esto, sino que arrebatados por la ira salieron de sus estancias y embistieron a los de Asdrúbal que, asombrados ante aquella no imaginada resistencia, huyeron a la desbandada presa del más terrible pánico.

Lucio Marcio, tan prudente ahora como valeroso antes, no quiso prolongar mucho el alcance, temeroso de caer en alguna celada, por lo cual se replegó de nuevo al castro, con tanto disgusto por parte de sus soldados como extrañeza por la de los libios, ya que de tal manera renunciaba a completar el fruto de su victoria.

Creídos entonces los cartagineses de que nada había que temer de aquellos desamparados enemigos, no cuidaron de atrincherarse ni tomar precaución alguna en su vivac; además, había llegado ya Magón, que acampaba a seis millas de Asdrúbal, en un llano.

© Biblioteca Nacional de España

Lucio Marcio veía claramente el peligro; podía darse por perdido en cuanto las dos columnas, tan fuertes como numerosas, le atacasen, y por lo mismo decidió apelar a un supremo recurso. Tratábase de sorprender el campamento cartaginés, aquella misma noche.

El joven caudillo reunió a los centuriones y les expuso su plan, encargándoles dejaran dormir a los soldados. A media noche mandó despertarles; envió tres cohortes para que ocuparan un frondoso valle entre el campamento de Asdrúbal y el de Magón, con órdenes de lo que tenían que hacer, y partió él en seguida, con todo el resto de su gente, para dar el golpe de audacia que se proponía.

Marchaban en silencio los romanos, en medio de la obscuridad y así llegaron hasta los reales de Asdrúbal, cuya vigilancia estaba enteramente descuidada, sin centinelas siquiera. Los legionarios invadieron el campamento sin hallar la menor resistencia, y fué horrenda la carnicería que hicieron en los dormidos y descuidados contrarios. Los fugitivos que pensaban ampararse en el campamento de Magón se encontraron con las cohortes apostadas en el valle, y fueron acuchillados.

Exterminados los mercenarios de Asdrúbal y amaneciendo ya, los soldados de Lucio Marcio corrieron hacia el campamento de Magón, ignorante de todo lo ocurrido, y antes de que el cartaginés pudiera aprestarse a la defensa, ya ellos estaban dentro, matando con furor. Introdújose el pánico en los mercenarios, que trataron de huir, pero era tal el furor de los romanos que pocos conseguían salvar la vida.

La mortalidad fué tan enorme que los historiadores del Lacio la hacen ascender a 37,000 con más dos mil prisioneros, siendo inmenso el botín. Por fortuna, los generales lograron escapar a uña de caballo,

© Biblioteca Nacional de España

cabiéndoles en ello más suerte que a los dos Escipiones. (211 a. J.)

Gozoso escribió Lucio Marcio al Senado para dar cuenta de la brillantísima victoria conseguida y pedir envío de trigo y de vestidos; pero tuvo la mala ocurrencia de firmarse «Teniente de pretor», siendo así que este nombramiento no lo debía al Senado, sino a los legionarios.

Ingratísimo se mostró el Senado con el animoso capitán que había salvado el honor de Roma y evitado el total aniquilamiento de sus legiones, pues en vez de confirmarle en el mando le contestó friamente, sin darle el título de «teniente de pretor», nombrando propretor a cierto Claudio Nerón, que no tardó en pasar a España con 11,000 infantes y 1,100 caballos.

Claudio Nerón.

Este fuerte ejército, aguerrido en la campaña contra Aníbal, en Capua, hízose a la vela en Puzzoli y desembarcó en Tarragona, inexpugnable sede del poder romano en la península. Mandó Nerón que se le reunieran las fuerzas de Lucio Marcio y Tito Fonteyo, y puesto a su frente partió hacia la Bética, donde se había refugiado Asdrúbal después de haberse salvado de la rota que Lucio Marcio le infligiera a orillas del Aragón.

No era, ni de mucho, Nerón, ningún rayo de la guerra. Por fin, después de largas marchas supo que Asdrúbal se hallaba en un bosque entre Cazorla y Lorca donde había sentado sus reales en un lugar llamado *Las Piedras Negras,* probablemente en la Sierra de Segura.

El cartaginés se vió perdido. No tenía más salida que por un desfiladero, donde a la fuerza sería aniquilado, mas para algo se hablaba de la *fe púnica.* Asdrúbal envió parlamentarios a Nerón, para tratar de un armisticio o capitulación, durando la conferencia largas e interminables horas. Al retirarse, por fin, los enviados, ya todo el ejército cartaginés había des-

© Biblioteca Nacional de España

filado por la angosta garganta y por más que trató Nerón de irle a la zaga no pudo ya dar con él.

El fracasado general fué llamado a Roma, donde pintó con los más negros colores la situación de España, tanto que nadie solicitó la jefatura vacante.

Era una verdadera vergüenza que no hubiese en Roma quien se sintiese capaz de desempeñar aquel mando. Reunidos los Comicios para nombrar al sucesor de Claudio Nerón, pasaba el tiempo sin que se presentase ningún candidato, cuando de pronto, entre el general asombro, levantóse un mozo de veinticuatro años, y exclamó:

— «Pueblo y Senado romanos: soy Publio Cornelio Escipión; pido que se me nombre procónsul de España. El nombre romano y mi familia necesitan un vengador. Entre las tumbas de mi padre y de mi tío sabré ganar victorias. Tengo todo lo que se necesita para vencer.»

Publio Cornelio Escipión.

Había aparecido el que tanto se anhelaba, y los Comicios, con entusiasmo delirante, aclamaron por procónsul, esto es, por gobernador general y no por propretor ni teniente de pretor, al gallardo joven que con tal arrogancia había pedido el mando.

Pronto se recordaron algunos antecedentes los cuales revelaban que se trataba de un personaje de extraordinarias dotes.

Cuando después de la gran catástrofe de Cannas los jóvenes de la aristocracia romana acordaron abandonar a Italia, Publio Cornelio Escipión, desnudando su espada, amenazó con matar a cuantos no se retractasen de tal propósito, con lo cual desistieron de su cobarde idea. Daba muestras de profunda religiosidad y se le veía con frecuencia ofrecer sacrificios ante el ara de Júpiter Capitolino.

Digamos, sin embargo, que a juicio de muchos, todo cuanto hacía Publio Cornelio Escipión érale ins-

© Biblioteca Nacional de España

pirado por cierto Cayo Lelio; éste era «el que componía la comedia que Escipión representaba».

No cedía el entusiasmo por el nuevo y joven caudillo, y así, no se le regatearon medios para que pudiera llevar a feliz término su obra. Se le dieron 10,000 infantes y 1,000 caballos y se le dejó que él mismo nombrara a sus tenientes, para los cuales cargos eligió a su hermano Lucio, y a su presunto consejero o inspirador Cayo Lelio. Para suceder a Claudio Nerón en el cargo de propretor fué nombrado un patricio llamado Silano.

Hízose a la vela Escipión en el puerto de Ostia y desembarcó en Ampurias, desde donde siguió por tierra hasta Tarragona, reedificada y convertida en baluarte romano por su padre y por su tío.

El joven general se mostraba modesto, amable y hasta tímido. Dispensó la más afectuosa acogida a Lucio Marcio, alabando los grandes servicios que había prestado, y le retuvo desde entonces a su lado, como hombre de toda su confianza. Ponía grande empeño en atraerse a los naturales y por lo mismo reunió una especie de Congreso de representantes de las principales ciudades de Cataluña, para que expusieran sus aspiraciones, y no sólo esto sino que después fué a visitar dichas poblaciones, granjeándose la adhesión de todos con la nobleza de sus actos y palabras.

Y así llegó el invierno, que pasó encerrado en Tarragona, con la escuadra bien resguardada en su puerto.

Hubiérase podido censurar a Publio Cornelio Escipión por su pasividad, mas no era así, pues su proceder obedecía a un profundo cálculo. Convenía que el cartaginés se acostumbrara a aquella tranquilidad para de esta manera no extremar la vigilancia, y el plan surtió su efecto.

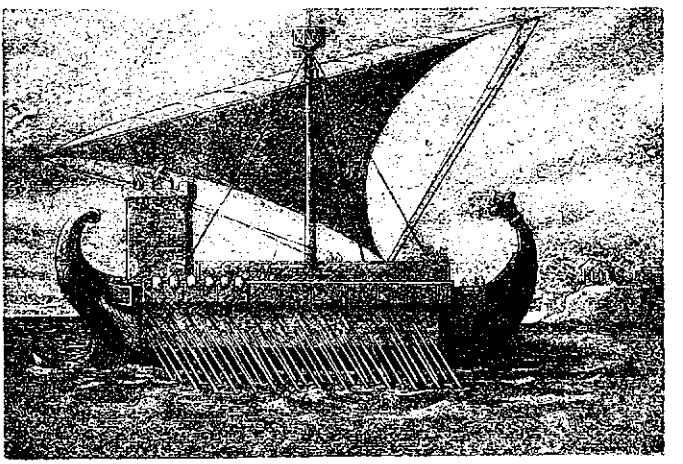
Los púnicos, a la noticia certísima de que Escipión permanecía recluído dentro de los ciclópeos muros de

© Biblioteca Nacional de España

Tárraco, se creyeron al abrigo de todo ataque, y así fué como Asdrúbal Barca campaba tranquilamente en la Carpetania; otro ejército se hallaba en Cádiz; Asdrúbal, hijo de Giscón, ocupaba las fertiles tierras del bajo Guadiana; en Cartago Nova, su capital, sólo había una corta guarnición, al mando de Magón.

Así transcurrió el invierno hasta que llegada la primavera (210 a. de J.) dispúsose Escipión a dar el golpe que tenía premeditado. Tratábase de apoderarse de la capital de los púnicos en España.

Toma de Cartagena. Salió de Tarragona Escipión a la cabeza de 25,000 infantes romanos e iberos y 2,500 caballos, camino de Cartagena a marchas forzadas, mientras la escuadra, al mando de Cayo Lelio, seguía



Trirreme romano

arrimada a la costa. En siete jornadas llegó el general romano a la vista de Cartago Nova, con terrible sorpresa de Magón que no podía esperar semejante ataque.

Sin pérdida de tiempo atacaron los romanos la ciu-

© Biblioteca Nacional de España

dad por mar y tierra; la defensa, hecha principalmente por los mercenarios españoles y los marinos de Cartago fué heroica, pero al fin entraron por asalto los sitiadores, y Magón entregó la plaza, en vista de no ser posible continuar la resistencia ni esperar socorro por la larga distancia a que se hallaban las tropas cartaginesas.

La toma fué importantísima, de inmensa valía. Cartagena era la metrópoli de los púnicos en España, y allí tenían sus almacenes, sus arsenales, sus depósitos, y allí eran custodiados los rehenes de los aliados iberos y celtíberos.

Los romanos cogieron 74 banderas; grandísimo número de máquinas de guerra (arietes, onagros, testudos, catapultas, etc.); sesenta y tres galeras cargadas de víveres y municiones; pero no fué aún eso lo más importante: había encerrados en las prisiones de Cartagena diez mil españoles, aparte de los esclavos, y fueron puestos en libertad todos los que eran ciudadanos de aquélla. Los rehenes eran trescientos; fueron devueltos en seguida a sus ciudades respectivas, bajo escolta y colmados de regalos, y los que no, se vieron tratados con las mayores consideraciones.

Hallábanse entre los trescientos rehenes las jóvenes y bellísimas hijas de un jefe ilergeta llamado Indíbil y la esposa de otro, cuyo nombre era Mandonio, de quienes tendremos ocasión de hablar más adelante, y con ellas una hermosísima prisionera celtíbera, novia de un jefe de esta región llamado Luceyo. Escipión podía haberla hecho su combleza, según las leyes de la guerra, pero en vez de esto, ni siquiera quiso verla, para no caer en tentación, y se apresuró a devolverle su libertad y enviarla a su prometido, juntamente con la crecida cantidad que sus padres habían entregado a Magón para su rescate. Luceyo, agradecidísimo, se presentó al poco tiempo con 1.400 caballos para ponerse a las órdenes de Publio Cornelio Escipión, auxilio verdaderamente precioso.

© Biblioteca Nacional de España

Gran parte de la feliz victoria correspondía a Cayo Lelio, como almirante; se le otorgó una corona de oro y treinta bueyes para que los sacrificara.

El joven general envió a Roma el parte de la victoria en una quinquerreme, mandada por Cayo Lelio, y a bordo de la cual iban, como prisioneros, el gobernador de la plaza, Magón, y quince senadores cartagineses.

Escipión reparó los muros de Cartagena, dejó allí buena guarnición, y regresó luego a Tarragona, donde convocó para otro congreso a los representantes de las ciudades aliadas. Así el romano se iba haciendo suyas las tribus de Cataluña.

Los cartagineses derrotados en Andalucía.

Si no un golpe mortal, la toma de Cartagena por los romanos, representaba un quebranto terrible.

De igual manera que no pocos españoles, después de la rota de los Escipiones, abrazaron la causa de Asdrúbal Barca, ahora, con la rota de los cartagineses, se pasaron al campo de los vencedores, ayudando a ello no poco el generoso proceder del joven general, pronto siempre al perdón y dispuesto a conceder indulto a cuantos lo solicitaran.

Tratábase ahora de expulsar de una vez a los cartagineses del suelo peninsular. Partió de nuevo Escipión, desde Tarragona (209 a. de J.), en compañía de Cayo Lelio, de regreso ya de Roma, y se encaminó a Andalucía, último refugio de los púnicos.

La campaña fué dificilísima. Asdrúbal se había atrincherado de una manera formidable en una posición de Sierra Morena, defendida por el Guadalquivir; créese que esta posición, cerca de una ciudad llamada Betulón o Bécula, se hallaba entre Úbeda y Baeza. El cerro, asaz escabroso, estaba coronado por dos mesetas escalonadas; en la de abajo formaron los númidas y los honderos baleares; en la de arriba se situó Asdrúbal con la reserva. El cerro fué atacado de flanco, por am-

© Biblioteca Nacional de España

bos lados, hallándose las columnas romanas a las órdenes respectivas de Escipión y Cayo Lelio. Sin duda el ataque fué muy rápido, pues el cartaginés no tuvo tiempo de colocar enfrente sus elefantes de guerra. Ello fué que cogidos los púnicos entre dos fuegos, como diríamos hoy, se desbandaron por completo. Tuvieron 8,000 bajas y dejaron en poder de Escipión 12,000 prisioneros, entre ellos 2,000 jinetes.

Asdrúbal Barca, recogiendo a cuantos dispersos pudo y poseedor aún de sus elefantes, abandonó Andalucía y no paró hasta cerca del Pirineo, donde se presentaron también Asdrúbal Gisgón y Magón, ya en libertad.

La situación no podía ser más crítica, y, a mayor abundamiento, las tropas iberas no disimulaban ya sus aficiones al romano, siendo de temer su defección en cualquier momento.

Reunidos los generales cartagineses, acordaron que Asdrúbal Gisgón marchase a Lusitania, y que el príncipe númida Masinisa, corriese por las tierras de la España Citerior o Tarraconense con 3,000 caballos, pero excusando uno y otro todo encuentro. Magón fué enviado a las Baleares para reclutar allí honderos, y en cuanto al general en jefe, Asdrúbal Barca, no tuvo más remedio que obedecer la orden del Senado de Cartago, que era partir en seguida para Italia con las tropas iberas, para reunirse con Aníbal.

Últimos esfuerzos de los cartagineses.

Según costumbre, Escipión habíase marchado de nuevo a Tarragona después de la brillante victoria alcanzada sobre Asdrúbal en Betulón, y allí permaneció el resto del año, entregado al cuidado de la organización del país y al mejoramiento de las vías de comunicación.

Los cartagineses no habían dado que hacer en todo aquel tiempo, pero la cosa cambió de aspecto a principios del siguiente año (208 a. de J.) El Senado púnico había nombrado general en jefe del ejército de España

© Biblioteca Nacional de España

al aristócrata Hannón, que, de paso por las Baleares, se llevó a Magón, con los honderos que había podido alistar. Sin duda debieron desembarcar en la costa de Valencia, pues no tardaron en internarse por las tribus celtíberas, para reclutar gente.

Por raro que esto parezca se explica por los odios existentes entre ricos y pobres y entre las tribus rivales, pues bastaba que los unos se inclinasen a un partido para que los otros se afiliasen al partido contrario. Así se comprende que combatieran españoles lo mismo al lado de los cartagineses que al lado de los romanos.

Escipión envió contra Hannón y Magón al propretor Silano, y vióse éste favorecido por la suerte, pues hizo prisionero al nuevo general en jefe, después de desbaratar a Magón.

Asdrúbal Gisgón, lleno de cuidado, se había retirado a la Bética, y hacia allá se encaminó Escipión, pero como por el camino supiera que Asdrúbal había levantado sus reales, que tenía cerca de Cádiz, y dispersado a su gente, regresó a Tarragona y confió el mando de la expedición a su hermano Lucio.

Este se puso sobre una ciudad del país de los melesos llamada Oningi, que algunos creen ser Jaén, adicta a los púnicos. La defensa que hizo Oningi fué heroica, pero por fin cayó en poder de Lucio Escipión, que la tomó por asalto. Los mercenarios y trescientos ciudadanos adictos a Cartago fueron reducidos a esclavitud, pero en nada se molestó a los demás.

Con ello se dió por terminada la campaña de aquel año, y las tropas romanas se retiraron para invernar. Lucio Escipión pasó a Roma, llevándose consigo a Hannón y demás jefes prisioneros, para dar cuenta del resultado de la guerra.

Todo se volvía contra Cartago; Asdrúbal Barca, de quien dijimos había pasado a Italia por orden del Senado de su patria, para reunirse con Aníbal, fué derro-

© Biblioteca Nacional de España

tado y muerto en la Marca de Ancona, con pérdida de 56,000 hombres, por los cónsules Nerón y Salinator.

Pero era demasiado preciosa la posesión de España para que Cartago no hiciera un supremo esfuerzo para conservar tan espléndida colonia. Aun se sentía fuerte y esperanzada la república africana, y aun contaban los cartagineses con amigos y partidarios en la península.

Quedaba de nuevo como general en jefe Asdrúbal Gisgón, quien después de haber dispersado sus tropas, como ya dijimos, para evitar la batalla que le hubiera presentado Publio Cornelio Escipión, decidió hacer un supremo esfuerzo, en cuanto llegara la próxima primavera (207 a. de J.).

Consiguió, en efecto, reunir una poderosa hueste, sobre la base de los contingentes que tenía anteriormente a sus órdenes, y así pudo juntar un ejército de 50,000 infantes y 5,500 caballos, en su mayoría celtíberos reclutados por Magón.

Encastillóse en un lugar de Sierra Morena llamado *Illipa* o *Silpia* (Espelúy, cerca de Andújar), y allí se dispuso a esperar el ataque de Publio Cornelio, confiado en que éste no podría contar, ni de mucho, con tan numeroso efectivo.

Y así fué, en efecto; las tropas de Escipión eran relativamente pocas, y eso por repugnarle valerse de los naturales en quienes no fiaba, escarmentado por lo ocurrido a su padre y a su tío, cuando, al ver comprometida la batalla, se pasaron los iberos y celtíberos al cartaginés, en Sangüesa y en Ilorqui. Por lo mismo sólo agregó a sus legiones romanas un cuerpo de 3,000 infantes y 500 caballos que le proporcionó un potentado de Andalucía llamado Colca, ciegamente adicto a Roma.

La campaña puso a prueba la pericia de los dos generales. Pasáronse varios días en reconocimientos y escaramuzas, pero sin que ni uno ni otro se decidiesen

© Biblioteca Nacional de España

a tomar la ofensiva, a pesar de no hallarse separadas las avanzadas más que por un estrecho valle. Así parecía que se iba a pasar mucho tiempo, cuando de repente, Escipión, una madrugada, después de haber hecho que comieran bien sus tropas, atacó al enemigo, enviando delante la caballería.

Equite

Asdrúbal, sorprendido, se aprestó a la defensa. Lanzó a sus jinetes númidas contra los escuadrones romanos, y colocó en las alas a los mallorquines y a los iberos y celtíberos, novatos en su mayoría. El choque de la caballería fué terrible y el resultado indeciso, hasta que atacados los flancos de Asdrúbal por los terribles veteranos de Escipión, cedieron, dándose a la fuga los españoles, lo cual no fué de extrañar, pues se hallaban en ayunas y la pelea se prolongó por espacio de muchas horas. Además, se dió el caso de que un jefe turdetano llamado Atano se pasara a los romanos en lo más recio de la refriega.

Retiróse Asdrúbal Gisgón a sus reales, lejos del campo de batalla, no pudiendo darle alcance los legionarios a causa de una fuerte lluvia que cayó de repente, y aquella misma noche emprendía sigilosamente la retirada. Dióse cuenta de ello Escipión y envió la caballería en persecución de los fugitivos, para cortarles el paso. Los cartagineses no pensaban sino en ponerse en salvo; pero el general romano les siguió a marchas forzadas, y entonces fué cuando, cayendo sobre ellos, hizo una de las más horribles matanzas que recuerda la historia. De aquel grande ejército de 50,000 infantes y 4,500 caba-

© Biblioteca Nacional de España

llos apenas se salvaron 7,000, y con ellos Asdrúbal Gisgón y el príncipe Masinisa.

Los supervivientes se atrincheraron en un áspero cerro, casi inaccesible. Como no valía la pena de continuar teniendo allí el ejército, regresó Escipión a Tarragona con la mayoría de sus tropas y dejó a Silano el encargo de bloquear a los que se habían refugiado en el tal cerro.

Asdrúbal Gisgón tuvo medio de evadirse, y partió para Cádiz, dejando a Masinisa sitiado, pero el príncipe númida juzgó que le convendría más pasarse al campo de los romanos que no continuar siendo amigo de los cartagineses, y así, entrando en tratos con Silano, logró que le dejara salir, con promesa de ayudar en lo futuro a la República del Tíber.

Sólo quedaba en poder de Cartago la plaza de Cádiz, cuyo mando desempeñaba Magón.

Así terminó de hecho aquella larga guerra, empezada en Sagunto (219 a. de J.) y terminada en Espelúy (207 a. de J.) de la cual fueron teatro principalmente el Mediodía y la Celtiberia. Con todo quedaba aún algún rescoldo, pero que no había de durar mucho.

Expulsión de los cartagineses.

El joven y victorioso general romano había realizado plenamente lo que prometiera al Senado y pueblo de su patria el día memorable en que pretendió que se le confiara el proconsulado de España. Había vengado la rota de su padre y de su tío, y arrojado del suelo peninsular al africano, venciendo a sus más ilustres generales. Pero en su ardiente patriotismo, y en su noble ambición al par, alentaba otros no menos altos y atrevidísimos designios: quería apoderarse de Cartago y su territorio, y destruirla.

Para ello contaba con Masinisa, como auxiliar, y pretendía atraerse también a un poderoso rey llamado Sifax, vecino y aliado de Cartago, soberano del país de los masesulos en Numidia.

Con este objeto envió a Cayo Lelio, desde Tarragona,

© Biblioteca Nacional de España

para que se viera con aquel monarca, pero Sifax, con gran soberbia, le respondió que si Publio Cornelio Escipión quería decirle algo, lo hiciera personalmente.

Para que se comprenda la importancia de semejante alianza conviene dar noticia, por breve que sea, de quién era el tal *Sifax*.

Tenía éste la corte en la ciudad de Siga, que venía a caer en la desembocadura del Tafna, al O. de Orán. Por levante tenía por aledaños las tierras de Cartago (Túnez), aunque con la interposición de un territorio correspondiente al actual departamento argelino de Constantina, donde era rey cierto númida llamado Gala, de quien era hijo el después famoso Masinisa.

Nada de extraño tenía que Sifax sostuviese frecuentes guerras con Gala, ya que los dominios de éste constituían un estorbo para la unidad de su territorio, pero como el rey de Constantina contaba con el apoyo del cartaginés, le resistía victoriosamente.

Hubo Sifax, y aquí la historia desciende a pequeñas causas para explicar trascendentales hechos, de enamorarse perdidamente de la hija de Asdrúbal Gisgón, llamada Sofonisba; pidió su mano, y el Senado cartaginés en vez de otorgársela dió largas al asunto, con el consiguiente sentimiento por parte del rey númida.

Sabedores de esto los Escipiones (Publio y Cneo) le enviaron embajadores para que contrajese alianza con ellos e hiciera la guerra a Cartago; no llegó a tanto Sifax, pero sí se mostró muy aficionado a los romanos, hasta pedirles oficiales instructores de su tropas de a pie, pues hasta entonces sólo habían peleado los númidas con caballería.

Los cartagineses, alarmados ante la actitud de Sifax, procuraron atraerse más que nunca a Gala y dieron importantes mandos a Masinisa, su hijo.

Así estaban las cosas hacia el año 216, cuando Publio y Cneo Escipión combatían con el cartaginés.

© Biblioteca Nacional de España

Terminó la guerra, en 207. Publio Cornelio Escipión, resuelto a ir adelante en su propósito de apoderarse de Cartago se embarcó para Siga, la corte de Sifax, en dos quinquerremes, acompañado de su mentor Cayo Lelio.

Parece ser que al dar vista los romanos a Siga fueron alcanzados por siete trirremes cartagineses, a bordo de las cuales iba Asdrúbal Gisgón, el padre de la hermosa Sofonisba, y de poco le vino no apresara a Escipión y a Lelio. Con todo, desembarcaron todos en paz y ambos fueron recibidos al mismo tiempo. La entrevista fué ciertamente novelesca. Sifax exigió que los dos generales cenaran a su mesa, y aun después, que durmieran en el mismo lecho, a todo lo cual se allanaron tratándose con las mayores consideraciones.

Sifax les invitó a que zanjaran sus diferencias; Escipión contestó que por su parte ninguna animosidad abrigaba contra Asdrúbal Gisgón, antes bien le merecía los mayores respetos, pero que no tenía facultades para firmar ningún tratado, pues era incumbencia del Senado de Roma. Asdrúbal, obrando como buen patriota, se atrajo a Sifax concediéndole la mano de la adorada Sofonisba. Así podía Cartago contar con su amistad, o a lo menos con su neutralidad.

Regresó Publio Cornelio Escipión a España para acabar con las últimas resistencias que, al grito de independencia, o por lealtad a la amistad cartaginesa se oponían a la dominación romana, y con esta ocasión se pudo ver hasta qué punto se mostraba terriblemente implacable la República del Tíber ante toda veleidad de rebeldía a sus designios.

Había dos ciudades, Iliturgis (Andújar) y Cástulo (Cortijos de Cazlona) que no habían querido faltar a los tratados concertados con el cartaginés. Publio Cornelio se presentó ante la primera. Iliturgis se resistió; el romano la tomó por asalto; fueron degollados todos los moradores, sin perdonar a los viejos, los niños ni las

© Biblioteca Nacional de España

Destrucción de Astapa

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

mujeres. La ciudad fué entregada al saqueo y al incendio, y por fin arrasada.

Ante Cástulo compareció Lucio Marcio; no opuso resistencia, y fué perdonado.

Hecho esto, Publio y Lucio Escipión marcharon a Cartagena, a fin de celebrar las exequias de su padre y de su tío; los funerales fueron sangrientos; gran número de gladiadores, voluntarios, perecieron; y estos gladiadores eran españoles en totalidad.

Entretanto, cumplía Lucio Marcio con la misión que le había confiado Publio Cornelio de someter a las ciudades de la Bética adictas a Cartago. Todas se iban entregando, sin resistencia, pero hubo de suceder que una de ellas, *Astapa* (hoy Estepa), se negó orgullosamente a abrir sus puertas, prefiriendo la suerte de Iliturgis antes que faltar al pacto jurado con Aníbal, además de lo cual bien sabían sus moradores que no serían perdonados, por los muchos daños que había ocasionado a las vecinas ciudades aliadas de los romanos.

Largo y obstinado fué el asedio de Astapa, y refiriéndose a Tito Livio, escribe D. Juan Ortega Rubio «que cuando el ejército romano llegó a la ciudad, sus moradores amontonaron en el foso todas las riquezas e hicieron que sobre ellas se sentaran sus mujeres e hijos, levantando a su alrededor una pira formada de ramaje seco. Encargaron además a cuarenta jóvenes que si la fortuna les era adversa en el ataque que iban a llevar a cabo, pegaran fuego a la pira, pues preferían morir de este modo antes que caer en poder de sus enemigos. Abrieron, en efecto, las puertas los sitiados y se precipitaron en el campamento romano, donde, después de una lucha desesperada, perecieron todos; en la ciudad, muertas las mujeres y los niños, los cuarenta jóvenes se arrojaron a la hoguera.

»De esta suerte, con heroísmo mayor aún que el de

© Biblioteca Nacional de España

Sagunto, pereció Astapa por el hierro y por el fuego; el vencedor sólo se hizo dueño de ruinas.»

Defensa de Cádiz.

Sometidas, cuando no destruídas, las ciudades béticas adictas a Cartago, fueron enviados Cayo Lelio y Lucio Marcio por Escipión a Cádiz, para apoderarse de esta plaza, pero Magón se resistió con tanto heroísmo que los dos generales tuvieron que renunciar a su intento.

Como ocurre muchas veces, antes de la definitiva victoria, trataron aún los cartagineses y sus amigos de resistir al vencedor, a manera de los últimos resplandores de una lámpara que se apaga.

A ello contribuyó la nueva de que Publio Cornelio se hallaba enfermo sin esperanzas de vida, lo cual no era verdad, aunque sí lo fuese la gravedad de la dolencia. Aprovechándose, pues, de tal ocasión levantáronse en armas los régulos ilergetas Indíbil y Mandonio, resentidos por no haberles los romanos recompensado debidamente la cooperación que les prestaron contra el cartaginés. Hubo además un grave motín de 8,000 legionarios, establecidos a orillas del Júcar, en demanda de las pagas que se les debían. Por un momento parecía nublarse la estrella de Publio Cornelio, pero todo volvió en breve a entrar en orden.

Escipión mandó que se presentasen en Cartagena las legiones amotinadas en el Júcar y castigó duramente a los jefes de la sedición, perdonando a los demás. Indíbil y Mandonio fueron derrotados a orillas del Segre, después de un combate que duró dos días y terminó con la toma de sus campamentos por los romanos. Cayeron prisioneros los dos régulos, pero fueron indultados, a condición de aprontar las sumas necesarias para pagar a los legionarios.

Masinisa, que aun continuaba adicto a Cartago, después de haberle dejado ir Silano, desembarcó con gran golpe de caballería númida, pero no tardó en entenderse

© Biblioteca Nacional de España

con Lucio Marcio y se pasó, ya resueltamente y para siempre, a los romanos.

No conservaban los cartagineses más que la plaza de Cádiz, defendida por Magón, hasta que por orden del Senado púnico la evacuó éste para regresar a su patria.

Ya no quedaba en España un solo cartaginés. Escipión se sentía atraído hacia África: pero antes de abandonar a España fundó cerca de Sevilla una ciudad que llamó Itálica, donde habitaron los legionarios inválidos y achacosos, dejando confiado el mando a los procónsules Lucio Léntulo y Lucio Manlio Acitino.

El glorioso vencedor, Publio Cornelio Escipión se embarcó para Roma, en una escuadra de diez quinquerremes; salió a recibirle el Senado hasta fuera de la ciudad, en el templo de Belona, pero agradeciéndole todo cuanto había hecho no se juzgó oportuno concederle los honores del triunfo, que con tanta prodigalidad se otorgaron después.

Segunda guerra púnica.

Aunque no pertenezca a la historia, de España conviene dar noticia del término que tuvo la llamada *segunda guerra púnica.*

Ya en Roma Publio Cornelio Escipión (205 a. J.) fué elegido cónsul para el año siguiente, juntamente con P. Licinio Craso, y en cuanto llegó la primavera partió para la conquista de Cartago, al frente de un ejército de 30,000 hombres, con cuarenta quinquerremes y 400 naves de transporte, mientras Aníbal continuaba aún en Italia, poco menos que acorralado en los Abruzzos, donde hacía la guerra de montaña.

Una vez en tierra africana, Escipión recibió un mensaje de Sifax (el rey de Orán, casado con la hija de Asdrúbal Gisgón) en que, erigiéndose en árbitro, le proponía la paz, sobre la base de salir Aníbal de Italia y reembarcarse Escipión. Contaba éste ahora con el resuelto concurso de Masinisa, ya rey de Constantina, y decidió pasar adelante.

© Biblioteca Nacional de España

Para ello dividió su ejército en dos trozos: el uno, a sus órdenes, atacaría el campamento cartaginés, en las cercanías de la capital; el otro, regido por su fiel Cayo Lelio y con Masinisa como auxiliar, asaltaría e incendiaría el campamento de Sifax.

Todo salió como se proponía Escipión: fueron derrotados los cartagineses y quedó hecho pavesas el campamento del rey de Orán. Aun así se rehicieron, y presentaron nuevamente batalla a Escipión, pero fueron de nuevo vencidos y Sifax cayó prisionero juntamente con Sofonisba.

Enamorado quedó Masinisa de la hermosura de la noble cartaginesa, y se desposó con ella, no sin terrible disgusto de Cayo Lelio, que temía, con justa razón, la defección del rey de Constantina, a instigación de su nueva esposa. Escipión, no menos airado, llamó a Masinisa y le mandó le entregase a Sofonisba. El rey de Constantina, desesperado y celoso, mandó entonces a un esclavo que pusiese en manos de Sofonisba una copa de veneno, para que se matase, y así lo hizo sin vacilar la orgullosa hija de Asdrúbal, prefiriendo antes la muerte que la esclavitud o el perjurio.

Entonces el Senado cartaginés mandó llamar a Aníbal, que continuaba en los Abruzzos, y a Magón, que se había quedado a invernar en Menorca, donde fundó la ciudad que lleva aún su nombre, ligeramente alterado.

Según Tito Livio, al recibir Aníbal a los enviados del Senado de Cartago exclamó con amargura:

«Ahora me llaman con cariñosas palabras los que por tanto tiempo se olvidaron de mí; los que no me enviaron ni refuerzos ni dinero cuando con tanta instancia los pedía. No; no ha sido Aníbal vencido por el pueblo romano, a quien cien veces he derrotado y he hecho huir en los campos de batalla, sino por los

© Biblioteca Nacional de España

celos del Senado de su país. No ha sido Escipión el causante de vuestras desgracias; ha sido Hannón, quien, por minar la influencia de los míos, ha querido la ruina de su patria.»

Y así era la verdad; por odio al partido de *los pobres*, acaudillado primero por Amílcar Barca y después por Aníbal, los *ricos* o plutócratas habían dejado al vencedor de Cannas falto de recursos para acabar la obra tan estupendamente empezada con el inmortal paso de los Alpes.

Embarcóse Aníbal para Cartago, y dice Tito Livio con su estilo enfático, pero siempre noble y profundamente sincero: «Quizá jamás había abandonado un desterrado su patria con el corazón más entristecido que abandonó Aníbal la de sus enemigos; una y otra vez se volvían sus miradas hacia aquellas costas que abandonaba, y se maldecía a sí mismo porque después de Cannas no había lanzado a sus soldados sobre Roma.»

Bien le había dicho su compatriota Maharbal después de aquella brillantísima victoria: «Sabes vencer, Aníbal, pero no sabes aprovecharte de la victoria.»

Aníbal se equivocó, tal vez, al no creerse con bastantes fuerzas para continuar su ataque; caramente pagó *las delicias de Capua* en que tuvo que entretenerse en espera de aquellos refuerzos que jamás se le enviaron.

Digamos ahora que antes de embarcarse, en Crotona, hizo matar Aníbal todos los caballos y mandó pasar a cuchillo a los mercenarios italianos que se negaron a seguirle.

Desembarcaba el glorioso *León de Libia* en Lepta al cabo de treinta años de ausencia del patrio suelo. A los pocos días tenía una entrevista con Publio Cornelio Escipión en Naraggara, pero como era de presumir no hubo acuerdo.

Dióse la batalla en Zama (19 de Octubre de 202 a. J.);

© Biblioteca Nacional de España

allí fué vencido Aníbal por Publio Cornelio Escipión, y por Masinisa. El ilustre general cartaginés se retiró a Hadrumeto. Concertóse la paz en duras y humillantes condiciones para el vencido.

Aunque ajeno al objeto de esta obra diremos que Aníbal abandonó su patria y se refugió en la corte de Antíoco, primero, y después en la de Prusias, rey del Ponto, obsesionado siempre por la idea del desquite. Sitiado por los romanos en un castillo de que le había hecho donación dicho monarca, se envenenó con un tósigo que llevaba siempre consigo, antes que rendirse. Murió Aníbal en 183 a. J., a los 62 años de edad.

Escipión el Africano

En cuanto a Publio Cornelio Escipión, fué recompensado con el título de *el Africano*. Era lo que pudiéramos llamar el representante del militarismo, y de ahí que le combatiesen con la mayor energía los hombres civiles. Se le acusaba de haber distraído grandes sumas, pero jamás quiso justificarse, respondiendo con desplantes a los senadores cuando le pedían cuentas.

La gloria no le libró, sin embargo, de caer en la más negra tristeza durante sus postreros años. Creyóse mal recompensado, y salió de Roma para morir en extranjeras tierras.

Fin de la dominación cartaginesa en España.

Como dijimos ya, la venida de los cartagineses a España ocurrió hacia el año 556 antes de J. Dedicados al comercio, al laboreo de las minas y a la exportación de las riquezas que en abundancia ofrecía nuestro suelo, nada hicieron, durante tres siglos, para difundir

© Biblioteca Nacional de España

la civilización, ni favorecer la suerte de los naturales; antes bien puede deducirse que sólo procuraron fomentar la discordia entre los indígenas, por convenir así a sus fines.

Esta penetración pacífica cesó en 238 a. de J., para convertirse en descarada guerra de conquista, empezada por Amílcar Barca y continuada durante doce años por sus sucesores. Nada tampoco nos dejaron; ningún resto queda de la civilización cartaginesa; eran gente que venían únicamente a sacar y no a traer. Y sin embargo, contaron con ardientes partidarios entre los españoles; de aquí obtuvieron los recursos en hombres, dinero y provisiones para sus guerras los Barcas, al paso que el Senado de Cartago les negaba toda suerte de auxilios.

De Cartago no queda en España más que el nombre; de Roma queda todo lo que es y representa nuestra actual civilización.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO IV

LA CONQUISTA ROMANA

ESTADO DE LA PENÍNSULA DESPUÉS DE LA EXPULSIÓN DE LOS CARTAGINESES. — INDÍBIL Y MANDONIO. — VICTORIAS ESPAÑOLAS. — ALARMA DEL SENADO. — COMIENZA LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA: EL SITIO DE EMPORION. — LA GUERRA DE CELTIBERIA. — PRINCIPIO DE LA GUERRA DE NUMANCIA. — LA PRIMERA BATALLA DE NUMANCIA. — LA INFAMIA DE COCA. — EL SITIO DE INTERCANTIA.

Estado de la península.

Partido Escipión, los procónsules Léntulo y Accidino repartiéronse, según dijimos, el gobierno de la península.

De hecho, el terreno ocupado por los romanos podía dividirse en dos vastas regiones: los países de la Bética, Edetania y Contestania (Andalucía, Valencia y Murcia), allende el Ebro, y las comarcas situadas a la izquierda del famoso río: vascones, ilergetas, ceretanos, cesetanos, layetanos, etc., o sea Aragón y Cataluña, de donde, más adelante, la división de España en ulterior y citerior. La *Celtiberia* (Castilla y León) se mantenía independiente; *Lusitania* (Portugal y Extremadura) era considerada como país de poca cuenta y sólo se atendía a impedir las incursiones que pudieran hacer sus naturales; igual ocurría con las tribus del Norte, galaicos, astures y cántabros.

© Biblioteca Nacional de España

Sin duda hubieron de extrañar los españoles que, vencidos los cartagineses por los romanos, no se partieran éstos, ya que al parecer España sólo había servido de palenque para que midieran sus fuerzas ambos contendientes; pero no fué así: los romanos demostraron desde luego que pensaban hacerse dueños de España, para explotarla y saquearla cuanto pudieran.

Tal vez con otros procedimientos se hubiera logrado asentar pacíficamente una especie de protectorado, pero no fué así, y desde luego se pudo ver que los pretores iban a tratar a España como país conquistado, ávidos de robo y de botín, y lo mismo que ellos los cuestores, exactores y demás funcionarios.

No era el mejor sistema para que aquella gente, fiera y batalladora, se mantuviera quieta, y así desde muy pronto comenzaron las insurrecciones contra aquellos malvados gobernadores, sin más idea que el latrocinio.

No se había conducido de tal manera Publio Cornelio Escipión, y por lo mismo fué terrible la indignación suscitada contra los bandidos y piratas que le habían reemplazado.

Indíbil y Mandonio.

Los primeros en echarse al campo fueron aquellos régulos ilergetas, Indíbil y Mandonio, que ya en tiempo de la llegada del primer Escipión se habían sublevado contra Roma, apoyados por los cartagineses, y de nuevo en tiempo de Publio Cornelio, que como hemos dicho les indultó, al caer prisioneros; levantáronse también los ausetanos y los ceretanos (Vich y Cerdaña), y en breve contaron Indíbil y Mandonio con un ejército de 30,000 infantes y 4,000 caballos.

Partieron contra los catalanes — como podemos llamarles, — los dos pretores Léntulo y Accidino. La rota fué terrible, teniendo que pelear aquella hueste allegadiza e improvisada con las sólidas cohortes de

© Biblioteca Nacional de España

los veteranos legionarios. Indíbil peleó como un león, pero al caer sin vida, atravesado por un venablo, dispersóse su gente. Además del gran número de bajas que tuvimos, cayeron en poder de los pretores cerca de 14,000 prisioneros, escapando los restantes por los bosques y las sierras.

Habíase podido salvar Mandonio, y convocó éste a los representantes de los pueblos sublevados para celebrar consejo. Reconocióse que no había manera de continuar la guerra y se acordó en su vista enviar un mensaje a los procónsules proponiendo la sumisión. Léntulo y Accidino contestaron orgullosamente que ante todo exigían la entrega de Mandonio y los principales jefes; doble contribución aquel año; trigo para seis meses — habiéndolo en abundancia lo mismo en Ceretania que en el país de los ilergetas,—vestuario para las tropas y treinta ciudades en rehenes.

Grande debía ser la postración a que había llegado la tierra cuando a todo se allanaron los representantes reunidos. Mandonio y sus tenientes fueron entregados al romano, y a no tardar rodaban sus cabezas por el Foro de Tárraco (204 a. J.).

Transcurrieron algunos años en completa calma, aplanado el país con tantos desastres y guerras; pero era indudable que los españoles no habían de resignarse a ser eternas víctimas de la codicia romana. El año 200 dejó su pretoría Cornelio Léntulo, a quien reemplazó Cornelio Cetego. Eran gente, casi siempre senadores, enviada aquí para enriquecerse con la rapiña, y como nuevo, apresuróse Cetego a cometer los mayores atropellos y más escandalosos robos.

Levantáronse, presa de la desesperación, los ceretanos (cerdañeses); partió contra ellos Cetego y les mató 15,000 hombres.

Al año siguiente volvió Cornelio Léntulo, y con él L. Stertinio; continuaron las extorsiones, pero el país

© Biblioteca Nacional de España

no tenía fuerzas para protestar con las armas. Roma se aprovechó de aquella tranquilidad para declarar a España provincia romana (debiendo saberse que *provincia* significa *pro-victa*, esto es, *pro-vencida*) y dividirla en dos gobiernos, el de la *Ulterior* (Bética y Lusitania) y *Citerior*, que comprendía el resto de la península.

Victorias españolas.

Así llegó el año 197 a. J. en que fueron nombrados gobernadores de la Ulterior y la Citerior, respectivamente, dos ilustres cacos senatoriales llamados Helvio y Tuditano. Sus depredaciones eran intolerables, y los pueblos no podían soportar aquel robo organizado de que eran víctimas. Confiada Roma en que no había que temer ya de los españoles, dió orden de que fuesen licenciados los soldados viejos de la península, y aprovechándose los naturales de aquella merma, lanzáronse a la lucha con el mayor denuedo.

La insurrección, en la Citerior, fué esta vez formidable, hallándose a su frente dos ilustres señores llamados Colca y Lucinón. Partió contra ellos el pretor Tuditano, pero mal le hubo, pues sus legiones fueron derrotadas por completo, pasadas a cuchillo, y él mismo dejó la vida.

Alarma del Senado.

La rota llevó la consternación a los senadores, pues esta vez el movimiento se presentaba con los más amenazadores caracteres. No era ya un pueblo dividido, como antes, en que peleaban unos al lado de los romanos y otros al lado de los cartagineses. La ira contra los latrocinios de los explotadores había borrado todas las diferencias, y luchaba España entera a una. Por lo pronto fueron enviados como pretores dos personajes llamados Ruteva y Termo (196 a. J.) muy inferiores por sus capacidades a lo que requería el estado del país. Continuaba la insurrección, y habían aparecido en el territorio de los turboletas gruesas partidas a las órdenes de los patricios Budar y Basaside. Acudió Termo, con

© Biblioteca Nacional de España

todas las fuerzas de que pudo disponer, y logró dispersar a los insurrectos, pereciendo más de 12,000 españoles y siendo hecho prisionero Budar.

Sin duda la victoria había sido importante, pero no fué, ni de mucho decisiva, y no se veía el fin del alzamiento.

El Senado creyó, pues, deber adoptar una resolución grave; hasta entonces había sido costumbre tomar a chacota las protestas de los hispanos contra el latrocinio de los pretores, y como algunos *padres conscriptos* se hicieran eco de tales quejas y se escandalizaran del proceder de aquellos desalmados saqueadores, se les aplicó el remoquete de «partido español».

Acordó, pues, el Senado, en vista de la importancia que revestía el levantamiento, relevar a los dos pretores y confiar el mando a uno de los dos Cónsules, tocándole en suerte a Marco Porcio Catón, aunque continuando los pretores, cargos que recayeron en Publio Manlio, para la Citerior, y Claudio Nerón, para la Ulterior. No trataba, pues, Roma, de poner coto a las extorsiones, sino de sujetar bajo férreo yugo a los españoles.

Marco Porcio Catón, llamado *el Censor*, o *Censorino*, fijó su cuartel general en el Puerto de la Luna (Portvendres), donde se fueron reuniendo las tropas: dos legiones, 5,000 aliados y 500 caballos, con los cuales se embarcó a bordo de 25 galeras.

La flota fondeó en Rosas, de donde fueron expulsados los soldados layetanos que la defendían, y Catón se encaminó luego a Ampurias (Emporion), cuya posesión le importaba en gran manera.

Comienza la guerra de la independencia española. — El sitio de Emporion.

Hasta entonces la lucha había sido parcial, aislada. Vamos a ver ahora a España levantada contra Roma; guerra larguísima, desapiadada, durante la cual hubo de temblar más de una vez sobre sus cimientos la orgullosa República del Tíber.

Era Emporion, donde hemos dicho que se

© Biblioteca Nacional de España

dirigía el Cónsul Catón el Censor, una ciudad especialísima en la cual convivían, separados por una muralla, los focenses, fundadores de la urbe, y los layetanos, que en ella se habían albergado luego. Alegremente recibieron los griegos a los romanos, de quienes eran, como lo fuera Sagunto, antiguos aliados, pero no así los catalanes, aborrecedores de la tiránica república del Tíber, como hermanos, al fin y al cabo, de los ceretanos, ausetanos e ilergetas.

Catón empezó de una manera que revelaba su firme designio de vencer a todo trance, o perecer en la demanda. No quemó las naves, pero las envió a Marsella, para que los soldados no pudieran huir con ellas en caso de retirada, y despidió a los contratistas de suministros, para que su tropa no fiara en los abastecimientos de fuera y se viese obligada a vivir sobre el país.

Y así puso sitio a Ampurias, cuya parte española, en la marina, tenía tres millas (4,800 metros) de circuito.

No hacía mucho se hallaba allí Catón cuando llegó a sus reales el pretor Helvio, gobernador que había sido de la España Ulterior, reemplazado ahora por Claudio Nerón, que le proporcionó una reducida escolta.

Helvio no había perdido el tiempo en su viaje; como se encontrara con que Illiturgis (Andújar) se había sublevado de nuevo, apoderóse de ella y la castigó duramente; después, al pasar por Celtiberia, rechazó y mató a gran número de insurrectos; todo ello sin más que la referida escolta, lo cual parecería imposible a no atestiguarlo graves autores.

En tal estado las cosas recibió Catón la visita de unos mensajeros que le enviaba un tal *Belistajes*, gran propietario en el país de los ilergetas y devotísimo a los romanos pidiéndole socorro contra los españoles que le tenían estrechamente sitiado, después de haber talado todas sus haciendas. Los atribulados mensajeros le pedían a Catón enviase 5,000 hombres para libertar a

© Biblioteca Nacional de España

Belistajes y los suyos, a lo cual respondió el Cónsul que no podía desprenderse de tan crecido contingente, pero tanto porfiaron, lloraron y le molestaron, suplicando no expusiese a su total perdición a tan leales confederados, que al fin acabó por acceder y mandó que mientras los embajadores se adelantaban, embarcasen la tercera parte de sus soldados para acudir en socorro del buen Belistajes.

Desgraciadamente para el romanizado ilergeta la tropa tuvo que desembarcar más que de prisa y tomar tierra de nuevo en Emporion, pues se hallaba a la vista de la ciudad un crecidísimo ejército catalán, reunido para obligar a Catón a levantar el sitio.

Eran los españoles en número grandemente superior a los romanos, y había que suplir la diferencia con la astucia. Con este objeto el Cónsul mandó evacuar, de noche, silenciosamente el campamento, y situó sus tropas detrás del campamento español. No fué poco, por lo tanto, el asombro de los valientes favorecedores de Ampurias cuando, en vez de avanzar contra el enemigo, enfrente, se vieron atacados por él a retaguardia.

Lanzáronse, pues, los catalanes contra los romanos, con tal ímpetu que rompieron la caballería enemiga y la pusieron en fuga; por largo rato anduvo dudoso el resultado, y ya por fin parecía sonreir la victoria a los nuestros a no ser por el oportuno auxilio de unas cohortes de reserva, que decidieron el resultado de la batalla.

Aunque creemos exagerada la cifra se ha dicho que perecieron en esta batalla 40,000 españoles. Es indudable que no serían tantos, ni de mucho.

Malogrado el socorro en favor de Emporion, diéronse los romanos a correr y saquear el país, lo cual fué motivo a que los moradores, desesperanzados ya de todo auxilio, pidiesen paz y amistad. Catón dispensó la mejor acogida a los enviados, pues no le convenía dejar enemigos a la espalda, y así quedó apaciguada

© Biblioteca Nacional de España

Cataluña, —nombre que empleamos anacrónicamente tanto para mayor claridad como para evitar enojosas enumeraciones.

El victorioso Cónsul fué recibido en triunfo en Tarragona, la metrópoli romana, y al poco tiempo continuó su camino hacia la España Ulterior, mas no había pasado aún el Ebro cuando tuvo noticia de que se habían sublevado los *bergistanos*, moradores según unos de la comarca de Huesca, según otros de la de Teruel y no falta quien cree que de Berga. No tardaron los romanos en dominar la insurrección, pero de nuevo volvieron los bergistanos a levantar cabeza. Esta vez Catón se mostró inexorable, y todos los prisioneros fueron vendidos como esclavos.

No fiando Catón de los catalanes ni de los aragoneses de aquende el Ebro mandó que les fuesen quitadas las armas, lo cual les alteró de tal manera que muchos se mataron antes de verse desposeídos «de lo que hacían más caso que de las mismas vidas». El hecho se repitió en 1869, cuando al ser desarmada la milicia de Zaragoza, uno de aquellos entusiastas defensores de la libertad se degolló, antes que entregar su fusil. Aparte de esto, mandó Catón que fuesen derribadas todas las murallas de las ciudades de aquella parte; tanto era el temor que abrigaba de nuevas insurrecciones, mientras se adelantaba hacia la Ulterior.

El temor no era infundado, pues se sabía que los celtíberos se aprestaban a auxiliar a los turdetanos o andaluces, sublevados durante el sitio de Emporion, y vencidos por los pretores Manlio y Nerón.

Las seguridades de Manlio respecto a la pacificación de Andalucía movieron a Catón a no perseverar en su propósito de llegarse hasta allá, y en su lugar se dedicó a acabar de una vez, si podía, con la irritante insumisión de los celtíberos.

© Biblioteca Nacional de España

La guerra de Celtiberia.

El Cónsul Catón, pasado el Ebro, no se detuvo hasta Sigüenza (*Segontia*), en cuya formidable ciudadela tenían los celtíberos depositadas sus riquezas; pero la resistencia fué tan terrible que Catón tuvo que desistir de la toma; trató de apoderarse entonces de Numancia, pero tampoco lo consiguió, y de nuevo abandonó la empresa. Pasando a sangre y fuego las ciudades celtíberas que encontraba, siguió hacia el Norte, y no le fué difícil ahora someter a los pueblos pirenaicos: suesetanos (Sangüesa), ceretanos (cerdañeses) y ausetanos (Vich),

Con justicia podía vanagloriarse Catón de haber pacificado gran parte de España — a lo menos por lo pronto, — y de ahí que pensara en regresar a Roma para recibir los honores del triunfo.

No se le podía regatear. Llevaba 1,400 libras de oro; 25,000 de plata; 123,000 monedas de igual metal, de las llamadas de Osca (Huesca), aparte de lo cual pudo regalar 7 ases a cada infante y 3 a cada jinete.

Según manifestó Catón en el Senado, para llevar a feliz término la pacificación había incendiado 400 ciudades celtíberas. Con todo, el *pacificador* se constituyó desde entonces en decidido patrono de los españoles, a quienes defendía en todo momento, y en favor de los cuales, en las siguientes campañas, pidió siempre benignidad.

Continúa la guerra.

Terminado el cometido del Cónsul Porcio Catón, volvióse al sistema de los pretores. Retoñaba la guerra, tenaz, con varia fortuna.

Siendo Quinto Fulvio Flacco gobernador de la Citerior, puso sitio a *Urbicua* (Checa, Guadalajara) y logró tomarla por asalto a pesar de haber acudido los celtíberos para hacerle levantar el cerco; logrado esto, partió contra Ebura (Talavera de la Reina), donde derrotó a un ejército de 30,000 españoles; cruzó luego la Carpetania y asedió a Castrobia (Zorita de los Canes), capital efectiva de la Celtiberia, acabando por apoderarse de la plaza.

© Biblioteca Nacional de España

También el pretor Manlio, su compañero, luchaba con los lusitanos y les infligía crueles derrotas, por más que no les sirvieran de escarmiento.

A estos pretores sucedieron dos, uno de ellos muy notable: Postumio Albino, destinado a la Ulterior, y Tiberio Sempronio Graco, a la Citerior. Este Sempronio fué el padre de los famosos Gracos, casado con la gran Cornelia, hija de Escipión, el Mayor, el ilustre general que primero midió sus armas en España con los cartagineses.

De Postumio se dice que venció a los vácceos y lusitanos, causándoles 40,000 bajas, aunque es dudoso fueran tan crecidas éstas, dadas las armas entonces empleadas, y la índole de las batallas en que desempeñaban principal papel las luchas cuerpo a cuerpo.

Sempronio Graco alcanzó muchas victorias: tomó la plaza de *Alces* (sita al O. de Miguel Esteban, Toledo) y desbarató a los celtíberos en las faldas del *Mons Canus* (Moncayo), los cuales prometieron mostrarse pacíficos en lo sucesivo. Aparte de esto, debió de ser hábil político, pues logró que Numancia suscribiese una confederación con Roma; además fundó, o cuando menos hermoseó y engrandeció una ciudad, cerca de Numancia, que tomó su nombre: *Gracurris* (Agreda).

A pesar de todo, podía creerse que Roma deseaba contentar a los naturales, y así fué como se dió el caso de que se atendiera a las quejas de los españoles tocante a que los gobernadores romanos no vendiesen el trigo al tipo que ellos mismos imponían; que los naturales no se viesen obligados a arrendar la alcabala de la vigésima (del 1 por 20) a voluntad del pretor; y que no se arrendasen los tributos, sino que el cobro corriese a cargo de los mismos pueblos.

Es curiosa también la cuestión que surgió respecto a los numerosos bastardos que había, hijos de soldados romanos y madres españolas, los cuales pedían campos

© Biblioteca Nacional de España

donde habitar y cultivar. Habían sido tenidos hasta entonces como esclavos, pero el Senado decretó fuesen declarados libres, y se les adjudicó como mansión la ciudad de Carteya (Tarifa), con nombre y privilegio de colonia, siendo en este concepto la primera colonia de romanos que hubo en España.

Sin embargo, distaba aún mucho España de quedar pacificada, y así fué como hacia el año 153 a. J. estalló una insurrección tan terrible en Lusitania y Celtiberia (al cabo de más de cincuenta años de porfiada guerra contra el usurpador), que obligó al Senado a enviar al Cónsul Fulvio Nobilior, con un ejército de 30,000 hombres.

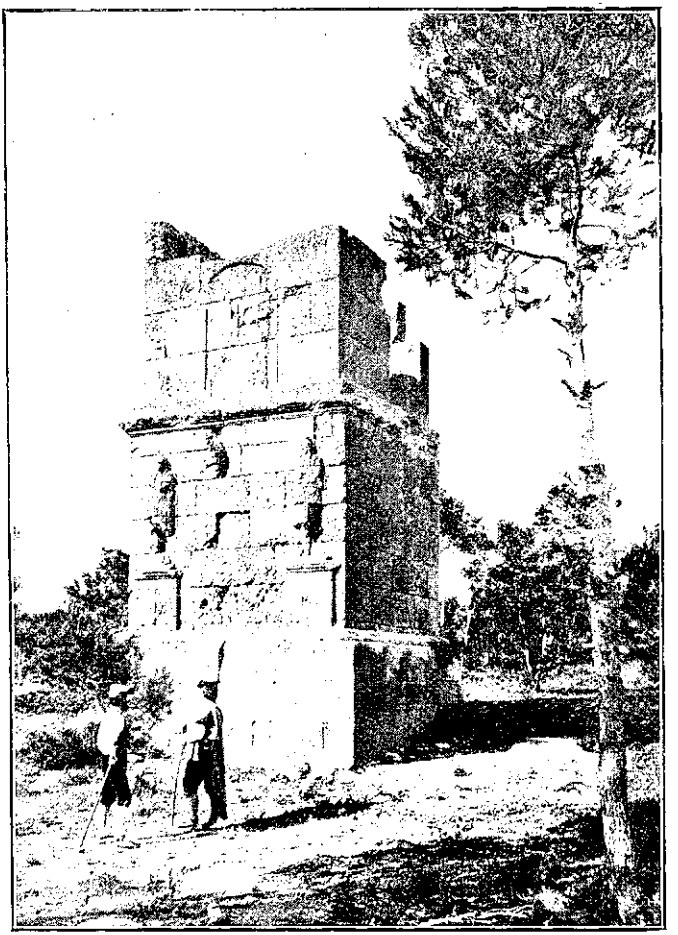
No se arredraron por eso los españoles. Proponíase Fulvio Nobilior castigar a una ciudad del país de los arevacos llamada Segeda, que contraviniendo a lo pactado con Sempronio Graco se fortificaba, se negaba a pagar tributo y dilataba el envío de soldados al campo de los romanos. Los segedanos, viéndose amenazados muy de cerca, enviaron sus mujeres e hijos a Numancia (lo cual fué el origen de la guerra, posteriormente surgida, con la inmortal ciudad celtíbera) y se dispusieron a hacer rostro a las legiones consulares.

Principio de la guerra de Numancia.

Proclamaron los segetanos por caudillo a un hombre llamado Caro, de gran capacidad para las armas, y en efecto, como preparara una hábil emboscada a Fulvio Nobilior, cayó éste en la red, dejó 6,000 hombres en el campo de batalla y se vió obligado a escapar. Demasiado engreído del triunfo siguióles Caro al alcance, pero revolviendo entonces la caballería romana que iba a retaguardia, convirtió en derrota el anterior triunfo.

Con todo, fué tan grande el entusiasmo que ocasionó la primera victoria que, reunidos los arevacos en Numancia, acordaron continuar las hostilidades, y nombraron nuevos jefes.

© Biblioteca Nacional de España



Tarragona: Torre de los Scipiones

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

Tres días después, se presentaba Fulvio Nobilior a la vista de Numancia, con la particularidad de formar en primera línea 10 elefantes y 500 jinetes númidas que Masinisa le había enviado de África.

La primera batalla de Numancia.

No pudo ser más singular lo que ocurrió en la lucha. A la vista de los elefantes, asustáronse los celtíberos, y espantáronse los caballos que montaban, por lo cual se apresuraron a meterse de nuevo en la ciudad de donde habían salido, perseguidos por los elefantes y los legionarios; pero he ahí que de pronto uno de aquellos enormes animales se siente herido de una pedrada en la cabeza, y entrando en furor se revuelve embravecido y se lanza contra los legionarios, haciendo lo mismo los demás. El espanto fué terrible; innumerables los romanos que perecieron víctimas del furor de aquellos peligrosos brutos. Los arevacos, validos de la ocasión, volvieron a salir y cayeron sobre los desconcertados legionarios que a toda prisa se recogieron en su campo. Las cifras que se fijan son 4,000 bajas por parte de los romanos y 2,000 por la de los arevacos.

Furioso Fulvio Nobilior trató luego de tomar por asalto la ciudad, pero era rechazado con grandes pérdidas a cada intento, y lo mismo le ocurrió al pretender apoderarse de otra plaza cercana llamada Agenia, famosa por su mercado; mas no sólo esto, sino que animados con tan felices éxitos los demás pueblos, se dió el caso de que fuese expulsada la guarnición que los romanos tenían puesta en *Ocile* u *Ocilis* (Medinaceli), en la cual tenía el Cónsul sus almacenes y su erario.

Fulvio Nobilior no quiso intentar nada más y tuvo que limitarse a invernar en su campamento, donde sufrió grande escasez de víveres y experimentó los terribles efectos del frío glacial que se dejaba sentir en aquella áspera meseta, cubierta de nevados montes, por lo cual fué grande la mortandad. Y era tan peli-

© Biblioteca Nacional de España

grosa la estancia, que morían, casi con seguridad, los soldados enviados a buscar leña, sorprendidos por los numantinos.

No hace mucho fué descubierto este campamento de Fulvio Nobilior, por el explorador alemán doctor Schulten, a 6 kilómetros al Noroeste de Numancia, cerca de Renieblas, en el lugar llamado «la grande atalaya».

«Había creído al principio el investigador alemán, dice el Sr. Mélida, que los restos de fortificación a que debía tal nombre ese sitio, eran de alguna ciudad ibérica; pero el hallazgo en él de monedas romanas y de fragmentos cerámicos le decidieron a practicar excavaciones el pasado año y descubrió las líneas de murallas y las tiendas o habitaciones de tres por tres metros agrupadas y alineadas uniformemente, en calles de más de un metro de anchura y siete de longitud. Más de diez de estos grupos de tiendas halló, y murallas, en una extensión de 180 por 170 metros. Después ha ampliado considerablemente esta exploración, que le ha permitido apreciar la extensión considerable de este campamento fortificado.

»Por supuesto, lo que de tales construcciones se conserva es los cimientos o poco más. Su fábrica es de piedra. Lo mejor conservado, las murallas, llaman la atención por su fortaleza y por su buen aparejo, por hiladas.

»Se aprecian con toda exactitud sus torres cuadradas y sus lienzos, bastante espesos. Más débiles los muros de las tiendas, de piedras pequeñas, permiten apreciar la regularidad del trazado.»

Así transcurrió aquel terrible invierno hasta que, llegada la primavera (152 a. J.), Nobilior se encontró relevado por el también cónsul Claudio Marcelo, que llegaba con 8,000 infantes y 500 caballos; refuerzo que no fué de poca importancia, después de la grande mortandad de los soldados, como hemos dicho.

© Biblioteca Nacional de España

Dispúsose el nuevo general a castigar ante todo a Ocilis, por su defección; logró tomarla, pero con buen acuerdo dejó de cumplir su amenaza de arrasarla, contentándose con imponerle una fuerte contribución.

Y así se prolongaba la guerra de España, sin que se le viese fin ni término. Peleábase no solamente en Celtiberia, sino en Lusitania, como ya diremos.

«El miedo que los soldados tenían era tan grande y la guerra tan peligrosa, dice Mariana, que no se hallaba de todas las legiones quien se ofreciese a emprender aquella jornada. Ordenaron, pues, que por una nueva manera se sorteasen los que hubiesen de ir a España.»

La infamia de Coca.

Corría el año 151 a. J., cuando era substituído el cónsul Claudio Marcelo, por Lucio Licinio Lúculo, en virtud de sorteo con su colega, según era costumbre. Llevaba como lugarteniente al joven Escipión Emiliano, nieto adoptivo del gran Publio Cornelio y que como éste debía conquistar también el título de *el Africano*. Estaba casado con una hermana de los Gracos. Para el mando de Lusitania fué nombrado, como pretor, Sergio Galba.

Al llegar a Celtiberia hallábase tranquilo el país, en virtud de unos conciertos concluídos a última hora con el cónsul Marcelo, y en cuyo arreglo influyeron mucho los jefes numantinos. Ardía, sin embargo, el Cónsul Lúculo en impaciencia por guerrear, y como no tuviera ocasión de hacerlo contra los arevacos partió contra los vácceos, pueblo de Castilla la Vieja.

Nada habían hecho los vácceos para ser objeto de agresión alguna, pero eran ricos, y Lúculo había venido a España para allegar todo el dinero que pudiese.

Era hombre de poca hacienda; «gran enfermedad para gobernadores y capitanes», dice sentenciosamente Mariana. Y así fué como los habitantes de *Caucia* o *Cauca* (Coca, Segovia) se vieron amenazados por el ejército consular.

© Biblioteca Nacional de España

Los de Cauca, indignados, se aprestaron a la resistencia e hicieron una impetuosa salida en la que fueron repelidos, con grandes pérdidas.

Enviaron entonces parlamentarios al Cónsul, precedidos, según costumbre del país, de una especie de abanderado portante de una piel de lobo clavada en la punta de una lanza; los tratos fueron que entregasen rehenes, proporcionasen cierto número de jinetes y aprontasen cien talentos de plata. Aceptado el convenio, abriéronle a Lúculo las puertas de la ciudad, y entonces el infame Cónsul, valiéndose del descuido de los habitantes, los pasó a cuchillo, sin perdonar a nadie, ni hombres, ni mujeres, ni niños para poder así robar mejor.

Tal villanía movió a los moradores de los vecinos pueblos a abandonar éstos y refugiarse en las montañas, llevándose cuanto podían y entregando al fuego lo que tuvieron que dejar por no poder cargar con ello.

El sitio de Intercatia.

Burlado Lúculo en su afán de recoger copioso botín, imaginó entrar a saco una ciudad de aquel mismo territorio, llamada Intercatia, situada a lo que se cree a media distancia entre Valladolid y Astorga y que se supone ser la actual Villanueva del Campo (Zamora). La plaza cerró sus puertas y el Cónsul acampó en los alrededores. Requeridos los moradores a que se rindieran, contestaron irónicamente que sí lo harían a condición de que se les guardase la fe y la palabra de honor juradas a los de Cautia.

Furioso Lúculo dispuso atacar inmediatamente. El sitio fué largo; los habitantes se defendían con tanto valor como pericia, y en sus frecuentes salidas desbarataban las haces de los sitiadores. Estos se vieron, a no tardar, reducidos a la mayor estrechez por falta de víveres, de suerte que tenían por único alimento trigo y cebada cocidos, y la caza que se pudiera

© Biblioteca Nacional de España

haber. Aparte de esto las aguas eran malas, y por todo ello se desarrolló en el campamento romano una grande epidemia de disentería.

En su empeño por apoderarse de la rebelde ciudad apeló Lúculo a todos los medios que proporcionaba el arte de la guerra; levantáronse parapetos, se construyeron máquinas de batir, y gracias a los arietes y demás se logró abrir portillo. Los legionarios, y a su frente el joven Escipión, se lanzaron por la brecha, pero chocaron contra la otra muralla que formaban los pechos de los intercatienses y tuvieron que volver rostro, perseguidos por los vácceos. Muchos legionarios murieron ahogados al vadear una laguna allí cercana.

La brecha quedó brevemente reparada, y ya se disponía Lúculo a levantar el cerco cuando recibió proposiciones de los sitiados, a quienes el hambre tenía reducidos ya al mayor extremo.

Los de Intercatia manifestaron que no querían tratar con Lúculo, por no fiar de él, después de lo que había hecho en Caucia y prefirieron entenderse con Escipión. Las condiciones fueron asaz benignas; como no tenían dinero, ni se valían de él para sus transacciones, se les exigió tan sólo que entregaran 10,000 sayos de lana y algunos jumentos, aparte de dejar cierto número de rehenes.

Lúculo quiso entonces probar fortuna en Palencia, capital de los vácceos, pero fué rechazado con grandes pérdidas, con lo cual dió por terminada la campaña, que como se ve no tuvo nada de gloriosa para las armas de Roma.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO V

VIRIATO

La campaña de Mummio. — La infamia de Sergio Galba. — El primer caudillo nacional. — Primeras campañas de Viriato. — Las últimas campañas. — Asesinato de Viriato.

(150 140 a. J.)

La campaña de Mummio

Mientras sucedían en la España Citerior y Celtiberia las cosas que hemos referido, ardía también en Lusitania la guerra contra el invasor.

Al tiempo mismo que el cónsul Fulvio Nobilior tenía que pelear con los arevacos, el pretor Lucio Mummio hacia guerra a los lusitanos (153 a. J.) sublevados desde hacía algunos meses. Habíase puesto a su frente un caudillo llamado Cesarón, y trabada batalla con Mummio, fué derrotado éste, y casi exterminado el ejército romano, cuyo campamento entraron a saco los insurrectos, paseando luego como trofeos sus despojos por muchos mercados de los pueblos colindantes. Como se ve, no inventaron los marroquíes ir por los zocos mostrando algo de lo que pudiera haber caído en sus manos en sus luchas civiles o extranjeras.

© Biblioteca Nacional de España

La victoria hizo que los portugueses se descuidaran, y no prosiguieran la guerra con la actividad que hasta entonces, lo cual permitió a Mummio rehacerse algún tanto del desastre sufrido, y así enterado de que los lusitanos celebraban una gran fiesta para celebrar su triunfo les atacó de sorpresa. Esta vez sonrióle la fortuna: fueron vencidos los soldados de Cesarón, y éste cayó sin vida, siendo reemplazado por otro jefe llamado Canteno; pero lo que sobre todo alegró a los romanos fué haber podido recobrar muchas águilas y banderas de que se habían apoderado los contrarios. Desde entonces todo fueron victorias para Mummio, por lo cual se le concedieron en Roma los honores del triunfo, al ser reemplazado por Marco Atilio.

Dedicóse éste, especialmente, a continuar la obra de pacificación de Lusitania, ya que daban poco que hacer las demás regiones de la Ulterior. El nuevo pretor logró que se le entregasen muchas ciudades, e infligió sensibles derrotas a las partidas que todavía campaban por las sierras, hasta que, según dijimos, fué nombrado pretor de Lusitania Sergio Galba (151) al tiempo que desempeñaba el proconsulado de la Citerior el avaro Lúculo.

La infamia de Sergio Galba.

Eran los lusitanos gente brava, celosísimos de su independencia, no muy adelantados en civilización como sucedía en gran número de comarcas españolas, de origen celta, pueblo menos progresivo que el ibero.

No cedían, pues, los guerrilleros, a pesar de los conciertos de algunas ciudades, antes bien hacían frecuentes incursiones por las comarcas vecinas dominadas por los romanos o confederadas con ellos.

Irritado Sergio Galba, salió al encuentro de los lusitanos, que corrían las tierras del bajo Guadalquivir, y como los legionarios se hallaban fatigados por la duración de la marcha y el calor extremado que se

© Biblioteca Nacional de España

sentía, cayeron sobre ellos los lusitanos, haciendo terrible matanza, pues se cuenta que pasaron de 7,000 los muertos. Sergio Galba logró escapar y se encerró en la ciudad de Carmona, donde pasó la invernada y levantó banderín de enganche.

En cuanto llegó la primavera salió Sergio Galba para castigar, si podía, a los que de tal manera le habían humillado, y en efecto, hizo una campaña que revistió más que nada los caracteres de una razzia. Los lusitanos enviaron embajadores para ver de llegar a las paces y Galba les recibió con extraordinaria amabilidad, mostrándose deseoso de que jamás volviera a turbarse la armonía.

Era, según consta, orador elocuentísimo y así no fué de extrañar que los embajadores salieran encantados de la conferencia.

Galba, en efecto, con elegante frase, les había manifestado que comprendía perfectamente su actitud: dada la pobreza de aquel suelo, era natural que los moradores buscasen en la guerra y en las incursiones a Andalucía los medios de vivir que les faltaban, pero que él remediaría esto repartiéndoles fértiles tierras que pudiesen cultivar y mantenerse holgadamente con su producto.

Aceptaron los lusitanos, con agradecimiento, la oferta; según lo convenido debían presentarse en determinado día, los que quisieran ir a poblar, divididos en tres grupos, con todas sus familias.

Así lo hicieron, por su desdicha, pues todos fueron pasados a cuchillo y robados de cuanto traían sin distinguir de sexo ni edad. La mortandad fué horrorosa, pues Galba se jactó de haber acuchillado a más de 30,000. Repartióse a los soldados una parte del botín, y quedóse con el resto Sergio Galba, que, de la hecha, fué el más rico de todos los romanos. (150 antes de J.)

© Biblioteca Nacional de España

El primer caudillo nacional.

Entre los pocos que pudieron escapar de la infame alevosía del pretor Sergio Galba hallábase un joven pastor llamado Viriato, de quien es preciso dar algunas noticias antes de referir los heroicos hechos que realizó en el transcurso de los catorce años en que tuvo en jaque a los romanos y fué su implacable azote.

Había nacido Viriato en la Lusitania Celtibérica, de pobre y humildísima familia. Como hemos dicho, era pastor, pero también cazador, oficios ambos que le obligaron a ir siempre cubierto de hierro, para defenderse de las fieras, en un caso, o de los bandidos, en otro. La leyenda le ha atribuído ser capitán de bandoleros, pero aunque así fuese hay que distinguir entre el bandolerismo actual — puramente reducido a apoderarse de lo ajeno contra la voluntad de su dueño, o a secuestrar para sacar dinero — y el bandolerismo de 150 años antes de Jesucristo, de carácter unas veces social y otras veces patriótico.

Rugiente de odio Lusitania contra la infamia del pretor Sergio Galba, sólo pensaba en hacer expiar al traidor romano el horrendo crimen cometido, con toda la falsía y avilantez de que puede ser capaz el hombre; Viriato fué uno de los que se lanzaron a la lucha, pero sin intención alguna de proclamarse jefe; levantó una partida, que fué engrosando cada vez más «unos por no poder pagar lo que debían; otros por ser gente de mal vivir y malas mañas; los más por no verse consumidos y gastados con guerras deseaban meter la tierra a barato».

No se proclamó, pues, Viriato, general, sino que voluntariamente le siguieron los que pugnaban por la independencia patria, de suerte que en breve se le reunieron diez mil españoles a sus órdenes, lusitanos y béticos, celtíberos y celtas, quedando constituído en caudillo nacional, hecho único por primera vez en nues-

© Biblioteca Nacional de España

tra historia, pues anteriormente se había luchado en sentido regionalista, o confederado lo que más. Ahora no: era España entera la que reconocía a Viriato como a su libertador.

«Su valor y moderación fueron tales, escribía Justino, el compendiador de Trogo Pompeyo, que habiendo vencido frecuentemente a los ejércitos consulares, no cambió, a pesar de sus triunfos, ni de armas ni de vestido, ni de género de vida, antes bien guardó la misma sencillez con que comenzó a pelear, de suerte que el último de los soldados parecía mucho más rico que su general.»

Primeras campañas de Viriato.

No era intención del caudillo español encerrarse en Lusitania para resistir allí al invasor, sino llevar la guerra a todos los ámbitos de la península.

Había reemplazado a Galba en el cargo de Pretor de la Ulterior el senador Marco Vitilio (149 a. J.) con órdenes terminantes de acabar con el caudillo lusitano. Viriato salió de Portugal y comenzó a moverse por el país de los turdetanos. La campaña fué empeñadísima, pero por último logró Vitilio cercar a los que él llamaba rebeldes.

Comenzaron luego secretas negociaciones, ya que, por desgracia, jamás faltan traidores, y Vitilio prometió a los lusitanos y demás que iban con Viriato que les daría campos donde morasen si se avenían a deponer las armas, y mantenerse fieles a Roma; pero en cuanto Viriato descubrió la treta, arengó a sus tropas y les dijo:

—Sé que andáis en tratos con Vitilio, que os promete tierras y riquezas si os avenís a aceptar el yugo; pero ¿os olvidáis de Lúculo y de Galba? ¿No vale más morir como valientes que degollados como ovejas?

Los recuerdos de Caucia y del campamento romano de Galba no podían ser más oportunos, y produjeron todo el efecto que Viriato se proponía.

© Biblioteca Nacional de España

Ya disipado el peligro, dispúsose el insigne guerrillero español a dar un golpe de efecto, cual fué atraer a los romanos a un desfiladero, cerca de Tarifa, en que tenía preparada una emboscada, en la cual se dejaron caer los legionarios, que fueron deshechos sin compasión.

La victoria llenó de entusiasmo a las tropas de Viriato, que emprendió el avance hacia el interior. En 146 a. J. se presentaba en Tribola (Tobarra, Albacete) y armaba otra celada a los romanos en la cual perecieron 4,000 de éstos, y el mismo pretor Vitilio. Los que escaparon de la matanza se refugiaron en Tarifa, donde procuraron rehacerse, gracias a los socorros que recibieron de algunos pueblos aliados, pero no les valió, pues también fueron pasados a cuchillo.

Reemplazó a Vitilio el pretor Cayo Plaucio, en ocasión en que Viriato, después de haber sembrado el espanto en las ciudades turdetanas, campaba por la Carpetania, siempre indómita. Cayo Plaucio llamó a las más aguerridas legiones para acabar con aquella «horda de bandoleros», como decían los senadores romanos. Viriato, a su vista, dió orden de huir; siguiéronle las tropas de Plaucio, y en cuanto se encontró en sitio a propósito, revolvióse contra ellas Viriato y, copando la vanguardia, compuesta de 4,000 hombres, los pasó a todos a cuchillo.

Cayo Plaucio, creyendo deshonroso el retroceder, continuó en pos de Viriato que cruzando el Tajo, se hizo fuerte en una magnífica posición llamada el Monte de Venus, que algunos suponen cerca de la ciudad de Ebora (Portugal). El romano salió de nuevo completamente derrotado, y se apresuró a emprender la retirada para encerrarse en las ciudades confederadas de la Bética.

El Senado, cada vez más alarmado por el carácter de aquella guerra, que amenazaba hacerse intermina-

© Biblioteca Nacional de España

ble, presentó una acusación contra Sergio Galba, culpándole de haber ocasionado aquella insurrección con su infame proceder, y aunque el tribuno del pueblo Escribonio Libón, y el senador Marco Catón le abrumaron de cargos, gracias al dinero, pudo zafarse de toda pena.

Fué nombrado en reemplazo del tantas veces zarandeado Cayo Plaucio, el reputado general Claudio Mismano (144 a. J.), pero ya en ocasión en que Viriato era dueño de toda Lusitania. Triste suerte le esperaba al renombrado *imperator*. Trabada la batalla cerca de Urique, fueron destrozadas las legiones y pagó con la vida su caudillo.

«Los haces de varas y alabardas que eran insignias del magistrado — dice Mariana, siguiendo a los clásicos, — fueron puestas por memoria de aquella victoria y a manera de trofeo en los montes de Lusitania, con tanto espanto de los romanos en adelante, y tanto atrevimiento de los españoles, que 200 lusitanos no dudaron en trabar pelea con mil soldados romanos, y en ella mataron más en número que ellos eran. Aconteció, otrosí, que un peón español puso en huída a muchos hombres de a caballo de los romanos, que espantados y atónitos quedaban de ver que aquel hombre de un golpe mató un caballo y cortó a cercén la cabeza del que en él iba.»

Y así iban transcurriendo años y más años sin que se viera el fin de aquella resistencia. Habían fallido las esperanzas de que España se doblegara dócil, como habían hecho tantos otros pueblos, al yugo romano. Habían comenzado Indíbil y Mandonio a lanzar el grito de independencia en 204 a. J.; después de ellos habían sido continuas las insurrecciones, y ahora, al cabo de más de cincuenta años amenazaba hacerse inextinguible la guerra. Los romanos eran dueños de algunas ciudades, pero el país estaba aún por conquistar.

© Biblioteca Nacional de España

Fué nombrado pretor de la Ulterior en reemplazo de Cayo Mismano, Cayo Nigidio, a quien debían hacérsele harto presentes los desastres de Cayo Vitilio, Cayo Plaucio y Mismano, y en efecto, no le cupo mejor suerte, pues fué exterminado en Viseo.

Era preciso acabar de grado o por fuerza, y se comenzó por lo primero nombrando pretor de la Ulterior al habilísimo político C. Lelio, llamado en Roma *el Sabio*, como demostró serlo, en efecto, pues en vez de apelar a las armas se valió de la prudencia y las buenas palabras, quebrantando no poco con ello la causa nacional española, con lo cual «se hizo más esclarecido y nombrado que antes».

El resultado, sin embargo, no satisfacía a los exaltados, pues Lelio se había mantenido a la defensiva, y lo que se quería era acabar cuanto antes con Viriato.

Con este objeto se nombró procónsul y general en jefe a Fabio Emiliano, hermano de Emiliano Escipión, que a la sazón acababa de tomar y destruir definitivamente a Cartago. Para que pudiera realizar la empresa, y en vista del escaso número de veteranos que quedaban en España, hiciéronse grandes levas en Italia, con lo cual pudieron reunirse 15,000 infantes y 2,000 caballos.

El nuevo general fué mucho más afortunado que sus antecesores; desembarcado en la Bética sentó sus reales en Osuna, donde permaneció algún tiempo para adiestrar a sus soldados. Viriato dió algunos rebatos y retó a combate al Cónsul, pero Fabio Emiliano no aceptó, prefiriendo limitarse a reñir algunas escaramuzas «y con ellas hacer prueba así de los suyos como de los contrarios, excusando con todo cuidado la batalla hasta tanto que los suyos cobrasen ánimo, y quitado el espanto, entendiesen que el enemigo podía ser vencido y desbaratado», prueba del terror que inspiraban aquellos insurrectos españoles.

© Biblioteca Nacional de España

Ya seguro Fabio Emiliano de la solidez de sus legiones, obligó a Viriato a levantar el sitio que tenía puesto a Baeza (Beccia); le persiguió hasta la Contestania (Murcia) y bajando de nuevo a la Bética se apoderó de algunas importantes plazas de las faldas de la Sierra Mariánica, como Archidona (*Escua*), Martos (*Gemella*), Marmolejo (*Utica*), y otras.

Vencedor en la Bética, entró en Lusitania y recobró su mayor parte, destruyendo así la obra de Viriato que se había apoderado de toda aquella región.

Mas no por eso decaía el fuerte ánimo del insigne caudillo. «Viriato, entretanto, dice Fornes, activo e incansable, sintiendo germinar en su cabeza algo del espíritu de patria, que el peligro y los percances comunes de lusitanos y celtíberos le sugerían, proclamó entre ellos la fecunda idea de unión, y aunque no generalmente comprendida, medio adivinada al menos, consiguió que abrazasen con verdadera adhesión su causa, como ya causa de todos.»

Llegó el invierno, y el ejército romano se retiró a Córdoba para pasar allí los fríos, mientras Viriato campaba por sierras y por valles, sólo atento a procurarse refuerzos y a que sus voluntarios, como buenos guerrilleros, no notaran que hiciera frío ni calor, hechos a las mayores destemplanzas y fatigas.

Al insigne caudillo no le habían desalentado los reveses; era la verdadera personificación de nuestro famoso general *No importa*. En su altísima empresa de recabar la *independencia española*, de la cual fué *el primer caudillo*, envió cartas a los arevacos, los belos y los ticios, o sea a los de Numancia, Osma y Tiermes para que «tomasen las armas por la salud común y por la libertad de la patria que, por su esfuerzo, en el tiempo pasado había comenzado a revivir, y al presente corría gran riesgo si ellos con tiempo no le ayudaban».

© Biblioteca Nacional de España

El llamamiento no fué en vano, como después veremos.

Las últimas campañas.

Terminado el plazo de su gobierno, regresó a Roma el afortunado cónsul Fabio Emiliano.

Habían sido elegidos cónsules para el año 144 a. J. dos personajes llamados Sulpicio Galba y Aurelio Cotta, a quienes les faltó tiempo para andar a la greña pretendiendo uno y otro venir aquí a hacernos felices. Sometido el caso el arbitraje de Emiliano Escipión exclamó éste:

— El uno no tiene nada; al otro nada le basta, «teniendo por cosa de no menor inconveniente, escribe Mariana, para gobernar la pobreza que la avaricia; la pobreza casi pone en necesidad de hacer agravios, la codicia trae consigo voluntad determinada de hacer mal».

Resolvióse la dificultad enviando como pretor a cierto Popilio, quien, sin duda debió de inferir algún daño a Viriato cuando éste se vió obligado a entregarle muchas de las ciudades en que ejercía su autoridad.

Hacia 143 vino a gobernar la Ulterior el cónsul Cecilio Metelo, personaje de grande autoridad por haber conquistado a Macedonia. A su llegada ardía en toda Celtiberia la guerra, avivada por Viriato, cada vez más popular y admirado. Metelo envió como general de su hueste a cierto Quincio, que trabando reñida lucha con el guerrillero español cerca de Ebora comenzó por aventajarle, pero no tardó el otro en rehacerse y tal derrota le infligió que le obligó a abandonar Lusitania y encerrarse en Córdoba, antes de que llegase el invierno.

El temor de Quincio llegó hasta desamparar las guarniciones romanas de muchas ciudades ibéricas, que de esta suerte fueron reconquistadas por los insurrectos.

Al año siguiente, Metelo fué trasladado al gobierno

© Biblioteca Nacional de España

de la Citerior, y le sucedió en el mando de la Ulterior el cónsul Fabio Serviliano, hermano adoptivo del glorioso Emiliano Escipión, debelador y destructor de Cartago. Como había terminado la tercera y última guerra púnica podía disponerse de gran número de tropas, que fueron enviadas sin dilación a Serviliano para que emprendiera una campaña decisiva contra Viriato. De esta suerte se aumentó el ejército romano en Andalucía con 18,000 infantes y 1,500 caballos, 300 jinetes númidas y 10 elefantes.

Viriato se guardó bien de aceptar batallas campales, sino que se limitó a hacer la guerra de guerrillas. Emboscado en las agrias sierras de la Bética, caía sobre los convoyes, preparaba celadas, verificaba sorpresas y mantenía en constante inquietud al enemigo. Una vez llegó hasta sorprender la guarnición de Utica, pero viéndose objeto de incesante persecución y falto de víveres se retiró de nuevo a Lusitania.

Libre Serviliano de aquella pesadilla, volvió sus armas contra unos pueblos llamados de los Cuneos, donde campaban dos gruesas partidas mandadas respectivamente por los cabecillas Curión y Apuleyo. Sonreíale ahora la fortuna al Cónsul; apoderóse de varias plazas tartesias en las cuales había dejado Viriato fuertes guarniciones, y fué riquísimo el botín, pero no se contentó Serviliano con los despojos, sino que mandó pasar a cuchillo a 500 prisioneros y vendió como esclavos a 10,000.

El Senado se mostraba satisfechísimo del sistema de guerra que empleaba Serviliano, y como finiera el plazo de su mando en la Ulterior decretó que le fuese prorrogado.

Movióse de nuevo y cayó sobre una gruesa partida de insurrectos (bandoleros, según el léxico romano), a cuyo frente se hallaba un cabecilla llamado Canoba. Este, viéndose perdido, se entregó a Serviliano, que le

© Biblioteca Nacional de España

indultó, pero no así a los patriotas a sus órdenes, a quienes mandó cortar las manos, horrible mutilación de que fueron objeto también 500 prisioneros que habían escapado del campamento para no ser vendidos como esclavos. No cabía, como se ve, mayor crueldad que la de aquel hombre.

Viriato se hallaba entonces de nuevo en la Bética, y tenía puesto sitio a la ciudad de Vacia; acudió Serviliano y le obligó a levantar el cerco, en vista de lo cual se le sometieron varias ciudades adictas hasta entonces a la causa nacional.

Los atroces castigos que imponía Serviliano lanzaron a la desesperación a muchos naturales, que resolvieron morir antes que verse con las manos cortadas o vendidos en pública subasta, caso de no perecer degollados. Llegó en sus correrías Serviliano hasta la ciudad de *Erisana* (Lucena, Córdoba), siempre fiel a Viriato, y se dispuso a entrar para hacer en ella sus acostumbrados escarmientos; pero tuvo noticia de ello el insigne capitán, que no andaba lejos, y por la noche se introdujo sigilosamente en la plaza.

No había amanecido aún cuando Viriato salía impetuosamente de Erisana con los suyos y los habitantes y caía sobre el campamento romano, sorprendiendo a los legionarios y haciendo terrible matanza en ellos.

Escaparon los que pudieron con su general, y se metieron en un desfiladero, donde quedaron encerrados como en una ratonera. Pronto quedaron cercados; era buena ocasión para acabar con toda aquella gente, en justísimas represalias, pero en su lugar prefirió Viriato hablar de paces.

De buena gana aceptó Serviliano, que se veía ya degollado. Las condiciones fueron que los romanos, salva la vida, formarían confederación con los españoles; que Viriato recibiría el título de amigo del pueblo romano, y que les serían devueltos a los confedera-

© Biblioteca Nacional de España

dos todo lo que los romanos se habían llevado en sus razzias.

Tal fué el precio a que se libraron de la muerte el Cónsul y los suyos.

Relevado Serviliano, vino en su lugar, como procónsul de la Ulterior, su hermano el nuevo Cónsul Quinto Servilio Cepión (141 a. J.), quien, apenas hubo desembarcado en Tarragona escribió al Senado que era preciso rasgar el tratado de Erisana, por constituir una vergüenza para Roma.

Siguió por tierra Servilio Cepión hacia Andalucía, y ya allí se encontró con que Viriato se hallaba en la ciudad de Arsa. Sin previa declaración de guerra cayó sobre él y desde entonces le persiguió sin tregua ni descanso. Esta vez era evidente que los pueblos se cansaban ya de tan larga guerra.

A punto estuvo Viriato de caer en manos de Cepión en la Carpetania, debiendo su salvación a un ardid de guerra; pero aun así no tenía momento de respiro. El romano le fué a la zaga por el país de los vetones (Extremadura); siguió tras él hasta Galicia y ya allí reconoció Viriato que no podía continuar la lucha.

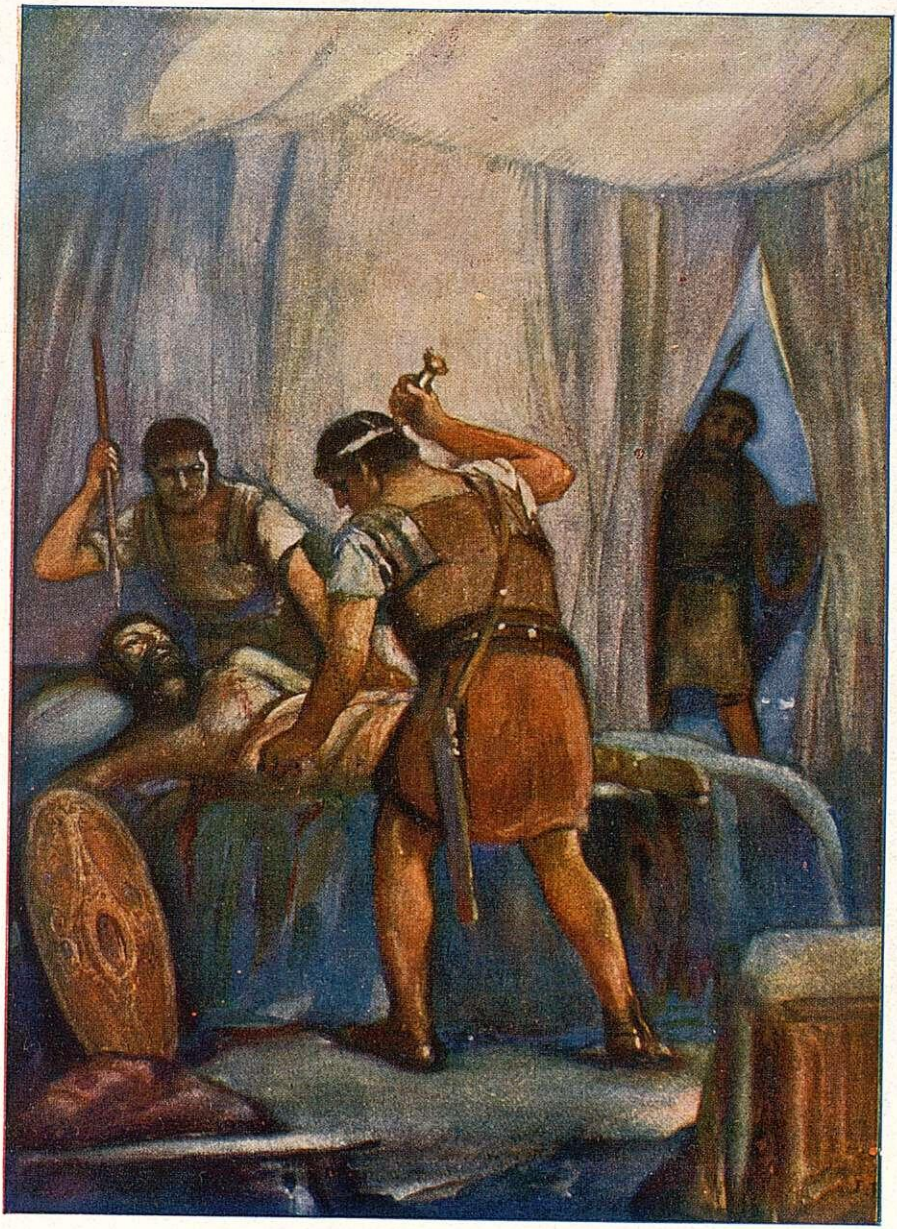
Asesinato de Viriato.

El nobilísimo caudillo español recelaba desde hacía tiempo de la lealtad de sus tenientes, y creyéndoles capaces de cualquier felonía, se previno enviando a tres de sus oficiales de mayor confianza a verse con Servilio Cepión, para llegar a un acuerdo y hacer las paces.

El resultado de la entrevista fué que los tres miserables enviados, llamados Aulaco, Ditalco y Minuro escucharon y aceptaron las proposiciones de Servilio Cepión para asesinar a su general. Regresaron al campamento de Viriato y le mintieron gratas noticias. El insigne caudillo, satisfecho, les felicitó por su diligencia, y muy tranquilo, se rindió al sueño.

Los tres asesinos entraron entonces en la tienda

© Biblioteca Nacional de España



Asesinato de Viriato

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

donde dormía, y le cosieron a puñaladas (140 a. J.), huyendo luego a Roma para recibir el premio de aquella sangre.

«Varón digno de mejor fortuna y fin — escribe Mariana — y que, de bajo lugar y humilde, con la grandeza de su corazón, con su valor e industria trabajó con guerra de tantos años la grandeza de Roma; no le quebrantaron las cosas adversas, ni las prósperas le ensoberbecieron. En la guerra tuvo altos y bajos como acontece; pereció por engaño y maldad de los suyos el libertador, se puede decir, casi de España y que no acometió los principios del poder del pueblo romano, como otros, sino la grandeza y la majestad de su imperio cuando más florecían sus armas, y aun no reinaban del todo los vicios que al fin los derribaron.» No cabe juicio más elevado, ni apreciación más completa de la obra del inmortal caudillo español.

Al siguiente día fué enterrado Viriato, con profundísimo duelo de los suyos, y se celebraron exequias si pobres en aparato, harto sangrientas, pues perecieron muchos en los torneos que, según costumbre, se verificaron para honrar a los manes de la víctima.

Aun así persistió la insurrección, a cuyo frente se puso entonces un jefe llamado Tántalo; pero distaba mucho éste de poseer las altas dotes, y sobre todo, el corazón, del ilustre lusitano, y por lo mismo no pudo resistir mucho tiempo, presentándose luego a indulto.

En cuanto a los tres asesinos se encontraron, en vez de la prometida recompensa, con la respuesta de que «nunca era del agrado del Senado y Pueblo romano que los soldados matasen a sus jefes».

Así quedó pacificada Lusitania; se procedió al desarme de los naturales y para que olvidasen sus aficiones a los alborotos y alzamientos, motivados por la pobreza del terreno, se les repartieron tierras fértiles para que las cultivasen y con ellas pudieran sustentarse.

© Biblioteca Nacional de España

Había durado la guerra de Viriato diez años, pero no quedaba aún sujeta España; aun esperaban a los romanos sangrientas resistencias y terribles contratiempos: muerto el caudillo lusitano, alzáronse los numantinos.

La memoria del gran caudillo se ha conservado religiosamente hasta nuestros días, como si fuera la encarnación de las cualidades de la raza.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO VI

LA GUERRA DE NUMANCIA

Antecedentes. — La ciudad de Numancia. — La plaza. — Quinto Pompeyo ante Numancia.—Fracaso de Mancino.—Fracaso de Lépido. — El debelador de Cartago se encarga del sitio de Numancia.—Los campamentos.—Sitiados y sitiadores.—Sesenta mil romanos contra ocho mil numantinos.—Retógenes.—Muerte o libertad.

(140 a 133 a. J.)

Antecedentes. Dijimos ya cómo en 153 a. J. se habían sublevado los habitantes de Segeda, en el país de los arevacos, contra la tiranía romana; cómo habían acudido en su auxilio los numantinos, y por fin la derrota de Fulvio Nobilior al intentar apoderarse de la ciudad celtíbera viéndose al cabo obligado a levantar el sitio, hasta concluirse luego un arreglo con el Cónsul Marcelo.

Había sido nombrado para el mando de la Citerior, en 142, el cónsul Quinto Cecilio Metelo, llamado el *Macedónico,* y bien demostró que no era mentira la fama que tenía de entendido general, pues en breve tiempo sometió gran parte de Celtiberia, y se apoderó, entre otras, de las ciudades de Contrebia, Versobriga y Centobriga.

Este Metelo es aquel de quien se cuenta que decía

© Biblioteca Nacional de España

que quemaría su camisa, si supiera que ésta conocía sus secretos.

Una excepción hizo, sin embargo, en el régimen a que quedaban sujetos los celtíberos, y fué el reconocimiento de la independencia y libertad de las ciudades de Numancia y Termancia (Tiermes), que en su consecuencia fueron tratadas como amigas de Roma.

El privilegio había de lastimar, sin embargo, el orgullo de la República del Tíber, al tener que tratar de potencia a potencia con aquellas ciudades insignificantes por su población, pues Numancia, que era la mayor, contaría lo más con diez mil habitantes. No obstante, el Cónsul Metelo, había creído obrar con prudencia, y en beneficio de Roma, al reconocer la independencia de aquellas plazas, pues asaz le constaba el fortísimo ánimo de sus moradores, indóciles a todo yugo y dispuestos mil veces a morir antes que perder la libertad.

Supo en esto Cecilio Metelo que el Senado le había relevado, nombrando en su lugar a Quinto Pompeyo, lo cual le produjo tal disgusto, que para hacerle difícil el mando comenzó a licenciar tropas, dejó de hacer acopios de provisiones y mandó que no se diese de comer a los elefantes, con lo cual murieron casi todos.

Pero el nuevo pretor Quinto Pompeyo venía con deseos de hacer grandes cosas, celoso sin duda de la gloria conquistada por Servilio Cepión al poner término a la insurrección española acaudillada por Viriato, y lo que pensó fué arrebatar su independencia a Numancia y Termancia, por constituir, a su juicio, una afrenta para Roma.

El propósito, sin embargo, no era muy hacedero, pues existían los solemnes convenios y capitulaciones concertados con Sempronio Graco, Marcelo y Cecilio Metelo. Era preciso, pues, buscar cualquier pretexto, y Quinto Pompeyo lo halló en el hecho de haber dado acogida los numantinos a unos habitantes de Segeda,

© Biblioteca Nacional de España

ciudad comarcana, los cuales habían combatido a las órdenes de Viriato, y temerosos de ser presos en sus casas, al regresar a ellas, habían pedido hospitalidad a Numancia.

Los numantinos apelaron a todos los medios decorosos para evitar el conflicto; enviaron comisiones a Pompeyo, a pesar de lo mal que los recibía cada vez que se presentaban, y por fin se les manifestó que como condición previa para tratar de paz era preciso que entregaran todos las armas. Y quitarles las armas era arrebatarles la libertad.

«Difícilmente, escribe Lucio Anneo Floro, si es lícito confesarlo, se encontrará más injusta causa para una guerra.»

La ciudad de Numancia. Nadie diría que por larguísimos siglos se ignorase por completo el emplazamiento de la inmortal ciudad, cabiendo la gloria de haberlo determinado al insigne sabio D. Eduardo Saavedra, en 1853, al hacer, como ingeniero de caminos, el estudio de un ferrocarril; descubrimiento, después, corroborado por las exploraciones del Dr. Schulten y de la comisión española. Numancia se halla en un cerro cerca del pueblecito de Garray.

De la guerra hablaron Polibio, que fué uno de los generales que estuvieron en el sitio, aunque su historia se halla asaz truncada; Apiano Alejandrino, muy extenso, en su *Libro de las guerras ibéricas,* inspirado, según trazas, en los relatos del propio Polibio; Lucio Anneo Floro, en un elegante *Compendio de los sucesos de los romanos,* y con los dichos, Diodoro Siculo, Tito Livio, Valerio Patérculo, Valerio Máximo, Faustino, Plutarco, Dion Casio, lo cual basta a ponderar la excepcional importancia que tuvo para los romanos aquella larga y terrible guerra.

La plaza. Según Floro, y después el geógrafo Estrabón, hallábase situada Numancia en un altozano

© Biblioteca Nacional de España

junto al Duero, bañado por este río y su afluente el Merdancho, cortado con barrancos y rodeado de espesos bosques y de lagunas.

La situación, pues, era la acostumbrada en las ciudades celtibéricas.

El altozano se destaca — según D. José Ramón Mélida, cuya relación seguiremos, por ser la más documentada y estar hecha sobre el terreno, — en medio de un anfiteatro de montañas: al NO. la Sierra Cebollera; al E. la del Almuerzo; al SE. la de Santa Ana, con una de cuyas estribaciones está unido el cerro de Numancia por una pendiente cortada por el valle del Merdancho.

De ahí que Numancia dominara grande espacio de terreno: lomas y llanuras, convertidas hoy en tierras de labor.

El Duero, al desviarse hacia el Norte, cede parte de sus aguas al río Tera. De los antiguos bosques no quedan más que algunos, ya lejanos, de igual manera que están hoy desecadas las lagunas.

El cerro sólo tiene fácil acceso por el Sur; por la parte del Duero es sumamente escarpado; la vertiente Norte es agria y larga, llena de quebraduras; la del Este es sumamente abrupta, cortada por barrancos, bordeados de peñascos.

La meseta tiene 500 metros de longitud.

La posición era, pues, muy estratégica, a lo cual se añadía, para la porfía de la defensa, el ánimo indomable de los numantinos. Con todo, no debe creerse que fueran de natural belicosos; lo que había era que, como todos los celtíberos, estaban acostumbrados a pelear a la fuerza muchas veces, para defenderse contra los enemigos de las vecinas comarcas, estado natural entonces.

De los particulares respecto a la raza, religión, arte y demás se habló ya al tratar de la España primitiva.

© Biblioteca Nacional de España

Después de haberse discutido mucho sobre si Numancia tenía o no murallas, se pudo poner en claro que sí las tenía, confirmando, contra Floro, la adveración de Apiano y de Julio Frontino, el cual afirma que «Numancia estaba comprendida en un muro de tres mil pasos de perímetro».

Lo que hay es que esta muralla, descubierta primeramente por D. Eduardo Saavedra, y muy explorada después por el Dr. Schulten era debilísima, hecha de cantos rodados, pues los numantinos no sabían labrar la piedra. El reparo, como se ve, era harto débil, pero no disponían aquellos antepasados de otro material; el canto rodado, abundantísimo en las márgenes del Duero, del Merdancho y del Tera se empleaba lo mismo para las fortificaciones que para el pavimento de las calles y las paredes de las casas.

Con todo, hay motivos para creer, según lo descubierto hasta ahora, que la fortificación se componía de recias cortinas y torres cuadradas.

Quinto Pompeyo ante Numancia.

El pretor Quinto Pompeyo tenía a sus órdenes 30,000 peones y 2,000 caballos. Los numantinos dispondrían, lo que más, de 8,000, pero que valían por diez veces este número.

Resumiendo lo dicho por Apiano y demás historiadores de aquellos sucesos, escribe el Sr. Mélida: «Pompeyo, como sus antecesores, perdió en sus salidas mucha gente, en las emboscadas y en el engaño con que procuraban atraerles los numantinos a los fosos y estacadas, hasta que aquél, cansado, mudó su campo contra Termancia; tornó a hostilizar a Numancia, no con las armas, sino tratando de «echar por el llano cierto río», que debió ser el Tera, para sitiarla por hambre; pero los numantinos, al mando de Megara, no solamente lo evitaron, sino que volvieron a causarle repetidas pérdidas. Trató entonces con ellos de terminar la guerra; diéronle rehenes, devolviéronle prisioneros y desertores, entre-

© Biblioteca Nacional de España

gáronle una cantidad en dinero, y cuando, pasado algún tiempo, iban, según lo pactado, a entregar la restante, en ocasión que acababa de llegar Marco Popilio Lenas a suceder a Pompeyo, negó éste, al verse descubierto, que hubiese hecho tan vergonzoso trato; mas como había testigos de ello, Popilio envió a Roma a Pompeyo y a los numantinos comprometidos, para que el Senado juzgara el caso. El Senado decidió proseguir la guerra.

Fracaso de Mancino.

«A Popilio, que hizo muy poco en Iberia, sucedió por jefe Hortilio Mancino, cuyo fracaso fué aún mayor que el de los anteriores, pues cuantas veces peleó con los numantinos quedó vencido, teniendo que encerrarse en el campamento donde primeramente Nobilior vióse allí visitado por aquéllos que, amenazándole con la muerte y a todo su ejército, si no ajustaba la paz, hubo de aceptarla; pero tan humillante que dejó en condiciones iguales a romanos y numantinos. Estos, según Floro, quedaron satisfechos con desarmar el ejército que habían podido exterminar.

»Dicho campamento, que mide 800 metros de longitud en su frente, no es el único elevado en aquel paraje cerca de Renieblas. Las últimas excavaciones de los investigadores Sres. Schulten y Koenen, han puesto de manifiesto construcciones superpuestas de cuatro campamentos, alguno de ellos anterior a la venida de los romanos, según atestiguan algunas monedas de la época púnica halladas entre las ruinas.

»Indignado el Senado romano con el vergonzoso tratado de Mancino, llamó a éste, y a Roma fueron también nuevos embajadores numantinos, que como de nación bárbara acampaban en las afueras de la ciudad.

Fracaso de Lépido.

»En substitución de Mancino fué enviado a Iberia el cónsul Emilio Lépido, que sitió a Palancia, donde también fracasó, como sus antecesores en Numancia.

© Biblioteca Nacional de España

»Tuvo el caso de Mancino un curioso epílogo. Condenóle el Senado a ser entregado a los numantinos; y encargado de ejecutarlo Turio, trajo a Mancino a Iberia y lo dejó desnudo, con las manos atadas atrás, a las puertas de Numancia; mas los numantinos rehusaron recibirle y allí estuvo hasta la noche, abandonado de los suyos, despreciado de los enemigos y ofreciendo a todos lastimoso espectáculo.

»Al llegar a este punto la guerra, la situación era la siguiente: en catorce años de lucha, de ocho generales famosos enviados por Roma, los cinco que habían atacado a Numancia habían fracasado en su intento, sufriendo grandísimas pérdidas; tres de ellos, Marcelo, Pompeyo y Mancino, habían tenido que ajustar paces con ellos, y el último de un modo vergonzoso, después de haberse visto sitiado por los numantinos. Y todo esto siendo los numantinos inferiores en número; bien que, como dice Apiano, eran éstos entre los celtíberos «los mejores soldados de a pie y de a caballo».

»Además, con tales dilaciones y concesiones, dióse lugar a que los numantinos se prepararan, reforzaran su defensa en los fosos y estacadas mencionados y a que los vácceos les prestaran víveres, dinero y tropas.

»Rendidas pronto otras ciudades celtibéricas, quedó Numancia como último y fuerte baluarte.

»¿Qué pensaría el Senado romano en vista de tales hechos? ¿Qué pensaría Roma, que había vencido relativamente con menos esfuerzo a naciones enteras, del indomable brío de aquel puñado de bárbaros, que, desde una humilde e ignorada ciudad, burlaba sus planes guerreros, diezmaba sus ejércitos y pretendía mantener tratados sobre la base de su independencia? Caso singular es éste en la Historia.

»Roma debió comprender que no se trataba de una sencilla guerra en una provincia rebelde, y pensó en enviar, para que la terminase, al hombre de mayor

© Biblioteca Nacional de España

prestigio militar de la época: al vencedor de Cartago, Publio Cornelio Escipión.»

El debelador de Cartago se encarga del sitio de Numancia.

Menester era que el Senado se sintiese profundamente preocupado por la resistencia de aquel puñado de *rebeldes* para que apelara nada menos que al insigne vencedor y destructor de Cartago.

«La primera dificultad que se ofreció en Roma para designar a Escipión por jefe del ejército sitiador de Numancia, escribe Mélida, fué que no tenía el tiempo prescrito para el consulado, «pero el Senado, dice Apiano, decretó que los tribunos volviesen a derogar la ley en cuanto al tiempo, como habían hecho en la guerra de Cartago, y quedase en su vigor para el año siguiente.»

»El prestigio de tal general hizo que quisieran alistarse a sus órdenes multitud de romanos; pero no lo consintió el Senado, pues Roma andaba empeñada en otras guerras. Protestó de ello Escipión, que no hubiera querido hacer la guerra numantina con el ejército desmoralizado y vencido que le aguardaba en Iberia. Hubo de consentirle al cabo el Senado que juntase tropas mercenarias «de otras ciudades y de otros reyes, escribe Apiano, que voluntariamente se le ofrecieron por conveniencia propia». Además, con personas escogidas y fieles formó la llamada *cohorte de los amigos*.

»Pidió dinero; negóselo el Senado, consignándole tan sólo ciertas rentas a la sazón no vencidas, y, según Plutarco, contestó Escipión que «le bastaba con el suyo y el de sus amigos».

»Tal fué el esfuerzo personal con que aquel experimentado y prestigioso soldado se aprestó a la empresa.

»Había reunido en junto un cuerpo de ejército de 4,000 hombres, y encargando de conducirlos a Buteón, su sobrino, adelantóse él con unos pocos a Iberia, donde le aguardaban fuerzas más numerosas.

© Biblioteca Nacional de España

»Así que llegó, tuvo que luchar con su ejército antes que con los numantinos, pues, como esperaba sin duda, le encontró sumido en tal estado de indisciplina, superstición y molicie, que debió comprobar harto pronto de dónde provenía tan repetido desastre y vergüenza tanta como hasta entonces se había registrado en la guerra celtibérica.

»Plutarco refiere algunos episodios elocuentes de los primeros tristes informes que Escipión adquirió en su campo por sus propios ojos, a la llegada.

»Un día da con «las acémilas de un tribuno militar llamado Menimio, cargadas de vasos thericleos y adornados con piedras preciosas», y le dijo:

»— Tal como eres, te has hecho inútil para mí y para la patria por treinta días; pero para ti mismo para toda la vida.

»Halla otro «que lucía un escudo profusamente decorado», y le reprende con esta sentencia:

»—Hermoso es por cierto, joven, el escudo; mas sienta mejor a un romano poner su confianza en la diestra que en la siniestra.

»Vió además que en las marchas utilizaban los infantes caballerías, y exclamó:

»— ¿Qué se ha de esperar en la guerra de hombre que no puede andar a pie?

»Con tal experiencia, pronto adquirida, del triste pasado y el vergonzoso presente en que hallaba al ejército de ocupación, acudió con pronta y radical medicina al remedio del mal: «desterró, dice Apiano, a todos los mercaderes, rameras, adivinos y agoreros, a quienes los soldados consternados con tantos infortunios daban demasiado crédito»; expulsó los criados; vendió carros, equipajes y acémilas, conservando las puramente necesarias; prohibió ir en bestia, en las marchas. «A nadie permitió, escribe Apiano, tener más ajuar para comer que un asador, una olla de bronce y un vaso. Prescribió

© Biblioteca Nacional de España

que las comidas fuesen de carne asada o cocida. Vedó las camas, y él era el primero que dormía sobre una estera.»

»Al propio tiempo que corregía las costumbres del soldado, supo ejercitarle en la vida de campaña, imponiéndole marchas, agobiándole, como dice Floro, «con trabajos severos, asiduos y serviles sobre todo»; al que no sabía llevar las armas, hízole llevar una carga de estacas; al que se resistía a mancharse de sangre, le hizo mancharse de lodo. Porque el duro trabajo que impuso a sus soldados, sin duda también para entretener al enemigo, era el de levantar campamentos, con sus fortificaciones y fosos, que luego demolían y terraplenaban; no más por tenerlos ocupados y ejercitarlos; y todo esto lo presenciaba y vigilaba Escipión desde la mañana hasta la noche.

»Riguroso en lo tocante a la disciplina, puso en restablecerla y mantenerla el mayor cuidado. Véase lo que a este propósito escribe Apiano:

«Para que ninguno se desmandase en las marchas, como antes, caminaba siempre un escuadrón cuadrado, sin ser permitido a nadie cambiar el puesto que se le había dado. Durante la marcha, recorría muchas veces la retaguardia; hacía echar pie a tierra a los de a caballo, y en su lugar ponía a los enfermos, y lo que fatigaba demasiado a las bestias, lo distribuía entre los de a pie. Si hacía alto, ponía de centinela alrededor del campo los mismos que aquel día habían servido de batidores durante la marcha, y hacía que otro escuadrón de caballería batiese la campaña.»

»Infiérese de aquí que durante este período de prácticas y reforma de su ejército, Escipión no tuvo con los numantinos más que ligeras escaramuzas; las bastantes, sin duda, para darse a conocer entre ellos.

»Hizo todo lo que referido queda, diciendo y repitiendo:

© Biblioteca Nacional de España

Sitio de Numancia

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

— «Los generales austeros y rígidos son muy útiles a los suyos, y los suaves y liberales traen mucha cuenta a los contrarios, porque las tropas de éstos, aunque alegres, no saben obedecer, y las de aquéllos, aunque adustas, están obedientes y prontas para todo.»

»Cuando tuvo moralizado su ejército, sumiso y hecho al trabajo y a la fatiga, trasladó su campo cerca de Numancia, cuidando de no dividir sus fuerzas, como hicieron otros, ni de batirse sin antes explorar.

— «Es un disparate, decía, aventurarse por cosas leves. Es imprudente el capitán que entra en acción sin necesidad, así como aquel otro es excelente que se arriesga cuando lo pide el caso: así es que los médicos no usan de sajaduras ni cauterios antes de las medicinas.»

Los campamentos.

»Cauto y sagaz Escipión, el plan de guerra que concibió fué reducir, cercar y sitiar a los numantinos, hasta que faltos de fuerza se le entregaran. Y así, para quitarles apoyo y favor de otros pueblos, se dirigió primeramente contra los vácceos a quienes los numantinos compraban víveres, taló sus campos, recogió lo que pudo para manutención de su ejército y amontonando lo demás, le puso fuego.

»Como hostilizaran los pallantinos de Complanio a los forrajeadores romanos, mandó para rechazarlos a Rutilio Rufo, «tribuno entonces y escritor de estos hechos», dice Apiano; y cubriendo la retirada el mismo Escipión, pudo salvarlo con su caballería.

»Otra vez tuvo que librarse de otra celada de los mismos numantinos en las lagunas o pantanos de que se hizo mención.

»Vino por fin a invernar frente a Numancia y para cercarla construyó los campamentos que el profesor Schulten, con su constancia y pericia, ha logrado descubrir.

Sitiados y sitiadores.

»Según Apiano, continúa diciendo el señor Mélida, resuelto Escipión a vencer por hambre a los numantinos, no hizo caso de las

© Biblioteca Nacional de España

frecuentes salidas con que ellos le provocaban y cercó la indómita ciudad con «siete fuertes», un foso y un vallado que tenía de contorno más del doble que tenía aquélla (50 estadios, dice en otro lugar, de circunferencia, la cual era de 24 estadios; el estadio mide 185 metros).

»Todavía hizo otro foso por cima del primero, y, fortificado con estacas, fabricó un muro de ocho pies de ancho y diez de alto, sin almenas, sobre el cual construyó todo alrededor unas torres a un *plethron* (30,85 metros) de distancia unas de otras», y no pudiendo echar un puente sobre el río Duero, por donde los sitiados recibían tropas y víveres, «levantó dos fuertes y atando con maromas, desde el uno al otro, unas vigas largas, las tendió sobre la anchura del río...» «En estas vigas, añade el historiador, había clavado espesos chuzos y sactas, las cuales, dando vueltas siempre con la corriente, a nadie dejaban pasar, ni a nado, ni buceando, ni en barco, sin ser visto.

»Situó en las torres catapultas, ballestas y otras máquinas; aprovisionó las almenas de piedras y dardos; guarneció los fuertes de flecheros y honderos, y habiendo reunido un ejército de sesenta mil hombres, en el que se contaban gentes del país, más los pecheros y honderos correspondientes a doce elefantes (los cuales jugaban en las guerras antiguas cual torres movibles), que trajo Yugurta, destinó la mitad de las fuerzas para guardar el muro, preparó veinte mil hombres para las salidas que fueren necesarias y dejó de reserva los otros diez mil. Dió Escipión el mando de un campamento a su hermano Máximo y él tomó el de otro, y todos los días y noches recorría por sí mismo la circunferencia con que tenía cercada la ciudad; siendo él, en concepto de Apiano, el primero que tal hizo con gentes que no rehusaban la pelea.

»Con estos datos históricos y haciendo aplicación de

© Biblioteca Nacional de España

ellos en un concienzudo estudio topográfico del terreno que rodea el cerro de Numancia, ha logrado descubrir en cinco años el profesor de Historia de la Universidad de Erlangen, D. Adolfo Schulten, los restos de dichas fortificaciones y los siete campamentos o fuertes de Apiano. Prepara con estos datos una obra definitiva sobre el sitio de Numancia; pero ha cuidado de ir dando cuenta sumaria de sus hallazgos en unas Memorias presentadas al Instituto Arqueológico de Berlín.

»La primera conclusión que sacó de sus descubrimientos es que los campamentos de Escipión no fueron obras de barro y madera como los construídos por César ante Alesia en la Galia y los de Janten y Halter en Westfalia, sino construcciones de piedra como las del tiempo del Imperio.

»Se comprende, por consiguiente, que Escipión se preparó de ese modo para un largo asedio, en país tan frío como es el en que operaba, y dando así mayor trabajo a sus soldados para tenerlos ejercitados y endurecidos.

»El más importante de dichos campamentos y también el que ocupa posición más eminente es el de *Peña Redonda,* que, como su nombre indica, está en un alto, en el avance de una sierra, al Sur, Sudeste del cerro de Numancia, separado de él por el riachuelo Merdancho. Siguen por el Este las fortificaciones de *Peñas Altas,* consistentes principalmente en una ancha muralla, que posiblemente unió con una torre cuadrada de gruesa fábrica, lo cual es verosímil sirviera para instalar una catapulta, que por lo próxima a Numancia debió hacerle mucho daño.

»Las catapultas eran en el armamento romano lo que los cañones y ametralladores en el moderno: eran unas máquinas que por medio de un gran brazo de palanca lanzaban dardos y piedras. De unos y otras hemos hallado ejemplares en Numancia.

© Biblioteca Nacional de España

»Al pie de ésta, en una pequeña meseta llamada *Saledilla,* halló el Sr. Schulten huellas del incendio de la ciudad, de donde deduce debió existir allí un arrabal de la misma, que sólo dista del baluarte de la catapulta 150 metros.

»Siguiendo hacia NE. desde *Peñas Altas* se encuentra otra eminencia, *Valdevorrón,* donde un antiguo canal de desagüe indicó al explorador la existencia de un campamento, cuyos restos, escasos por desgracia, pudo encontrar.

»Al Noroeste de dicha eminencia y Norte y Noroeste de Numancia, halló, en el campo de las *Travesodas,* restos de otro campamento y aun mejores de la muralla de circunvalación en el frente, y luego, hacia el Norte, en dirección a la colina llamada el *Castillejo,* donde comprobó la existencia del cuarto campamento, que mide 328 metros por su lado Sur, frente a Numancia (de la que dista 1,000 metros); cerca de 350 por el Norte, 140 por el lado del Este y 235 por el del Oeste. Su fortificación es recia y por el Norte tiene un foso.

»Desde este campamento el muro debía bajar en dirección Oeste, perpendicularmente, hacia el río Tera, que por esa parte hacía de foso de la anterior fortaleza, y continuar en el llano llamado la *Vega,* donde se han descubierto sus restos. Esta muralla debía necesariamente llegar hasta el *Campo del Real,* que es una loma situada al Noroeste de Numancia, del otro lado del Duero, cerca de su confluencia con el Tera. En dicho punto descubrió el Sr. Schulten restos del quinto campamento.

»Por el lado occidental el Duero, entonces más caudaloso, como lo indica el terreno, pudo ahorrar al sitiador la construcción de muralla; mas, sin embargo, también ese lado fué fortificado, y entre los restos que lo confirman se hallaron los de un baluarte y una torre.

»Al SO. de Numancia, la meseta llamada *Alto de la*

© Biblioteca Nacional de España

Dehesilla, de excelente posición estratégica, sirvió para emplazar otro campamento, el sexto, cuya periferia es de 1,650 metros; su eje longitudinal, de 650 metros, y su anchura, de 310 metros. Pero se halló casi destruído. El mejor hallazgo en la Dehesilla fué un enorme muro de construcción casi ciclópea, de 4 metros de anchura, que en dirección SE. baja desde el campamento hacia el Duero. La necesidad de defender el paso del río justifica tan sólida defensa.

»Dicho muro responde al que en el punto opuesto baja desde *Peña Redonda* (donde está el primer campamento) hacia el Merdancho, y utilizando este riachuelo como foso, construyeron el séptimo campamento en una altura al SO. del *Molino* del caserío llamado Garrejo, situado al S. de Numancia.

»Como puede apreciarse, la exactitud del texto de Apiano ha sido comprobada, con bastante fortuna, por el investigador alemán, el cual hace notar cómo Escipión se resignó a un largo bloqueo construyendo tales campamentos y defensas con la piedra, tan abundante por doquiera en los alrededores de Numancia, y con la madera que le suministraban los bosques de que se habló. Escogió con tanto acierto como inteligencia las alturas para sus campamentos, a respetuosa distancia del enemigo, disponiéndole todo para una defensiva completa, que fué lo que constituyó su táctica.

»Observa con razón el Sr. Schulten que los campamentos numantinos, no solamente son interesantes como recuerdo de uno de los episodios más memorables de las guerras romanas, sino como documentos de la historia militar de Roma, pues de tal género no los hay más antiguos.

»Dos son para el caso los más completos entre los siete mencionados por Apiano y descubiertos por el profesor Schulten, dice el autor a quien citamos: el de *Peña Redonda* y el del *Castillejo*.

© Biblioteca Nacional de España

»Nadie entre los antiguos perfeccionó mejor que los romanos el arte de la guerra, a lo que debieron sus numerosos triunfos, que les hizo dueños del mundo. Su sistema de castrametación fué clásico y fundamental.

»Según la descripción de Polibio, el *Castrum* o campamento fortificado, era un campo cuadrado defendido con estacas, cuando no con murallas como en Numancia, y por un foso. En cada uno de sus cuatro lados tenía una puerta cuya nomenclatura, según su posición, era la siguiente: la que estaba frente a la línea enemiga se llamaba *porta praetoria;* la del punto opuesto de la línea enemiga, *porta decumana,* y las de derecha e izquierda, *porta principalis dextra* y *porta principalis sinistra.*

»Unía estas puertas una calle, la *Via principalis,* que pasaba por delante de la tienda del general, y otras seis calles paralelas, entre las que se distinguía la *Via Quintana,* que separaba las tiendas de la guarnición, se veían cortadas en ángulo recto por otras.

»La tienda del general o *praetorium* tenía a un lado el *quaestorium;* al otro, el foro y el Estado Mayor; las tropas escogidas, los voluntarios y aliados tenían sus tiendas al rededor. El otro espacio, que era el mayor, del otro lado de la vía principal, era el ocupado por las dos legiones que componían una armada o ejército consular, en tiendas agrupadas regularmente, en doble línea de ellas, para que tuviesen salida a las calles paralelas y de modo que una línea del grupo la ocupase la infantería y otra la caballería, cuyas tiendas son mayores.

»No pocas ciudades deben su origen a campamentos romanos. En España tenemos un ejemplo en León, que fué campamento de la Legión VII genuina.

»En cuanto al número de soldados que podía contener un campamento, será bueno decir que la legión, compuesta de cinco o seis mil soldados, por lo menos, solía elevarse en campaña, con los auxiliares y el ala

© Biblioteca Nacional de España

de caballería, compuesta de unos 300 jinetes, a 10,000 hombres. Cohorte era la décima parte de una legión y manípulo la cuarta parte de una cohorte.

»Con estas indicaciones generales, que era oportuno recordar, examinemos sumariamente los dichos campamentos numantinos, siguiendo las doctas descripciones de su descubridor Sr. Schulten.

»El campamento de Peña Redonda ocupa, como ya se dijo, una colina, bastante aislada y elevada para ofrecer buena posición estratégica, al Sur y Sudoeste de Numancia, a unos 500 metros y casi dominándola, de modo que los sitiadores de la plaza podían desde allí observar lo que en ella pasaba. Bien fortificado, menos por donde el talud a pico reemplaza al terraplén, se extiende en una longitud de 580 metros, y una anchura que varía entre 100 y 170 metros, según permitió la configuración de la meseta.

»Donde en vez de muralla hay un terraplén en una línea de 200 metros, se aprecian entrantes y salientes no exigidos por el terreno, sino practicados para la defensa. En un trozo pudo comprobar el explorador la existencia de un foso de 10 metros de ancho, y en todo el contorno el camino de ronda (*intervallum*) y una garita cuadrada para los centinelas. De las puertas, la mejor conservada es la *porta praetoria*, ancha, de cinco metros, apreciables entre las gruesas piedras del terraplén y defendida por un baluarte, atacable por tres lados, que está delante.

»A un extremo del terraplén hay otra puerta protegida de modo que de atacarla el enemigo descubriese por fuera el flanco derecho, no protegido por el escudo.

»Otra abertura del terraplén en el sitio conveniente, indica la *porta decumana*. La otra puerta lateral debió corresponder con el muro de fortificación del Este.

»Las tiendas (les daremos este nombre aunque son de piedra) para los soldados, se dibujan por sus sóli-

© Biblioteca Nacional de España

dos cimientos, en doble fila, como queda indicado más arriba; cada fila o grupo tiene 15 metros de ancho, y de 60 a 90 de longitud, estando separados por calles cuya anchura es de seis a ocho metros.

»Largos muros, escribe el Sr. Schulten, atraviesan las construcciones separando las unidades de tropas: *manipulos* o *turmae*. Las dos partes de que se componían (centurias) se hallaban colocadas a los dos lados de la calle. Así las dos mitades de la unidad (centurias) se encontraban frente a frente, y las unidades (manipulos) espalda con espalda». Las tiendas (contubernium) miden de seis a nueve metros cuadrados. Unos 16 a 24 hombres podrían alojarse en cada una.

»En Peña Redonda, concluye el Sr. Schulten, estamos en presencia de un campo de *manipuli*, es decir, de un campo de infantería de línea romana, de legionarios. Este hecho concuerda con el hallazgo de *pila* (el *pilum* era una lanza corta y aguda, de hierro, propia de la infantería romana) aquí efectuada.

»Puesto que más de 20 casernas de manípulos se han conservado y la legión comprendía en tiempo de Escipión 30 manípulos o 4,200 hombres, este campo parece haber servido para campamento de una legión.»

»Dichos muros, de piedra caliza y barro, suelen elevarse hasta 50 centímetros de la parte conservada. Las techumbres debieron ser de madera.

»Reconoció el descubridor la *via praetoria* y el *Praetorium*, construcción situada más bien en la parte anterior que en la posterior del campamento. Mide 28 metros por 10, y se compone de dos partes, cada una dividida en tres series de habitaciones de N. a S. y ambas con tres entradas.

«Mientras que el cuerpo posterior, dice el Sr. Schulten, parece compuesto de tres alojamientos separados, midiendo cada uno 9'50 metros por 9'50, el anterior forma realmente un alojamiento único. Sus habitacio-

© Biblioteca Nacional de España

nes están agrupadas alrededor de un mediano patio central. No se está lejos de presumir que estas construcciones han sido habitadas por los oficiales superiores.»

»Las dos casas están cuidadosamente construídas y dispuestas con cierto confort, lo que contrasta mucho con la irregularidad y la rudeza de las casernas y asigna al edificio un rango preponderante. En la casa anterior los pilares salientes corresponden a la entrada de las habitaciones. A ellos fueron evidentemente aplicadas las puertas.

»El cuerpo posterior está dispuesto con todo el orden deseable, mejor que todo lo demás. Tras de la entrada, en el ángulo Noroeste, dos muros salientes forman una habitación anterior, un vestíbulo. La entrada de la habitación contigua tenía el umbral de madera y una puerta cuyas jambas estaban sujetas con grapas. En este cuarto se halla una cosa singular. Es una fábrica en forma de S. Quizá representa, como piensa el señor Mélida, el basamento de un triclinio para tres personas. En cada *lectus*, ancho de 60 a 70 centímetros, una sola persona podía colocarse... Los muros salientes a los lados Norte y Sur, ora cuatro, ora dos, indican como en las casernas, las cuadras, que estaban situadas del lado de la calle.»

«Este campamento es el único de los siete que después de las excavaciones del Sr. Schulten ha quedado al descubierto, por hallarse en tierras de la propiedad del señor vizconde de Eza, el cual, por amor a la cultura, tiene el laudable propósito de conservarlo en provecho de la Arqueología.»

«En los campamentos ha recogido el señor Schulten armas de hierro, proyectiles (glans) de plomo y barro, trozos de cinturón y de marmitas de bronce, monedas ibéricas y romanas (ases), cerámica, sobre todo fragmentos de ánfora y también cerámica ibérica como la de Numancia, lo que hace pensar por una parte

© Biblioteca Nacional de España

en el consumo que necesariamente hubo de hacer en el país un ejército que permaneció tantos años, y por otra parte en los auxiliares indígenas que le reforzaban.»

Sesenta mil romanos contra ocho mil numantinos.

«¿Qué ocurría en Numancia, prosigue Mélida, mientras Escipión apretaba su cerco con aquellos siete campamentos fortificados, con aquellos recios muros de circunvalación, con aquella máquina que puso en el río para impedir el paso por sus aguas y con aquel ejército de 60,000 hombres, severamente disciplinados, que, vigilante, mantenía, para rendir por el rigor de la constancia y del hambre, más bien que por la fuerza de las armas, una ciudad pequeña, que solamente encerraba 8,000 combatientes?

»¿Cómo, disponiendo desde un principio el animoso vencedor de Cartago de la superioridad que da el armamento perfeccionado, las máquinas y pertrechos, la organización excelente, el conocimiento táctico y de un ejército que superaba en número más de siete veces al de Numancia, no intentó sofocarla y rendirla de un solo golpe, en vez de darse la larga pena de tanta y tanta fortificación y la más larga espera de seis años para llegar al fin propuesto?

»Tan extraño caso en el que la poderosa Roma tenía empeñado su honor y los míseros numantinos su heroísmo, pide un estudio de la condición de estas gentes.

»Los numantinos no solamente eran bravos, sino nobles. Prúebalo un pasaje de Plutarco. Hablando del desastre de Mancino (de que ya me ocupé), dice que después de verse este general perseguido por los numantinos, desbaratado y sitiado en «un lugar quebrado y sin salida posible», cuando pidió treguas no quisieron ellos tratar con él sino con Tiberio Graco, el cual, «pidiendo unas cosas y concediendo otras, ajustó una capitulación, que permitió salvar honrosamente a veinte mil ciudadanos romanos»; pero fué el caso que cuanto

© Biblioteca Nacional de España

había quedado en el campo era presa de los numantinos, y entre otras cosas estaban los libros de cuentas y justificantes de la cuestura de Tiberio, quien haciendo gran empeño en recobrarlos, se volvió a la ciudad acompañado de tres o cuatro amigos, cuando ya estaba el ejército en marcha. Llamando afuera a los jefes, les rogó que le devolviesen los libros para no dar margen a las calumnias de los malévolos, puesto que no podía rehacer las cuentas; gozosos los numantinos con la ocasión que se les presentaba de hacerle algún favor, le invitaron a que entrase en la ciudad, y como quedase algo suspenso, le instaron vivamente, cogiéndole de las manos, para que no les tuviese ya por enemigos, sino que les contase como amigos y pusiera en ellos su confianza.

»Pareció conveniente a Tiberio ceder, tanto por el deseo de recoger los libros como por temor de exasperar con la desconfianza a aquella gente; y en cuanto entró en la ciudad le ofrecieron un banquete, rogándole con instancia que tomase algún alimento de la mesa, después de lo cual le devolvieron sus cuentas y le obligaron a que escogiese del botín lo que más le agradase, pero él no tomó más que el incienso que servía para los sacrificios públicos, y despidiéndose cortésmente se marchó.»

»Consecuencia del vergonzoso tratado de Mancino fué, como sabe el lector, el envío de Escipión para que rindiera a los numantinos. Hostilizáronle éstos como acostumbraban, según queda dicho; armáronle una celada en un pueblo rodeado de pantanos cenagosos, de la que, merced a su pericia, pudo librarse, no sin sufrir algunas pérdidas; y entonces debió ser cuando «sucedió, como dice Floro, lo que nadie hubiera esperado, que era ver huir a los numantinos».

»La construcción de los campamentos y del muro de circunvalación hubo de hacerla Escipión sosteniendo frecuentes escaramuzas con aquellos hombres temerarios

© Biblioteca Nacional de España

que no querían dejarse sitiar. Prevenido de tales ataques, Escipión tenía dispuesto que si los enemigos impedían el trabajo de sus soldados, éstos levantasen una señal, que había de ser una bandera en la punta de una larga lanza si el ataque ocurría de día, y una hoguera si ocurría de noche, para que él o su hermano Máximo, que tenían divididas las fuerzas, acudiesen en socorro.

»Acabada la fortificación, apostados a lo largo de ella centinelas, «que recibiendo la palabra unas de otras noche y día, le avisasen de lo que pasaba», dice el historiador; dispuesto que cuando una torre se viese atacada, sus defensores tocaran la trompeta, para que repetida la señal en las demás torres se pudiese acudir a aquéllos y supiera él por sus ayudantes la novedad; y tal defensa y aparato bélico mantenido por su personal vigilancia, ejercitada de día y de noche, no es de extrañar que consiguiera invalidar las audaces embestidas de los numantinos.

»Atacaban éstos constantemente a los centinelas por una y otra parte, pero al instante, las señales los refuerzos prontos a acudir, las numerosas fuerzas que si era necesario coronaban las fortificaciones, les hacían entender que estaban encerrados y apretados como en un círculo de hierro.

»¿Qué no harían, sin embargo, aquellos hombres fieros y hostigados con tal cerco, que les privaba de víveres y socorros, ellos que luchando con las fuerzas, también superiores de Mancino, consiguieron que ningún romano se atreviese «a sostener la vista ni aun la voz de un numantino», como escribe Floro? Las intentonas temerarias por romper aquel cerco debieron ser varias. De una de ellas hay noticia. Pero dejemos a Apiano que lo refiera puntualmente.

Retógenes. «Retógenes, por sobrenombre Caraunio, el ciudadano más esforzado de Numancia, acompañado de cinco amigos, otros tantos criados e

© Biblioteca Nacional de España

igual número de caballos, atravesó en una noche obscura el espacio que mediaba entre los dos campos, sin ser visto, y con una escala doblada o especie de puente que llevaba; así que llegó subió a las fortificaciones con sus amigos. Muertos aquí los centinelas que había de una y otra parte, despacharon a la ciudad los criados, y subiendo los caballos por medio de la escala, escaparon a las ciudades de los arevacos, suplicándoles con ramos de oliva que socorriesen a los numantinos sus parientes. En muchas ciudades les despidieron al instante sin oirles por temor a los romanos; pero en cierta poderosa ciudad, llamada Lutia, distante de Numancia trescientos estadios, la juventud se puso de parte de los numantinos e indujo a la ciudad a que los auxiliase; bien que los ancianos avisaron de esto a Escipión por bajo de cuerda. Informado a la hora octava de lo que pasaba, marcha diligente con la mayor parte de la infantería que pudo, rodea al amanecer a Lutia con sus tropas y pide que se le entreguen los principales de la juventud; pero como le respondieron que ya había marchado ésta, les amenazó por un trompeta que saquearía la ciudad si no le entregaban los autores. Aterrorizados con esto los ciudadanos, le entregaron cuatrocientos jóvenes, a quienes cortó las manos; y quitándoles la guarnición, al día siguiente al amanecer entró en el campamento.»

«En vanas intentonas de los sitiados, riguroso cerco y duros castigos de los sitiadores, se pasaron seis años. Las catapultas romanas arrojaban a los numantinos grandes proyectiles de piedra y dardos de hierro, de aguda punta piramidal cuadrada. De unas y otros hallamos entre las ruinas numantinas. Los honderos romanos arrojaban proyectiles (*glans*) de plomo y de barro, que aparecen tanto en las ruinas de la ciudad como en las de los campamentos. En la primera hemos descubierto poco ha un ejemplar de plomo, con inscrip-

© Biblioteca Nacional de España

ción griega, sin duda porque perteneció a las municiones de alguno de aquellos cuerpos de mercenarios orientales que trajo Escipión. Proyectiles de barro son los más abundantes entre los descubiertos en Numancia, y debemos creer que muchos, si no todos, eran municiones ibéricas, pues en algunos rincones de las ruinas aparecen varios juntos, como restos de depósitos de ellos. Diez y siete se hallaron a mi vista en uno de esos rincones. No es de extrañar que también la honda y el proyectil, en forma de bellota, como el romano, formase parte del armamento numantino.

»En estos días he hecho ensayar el alcance de estos proyectiles de honda, punto que interesaba al teniente general de artillería del ejército alemán Sr. Bathgen, que ha venido a estudiar el aspecto militar del sitio de Numancia, y especialmente la balística.

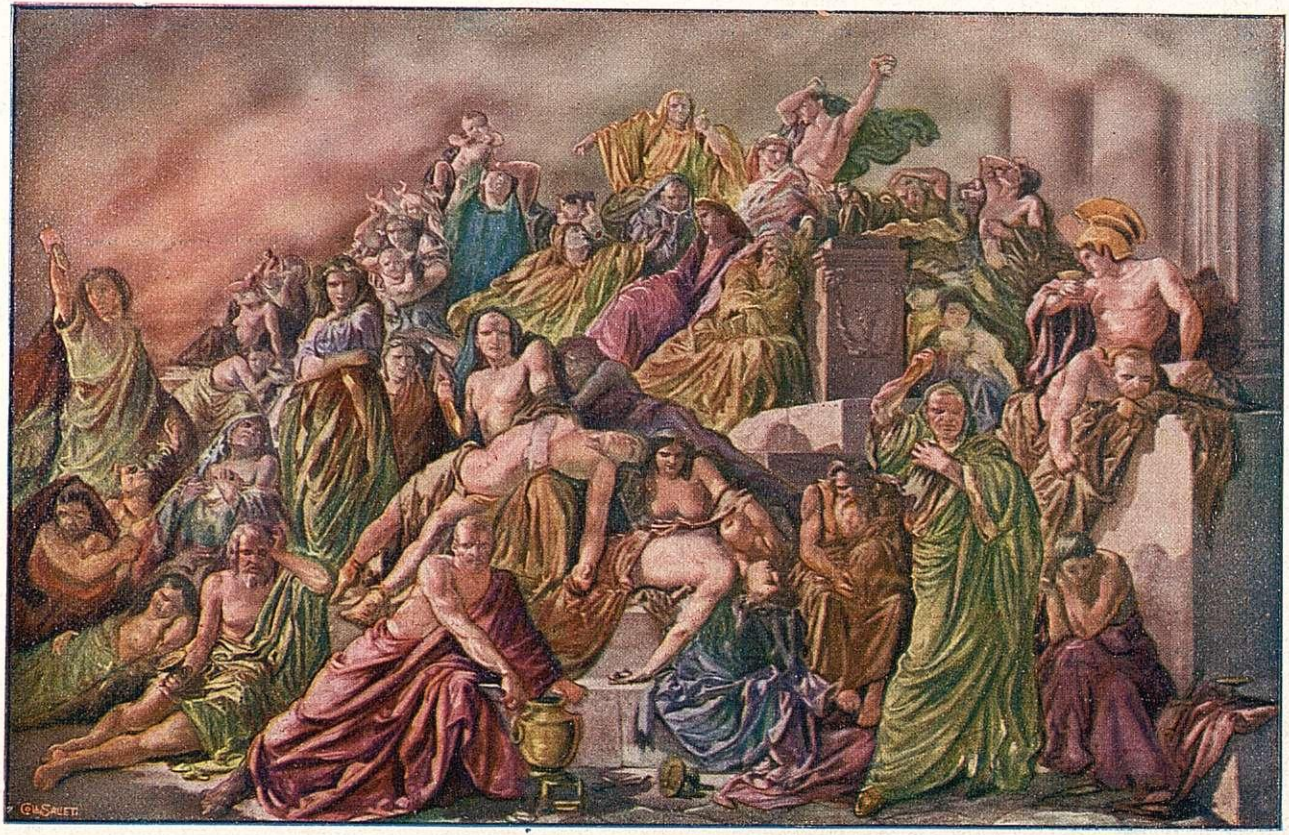
»Del ensayo resultó que dichos proyectiles, cuya forma de bellota, aguda por ambos extremos, es la misma de las balas empleadas por los alemanes en su guerra con los franceses, en 1870, alcanzan con la honda a más distancia que una piedra cualquiera. A 125 metros llegaron. No hay duda de que un hondero muy diestro sabrá lanzarlos a 150 metros.

»Ajustando Escipión su táctica al género de cerco que había puesto a Numancia, «interpuso, dice Frontino, flecheros y honderos, no sólo en todas las cohortes, sino también en todas las centurias».

»Completaba el armamento romano la espada corta (*spatha*), el puñal (*pugio*) y lanzas, entre las cuales la más característica es el *pilum*.

»Los numantinos usaban también espada, de las que hasta ahora solamente hemos hallado empuñaduras, que dejan entender era aquélla un sable, la *falcata* ibérica, de hoja corva. Usaban, además, puñal de esta misma forma, y otros de hoja recta, de tipo griego, y cuyas hojas de hierro están laminadas. Por último,

© Biblioteca Nacional de España



Rendición de Numancia

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

usaban flechas y lanzas, cuyas hojas y cuentos de las segundas, de hierro, hemos descubierto con frecuencia.

Muerte o libertad.

»No se engañó Escipión en su astuto plan de fiar a la constancia lo que por la fuerza pudiera ser temerario intentar. El hambre lo hizo todo en su favor y en daño de los numantinos.

»Solamente debió equivocarse en cuanto al largo tiempo que duró el asedio, mucho más de lo que podía esperarse de la fuerza de las cosas y de la flaqueza humana, desmentida en este memorable caso por los numantinos, que, alentados por su brava condición, llegaron a lo increíble. Pero la Historia debe ser en este caso tan verídica como en los demás: ¡Seis años duró el sitio de Numancia!

»Encerrados en ella durante tanto tiempo sus pobres habitantes, lógicamente se ocurre a costa de cuánta sangre saldrían a tomar en los bosquecillos circundantes y limitada campiña qué comer y en los ríos agua para beber. Pero si hemos de creer a Tito Livio, Escipión «prohibió matar a los enemigos que subiesen a forrajear, porque decía que cuantos más fuesen, más pronto consumirían sus provisiones».

»Tampoco sintieron por su propia triste suerte los numantinos la piedad que a nosotros nos inspiran hoy. En caso tan extremo como fué el suyo, exaltado su natural fiero, despreciando la vida, por serles menos cara que la independencia, se propusieron por únicas soluciones de su noble empeño la libertad o la muerte.

»De todas suertes y ante tan larga y calculada espera del sitiador, que los dejaba abastecerse, y sin embargo los tenía encerrados, la escasez y la desesperación debió crear entre los numantinos un estado de los ánimos y un desconcierto capaces de impulsarlos a las más extremas y crueles resoluciones.

»Divididos los pareceres, como dicho queda, los más esforzados numantinos querían fiarlo todo a sus

© Biblioteca Nacional de España

armas, porque es de saber que lo que más ardientemente pedían los numantinos a su opresor, sordo siempre a tal demanda, era que se admitiera a pelear en campo abierto; ¡tanto fiaban en su bélica pujanza, aun hallándose ante fuerzas tan superiores!; los pusilánimes mostrábanse dispuestos a aceptar la rendición bajo condiciones; y no pocos astutos, queriendo armonizar tan opuestos dictámenes, aconsejaban engañar al sitiador para, fingiéndose rendidos todos, hacer una última salida y así obligar a los romanos a aceptar una batalla decisiva.

»Tal debemos creer que era el dicho estado de los ánimos en Numancia, al cabo de mucho tiempo de apretar el sitiador y resistirse los sitiados.

»Debieron éstos deliberar, y sin duda para explorar la voluntad de Escipión despacharon una embajada compuesta de cinco individuos y de un tal Avaro por jefe de ella, según nos cuenta Apiano. Fueron los embajadores al campo romano, y Avaro, después de representar a Escipión, con notable elocuencia, de cuanto era capaz el valor de los numantinos, le preguntó «si los trataría con humanidad, caso de que se entregasen».

»Debió Escipión recibir con recelo esta demanda, pues Avaro trató todavía de convencerle de las buenas disposiciones de los numantinos, diciéndole:

«En nada hemos pecado hasta ahora con haber sufrido tantas miserias por nuestros hijos, mujeres y libertad de la patria. Por lo cual es muy justo que siendo tú, Escipión, tan virtuoso, perdones a una nación animosa y esforzada y nos propongas condiciones más tolerables que las que ahora nos fuerza a sufrir la mudanza de la fortuna. Ya no está en nosotros, sino en tu arbitrio el tomar la ciudad, si le propones condiciones moderadas, o verle perecer con las armas en la mano.»

© Biblioteca Nacional de España

»Escipión, que por los prisioneros sabía cuáles eran los intentos fieros de los numantinos, no creyó en las protestas de Avaro, ni quiso aceptarlas, y contestó que era preciso se le rindieran a discreción y le entregasen las armas.

»Cuando los embajadores regresaron llevando esta respuesta a los numantinos, la indignación y el furor de éstos fueron tales, que «quitaron la vida a Avaro y sus cinco compañeros por correos de tan malas nuevas, y por recelarse si acaso habrían pactado con Escipión sobre su salvación».

»Así concluye Apiano la relación de este episodio, al que debió seguir lógicamente otro de que nos informa Floro cuando escribe:

«Querían ya rendirse, si se les imponían condiciones aceptables; pero como Escipión trataba de obtener una victoria real y completa, se vieron reducidos a tal extremidad, que resolvieron buscar la muerte en un combate, al cual se prepararon, hartándose en un banquete fúnebre de carne medio cruda y de celia; nombre que dan en el país a una bebida sacada del grano. Comprendió su intento el general romano, y no quiso trabar batalla con aquellos desesperados.»

El banquete fúnebre debió ser la ceremonia siguiente a la violenta muerte de Avaro y sus compañeros, sobre cuyos cadáveres se prometieron o juraron por lo visto los más fieros numantinos, tomar venganza del implacable opresor.

Hicieron luego aquella salida audaz, a la cual lo fiaban todo, y como Escipión rehusara la batalla, «pidiéronsela para morir como hombres», según dice el mismo Floro; pero fué vana súplica; y sin duda porque asaltaron el campo enemigo, «perecieron muchos».

«La situación era ya insostenible de todo punto. No debió ser «a poco tiempo», como indica Apiano,

© Biblioteca Nacional de España

sino ya entonces cuando faltos de comestibles, por haber agotado los ganados, frutos y hierbas y haberse sustentado por algún tiempo con pieles cocidas, llegaron al extremo más inhumano y salvaje, ¡el canibalismo, que les igualó con las fieras! Repugna escribirlo; pero fuerza es copiarlo de los autores antiguos. Con los restos de los muertos en la batalla «se alimentaron algún tiempo los restantes, obligados por la necesidad», dice Floro. Y Apiano, que «se mantuvieron con carne humana cocida, primero, de los que morían, repartiéndola por las cocinas, y después, de los enfermos; pero no gustándoles ésta, los más robustos se comieron a los más débiles».

»Hubo algunos que, sin duda por sustraerse a tanto horror y vergüenza, en la que ya no reconocían su noble patria, trataron de huir, se entiende que por un golpe audaz y nocturno, como el de Retogenes; «pero se lo estorbaron las mujeres con gran maldad, por su amor, cortando las cinchas de los caballos», escribe Floro.

»Envilecidos, enfermos y desesperados, hubieron de rendirse, pero sin renegar de la brava condición que a tal punto les hizo extremar la resistencia. Rendirse al infortunio, pero no al vencedor. Apiano pinta con vivos colores el caso.

«En fin — dice — no hubo mal que no experimentasen; de modo que el alimento llegó a convertir en fieras sus ánimos, y el hambre, la peste, los cabellos (crecidos) y el tiempo hicieron parecer de bestias sus cuerpos. En este triste estado se rindieron a Escipión, quien les mandó que en aquel mismo día llevasen todas sus armas a cierto sitio, y que al siguiente día se juntasen en otro lugar; pero ellos pidieron un día más, confesando que había aún muchos que por amor a la libertad querían quitarse la vida, y por lo mismo pedían aquel día para elegir el modo.»

© Biblioteca Nacional de España

»En aquellos tres últimos días de Numancia, el heroísmo despertó a los hombres que, por insensato y egoísta amor a la vida, les había llevado a negarla groseramente con su ferocidad y quisieron purificar su propia afrenta con una muerte gloriosa. Debieron registrarse singulares casos en aquellas épicas postrimerías de la esforzada ciudad.

»Valerio Máximo cuenta que «al numantino Theógenes sólo la fiereza de su gente pudo infundir aliento semejante; pues siendo superior a todos sus conciudadanos en nobleza, caudal y honores, cuando la causa de los numantinos estuvo ya completamente perdida, allegó combustibles de todas partes, puso fuego a su barrio, que era el más vistoso de aquella ciudad, y en seguida se presentó con una espada desnuda, obligando a los habitantes a pelear de dos en dos, para echar a las llamas al vencido con la cabeza cortada; y cuando todos acabaron con tan tremenda ley de muerte, él mismo se arrojó por último a las llamas».

»El partido de Theógenes fué general: los numantinos no quisieron que de sus vidas ni de su ciudad se aprovechase el vencedor; «entregados al más rabioso furor — escribe Floro, — resolvieron darse la muerte, pereciendo ellos, sus jefes y su patria, con el hierro, el veneno y el fuego, que pusieron por todas partes».

»Así fué, en efecto: se mataron muchos, incendiaron la ciudad para que ni de ellos ni de ella pudiera señorearse el sitiador, y, dispuestos sin duda a suicidarse a presencia de éste, los que quedaban, salieron de la rendida ciudad al tercer día, como habían prometido, ofreciendo a los «romanos un espectáculo terrible y atroz por demás», como escribe Apiano, que pinta el negro cuadro con estas palabras: «Tenían los cuerpos inmundos, cubiertos con los cabellos, costras y laceria, que despedían hedor; los vestidos que les cubrían, derrotados y no menos pestíferos.

© Biblioteca Nacional de España

»No obstante ser éste un espectáculo digno de compasión, a los romanos, con todo, les causaba espanto su aspecto, porque veían en sus ojos centelleantes pintada la rabia, el dolor, el trabajo y el remordimiento de haberse comido unos a otros.»

»¡Y todo esto a los siniestros reflejos de las llamas que devoraban la ciudad y que, aun en medio del día, debían alumbrar aquella página memorable del heroísmo ibero!

»Concluye Apiano diciendo que Escipión, reservando 50 numantinos para su entrada triunfal en Roma, vendió los demás, echó por tierra la ciudad, vendió las tierras a los pueblos inmediatos y se volvió por mar.

»Pero no dice si esos 50 y los vendidos eran los prisioneros que tenía y los que hicieron aquella postrera y épica salida, y se mataron unos a otros, como, sin duda, lo pensaron, antes que entregarse.

»Floro, al contrario que Apiano, dedica al trágico fin de Numancia estas sentidas y hermosas palabras: «¡Loor a esta ciudad esforzada y dichosa, a mi juicio, en sus mismas adversidades! Defendió con fidelidad a sus aliados, y resistió por tanto tiempo con sus solas fuerzas a la nación que disponía de todas las del universo. Reducida al último extremo por un gran capitán, nada dejó a su enemigo en qué gozarse, pues no quedó un numantino que llevar encadenado: el botín, como de gente pobre, fué nulo; las armas las habían quemado; el triunfo fué sólo de nombre.»

Había durado esta guerra de Numancia desde 141 a 133: doce años; Escipión renunció a su título de *el Africano,* y asumió el de *Numantino.*

El sacrificio fué estéril, sin embargo; a pesar de Viriato y de Numancia no llegaba a cuajar la idea de una *patria española,* mientras los romanos la tenían perfectamente definida; Roma debía imperar sobre los pueblos todos; tratar bien a los sumisos; exterminar a los soberbios,

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO VII

ÚLTIMAS LUCHAS POR LA INDEPENDENCIA

La sumisión. — Los cimbros. — Nuevas revueltas. — Alteraciones en la Bética.

(139 a 83 a. J.)

La sumisión. La caída de Numancia fué la señal de la definitiva sumisión de España, como *provincia romana*. En vez de procónsules y pretores fueron enviados *diez legados* para otros tantos distritos. No dejaba de haber levantamientos de vez en cuando, contra la dominación extranjera, pero extinguido el espíritu de Viriato y de los numantinos, la férrea mano de la República del Tíber solía reprimirlos fácilmente. Sólo campaban algunas partidas que no dejaban a veces de alcanzar señalados triunfos.

Uno de los pueblos que más se resistieron a los romanos fueron los baleares, jamás inclinados a aquel partido, o bien independientes, o bien adictos a los cartagineses, en cuyas filas habían peleado durante las tres guerras púnicas. Ahora, sujetos a Roma, optaron por dedicarse al corso, y de continuo daban rebatos así en las costas españolas, como en las de las ciudades galas confederadas, y aun en el propio litoral de Italia.

Esto motivó que se organizase una escuadra contra

© Biblioteca Nacional de España

ellos (123 a. J.) al mando del Cónsul Quinto Celio Metelo, que logró castigarlos y vencerlos, por lo cual fué denominado el *Baleárico*. Parece ser que una vez sujetos aquellos insulares se estableció «la penetración pacífica», a cuyo objeto, y para difundir alguna cultura entre aquella gente semisalvaje — pastores en su mayoría, — fundó Metelo las ciudades de Mallorca y de Pollensa, para que vivieran en casas, y no en cuevas y grutas como hasta entonces.

La península se mantenía tranquila, fuera de las partidas que hemos dicho, y que los romanos calificaban de bandoleros, a pesar de no ser tales, sino patriotas, fanáticos por su independencia. Regía la España Ulterior el después tan famoso Cayo Mario, quien logró atraerse a los indígenas con su gobierno templado y enérgico a la vez. Mario persiguió a los «bandoleros», hasta afirmar por completo la seguridad personal en los caminos; consolidó las leyes y la paz, y revistió de autoridad a los jueces, consiguiendo hacerse acepto de los naturales.

Doce años después sobrevinieron nuevas alteraciones, por parte de los levantiscos, lo cual motivó el envío de nuevos pretores, como Calpurnio Pisón (111), que sofocó un amenazador movimiento de los lusitanos, después de lo cual procuró restablecer la calma. De la estancia de Pisón son recuerdo el gran número de monedas acuñadas con su nombre que en los modernos tiempos se han encontrado en toda la península.

Sucedió a Craso el cónsul Sulpicio Galba, que procuró restañar las heridas y siguió una política de atracción, con excelente resultado, de suerte que restablecida la tranquilidad, se volvió al régimen de los diez legados.

Los cimbros. Por entonces ocurrió la terrible incursión de los *cimbros*, pueblos teutones, que ame-

© Biblioteca Nacional de España

nazaban con apoderarse de los países dominados por Roma, entrando a sangre y fuego por doquier. Era grandísimo el peligro; penetraban por todas partes y pasaron los Pirineos (109 a. J.).

Arrollados por una tremenda irrupción del mar, que invadió sus costas, sumamente bajas, partieron para el Sur, en número de 300,000 y llegando a orillas del Danubio lo cruzaron; derrotaron a los romanos que se oponían a su paso, corriéronse hasta Tracia y Macedonia, que devastaron y saquearon, y se retiraron al cabo de tres años, a gozar de su botín en los Alpes de Suiza.

Unidos ahora los cimbros con los galos de Helvecia determinaron caer sobre la Galia central. No entra en nuestro plan referir la terrible guerra que se movió entre Roma y los cimbros; baste decir que éstos derrotaron hartas veces a las legiones consulares hasta poner en el mayor espanto a la República. Declaróse la patria en peligro y se confió el mando, con ilimitados poderes, a Cayo Mario, vencedor de los númidas, y a quien, violando la Constitución, se le prorrogó el consulado por espacio de cuatro años.

Como hemos dicho, invadieron grandes masas de cimbros a España — provincia romana, — pero aquí se encontraron con gente no menos valiente que ellos; no solamente tuvieron enfrente a los romanos, mandados por Mario Fulvio, sino también a los celtíberos, que les hicieron repasar el Pirineo, prestando con ello inapreciable servicio a la República.

Nuevas revueltas.

Aun persistían, en medio de todo, los españoles, en su noble afán de independencia. Si gran parte del país se avenía al gobierno de Roma, no eran pocos los pueblos rebeldes a tascar el freno; proceder comparable a lo que ocurre hoy día con los países ocupados y sometidos en Asia y África por los europeos, en los cuales a lo mejor estallan sangrientas insurrecciones.

© Biblioteca Nacional de España

Subleváronse, pues, los lusitanos, a quienes redujo cierto pretor o legado llamado Servilio Cepión, pero no les sirvió de escarmiento, pues al cabo de tres años (106) se lanzaban de nuevo al campo y tomaban sangriento desquite de la derrota.

Poco tiempo después sobrevenía una nueva invasión de cimbros, unidos ahora con los alemanes; pero de nuevo fueron rechazados por los celtíberos, a quienes indudablemente inspiraban mayor repulsión aún que los romanos.

Lo raro era, sin embargo, que después de prestar a Roma tan inapreciables favores, volvían a sus acostumbradas rebeliones lusitanos y celtíberos, lo cual, sin duda, debía ser efecto del agravio que les inferían los pretores y legados, tratándolos como país conquistado, y según el sistema de expoliar las colonias.

Rebelados los lusitanos, partió contra ellos el procónsul Lucio Cornelio Dollabella (99 a. J.), infligiéndoles durísimo castigo; pero no por eso se aquietaron los tiranizados españoles, pues al siguiente año ocurría una formidable insurrección en Celtiberia, tan grave que el Senado acordó pasara a sofocarla el cónsul Tito Didio.

Movióse éste hacia Termancia y Segovia, con un fuerte ejército, pero si resuelto se mostraba el cónsul, no menos animosos se sentían los arevacos. Chocaron las dos huestes; fué recia la batalla, que al atardecer quedaba aún indecisa. Tito Didio dió pruebas entonces de ser lo que llamamos hoy un «psicólogo», conocedor del alma de los pueblos. Mandó, pues, que en la obscuridad de la noche fuesen recogidos y enterrados los cadáveres de los legionarios que habían sucumbido en la lucha, y así, como al amanecer vieron los celtíberos que apenas habían tenido bajas los enemigos mientras tan crecidas eran las suyas, se entregaron a discreción.

© Biblioteca Nacional de España

No se dieron, sin embargo, a partido aún, los indomables termestinos, confiados en lo inexpugnable de su ciudad, pero desgraciadamente fué ésta vez vano su heroísmo: Tito Didio se apoderó de la plaza y la mandó arrasar, obligando a los habitantes a que abandonasen aquellas enriscadas estancias y bajasen al llano, donde habrían de vivir en aldeas esparcidas, con prohibición absoluta de fortificarlas; e igual suerte sufrió Segovia.

Dícese que perecieron en esta última insurrección más de 20,000 arevacos.

El terror ocasionado por las victorias del Cónsul movió a una gruesa partida de guerrilleros, *gente non sancta* en su mayoría, pues al igual combatían con los romanos que entraban a saco los pueblos de la comarca, a pedir indulto, presentándose, a este efecto, unos enviados para concertar las condiciones. Dióles palabra Tito Didio de que todos quedaban perdonados y que desde luego podían acudir con sus mujeres e hijos y sus ajuares; así lo hicieron, pero con igual felonía que obraran otros pretores, mandó el Cónsul pasar a cuchillo a todos aquellos desgraciados.

Alteraciones en Bética

Habían ocurrido asimismo profundos trastornos en la Bética. Los habitantes de Castulón (Cazlona) juntamente con los de Jaén habían tramado apoderarse por sorpresa de la guarnición de dicha plaza y pasarla a cuchillo.

Era una noche de invierno, y los legionarios, muy ajenos a lo que se tramaba, hallábanse diseminados por Castulón, quiénes convidados en las casas particulares, quiénes entretenidos en las tabernas, donde hacían abundantes libaciones.

A la hora prefijada cayeron los de Castulón y los de Jaén sobre los legionarios, matando a muchos. Cundió la alarma, y despertó sobresaltado el tribuno (coronel, diríamos hoy) que mandaba aquella

© Biblioteca Nacional de España

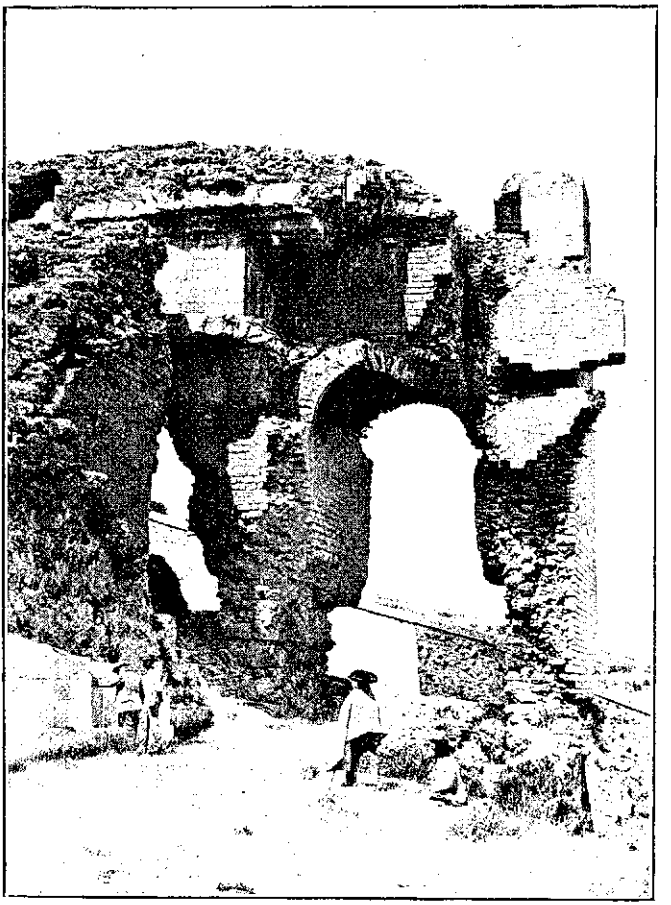
fuerza. Era un valeroso jefe, llamado Quinto Sertorio; saltó corriendo del lecho, escapó de su alojamiento y recogiendo cuantos soldados pudo salió de la ciudad. Ya fuera, reorganizó sus cohortes y volvió con terrible ímpetu a la plaza, en la que hizo terrible carnicería. Quedó descubierta la conspiración y las ramificaciones que en Jaén tenía.

Quinto Sertorio mandó entonces a sus legionarios que despojasen de sus vestidos a los castulonenses muertos y se los pusiesen. Así disfrazados presentáronse, a las primeras horas de la mañana, ante Jaén, cuyos habitantes, engañados por los trajes, salieron a recibir a los que creían sus amigos para festejarles por su triunfo; el desengaño fué horrible: fueron pasados a cuchillo en gran número, y los que no, fueron vendidos como esclavos. Proeza que granjeó no poca fama al tribuno.

Terminado el plazo de su mando partióse Tito Didio y le reemplazó en el mando de la Ulterior el cónsul Licinio Craso, bajo cuyo gobierno ocurrió aún otra insurrección celtíbera, que según parece fué sofocada por cierto Fulvio Flaco, mientras el cónsul Craso allegaba una fortuna enorme.

En tal estado se hallaban las cosas de España mientras Roma era teatro de la más horrible lucha entre los partidos acaudillados respectivamente por Sila y Mario, jefes el primero del bando aristocrático y el segundo de la facción popular o democrática; lucha que nada importaba a España y en la cual, sin embargo, hubo de tomar parte importantísima.

© Biblioteca Nacional de España



Sagunto (Murviedro): Puerta principal del Teatro Romano

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO VIII

LA GUERRA DE SERTORIO

Antecedentes.—La política de Sertorio.—Los primeros combates.—Declina la fortuna de Sertorio.—Metelo y Cneo Pompeyo.—Asesinato del caudillo.

(83 a 73 a. J.)

Antecedentes. No entra en nuestro objeto dar noticia de las causas que originaron la feroz discordia entre Sila y Mario, en Roma. Tratábase de trascendentales cuestiones políticas; Mario, glorioso vencedor de los cimbros, quería que todos los confederados latinos gozasen del mismo derecho de ciudadanía que los habitantes de Roma, y al par mostrábase inclinado a favorecer cuanto podía a la plebe, resucitando para ello la ley agraria de los Gracos; Sila, por el contrario, jefe del partido aristocrático o conservador, se resistía a conceder tales derechos. Ganó Mario, y persiguió encarnizadamente a los del bando aristocrático, pero cambió luego la suerte, y desbaratado y muerto Mario, se apoderó del poder Sila, que se entregó a una reacción horrenda, siendo infinito el número de ejecuciones y proscripciones de maristas.

Entre los jefes del bando vencido figuraba aquel Quinto Sertorio, de quien hablamos cuando, siendo tribuno militar, castigó tan duramente a los conjurados

© Biblioteca Nacional de España

de Cazlona y Jaén. Logró ponerse en salvo antes de que Sila le hiciera degollar y se le ocurrió venirse a España y levantar aquí el pendón de guerra contra el dictador, bajo la máscara de ayudar a los hispanos a reconquistar su independencia.

La política de Sertorio.

Era Sertorio natural de Narcio, pueblo cercano a Roma, y eran bien conocidos su pericia y su valor. Había dejado buenos recuerdos en la península y confió en poder atraerse a muchos españoles para que le secundaran en sus fines. Penetró por el Pirineo y no tardó en reunir gente, fiada en sus manifestaciones de haber venido para libertar a España del yugo del Senado y Pueblo romanos.

Contando ya con una hueste de montañeses, confió su mando a un capitán marista llamado Salinátor, con encargo de que guardase los pasos del Pirineo, después de lo cual se internó en Celtiberia para reclutar tropas y allegar bastimentos (83 a. J.).

Así se hallaban las cosas, cuando de pronto se vió atacado Salinátor por un fuerte ejército al mando de Cayo Annio; la rota fué completa, pues el valiente capitán murió asesinado, al principiar el combate, por su íntimo amigo Calpurnio Lanario, medio de que se valían sin escrúpulo los romanos; de igual manera había perecido Viriato, y así debía morir también Sertorio, como ya diremos.

Sertorio se sintió descorazonado, cosa propia de su carácter, asaz desigual, según resulta de los relatos de los historiadores, y así, no sintiéndose seguro en Cartagena, donde había ido a parar, se embarcó allí para Mauritania; pasó luego a las Baleares, y, por fin, se estableció en África, donde sintió grandes deseos de ir a terminar sus días en unas islas de que le hablaron, tan espléndidas, que se les había dado el nombre de *las Afortunadas* (Canarias). Y tal vez en su desaliento hubiera realizado la idea, a no haber recibido

© Biblioteca Nacional de España

una embajada de los lusitanos que le brindaban con el mando para ponerse al frente de la insurrección a que se lanzarían, si aceptaba, como así lo hizo.

Y he ahí cómo poco después desembarcaba Sertorio en Monte Bellera, con 2,600 proscriptos romanos y 700 númidas, estableciendo su cuartel general en Evora.

Es indudable que Sertorio poseía admirables dotes de político. Profundo conocedor de los hombres, comprendió cómo debía manejarse para hacerse grato a los españoles, y no se equivocó. Conveníale aprovecharse de la extremada credulidad de los españoles, siempre amigos de cosas extraordinarias y fuera de lo natural, y con este objeto iba siempre seguido de una cierva blanca, regalo, decía, de la propia diosa Diana, y la cual le comunicaba todos los proyectos e intenciones del enemigo.

Enterado muy bien de la afición de los naturales al lujo, los honores y las galas, favoreció tales gustos, cuando, al organizar a la romana las hordas españolas, dándolas cohesión y una fuerza inmensamente superior a la de antes, señaló vistosos distintivos a los jefes y oficiales, y realzó con nuevas prendas el tosco ropaje de los soldados. Halagó a los poderosos, constituyendo en Evora un Senado lusitano; organizó la administración y la justicia con el brillante personal latino que le seguía, rebajó los tributos, y para mejor bienquistarse con los naturales, fundó en Huesca (aunque otros creen ser *Huéscar*) una especie de Universidad, cuyo profesorado era grecorromano, para que allí se educaran los jóvenes más inteligentes hijos de los notables del país, en todas las ciencias, letras y artes, de suerte que, llegados a la mayor edad pudiesen ejercer todas las magistraturas.

Con esa política fué inmensa la popularidad de Quinto Sertorio, en quien los españoles veían a un libertador,

© Biblioteca Nacional de España

aunque en el fondo trabajase por su partido, pues la Universidad, a la cual acudían jóvenes de lejanas comarcas, resultaba en puridad un depósito de rehenes.

Primeros combates.

Habíansele reunido a Sertorio 4,000 hombres y 700 caballos, con los cuales y la hueste que había traído de África comenzó a mover guerra al poder silano, representado por los pretores.

Sonrióle la fortuna: los sertorianos vencieron por mar, cerca del Estrecho, al enemigo, mandado por Fufidio Cota, y derrotaron a orillas del Guadalquivir a las legiones del pretor Didio, matándoles dos mil hombres (80 a. J.).

Lleno de inquietud el dictador Sila, organizó un ejército, que puso a las órdenes del cónsul Metelo y de Lucio Domicio. Este pereció apenas comenzaba a cruzar el Pirineo, derrotado por el sertoriano Aritulengo huyendo sus tropas a la desbandada. Acudió entonces, desde la Galia el procónsul de la Narbonense, Manilio, pero sufrió igual suerte, y a duras penas pudo escapar, encerrándose en Lérida con los dispersos que pudo reunir.

El cónsul Metelo, entretanto, tenía que sostener continuos choques con los hispano-maristas. Parece ser que el teatro de los primeros combates fué el valle del Jalón, entre Bílbilis (Calatayud) y Segóbriga, aunque otros suponen que Metelo llegó hasta Andalucía. El general de Sila tenía que permanecer de continuo a la defensiva, y sólo se atrevió a poner sitio a la ciudad de Lacóbriga (Lagos, cerca de Cabo San Vicente, para unos; Carrión de los Condes para otros), pero, sea como fuere, poco tiempo duró el asedio, pues acudió Sertorio y le obligó a levantar el campo.

Metelo no paró hasta la Galia, donde se rehizo, mientras lo cual eran tan graves los temores de los silanos, que, según dice Veleyo Patérculo, «comenzó a dudarse si España obedecería a Italia, o Italia a Es-

© Biblioteca Nacional de España

paña»; frase a la cual puede añadirse aquella otra de «Roma ya no está en Roma, sino en el campo de Sertorio», haciendo alusión al grandísimo número de insignes proscriptos que se habían refugiado al lado del caudillo marista.

Sertorio, desembarazado de Metelo, regresó a Celtiberia, pasó por Contrebia (Zorita de los Canes) y se detuvo en Morella (*Castra Ælia*), donde se le reunieron nuevos contingentes, entre ellos uno de sardos en el que venía el general marista Perpenna, que, perseguido por Sila y arrojado de aquella isla, se había embarcado para España con sus leales.

Aquella guerra española no era como las anteriores; por valientes que fueran nuestros antepasados, no cabe negar que carecían de disciplina y no entendían nada en arte militar, pero todo cambiaba ahora con la organización romana que dió Sertorio a sus tropas. Lo mismo maniobraban ahora los españoles que los legionarios; en vez de pelear cada uno como mejor le cuadraba, no se apartaban de las órdenes de sus oficiales y se había acabado aquello de volver las espaldas cuando mejor les parecía, sin que se tuviere por cosa afrentosa. Además, los españoles habían trocado su antiguo rústico armamento por el de los silanos muertos, a quienes despojaban de sus escudos, picas, venablos y coseletes.

Tanta fué la fama adquirida por Sertorio, que el famoso Mitrídates, rey del Ponto, le envió embajadores pretendiendo su amistad y rogándole le enviase instructores para sus tropas, como así lo hizo, aunque con hartas reservas respecto a lo primero.

Sila, de cada vez más alarmado con la terrible rebelión de España, envió en socorro de Metelo un poderoso ejército, a las órdenes del pretor de la Galia Narbonense Lucio Lelio; no podía Sertorio aceptar batalla con tales fuerzas enfrente, y, por lo mismo, fué soste-

© Biblioteca Nacional de España

niéndose dos años haciendo la guerra de guerrillas y emboscadas.

El peligro era gravísimo para la República y, por fin, se decidió Sila a enviar un fortísimo ejército para ver de acabar de una vez con los maristas. Este ejército se componía de 70,000 hombres y 8,000 caballos, e iba a las órdenes de Cneo Pompeyo, llamado el *Grande*, y no por las victorias que hubiese alcanzado, sino por un magnífico teatro que había levantado en Roma, y fué el primero de piedra que se hubiese edificado en aquella ciudad. Iba como cuestor o intendente Lucio Casio Longino, de quien tendremos ocasión de hablar más adelante.

Cneo Pompeyo

Declina la fortuna de Sertorio.

Después de fatigosas etapas por la Galia y peligrosas jornadas al cruzar los Pirineos, entró por fin en España Pompeyo, corriendo a juntarse con Metelo.

Hallábase a la sazón Sertorio sitiando la plaza de Laurona (Liria) que, faltando a la fe jurada, se había pasado al partido de Sila. Metelo y Pompeyo atacaron al sitiador para hacerle levantar el cerco, pero lejos de salirse con la suya fueron terriblemente derrotados en una emboscada que les tendió Sertorio y en la cual perecieron diez mil romanos, entre ellos el lugarteniente de Pompeyo, llamado Decio Lelio. Con esto se hizo más estrecho el sitio, hasta que por fin se rindió la plaza a Sertorio. Los lauronenses, para hacer befa de Pompeyo y Metelo, que tan poco habían hecho, incendiaron su ciudad antes de entregarse en manos del general marista.

El resultado de la campaña fué que al llegar los

© Biblioteca Nacional de España

fríos, Pompeyo y Metelo se fueron a invernar en las faldas del Pirineo, y Sertorio se acogió a sus estancias de Portugal.

Reanudóse la campaña en la primavera del año 77 a. J., y dividieron sus fuerzas los romanos. Pompeyo campó por Celtiberia y se apoderó de Segeda, siempre antirromana; Metelo, cerca de Itálica, chocó con un cuerpo de ejército mandado por Hirtuleyo, derrotándole en toda la línea y matándole 20,000 hombres; triunfo que le levantó de cascos, hasta hacerse tributar honores divinos cuando entraba en las ciudades

Sertorio se encontró con Pompeyo — muy ufano con la toma de Segeda, — a orillas del Júcar, y se trabó formidable pelea entre ambos; indecisa al principio, cambió de faz con la llegada de Metelo, inclinándose con ello la balanza a favor de los silanos. Sertorio, amargado, exclamó:

— Sin la llegada de ese viejo (Metelo), ya hubiera yo enviado a Roma a ese muchachuelo (Pompeyo) muy bien azotado

Como hemos dicho, estaba sujeto Sertorio a profundos descorazonamientos, y aquella derrota a orillas del Júcar le dejó sumido en la mayor preocupación; a mayor abundamiento, se le había muerto la famosa cierva a la cual tenían los españoles por un oráculo.

En tal estado de ánimo volvió a trabar batalla con Pompeyo, esta vez a orillas del Turia; de nuevo le volvió la espalda la fortuna a pesar del desesperado valor con que peleaban sus soldados; allí murió cubierto de heridas el leal y valeroso Hirtuleyo.

Retiróse Sertorio a Calahorra, una de las ciudades más rebeldes al yugo de Roma, y allí trató de levantar nuevas tropas; pero ya no respondía el país como antes, a lo cual hay que añadir las rivalidades, por puro personalismo, de los numerosos personajes romanos que se hallaban en su campo.

© Biblioteca Nacional de España

Sabedor Pompeyo del paradero de su enemigo, fué a buscarle en Calahorra; Sertorio logró escapar, pero no sin perder tres mil hombres. Con todo, no perdió todavía las esperanzas. Sus amigos celtíberos habían juntado un numeroso ejército, y puesto a su frente el ilustre caudillo marista obligó a retirarse a sus contrarios. Metelo fué a invernar en la Galia Narbonense; Pompeyo en la tierra de los vácceos.

Poco a poco fué agriándose su carácter, y, cosa que jamás había hecho hasta entonces, cometió algunos actos de crueldad, poniéndose mal con españoles y romanos. Estos se mostraban resentidos por haber escogido Sertorio para su guardia soldados celtíberos que se apellidaron los *Devotos*, en vez de valerse de los soldados romanos; los españoles se mostraron profundamente agraviados por haber el general romano mandado dar muerte a algunos de aquellos pobres jóvenes que estudiaban en la Universidad de Osca y que ahora se podía ver había atraído allí para tenerlos secuestrados.

Llegó la primavera y se rompieron de nuevo las hostilidades. Metelo se apoderó de muchas plazas; en cambio, Sertorio obligó a Cneo Pompeyo a levantar el cerco que tenía puesto a Palencia y le persiguió a través de toda le península, hasta Denia, donde ambos contendientes dejaron de hostilizarse por falta de fuerzas.

Todo indica que era de cada día mayor la desmoralización en el campo del general marista, y los romanos, sobre todo, al fin y al cabo orgullosos como tales y celosos adoradores de la gran patria latina, no le perdonaban las preferencias que demostraba hacia los celtíberos, a quienes, indudablemente, debían despreciar como «bárbaros».

Concertóse, pues, una conjura para asesinarle. El lugar escogido fué la casa de un rico hacendado de

© Biblioteca Nacional de España

Huesca llamado Antonio, cuyo nombre indica debía ser romano. Allí, mientras se le festejaba con una cena, le darían muerte, a la señal de una copa de vino volcada.

Sertorio cayó acribillado a puñaladas, siendo el asesino aquel miserable general Perpenna, su segundo, en quien tenía puesta su más ciega confianza.

Alborotáronse los soldados celtíberos de la guardia al ver cadáver a su amadísimo señor, a aquel a quien con justicia se denominaba *el Aníbal Romano.* Muchos de los conjurados perecieron al filo de las espadas de los *Devotos*; otros huyeron, pero la causa de la independencia, servida por Sertorio, aunque con secretas miras, quedó definitivamente muerta.

Los funerales fueron sangrientos en extremo; todos los guardias del caudillo, se dieron muerte, peleando entre sí, en las exequias, para honrar de esta manera los manes del difunto. Abierto el testamento, se vió que nombraba por heredero y sucesor al traidor Perpenna.

Sitio de Calahorra.

Lo crítico de las circunstancias y la falta de otro general que inspirara confianza fueron causa de que los maristas, aunque con disgusto, reconocieran por su jefe a Perpenna.

Habíase marchado a Roma el cónsul Metelo y sólo quedaba en la Citerior Cneo Pompeyo, ganoso de laureles. Por lo mismo, el asesino de Sertorio evitaba toda ocasión de trabar pelea con él, hasta que por fin cayó en una emboscada y no tuvo más remedio que combatir. Sus parciales fueron exterminados y él se escondió en un matorral donde fué descubierto. Pidió que no le matasen, sino que le llevasen a presencia de Pompeyo, de cuya generosidad esperaba el perdón; pero no fué así, pues mandó darle muerte en seguida. Aparte de esto, Pompeyo dió muestra de poseer noble corazón al disponer se arrojaran al fuego unas cartas muy comprometedoras para algunos maristas de Roma,

© Biblioteca Nacional de España

dirigidas a Sertorio, y en las que sin duda se trataría del plan de los conjurados. Parece ser que se pedía a Sertorio regresase a Italia para que encendiese allí la guerra, pero Pompeyo prefirió no enterarse para no verse obligado a castigar.

Después de la derrota y muerte de Perpenna entregáronse al vencedor las ciudades de Huesca, Valencia y Termancia, que hasta entonces habían permanecido fieles a Sertorio. Resistióse Osma, pero fué tomada y arrasada, más aun así se dió el caso de que hubiese una plaza que, emulando a Sagunto, Numancia y Astapa, continuara obstinadamente en su rebeldía. Esta ciudad era Calagurris (Calahorra).

Pompeyo envió un fuerte ejército, a las órdenes del general Afranio, para que redujera a aquella gente terca; pero fué rechazado furiosamente en cuantos asaltos intentó, por lo cual tuvo que convertir el sitio en bloqueo. Mas, ni aun así se daban a partido aquellos tenacísimos celtíberos. Cuando no quedó ni un grano de trigo, ni una bestia, se comieron a sus padres, a sus hijos, a sus esposas, de donde los romanos adoptaron como proverbial la expresión de «hambre calagurritana».

Por fin, cuando no quedaban en Calahorra más que algunos lívidos moradores, más parecidos a esqueletos que a seres vivientes, les acometieron resueltamente los romanos, y los degollaron.

Este fué el último episodio de la guerra. Quedaba completamente pacificada la península, aunque de nuevo debiese ser teatro de batallas, pero no ya por la independencia española, sino arrastrados los naturales por las facciones que se disputaban el poder en Roma.

Pompeyo regresó vencedor a Italia, y al cruzar los Pirineos por los valles de Andorra, de Altavaca y de Sobrarbe, levantó en las cumbres de aquella ingente cordillera gran número de trofeos que perpetuasen la

© Biblioteca Nacional de España

memoria de sus hazañas en la península hispánica, pues, según él, sujetó a más de ochocientas ciudades y pueblos. En su etapa por Navarra fundó, en memoria de su nombre, una ciudad que fué llamada *Pompeiópolis*, hoy Pamplona.

Ya en esto eran muchos los españoles que se habían trasladado a Roma para rendir parias a los poderosos de allá, distinguiéndose especialmente no pocos poetas de Córdoba. Según Cicerón, esos poetas eran toscos y groseros, pero no por falta de ingenio, sino por su lenguaje, lleno de hispanismos, como era natural. Créese que la mayoría de esos españoles fueron a Roma siguiendo al cónsul Metelo, que sin duda los llevaría allí para demostrar que era un hecho «la pacificación» de la península, como diríamos hoy.

Entre esos poetas romanizados figuraba el gaditano, grande amigo de Pompeyo, Cornelio Balba, que con el tiempo fué el primer extranjero que mereció ser elevado a la dignidad de cónsul, lo cual demuestra la importancia que había adquirido España.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO IX

CESARISTAS Y POMPEYANOS

JULIO CÉSAR EN ESPAÑA. — RENACE LA INSURRECCIÓN ESPAÑOLA. — ESPAÑA BAJO EL PODER DE LOS POMPEYANOS. — RENDICIÓN DE ÉSTOS. — ESPAÑA BAJO EL PODER DE LONGINOS. — LA CAMPAÑA DE ANDALUCÍA. — LA BATALLA DE MUNDA. — FINAL DE LA CAMPAÑA. — ÚLTIMA TENTATIVA DE LOS POMPEYANOS. — EL DECRETO DEL AÑO 38 A. DE J.

(65 A 38 A. J.)

Julio César en España.

No corresponde al objeto de esta obra referir las causas que motivaron la terrible guerra civil que estalló entre los romanos, partidarios los unos de Cneo Pompeyo — tradicionalista — y Julio César — revolucionario, — que, apoyándose en el pueblo, pretendía dar una nueva base al gobierno de Roma, bien que poniéndose él a la cabeza, a título de emperador, ya que nadie fuere osado ni a pronunciar siquiera el nombre de rey.

La lucha fué encarnizada, y de igual manera que aquí dirimieron sus diferencias romanos y cartagineses, maristas y silanos, habían de escoger ahora por palenque a España para disputarse la dominación de Roma.

Había estado Julio César ya por dos veces en España: la primera el año 69 a. J. como cuestor o intendente

© Biblioteca Nacional de España

del pretor Tuberón, y después en 65, como pretor. En esta segunda ocasión llegaba ya llena la cabeza con las ambiciones que habían despertado en él los adivinos presagiándole que había de ejercer el imperio no sólo de Roma, sino del mundo, en lo cual acertaron, tan profunda fué la sugestión.

Nada indicaba que hubiese temor alguno de revuelta, pero César había venido a España por dinero, y le era preciso agenciárselo a toda costa. Hombre disipadísimo, manirroto, debía la enorme suma de 1,300 talentos (ocho millones de pesetas) en edad en que aun había de comenzar su carrera política como edil. Después pagó parte, pero al ser nombrado pretor de la Ulterior se encontró con que los acreedores no le dejaban marchar, por lo cual salió fiador su amigo Craso. Este afán de dinero fué lo que le movió a despellejar a los pueblos encargados a su gobierno.

Principió por atacar a los moradores de los montes Herminios (Sierra de la Estrella, entre Miño y Duero), obligándoles a reconcentrarse en el llano; resistiéronse algunos, pero fueron exterminados. El pretor se echó entonces sobre los lusitanos, para despojarles, y fueron también vencidos. Escaparon los que pudieron, se ampararon en unas islas de las rías de Galicia, y al efectuar un desembarco algunas tropas mandadas por un centurión, fueron repelidas, con pérdida de no pocas vidas. Acudió entonces César con su magnífica escuadra de quinquerremes, bloqueó a los insurrectos y los castigó con la mayor crueldad. Siguió luego por la costa, se apoderó de la Coruña, y, por fin, *pacificado* el país, regresó a Cádiz, con crecidas sumas, ya

© Biblioteca Nacional de España

que no había venido a otra cosa. Algo hizo de bueno, sin embargo, y fué poner tasa a la usura, que ya por entonces era uno de los cánceres de España. César, adelantándose a lo que se llama hoy el *home steal*, mandó que al deudor se le dejase siempre la tercera parte de los frutos de su hacienda, cobrándose el acreedor del resto y descontándolo del capital.

El joven pretor seguía la orientación que debía conducirle al logro de sus ambiciones: hacía una especie de revolución desde arriba, política muy explicable, pues era de procedencia marista y con eso secuaz del socialismo de los Gracos. Así las cosas, llegó el tiempo en que había que proceder a elecciones consulares. César se apresuró a marcharse, para hallarse a tiempo en la metrópoli, sin esperar siquiera a que llegara su relevo. Volvía riquísimo con el producto de sus extorsiones en España, y con el muchísimo dinero que había recogido pudo pagar a sus acreedores los 870 talentos que les debía aún y sobornar a los electores. Así consiguió verse elevado a la primera magistratura de la República, después de rapidísima carrera; verdad es que no podía suceder de otro modo, dadas las extraordinarias dotes que poseía. Grande orador, gran general, gran político, grande ambicioso, sobresalía entre todos los demás como el ciprés entre los juncos, según cierta comparación virgiliana. César se elevaba cien codos sobre sus contemporáneos. Fué, pues, elegido cónsul, juntamente con un tal Bibulo, candidato del Senado, pero en realidad el único que mandaba era él, de acuerdo con Craso y Pompeyo. Desarrolló una política completamente socialista, y como amenazase una invasión de galos, partió contra ellos.

No hemos de referir la marcha de aquella admirable campaña de diez años, en la cual Julio César conquistó Francia y Bélgica; sólo nos referiremos a uno de sus trances y fué que, viéndose atacados los

© Biblioteca Nacional de España

voconcios (gascones) por las legiones del general cesarista Craso, llamaron en su auxilio a sus colindantes españoles, los feroces cántabros, que en número de 50,000 pasaron el Pirineo. Eran gente escogida, mandada por oficiales y jefes que se habían formado en la escuela de Sertorio. No les sirvieron, sin embargo, su valor ni su pericia, pues quedaron maltrechos; supónese que sus pérdidas ascendieron a 38,000 hombres.

Renace la insurrección española.

Corría el año 55 a. J., cuando llegaba a España, como procónsul, Quinto Cecilio. Como todos los pretores, saqueaba el país, lo cual obligó a los vácceos, arrastrados por la desesperación, a lanzarse al campo. Fué Cecilio contra ellos, pero esta vez no era ningún César el general, y los vácceos le derrotaron y pusieron en fuga, con terribles pérdidas. Alcanzóse esta victoria cerca de la ciudad de Clunia, o Coruña del Conde, a corta distancia de Osma.

España bajo el poder de los pompeyanos.

Habíanse entendido perfectamente los triunviros (por más que sólo ocupase oficialmente el poder Julio César) para repartirse los mandos: César escogió la Galia, Craso marchó a Oriente y a Pompeyo se le adjudicó España, donde contaba con ardorosos partidarios de cuando había estado aquí con el cónsul Metelo, mientras el nombre de Julio César había caído en execración, por sus horribles exacciones y robos.

No vino, sin embargo, Pompeyo mismo, pues se quedó en Roma al lado de su nueva mujer, Julia, hija de César, con la cual había casado a pesar de ser ya cincuentón, sino que envió tres generales, hombres de toda su confianza: Afranio, Petreyo y Marco Varrón; encargóse el primero de la Citerior, con tres legiones; el segundo de la Bética y Lusitania, con dos; el último, de Extremadura.

Estos generales gobernaban con gran moderación,

© Biblioteca Nacional de España

de suerte que España gozó de larga y beneficiosa paz, hasta que la tranquilidad se vió turbada con extraordinarias novedades (59-49 a. J.).

Durante aquellos diez años que había permanecido César ausente en las Galias, sometiéndolas por entero, y aun conquistando, en dos expediciones, parte de Inglaterra, había sido Roma teatro de la anarquía, encomendados los cargos consulares a sujetos sin prestigio, juguete de los triunviros.

Requeríase un brazo vigoroso, y quedó planteado el conflicto entre los dos que pretendían erigirse en único dueño: César y Pompeyo. El tercer triunviro, Craso, había muerto en Asia, y había fallecido también Julia, la joven esposa de Pompeyo, con lo cual quedó roto el fuerte vínculo que unía a aquél con su suegro.

Eran dos personalidades absolutamente incompatibles; aunque de ilustre abolengo, era César amigo de la plebe, socialista, perfecto heredero de Mario; Pompeyo había sido uno de los «primates» del partido de Sila, y con ello, aristócrata, tradicionalista. Con eso, si César no sufría quien se le adelantase, Pompeyo no quería que nadie fuese osado a igualársele. Con uno o con otro, corría gran peligro la Constitución republicana y podía temerse la restauración de la monarquía. Por eso decía el austero Catón: — Si vence Pompeyo, me destierro de Roma; si vence César, me mato.

Los cónsules, hechura de Pompeyo, expidieron de pronto un decreto mandando a César que entregase el mando del ejército de las Galias a Lucio Domicio.

Pronunciamiento de César.

César no obedeció; púsose al frente de sus tropas, compuestas de italianos, celtíberos, galos, belgas y otros, que adoraban en él con mayor entusiasmo aún que el que la Guardia imperial sentía por Napoleón I, y marchó a través de la Galia Cisalpina sobre Roma. Así llegó a orillas del Rubicón, confín del territorio romano; un

© Biblioteca Nacional de España

decreto del Pueblo Romano declaraba enemigo de la patria al que pasara armado por el riachuelo. César sintió un momento de turbación, pero repúsose en seguida, y pasó, exclamando: —¡La suerte está echada!

Al aviso de que Julio César se acercaba a marchas forzadas sobre la capital, huyeron de Roma Pompeyo y los suyos con las tropas de que pudieron disponer, no parando hasta Brindis, puerto ya en lo último de la costa occidental de Italia, pero no creyéndose ni aun seguros allí, cruzaron el Adriático y acamparon en Macedonia, donde esperaban poder allegar fuerzas y derrotar a César cuando les atacara.

Llegó César a Roma, y el pretor de la ciudad Marco Lépido le proclamó *Dictador*. César se apresuró a organizar un gobierno a su devoción. Vió el peligro más inmediato en España, tan adicta a Pompeyo. De España podían enviarse grandes contingentes a Macedonia, como de España había sacado Aníbal la mayoría de sus tropas con que invadiera a Italia. Púsose, pues, en seguida camino de España, pero como los pompeyanos de Marsella se le opusieran al paso, tuvo que detenerse allí para que se dieran a partido, mientras lo cual daba orden de proseguir la marcha al general Cayo Fabio, con tres legiones (12,000 hombres). Vióse Cayo Fabio detenido en los Pirineos por las fuerzas pompeyanas, pero no tardó en romperlas, y siguió avanzando hasta llegar ante Lérida, donde se hallaban Afranio y Petreyo con sus legiones y ochenta compañías de celtíberos que acababan de levantar. Decíase si su intento era embarcarse para Macedonia o bien esperar allí a Pompeyo que llegaría con fuertes contingentes mientras tanto se le reunían a Cayo Fabio 6,000 infantes y 3,000 caballos galos.

Como la resistencia de los marselleses o masaliotas durara demasiado, dejóles César y marchó a tomar el mando del ejército de Lérida.

© Biblioteca Nacional de España

Rendición de los pompeyanos.

Hallábase el campamento cesarista aquende el Segre; los pompeyanos asentábanse en la otra orilla. Los cesaristas construyeron dos puentes más arriba de Lérida, por donde pasaban para forrajear. Llegó la primavera (año 50 a. J.) y con la fusión de las nieves creció de tal manera el río, que se llevó los puentes; no menos crecido venía el Cinca, y, por lo mismo, viéronse en comprometida situación.

Cundió la noticia, y los pompeyanos, con harta precipitación, dieron por perdido a César, esperando de un momento a otro su captura; pero no había de ser así. César dispuso en primer lugar que se construyese un nuevo puente, a 32 kilómetros más arriba de Lérida, para pasar el Segre, y no sólo esto, sino que dió orden de que se sangrase el río y se dividiese en muchos brazos, para poder vadearlo con facilidad. Todo quedó cumplido.

Con eso se vieron amenazadísimos los pompeyanos, y abandonando sus estancias, procuraron ponerse en salvo. Bajaron hasta Mequinenza y allí construyeron un puente para pasar el Ebro. César, siempre diligente, les cogió las vueltas, y sin trabar combate siquiera, logró que se le rindieran todos, después de lo cual licenció a los legionarios pompeyanos tratándoles con verdadera magnanimidad.

Los pompeyanos de Macedonia achacaron a traición aquella entrega.

En un momento se adhirieron al movimiento cesarista gran número de ciudades de la Citerior: Calahorra, Huesca, Jaca, Vich, Tarragona, Tortosa.

Marco Varrón, a quien se había encomendado, además de su gobierno, el de la Bética y Lusitania, cuando Petreyo fué a reunirse con Afranio, intentó resistir; levantó gente, impuso fuertes contribuciones, saqueó, so color de allegar recursos, el venerando

© Biblioteca Nacional de España

templo de Hércules, en Cádiz, pero de nada le valió, pues César, llegado a Andalucía, recibió la adhesión de todas las ciudades y, cerca de Sevilla, se le pasaron las tropas levantadas por Varrón. Rindióse éste, y tuvo salva la vida después de entregar a César todos los almacenes y la escuadra.

No era ya Julio César aquel pretor codicioso y sin conciencia que había venido aquí a enriquecerse para pagar sus deudas y poder comprar votos para que le eligieran cónsul: era el que aspiraba a ser dueño de Roma, y con ella del mundo entero, si no con título de rey, con todas las facultades de tal, y por lo mismo fué completamente distinta su conducta. Esta vez César era César: grande, magnánimo, bueno, anheloso de justicia, por encima de todas las miserables diferencias de clase o de partido.

Hizo, pues, restituir al templo de Hércules los tesoros que había «desamortizado» Varrón, y como los gaditanos, ahora entusiasmados con el glorioso vencedor de las Galias, hubiesen expulsado la guarnición pompeyana, les confirió el título y privilegios de ciudadanos romanos.

Sofocada la resistencia de los pompeyanos en España, embarcóse César en Cádiz para Tarragona y de aquí continuó su camino para Roma, por tierra. Fueron nombrados pretor de la Ulterior Quinto Casio Longinos, de quien dijimos había sido cuestor cuando el mando de Cneo Pompeyo, y pretor de la Citerior Marco Lépido, aquel que había proclamado, como pretor de Roma, *dictador* a César, cuando, pasado el Rubicón, entraba en la metrópoli.

España bajo el poder de Longinos.

No hemos de referir la campaña de César en Macedonia y África; baste decir que el insigne capitán venció a Pompeyo en Farsalia y castigó duramente al rey de Egipto, Tolomeo, que villanamente asesinó a Pompeyo cuando

© Biblioteca Nacional de España

éste se refugió en sus Estados. Después pasó a África (Túnez), donde se habían refugiado los pompeyanos, y los venció en Tapso. Catón, Escipión, el rey de Mauritania, Juba y Petreyo se suicidaron; Afranio y un hijo de Petreyo, prisioneros, fueron decapitados; triunfante César, regresó a Roma.

Mientras esto ocurría en Oriente y África, el pretor Quinto Casio Longinos hacía cuanto estaba de su parte para concitarse el odio de los infelices españoles de la Ulterior, con su avaricia, sus crueldades y sus vicios, mala manera de agradecer los servicios que a César habían prestado aquellos naturales.

Era Longinos el tipo acabado del gobernador ladrón y chanchullero, y no demostró mucho acierto César al enviar aquí al antiguo pompeyano, ya que, cuando la primera vez, fueron tantos los desafueros que cometió, que resultó herido en un motín ocasionado por sus tropelías. Esta vez, sin embargo, debían llegar al colmo sus iniquidades.

Había tomado en África las armas en favor de los pompeyanos el rey Juba, y César mandó a Longinos pasase allá con tropas. El pretor de la Ulterior pensó ante todo en el negocio y, no contento con cometer toda suerte de exacciones, intentó lo que llamaríamos hoy la redención a metálico, es decir, que por dinero daba licencia para quedarse a los que no querían ir a la guerra, «robo desvergonzado y manifiesto», dice Mariana comentando el hecho. Los españoles, indignados, se conjuraron para matarle; cargaron sobre él los comprometidos, pero sólo consiguieron herirle, cayendo por desgracia en poder de la guardia uno de ellos llamado Silón. Sometido éste al tormento, delató a todos sus compañeros; los que tenían dinero se libraron de la muerte, entregando crecidas sumas a Longinos; los que no disponían de numerario fueron ejecutados. Todavía continuó aquí por algún tiempo el tal Longinos, afanoso

© Biblioteca Nacional de España

siempre de allegar más caudales, hasta que por fin fué reemplazado por el cesarista Trebonio.

Longinos tuvo un fin digno de su vida; naufragó frente a las bocas del Ebro, y se ahogó, yéndose a fondo todo el oro y la plata que había robado y cohechado (47 a. J.).

La campaña de Andalucía.

Ibase a decidir en la península la suerte definitiva de los dos bandos que se disputaban el poder; a pesar de las derrotas de Farsalia, de Egipto y de Tapso, todavía se mantenían firmes los pompeyanos en España, donde contaban con grandísimo partido, y no se comprende ciertamente que pudiera ser así, pues el pompeyanismo representaba un régimen de privilegio en favor de Roma y contra las provincias; representaba la dominación del patriciado, la continuación del tradicionalismo, mientras César, dice Zeller, «quería extender el derecho de ciudad a todos los hombres libres del Imperio; destruir las barreras que separaban las ciudades y naciones; favorecer y facilitar la terminación de la esclavitud honrando el trabajo; constituir un gobierno con los representantes de todas las provincias; modificar el bárbaro derecho romano inspirándose en el derecho de gentes, y convertir el pueblo romano, al que era necesario mantener y divertir a costa de las provincias, en un pueblo trabajador e industrioso».

Y, sin embargo, la gran mayoría de los españoles estaba contra César y a favor de los corrompidos y degenerados patricios. Sólo puede explicarse tal extrañeza por la organización caciquista del país; a los caciques no les convenía un gobierno popular, y de ahí que estuvieran afiliados al partido pompeyano, enemigo de conceder derechos a la plebe. César era una amenaza para la tiranía que ejercían sobre sus siervos o esclavos, que no era otra la condición de los desheredados, mientras el partido pompeyano les garantizaba la perpetuidad de sus abusos.

© Biblioteca Nacional de España

Sabedores de que aquí podían contar con poderosos auxilios, abandonaron África los derrotados en Tapso, y se vinieron a España; figuraban entre los jefes los dos hijos de Pompeyo, Cneo y Sexto, Accio Varo, Tito Labieno y otros, con todas las fuerzas que habían podido escapar de la derrota.

Los pompeyanos pudieron creer que iba a cambiar por completo su suerte; auxiliados por los caciques españoles (y empleamos esta palabra anacrónica en beneficio de la claridad y la mayor exactitud), arrojaron de muchas ciudades de Andalucía a las tropas cesaristas, cuyos generales, Quinto Pedio y Quinto Fabio Máximo no querían aventurar batallas, esperando llegase Julio César. Por fin acudió éste, al siguiente año, no habiendo podido hacerlo por estar harto ocupado en reorganizar el gobierno y despachar los negocios pendientes (año 45 a. J.).

Suplió entonces con su rapidez el Dictador la tardanza en presentarse; en diez y siete días se trasladó desde Roma a Sagunto; en diez días cruzó la distancia entre Sagunto y Obulco (Porcuna). Encontróse con que Córdoba se había entregado a Sexto Pompeyo, novedad que le dolió, pues aquella ciudad parecía ser una de las pocas que le guardaban afición. Poco después recibía a unos embajadores de Ulla (Montemayor), ciudad adicta, participándole que la plaza se hallaba en apuradísima situación, sitiada por Cneo Pompeyo. César mandó entonces uno de sus mejores capitanes, llamado Lucio Junio Pacieco que, aprovechándose de lo tempestuoso de la noche, se metiese en Ulla, con seis cohortes, pasando por entre los sitiadores, para lo cual había de decir que era enviado por Sexto. Junio cumplió admirablemente lo ordenado, y antes de que el enemigo se diera cuenta, ya se había metido en la ciudad, que con tal refuerzo se sintió animada.

César, entretanto, con las tropas de Quinto Pedio y

© Biblioteca Nacional de España

Fabio Máximo sentaba sus reales ante Córdoba, con grande espanto de Sexto Pompeyo. Accediendo a los ruegos de éste, acudió su hermano Cneo, que acampó cerca de César, pero sin querer aceptar la batalla que el dictador le presentaba.

No estaba César para perder el tiempo, y una noche (adviértase cómo solía aprovecharse de esta circunstancia para dar sus golpes) levantó su campo y se encaminó contra la plaza de Ategua (Teba la Vieja). Mandaba allí cierto Numacio Flaco y era importante la ciudad por tener en ella los pompeyanos su tesoro y el parque de municiones. En cuanto los habitantes de Ategua vieron a los cesaristas dispuestos a entrar en la plaza le enviaron emisarios, pero tales condiciones proponían, que César las rechazó de plano, diciéndoles «que estaba acostumbrado a dar la ley, no a recibirla».

Era, pues, preciso dar el asalto; César mandó funcionar las balistas, que derribaron una torre, pero había que atender a otro ataque, y era que Cneo Pompeyo acudía con fuerzas considerables para obligarle a levantar el sitio. Dióse un reñido combate, a la vista de la plaza, y derrotados los legionarios de Cneo se metieron en la plaza.

Defendíanse los pompeyanos lanzando gran cantidad de dardos y fuegos, en lo cual estaban en su derecho, pero faltó a todas las leyes humanas su gobernador Numacio Flaco al entregarse a los más horrendos excesos de crueldad. Mandó, en efecto, degollar a cuantos moradores eran sospechosos de cesarismo, y los arrojó luego por el adarve; hizo matar a las esposas de los vecinos que se hallaban en el campo de César y mandó dar muerte a los niños, ora degollándolos en el regazo de sus madres, ora haciéndolos enterrar vivos, ora enrristrándolos en las lanzas de los soldados, «cosa sin ejemplar en la memoria de los hombres», dice César en sus *Comentarios*.

© Biblioteca Nacional de España

El sitio fué largo, pues los pompeyanos se defendían con el valor de la desesperación, pero por fin se rindió la plaza, y los cesaristas proclamaron *Imperator* a su caudillo.

A consecuencia de aquella toma fueron en considerable número las tropas españolas que al mando de sus centuriones se pasaron al campo de César, lo cual no hacía más que enconar el ánimo de los pompeyanos contra los que creían afectos a la causa del Dictador, a cuyo efecto montaron un servicio de espionaje. Así fué cómo Cneo Pompeyo mandó degollar en Locubis (Castillo de Locubín) a 74 sospechosos de cesarismo.

Hallábanse de continuo casi en contacto los dos ejércitos y eran frecuentes las escaramuzas; seguían pasándose españoles al campo del Imperator, e impaciente César por llegar a las manos, obligó a Cneo Pompeyo a aceptar batalla a cinco millas (nueve kilómetros) de Locubín. La pelea fué recia, y los pompeyanos tuvieron que abandonar el campo. Pocos días después se presentaban en los reales de César varios caballeros romanos de Jerez, todos los cuales iban cubiertos con armaduras de plata, trayendo la noticia de que gran número de otros caballeros que se hallaban en el campamento de Pompeyo se iban a pasar también, cosa que no pudieron efectuar por haber sido delatados por un esclavo.

La batalla de Munda.

Levantó Cneo Pompeyo sus reales de Locubín y mandó entregar esta ciudad a las llamas; acampó en un olivar, y como se negara a abrirle las puertas una población llamada Carruca, la incendió también. César le iba siguiendo los pasos siempre a corta distancia, hasta que por fin llegó el momento de dar la batalla final, *la batalla en que debía decidirse la suerte del mundo,* pues de triunfar César o de triunfar Pompeyo es indudable que las cosas del mundo entero habían de cambiar en un sentido u otro.

El campo de batalla eran los alrededores de la ciudad

© Biblioteca Nacional de España

Batalla de Munda, entre Pompeyo y César

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

de Munda, que para unos es Montilla, para otros Ronda, y para el resto Monda, Monturque, Aciurso, Rosa Alta, Castillo de la Vilegra, Jerez de la Frontera, etc. Sin embargo la opinión general es favorable a Montilla.

No creía César que Cneo Pompeyo le esperase en Munda, pero así fué. El lugar estaba bien escogido; muy montuoso, entre cerros separados por profundos valles, sin ninguna esplanada entre ellos.

César acampaba en un llano, a cinco millas de Munda, en terreno pantanoso, surcado por un riachuelo. Creía que los pompeyanos bajarían de sus alturas para atacarle, ya que los provocaba, pero el enemigo no parecía dispuesto a alejarse del amparo de las murallas de Munda y de las ventajosas posiciones en las cumbres de los cerros.

Apenas hubo salido el sol, los cesaristas avanzaron lentamente por la llanura y llegaron hasta la orilla del río; no por eso daba señales de bajar el enemigo; siguieron adelante y así llegaron al cabo de la llanura, donde el terreno comenzaba ya a ser desigual.

Tenía Pompeyo a sus órdenes ocho legiones, cubiertos los flancos con la caballería, y además 6,000 hombres de infantería ligera, a este número se añadía casi otro tanto de auxiliares. César contaba con 80 cohortes y 8,000 caballos.

El conquistador de las Galias y de Bretaña, se veía apurado para contener el ardor de sus tropas que a todo trance querían atacar, y de ahí que los pompeyanos, al ver tal detención, comenzaran a engreirse atribuyéndolo a miedo.

Formaban el ala derecha de César los decumanos (caballería escogida); la izquierda las legiones 3.ª y 5.ª; con las tropas auxiliares, y más caballería. Por fin, comenzaron a bajar los pompeyanos y se trabó la batalla con terrible vocerío, manifestación del encono con que se disponían a pelear ambos ejércitos.

© Biblioteca Nacional de España

Pocas batallas ha habido tan encarnizadas como aquélla. «Aunque los nuestros eran superiores en el valor, dice César en sus *Comentarios*, con todo los contrarios se defendían acérrimamente con la ventaja del terreno. En el ala izquierda, atacados los decumanos por fuerzas grandemente superiores, se vieron puestos en terrible trance, mientras en cambio el ala derecha rompía la izquierda de Pompeyo. Así que mezclados los gritos con los gemidos, y resonando a un tiempo el choque de las espadas, llenaban de terror los ánimos no experimentados. Aquí se combatía, como dijo Ennio, pie con pie y arma con arma.»

La pelea permaneció indecisa por mucho tiempo, tanto que César, que peleaba en primera línea, desesperado, estuvo a punto de suicidarse, hasta que recobrando el ánimo gritó a sus soldados:

—¿No os avergonzáis de abandonar a vuestro general en manos de esos mozalbetes?

Iban transcurriendo las horas y no cesaba el batallar. El enemigo, sin embargo, comenzaba a ciar, pero disputando aún el terreno palmo a palmo. Por fin, los pompeyanos consiguieron encerrarse en Munda. «No saliera hombre vivo, dice César, si no se hubieran refugiado en el mismo paraje de donde salieron.»

Quedaron en el campo más de 30,000 infantes y 3,000 caballeros pompeyanos, entre ellos los valientes generales Labieno y Acio Varo; se les cogieron trece águilas y quedaron prisioneros diez y siete jefes principales. Las pérdidas de César fueron mil muertos y quinientos heridos. Cneo Pompeyo, herido en un hombro y una pierna, logró escapar y se refugió en Tarifa, a bordo de su escuadra.

Dióse esta batalla el 17 de Marzo del año 46 a. J. y decía César hablando de ella que muchas veces peleó por la honra y la gloria, pero que aquel día peleó por la vida.

© Biblioteca Nacional de España

Final de la campaña.

Refugiados dentro de Munda los que habían podido salvarse de la rota, dispusiéronse los cesaristas a circunvalarla; la toma había de ser difícil, por lo empinado del lugar en que estaba emplazada la ciudad, de difícil acceso. Los sitiadores hicieron servir de trinchera los cadáveres y las armas de los vencidos, y con sus escudos y picas construyeron las empalizadas. Cadáveres y armas estaban puestos de cara a la plaza, para que sus defensores se sintieran amilanados ante tan horrible espectáculo; parece ser que César empleó este medio por haberlo visto usado por los galos, en iguales circunstancias.

Llegada a Sexto Pompeyo la noticia de la derrota, abandonó precipitadamente a Córdoba con algunas fuerzas, y fué a refugiarse entre los celtíberos. César, entonces, dejando a Fabio Máximo el cuidado del sitio de Munda, marchó a Córdoba, todavía en poder de los pompeyanos. Reinaba la más horrible discordia en la ciudad; querían los unos entregarse; porfiaban los otros en mantenerse fieles a Pompeyo; triunfaron éstos en su porfía, y antes que entregarse se dispusieron a pegar fuego a la ciudad. César lanzó entonces sus legiones contra la plaza; el ataque fué tremendo; murieron 22,000 pompeyanos.

Ya en su poder Córdoba, marchó César sobre Sevilla; cayó también en sus manos, y lo mismo Jerez de la Frontera. Eran continuas las presentaciones en el campo del *Imperator*, y un día vió llegar el general sitiador de Munda, Fabio Máximo, gran número de soldados pompeyanos que venían a hacer acto de sumisión. Acogióles con benevolencia, pero como luego supiera que estaban de acuerdo con los sitiados para que hicieran éstos una salida, mientras lo cual ellos caerían sobre los cesaristas, fueron todos acuchillados, a altas horas de la noche.

Entregadas Sevilla y Jerez de la Frontera, apareció César ante Tarifa, donde se hallaba Cneo Pompeyo,

© Biblioteca Nacional de España

Reinaba la mayor discordia en la plaza (*Carteya*); unos querían entregarse; otros, resistir. César se aprovechó del conflicto para meterse en la ciudad; Cneo Pompeyo tuvo tiempo de huir y escapar con la escuadra. Avisado el almirante cesarista Didio, que se hallaba en Cádiz, fué tras de la flota pompeyana, al mismo tiempo que seguía por la costa un grueso trozo la infantería y caballería. Con la precipitación de la marcha los buques pompeyanos no pudieron hacer bastante provisión de agua; a los cuatro días tuvieron que detener la marcha para hacer aguada, y Didio alcanzó a la desgraciada flota; incendió las naves enemigas, y las que no sufrieron esta suerte quedaron apresadas.

Hallábase en tal sazón Cneo Pompeyo en tierra, herido de un brazo y de una pierna, y, a mayor abundamiento, con un pie dislocado, por lo cual debía ser conducido en una litera. Amparóse con sus leales en un lugar casi inexpugnable, que bien podría ser alguna estribación de Sierra Nevada. Intentaron los cesaristas que iban siguiendo por la costa atacarle e igual hizo Didio con fuerzas de desembarco, pero, repelidos una y otra vez por lo escarpado del terreno, optaron por bloquearle. No pudieron resistir el hambre los pompeyanos, y procuraron zafarse, pero fueron sorprendidos; Cneo Pompeyo fué degollado, y enviada su cabeza a Sevilla.

No le valió, sin embargo, su triunfo a Didio; los pompeyanos que habían logrado salvarse incendiaron sus naves, y el almirante cesarista pereció en una de las refriegas con aquellos últimos entusiastas defensores —sin saber por qué— del poder aristocrático de Roma.

Entretanto, Fabio Máximo, rellenando con los cadáveres de los pompeyanos los fosos de Munda, daba el asalto y coronaba las almenas de la plaza. Parece que aquéllos desesperados —repitiendo las inmola-

© Biblioteca Nacional de España

ciones de Sagunto y de Numancia — se mataron entre sí antes que caer en poder del vencedor.

Dueño ya de Munda, Fabio Máximo marchó sobre Osuna, ciudad situada en estratégica elevación, y dotada de grandes fortificaciones; pero por causa de gravísimas dificultades en cuya cuenta no podemos entretenernos — falta de agua y de leña, tala de plantíos y de bosques — acabó por sucumbir.

Terminado aquello, marchóse César a Sevilla, donde reunió un magno Congreso y pronunció un elocuentísimo discurso, recordando los beneficios que siendo cuestor y después pretor había proporcionado al país, añadiendo luego: «Pero vosotros habéis aborrecido siempre la paz de tal manera, que nunca puede menos el pueblo romano de tener entre vosotros sus legiones. Recibís los beneficios como injurias, y estimáis por favores los agravios. Así, jamás habéis podido conservar ni la concordia en la paz, ni el valor en la guerra. Recibido por vosotros fugitivo el joven Cneo Pompeyo, siendo un mero particular, se apropió las haces y el imperio; levantó tropas contra el pueblo romano, dando muerte a muchísimos ciudadanos, y a instancias de vosotros mismos ha asolado vuestros campos y toda la provincia. ¿Y de quién os imaginabais vencedores? ¿No hacíais cuenta de que aun destruyéndome a mí quedaban todavía diez legiones al pueblo romano, capaces no sólo de resistiros a vosotros, sino aun de sepultar al mundo en sus ruinas?»...

Julio César

Y al expresarse así, César se acordaba sin duda de lo que le ocurriera en sus luchas contra los españoles,

© Biblioteca Nacional de España

que no tenían «ni concordia en la paz ni tesón (*virtutem*) en la guerra», apreciación particular aplicada sobre todo a los cordobeses. «Los españoles, escribió, tenían una táctica propia; se arrojaban impetuosamente sobre el enemigo y se apoderaban de las poblaciones; peleaban en grupos, sin formarse en filas. Luchaban siempre con tal valor, que, cuando se veían obligados a retirarse ante fuerzas superiores, lo hacían sin sonrojo.» Lo cual es ni más ni menos que la táctica de los pueblos que luchan por su independencia, sin cuidado por los convencionalismos militares. Igual vemos hacer hoy a los bereberes en sus luchas con italianos, franceses y con nosotros.

A la rendición de Sevilla siguieron las de otras importantes ciudades como Astapa, Osuna y demás, todo ello con increíble presteza. Ya estaba pacificada, a lo menos por lo pronto, pero no había terminado aún la tarea de César; necesitaba dinero, y bien había demostrado, en sus tiempos de cuestor y de pretor, que era un águila para sacarlo. España era la vaca de leche, para Roma, como antes para Cartago.

El dictador y emperador Julio César impuso terribles contribuciones, aunque sólo a los ricos; vendió los empleos al mejor postor y, como tenía escasa fe en los dioses, no vaciló en llevarse los tesoros del sacrosanto templo de Melkart, en Cádiz; y no había allí poco oro ni plata.

Llegado el otoño, tranquilo el país y bien repletas las arcas, marchóse para Roma, dejándonos por gobernadores de la Ulterior a Asinio Polión y de la Citerior a Marco Lépido.

España entera era ahora cesarista, y las ciudades trocaban sus antiguos nombres por otros en que se adulaba a César, aparte de las muchas que él honraba declarándolas colonias. Así, Córdoba se convirtió en *Colonia Patricia;* Atubis, en *Claritas Julia;* Iliturgis,

© Biblioteca Nacional de España

en *Forum Julianum;* Calahorra, en *Julia;* Jaén, en *Firmicum Julium*, etc., etc.

El insigne guerrero, el incomparable político, el conquistador de la Galia y pacificador de España no debía gozar, sin embargo, del fruto de sus victorias ni poder desarrollar su política, imperialista por esencia. Murió asesinado por algunos reaccionarios aristócratas, en el Senado, los idus de Marzo de 44 a. J., al desempeñar por quinta vez el consulado, después de haber sido tres veces dictador. Había durado su gobierno sólo cinco años.

Última tentativa de los pompeyanos.

Llegada a Córdoba, donde residía Asinio Polión, gobernador de la Citerior, la nueva del asesinato de César, reunió un Congreso y manifestó que se hallaba resuelto a obedecer las órdenes del Senado, con lo cual hubo de parecer que no había lugar a nuevos trastornos; pero no sucedió así, pues aprovechándose de la ocasión se echó de nuevo al campo en son de guerra aquel Sexto Pompeyo, hermano del difunto Cneo, de quien dijimos se había refugiado entre los celtíberos. Continuaban, pues, los pompeyanos sosteniendo su bandera, a pesar de la inmensa ventaja que, en número, les llevaban los cesaristas, a cuyo frente se hallaba ahora Octavio Augusto, sobrino del insigne *Imperator*.

Sexto logró reunir una legión, y con ella se puso en camino contra Polión. La suerte favoreció al joven caudillo, pues se apoderó primero de algunas ciudades del país de los contestanos, entre ellas Vera, si no fué Verja, e invadió luego la Bética. Salióle al encuentro Polión, pero fué desbaratado, y en poco tiempo quedó por suya toda la Bética.

Tal situación movió a que acudiera sin tardanza el gobernador de la Citerior, Lépido, que se hallaba a la sazón en Narbona, por tener también a su cargo aquella parte de la Galia. Lépido procuró llegar a

© Biblioteca Nacional de España

un acuerdo con Sexto; le aconsejó que con el mucho dinero que tenía recogido se marchara a Roma, donde podía pretender la herencia y sucesión política de su padre, y en efecto así lo hizo, pero se encontró con que ya Octavio Augusto se le había adelantado, teniendo al Senado de su parte.

Muerto César, su amigo Marco Antonio había pretendido calzarse con el poder; partió contra él Octavio y le obligó a levantar el sitio que tenía puesto a Módena, dentro de cuyos muros se defendía el pompeyano Decio Bruto, propuesto para cónsul. Huyó Antonio a la Galia y se concertó allí con Lépido; Octavio, que era profundamente sagaz, prefirió llegar a un acuerdo antes que dividir más el partido, y se formó un triunvirato, en el que entraron dichos tres jefes. Pronto se entendieron: Lépido se quedó con España y la Galia Narbonense; Octavio con Italia, África, Sicilia y Cerdeña; Antonio, con el resto de la Galia. En cuanto a las provincias de Oriente, se hallaban en manos de los pompeyanos, capitaneados por Casio y Bruto. Los triunviros proclamaron el terror; perecieron en el patíbulo infinidad de pompeyanos, y los que no, fueron proscriptos. Entre las víctimas se contó Cicerón, que pertenecía al pompeyanismo.

Vencidos Bruto y Casio por Octavio en la batalla de Filipos (Macedonia), procedieron los triunviros a un nuevo reparto; Marco Lépido cedió a Octavio el gobierno de España y recobró, en cambio, el de África.

El decreto del año 38. Un hecho de gran trascendencia para nosotros ocurrió entonces, y fué que Octavio César, cónsul por primera vez (38 a. J.) expidió un decreto declarando a España provincia romana y haciendo extensivas a ella las leyes de la República. Este decreto sirvió después de Era histórica, con el nombre de Era de Augusto, durando en Cataluña y Aragón hasta el siglo XII, y en Valencia

© Biblioteca Nacional de España

y Castilla hasta el siglo XIV, en que fué adoptada la Era cristiana.

«La importancia de esta resolución, dicen A. y H. Fornes, era inmensa; creaba, en primer lugar, la unidad política entre tan distintas tribus que habían poblado y fraccionado el país, y después, principalmente, porque hacía surgir el sentimiento colectivo de *patria española*, en vez del raquítico y disgregado de tantas, tan hostiles y tan infecundas autonomías locales.»

A Augusto se debe, pues, haber convertido en unidad política, lo que era una pura unidad geográfica en espera del día en que el mundo entero quedase sujeto a una sola voluntad y una sola ley.

Entretanto, los pompeyanos volvían a levantar cabeza en Roma, habiendo sido Sexto nombrado almirante de las flotas. Sirvióle esto para apoderarse de Sicilia, pero acudió Octavio y le obligó a huir. Al mismo tiempo, llevado de su ambición, el joven sobrino de César buscó manera de arrebatarle a Lépido el gobierno de África, como así lo consiguió. Ya sólo faltaba desembarazarse de Antonio y lo alcanzó también, venciéndole en un combate naval a la vista de Prevesa, con muerte de aquél. Ya no tenía, pues, Octavio César que compartir el poder con nadie (28 a. J.). Entonces fué elegido cónsul por sexta vez y reelegido, en lo sucesivo, hasta su muerte, sin faltar a las formas legales, pues, en apariencia, compartía el gobierno con otro cónsul, aunque no pasara de ser éste una figura decorativa.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO X

LA CIVILIZACIÓN ESPAÑOLA BAJO LA DOMINACIÓN ROMANA, HASTA AUGUSTO

ESTADO SOCIAL Y POLÍTICO. — CULTURA. — AGRICULTURA Y MINAS. — COSTUMBRES.

Estado social y político.

Por lo anteriormente dicho puede verse que la dominación romana fué durísima para España, entregada a la rapacidad de los procónsules, pretores y cuestores, o intendentes. España era para Roma una colonia de inagotables recursos: de aquí sacaban inmensa cantidad de mineral, oro inclusive; productos agrícolas, esclavos y dinero en abundancia. Y era inútil toda reclamación; la ley de Roma no reconocía más principio de tratar como enemigos a los extranjeros. El régimen era absolutamente esclavista; los siervos vivían en las afueras de las ciudades, ya en pueblos, ya en granjas. Como se ve, la situación no tenía nada de envidiable, y así se comprende que tantas veces se intentara sacudir el yugo de aquellos tiranos, explotadores de nuestra patria.

Con todo, poco a poco se iba romanizando España, a lo cual hubo de contribuir mucho Sertorio, con la creación del Senado de Evora y de la escuela greco-

© Biblioteca Nacional de España

romana de Osca, y, después de él, Julio César, que, una vez dictador, procuró moralizar la administración y beneficiar en lo posible a los españoles.

Cultura. A excepción de los cántabros y algunos otros pueblos del Norte, en todos los demás, así en la Citerior como en la Ulterior, se adoptó la lengua del Lacio, y de igual manera se adoptaron su religión y sus costumbres.

Nuestros poetas abandonaron las lenguas primitivas (ibero, celta, vascuence) para emplear el latín; pero aun así conservaron su personalidad, esto es, como hace notar Costa, la aliteración y la *rima*. Dijimos ya que con Metelo se habían ido a Italia algunos poetas, especialmente andaluces.

Del buen estado en que se hallaban las artes dan testimonio las monedas, notables por la pureza del dibujo de los caballos, bueyes y otros animales que figuran en ellas.

Los descubrimientos de Numancia han arrojado mucha luz respecto a nuestras artes, en el período anterior a Augusto; abundan los jarros de boca trebolada; las copas de elegante forma que recuerdan el *cáliz* griego; estos vasos, de excelente manufactura, de barro rojo, están decorados con las espirales y semicírculos concéntricos característicos del arte ibérico, pintados de negro. Además, resulta que se fabricaban hermosos objetos de hueso, de bronce y de hierro y que se conocía bien el esmalte.

Eran famosas por su incomparable temple y artístico trabajo las espadas y otras armas, especialmente las de Bilbilis (Calatayud), que los romanos preferían a las suyas. Igualmente sobresalían como metalúrgicos los catalanes, inventores de un sistema de forja conservado hasta nuestros días.

En algunas ciudades se fabricaban ricas telas; en otras, como Setabis (Játiva), excelente papel de cáñamo,

© Biblioteca Nacional de España

Agricultura y minas. Los españoles gozaban fama de buenos labradores, en consonancia con la fertilidad de nuestras tierras, en aquellos tiempos; además, eran mineros expertísimos, siendo en gran número las minas de oro, plata, hierro, cobre, estaño, plomo y demás que se explotaban.

Costumbres. A la muerte de César se habían romanizado ya mucho los usos y costumbres de los españoles, paralelamente a la lengua, pero todavía subsistía un gran fondo de tradicionalismo, especialmente en las provincias del Norte.

Todo parecía ya acabado y, por lo mismo, salvo los cántabros, siempre indómitos, optaron por avenirse a la nueva situación, tanto más en cuanto desde la llegada de César en persecución de los pompeyanos parecía haberse inaugurado una nueva Era. Y así fué, en efecto, como ya veremos; aunque España sólo tuvo agravios de los pretores y cuestores de la República, en cambio recibió inmensos beneficios del Imperio.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XI

EL IMPERIO REPUBLICANO

El consulado de Augusto. — La guerra de Cantabria. — La Paz octaviana. — Las últimas resistencias. — Españoles en Roma. — Nacimiento del Redentor del mundo. — Muerte de Augusto. — Tiberio. — Calígula. — Claudio. — Españoles notables en Roma. — Introducción del Cristianismo en España. — Nerón. — El pronunciamiento de Galba. — Galba. — Otón. — La *Hispania Tingitana*. — Vitelio.

(28 A. J.—72 D. J.)

El Consulado de Augusto.

Si con el advenimiento de Augusto había caído de hecho la República, pasando el poder de manos del Senado y el Pueblo a las del supuesto Cónsul — emperador en realidad,—en cambio había triunfado la plebe, y la verdadera definición sería decir que se había establecido el socialismo de Estado.

Las sucesivas reelecciones de Augusto — a manera, en nuestros tiempos, de las de Porfirio Díaz, — habían dado por resultado que en Roma hubiera una cabeza y una dirección; muchos eran los que se lamentaban de la pérdida de la libertad, pero de esa libertad sólo gozaban los privilegiados, mientras la mayoría arrastraba una vida miserable, bien poco diferenciable de la más ominosa servidumbre. Los «liberales» eran los reaccio-

© Biblioteca Nacional de España

narios, los patricios, los banqueros, los grandes propietarios; los cesaristas eran los plebeyos.

Augusto montó la máquina gubernativa de tal suerte, que todos obedecían a su único impulso, y así en vez de entregar las provincias a los procónsules, pretores y cuestores, ávidos de riquezas, los suprimió creando en su lugar *legados consulares,* esto es, representantes o delegados suyos.

Por lo que hace a España, convino con el Senado en dejarle a éste la Bética, completamente pacificada, con un pretor nombrado por aquél; el resto era consular. Así quedó dividida la península en tres provincias: dos consulares: la Tarraconense y la Lusitania; una senatorial, la Bética.

La guerra de Cantabria.

Parecía que por fin había llegado para España una era de completa tranquilidad. El país, después de tan largas guerras, de tantas desolaciones, de tantos vaivenes, necesitaba descanso, y lo había hallado. Construíanse magníficas calzadas, que aun perduran, sepultadas bajo tierra y reaparecidas en bastante parte al trazar las modernas vías férreas; levantábanse nuevas ciudades; florecían las artes y la agricultura; aumentaba la riqueza, y, sin embargo, cuando menos se esperaba surgió una nueva y terribl eguerra.

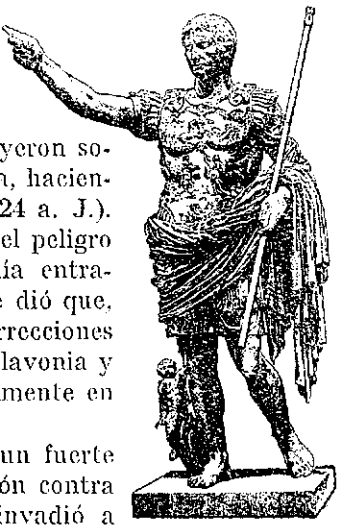
Promovianla los cántabros, gente indómita, que no quería en manera alguna reconocer el poder romano. Valientes como ninguno, moradores en abruptas montañas, ajenos a todo regalo y comodidad de la vida, despreciadores del peligro, tenían su asiento, según trazas, en lo que son hoy Navarra, Vascongadas, Montaña de Santander, con el Océano al Norte y el Ebro al Sur por límites. Se sabe que entre sus ciudades había dos llamadas Juliobriga y Vellica.

«Eran en aquel tiempo los cántabros, escribe Mariana, resumiendo las noticias de los geógrafos antiguos, de

© Biblioteca Nacional de España

ingenio feroz, de costumbres poco cultivadas. Ningún uso de dinero tenían... Así bien las mujeres como los hombres eran de cuerpos robustos; los tocados de las cabezas a manera de turbantes, formados diversamente y no diferentes de los que hoy usan las mujeres vizcaínas. Ellas labraban los campos; después de haber parido se levantaban para servir a sus maridos (*costumbre conservada por largo tiempo en algunos lugares de la Montaña*)...: en los bailes se ayudaban al son de los dedos y de las castañetas; dotaban a las doncellas que con ellos se desposaban; tenían apercibida ponzoña para darse la muerte antes que sufrir se les hiciese fuerza, como hombres de ingenio constante y obstinados contra los males...»

Los cántabros enviaron emisarios a los astures y galaicos para que les ayudaran en la guerra, y tomando luego la ofensiva cayeron sobre los vácceos, sometidos ya, haciendo en ellos grande estrago (24 a. J.).



Augusto

No se le ocultó a Augusto el peligro que la tal insurrección podía entrañar, y tanta importancia le dió que, sin hacer caso de las insurrecciones que habían estallado en Esclavonia y Hungría, se puso inmediatamente en camino para España.

Ya en Tarragona juntó un fuerte ejército y marchó sin dilación contra los sublevados. En breve invadió a Vizcaya y Guipúzcoa, y los insurrectos, con sus familias, abandonaron los poblados y se ampararon en las fragosidades de los montes.

La campaña fué durísima; pasaban los meses y poco

© Biblioteca Nacional de España

se adelantaba, y tanto se hubo de impresionar Augusto, que se vió obligado a retirarse a Tarragona, enfermo de melancolía. Quedó como general en jefe Marco Agripa; Cayo Antistio y Publio Firmio se encargaron de sujetar a Galicia; Publio Carisio marchó contra los astures.

Faltaban bastimentos, por la esterilidad de la tierra, y Agripa mandó que fuesen traídos de Inglaterra, y para que los cántabros no pudiesen recibirlos por mar, bloqueó toda la costa del Océano, desde Villaviciosa a Laredo. Reducidos al último extremo de miseria resolvieron vencer o morir y acometieron a los romanos que acampaban cerca de Vellica (Aguilar de Campóo); los valerosos cántabros hicieron prodigios de coraje, pero no les valió, siendo «desbaratados y muertos, como gente juntada sin orden, que ni conocía banderas ni capitán, y que ni por vencer esperaba loa ni tenía vituperio si era vencida; cada cual era para sí capitán y caudillo, y más por desesperación y despecho que con esperanza de la victoria se movían a entrar en la batalla».

Pareciera que esto hubiera servido de enseñanza, pero no fué así; aun hoy se lanzan muchos a pelear sin bandera ni capitán, y más por despecho o desesperación que con esperanzas de la victoria.

Los valerosos cántabros que pudieron escapar de la derrota se refugiaron en Monte-Vinnio, o Hirmio, «de tan grande altura que desde su cumbre se divisan las riberas de Cantabria y Francia». Era el tal monte de todo punto inaccesible, por lo cual los generales de Augusto decidieron bloquear a los que en él se hallaban, en vez de atacarlos. Imposibilitados de escapar, pero resueltos a no rendirse jamás, prefirieron suicidarse o dejarse morir de hambre.

Los romanos embistieron entonces contra los insurrectos de Arcillum (Aradillos); los cercaron, tomaron por asalto la plaza, y no quedó nadie con vida. En Galicia se habían atrincherado los insurrectos en la cumbre del

© Biblioteca Nacional de España

monte Medulio, bañado por el Miño. Los generales Antistio y Firmio los bloquearon también, abriendo un foso infranqueable de quince millas (24 kilómetros) de circuito, y ocurrió como en monte Hirmio; se suicidaron, traspasándose con sus espadas o ingiriendo veneno, que al parecer sacaban de los tejos.

Los astures se defendían también con admirable tesón, pero los sorprendió Carisio a orillas del Esla (en Mansilla de las Mulas) y los destrozó; los que pudieron salvarse se acogieron a la ciudad de Lancia, cerca de León, recientemente puesta al descubierto.

Quedaba vencida la insurrección cántabro-astúrico-galaica, pero aun intentaron los confederados un postrer esfuerzo por mar. Reunieron sus naves, pero el almirante Agripa las desbarató a la vista de Santoña, que por lo mismo recibió el nombre de Puerto de la Victoria (año 21 a. J.).

No hubo más resistencia. Augusto, curada la melancolía, por los cuidados de un médico de Tarragona llamado Antonio Musa, se marchó al Norte, y perdonó a todos, pero les exigió rehenes, y obligó a que abandonaran los riscos y se establecieran en el llano. Sólo algunos fueron exceptuados y vendidos como esclavos.

El Senado, adulador, decretó que Augusto fuese recibido con los honores del triunfo, cuando regresara a Roma, pero el ilustre político no quiso aceptar.

Terminada la terrible y larga guerra de los cántabros, mandó Augusto cerrar el templo de Jano, señal de paz. Y era sólo la cuarta vez que le cerraban sus puertas; la primera en tiempo del rey Numa; la segunda después de la primera guerra púnica; la tercera después del vencimiento de Marco Antonio por Octavio César.

La paz octaviana.

Terminada la guerra de los cántabros permaneció aún Octavio en Tarragona, donde le habían sido ofrecidos su 8.º y 9.º consulados. Allí recibió también a los embajadores que le ha-

© Biblioteca Nacional de España

bían sido enviados por los judíos y los escitas para acatarle y pedirle la paz.

Salió, por fin, de Tarragona para Roma, llevando como escolta a un escuadrón de calagurritanos.

Como resultado de la pacificación ocurrió lo siguiente: se les dieron tierras a los veteranos, ya cumplidos, a orillas del Guadiana, donde fundaron una ciudad que llamaron Emérita Augusta (Mérida); de ello cuidó Carisio.

En la ribera del Ebro y en el lugar donde se levantara la antiquísima y desaparecida *Salduba*, se fundó una colonia llamada *César Augusta* (Zaragoza); en los linderos de Lusitania se levantó otra ciudad *Pax Augusta* (Badajoz); en recuerdo de las proezas de la *Legión Septima* se edificó una ciudad con este nombre (León).

Dióse también el nombre de *Augusta* a Brácara (Braga).

Convertidos los veteranos en colonos «adornaron sus ciudades a imitación de Roma, dicen A. y H. Fornes, con foros, pórticos, termas, acueductos, naumaquias, arcos de triunfo, arcos, templos, puentes y estatuas. A su contacto y con su ejemplo, las pacíficas razas indígenas aprendieron las industrias romanas; dulcificaron sus rudas costumbres, y su creciente cultura hizo nacer elevación de miras y grandeza de sentimientos, y desarrollar las felices aptitudes que tan sazonados frutos habían de producir más tarde. Augusto, por otra parte, refrenó con leyes y escarmentó con castigos a los agentes de la administración que con abusos hacían odioso el nombre romano...»

Gran parte de este progreso correspondió a Tárraco, donde son innumerables los restos que se conservan de la estancia de Augusto en ella, y serán sorprendentes sin duda los que aparecerán si alguna vez se hacen las necesarias excavaciones.

© Biblioteca Nacional de España

Las últimas resistencias.

Tal era el admirable espíritu independiente de cántabros y astures (base después de la llamada por antonomasia la Reconquista), que en cuanto supieron se había embarcado Augusto en Tarragona se lanzaron de nuevo a la insurrección.

«Vano es el atrevimiento sin fuerzas, exclama sesudamente Mariana; así fué que primeramente L. Emilio y Publio Carisio, después Cayo Furnio, mataron muchos de los alborotados, con que sosegaron los demás. Muchos por no sujetarse y por miedo de la crueldad de los romanos, se dieron a sí mismos la muerte con tan grande rabia, que hasta las madres mataron a sus hijos, y un mozo, por mandato de su padre, dió muerte a él, a su madre y a sus hermanos, que presos y atados en poder del enemigo estaban. Otros, alegres y cantando, como si escaparan de un grande mal, iban a la horca, que tenían por cosa honrosa dar la vida por la libertad. Parte asimismo de los que hicieron esclavos se concertaron entre sí, y muertos sus amos se acogieron a los montes, de donde, a manera de salteadores, corrían la tierra y no cesaban de mover a los pueblos comarcanos a tomar las armas.»

Aquella especie de *guerra chica* tomó tales proporciones que fué menester acudiera el propio Marco Agripa, yerno ahora de Augusto, como casado con su hija Julia, dejando para ello la Galia Narbonense.

«Peleó algunas veces con aquella gente obstinada, escribe el Tito Livio español, llevando los suyos lo peor. Por esto afrentó una legión entera, que tenía la mayor culpa del daño, con quitarle el sobrenombre de *Augusta* que antes le daban. Con este castigo despertaron los demás soldados y se hicieron más recatados y valientes.»

Por fin, logró Agripa sosegar aquellas alteraciones y se hicieron horribles matanzas de cántabros y astures. «Todos los que podían traer armas fueron muertos; a

© Biblioteca Nacional de España

la demás muchedumbre, quitadas asimismo las armas, hicieron que pasase a morar a lo llano, remedio con que cesó la ocasión de alborotarse, y finalmente, aunque con dificultad, se apaciguaron.» Como se ve, se trató ni más ni menos que de una «reconcentración».

Aun parece, con todo, que sobrevinieron nuevos levantamientos, pero no debieron inspirar cuidado.

Españoles en Roma. A pesar de la insurrección de la gente del Norte, la mayoría de los españoles permanecía adicta a Augusto. A los ilustres personajes que acompañaron a Metelo se añadieron ahora otros que fueron cortesanos de aquél, entre ellos el bibliógrafo Julio Higino, liberto de Octavio; Porcio Latro, ilustre retórico y Julio Modesto, liberto de Higino. Gozaban fama nuestros españoles de ser muy eruditos.

«Siguióse a estas guerras una paz, escribe D. Juan Ortega y Rubio, de la cual dijo el historiador Tácito: *Ubi solitudinem faciunt, pacem apellam.* (Llaman paz a la soledad que ocasionan.) La transformación que se obró en España, tanto social como políticamente, merced a las reformas de Augusto, hizo que los españoles tributasen al emperador honores divinos...»

Nacimiento del Redentor del Mundo. Muy importante es sin duda cuanto llevamos dicho respecto al consulado, trece veces reiterado de Octavio César, pero no tiene comparación con el magno suceso de haber nacido entonces nuestro Redentor, el año 752 de la fundación de Roma, el 42 del gobierno de Augusto, en su 13.º consulado.

Muerte de Augusto. Falleció éste el año 15 de nuestra Era, a la edad de 76 años, después de ser durante 44 árbitro de Roma, dejando por sucesor a su entenado Tiberio Nerón, en detrimento de Germánico y sus demás hijos.

Tiberio. Execrable reputación ha dejado este emperador, y, sin embargo, no pudieron ser mejo-

© Biblioteca Nacional de España

res sus comienzos. España, como si olvidara sus gloriosos arrestos, se entregaba a las mayores adulaciones, tanto que Tiberio no quiso acceder, por falsa modestia, sin duda, pero al cabo hizo bien, a que le tributaran a Augusto, a Livia, madre de Tiberio, y a éste mismo, los disparatados honores que pensaban ofrecerles. Sería cosa, sin duda, de los políticos, sin que en ello se interesara el pueblo, como ha sucedido otras veces.

No faltaron malos gobernadores en España, a pesar de decir Tiberio que bueno era trasquilar las ovejas, pero no desollarlas. Los latrocinios de los gobernantes obligaron a echarse al campo a los béticos, los cuales no depusieron las armas hasta que el Senado separó de su mando al pretor Vivio.

Los cántabros probaron de nuevo fortuna, pero fueron de nuevo vencidos.

En la Citerior murió acribillado a puñaladas el insaciable legado Lucio Pisón.

Matólo un hombre de Termancia (Tiermes), y como fuese preguntado si tenía cómplices, respondió que sí: su cómplice era la abominable conducta del legado consular. Condenado a muerte, se escapó de manos de los sayones y se rompió la cabeza contra las piedras.

Por si no hubiera bastante con los robos y asesinatos de los pretores, robaba y asesinaba también el monstruo imperial. Así fué cómo para apoderarse de sus riquezas mandó Tiberio precipitar desde lo alto de la Roca Tarpeya al opulento español Sexto Mario y su hermosísima hija, vecinos de Roma, acusados falsamente de incesto.

«Si Augusto fué el verdadero fundador del imperio romano, dice D. Severo Catalina, Tiberio es el primer representante autocrático de la grandeza imperial; los disimulos y las modestias de Augusto son ya inútiles: la unidad de servidumbre propuesta por Mecenas está realizada. Roma es el corazón adonde afluye y de donde

© Biblioteca Nacional de España

parte la vida de un Estado, que tiene doscientos millones de leguas cuadradas. Anchas vías de tierra facilitan las comunicaciones a los países más lejanos; naves de todos portes cruzan los mares y los ríos: al dueño de Roma ofrecen de rodillas su tributo, en vasos Sagunto y Pergamo; en armas Toledo y Cibyra; en púrpuras Tiro y las islas Fortunadas: la blanca lana de Apulia, y el paño de la Céltica, y el cachemir egipcio, y los tapices de Babilonia, y la seda del Tibet, y los perfumes de Arabia, y las pieles de Scitia, y el ámbar de las riberas del Báltico, todo viene a cubrir la augusta miseria del morador del Palatino; África le envía fieras y pájaros; el Oriente y el Occidente sus plantas y sus árboles; Alejandría rosas; Asia helénica marfiles y oro; Córdoba caballos; la Galia gladiadores; Cádiz bailarinas. Falta espacio para tantas ofrendas, faltan mares para tantos navíos.»

En tiempo de este emperador murió, clavado en una cruz, el Redentor del Mundo.

Falleció Tiberio el año 38 de nuestra Era, dejando la más abominable memoria. Sus crímenes no tuvieron fin ni cuento; sus vicios eran el compendio de lo más horrible y asqueroso. Fué un malvado; con todo, persiguió casi exclusivamente a los nobles, sin molestar a la plebe, se contentaba con despreciarla.

Calígula. Este miserable excedió al mismo Tiberio en crueldad. España fué víctima de las más horribles extorsiones bajo su mando. Intentó matarle el cordobés Emilio Régulo y no pudo. Por fin libró de aquella fiera a la humanidad un capitán llamado Quereas, a los tres años y diez meses de salvaje tiranía. Díjose que Calígula estaba loco, pero en todo caso padecía de locura homicida.

Claudio. (48-55 d. J.). Era éste un pobre hombre, a quien hubo que sacar de un escondrijo donde se había metido, muerto de miedo, para que

© Biblioteca Nacional de España

no le matasen también como a Calígula, de quien era tío, hermano de su padre Germánico.

La principal celebridad de Claudio estriba en haber sido el marido de Mesalina, y, ejecutada ésta, de Agripina, hermana de Calígula.

Españoles notables en Roma.

Por este tiempo florecían en la metrópoli imperial varios ingenios españoles: Séneca, el Filósofo, a quien Claudio confió la educación de su entenado Domicio Nerón, hijo de Agripina; Turanio Grácula, tenido en opinión de grande erudito; Lucio Moderato Columela, de Cádiz, insigne agrónomo; el poeta cordobés Sextilio Hena, vituperado acremente por la rudeza de sus versos y la desigualdad de su estilo; los oradores Porcio Latrón, Cornelio y Clodio Turino; Séneca, el Trágico, y otros muchos.

Introducción del cristianismo en España

Tiénese por averiguado, aunque lo nieguen algunos historiadores de la Iglesia, extranjeros, que por este tiempo comenzó la predicación del Evangelio en España por los apóstoles San Pedro y Santiago el Mayor.

Nerón.

(55-69 d. J.). Murió Claudio envenenado con hierbas, créese que por su mujer Agripina, impaciente por ver revestido con la púrpura imperial a su hijo Domicio Nerón, usurpando de esta manera el poder al joven Británico, hijo de Claudio y Mesalina.

No pertenece a nuestro objeto extendernos en la relación de los horrorosos crímenes de aquel ser monstruoso, incestuoso y parricida, cifra y compendio de las más repugnantes aberraciones, vil farsante y salteador de bolsas. En su inextinguible sed de sangre, mandó matar a su madre, a una tía suya, a sus dos esposas Octavia y Poppea, a su preceptor Séneca, al insigne poeta Lucano; persiguió horriblemente a los cristianos, achacándoles el incendio de Roma, ordenado por él mismo. Y, sin embargo, continuó la obra de César y ensanchó el Derecho.

© Biblioteca Nacional de España

El cristianismo en España.

Parece ser que bajo el reinado de Nerón vino a España el apóstol de las gentes, pero ya por entonces comenzaba la propaganda de los enemigos de la fe cristiana, habiéndose presentado aquel famoso impostor llamado Apolonio de Tiana, que tenía embaucado a gran parte del mundo con sus pretendidos milagros.

El pronunciamiento de Galba.

La indignación que en todas partes se sentía contra el siniestro maniático que regía los destinos del imperio, hizo que se levantaran contra el infame Nerón algunas legiones de la Galia Narbonense, a la voz de su jefe Julio Vindex. No le movía a éste la ambición, sino el ansia de remedio, y en este sentido escribió al gobernador de la Tarraconense, Servio Sulpicio Galba, ya anciano, a que asumiera el mando. Aceptó Galba, movido especialmente por su lugarteniente Tito Junio; reunió a los principales de Tarragona en un templo, y allí les dirigió un patético discurso encareciéndoles la absoluta necesidad de librarse de aquel horrible tirano. El concurso prorrumpió en vítores y aplausos, y proclamó emperador a Galba, pero éste se excusó, diciendo que sólo sería Capitán del Pueblo Romano y lugarteniente del Senado, contra Nerón. Adhirióse al pronunciamiento el gobernador de Lusitania, Otón Silvio, que tenía justos y terribles resentimientos con Nerón, y así se declaró España entera contra el malvado monstruo.

Llegó en esto una nueva fatal: el noble Julio Vindex había sido vencido por Virginio Rufo, y se había dado muerte antes que entregarse a su enemigo. Galba entonces, acobardado, se fué retirando hasta la Coruña.

Allí permanecía cuando recibió la noticia de que Nerón había sido asesinado, o se había suicidado, huyendo de la indignación del pueblo, a los treinta y dos años de edad, y durante tan corto espacio de tiempo

© Biblioteca Nacional de España

cometió más crímenes que pudieran registrarse, en otras partes, en siglos.

Galba. El viejo general de las tropas sublevadas partió entonces a toda prisa para Roma, recibiendo de los españoles las mayores muestras de adhesión y afecto. No ocultaba ya su senil ambición. Conocedor de la lealtad española, formó una legión, a manera de guardia de su persona, compuesta toda ella de iberos y celtíberos, e invitó al insigne retórico de Calahorra, Fabio Quintiliano, a que le acompañase.

Fué Galba proclamado emperador, en cuanto llegó a Roma, pero no tardó en perder su popularidad por la avaricia, rigor, ingratitud y aspereza de que daba muestra. Esperaban los pretorianos el acostumbrado donativo, y se negó a dárselo, diciendo que él no compraba a los soldados, sino que los escogía.

Por su parte, no pudieron felicitarse mucho los españoles de haber contribuído en tanto grado a la exaltación de Galba al trono de los Césares, pues les abrumó con nuevos tributos, e hizo matar a muchos que se habían jugado por él la vida y la hacienda.

Un rasgo de Galba pinta su carácter; habían acordado los tarraconenses regalarle una riquísima corona de plata, y, al presentársela, preguntó cuántas libras de aquel metal contenía. Se lo dijeron, pero, desconfiando él de la certeza, mandó que la pesaran en su presencia.

Acabó de concitarle la aversión de sus antiguos amigos el haber designado por sucesor a un mozo llamado Pisón, con gran disgusto de aquel gobernador de Lusitania, Otón Silvio, que con tanta lealtad se había conducido para con él.

Atrájose Otón a los pretorianos que daban la guardia en la morada imperial, en el Palatino, y aprovechando una ocasión propicia, entró donde estaba Galba, y allí mataron a éste, lo mismo que a su fiel Tito Junio

© Biblioteca Nacional de España

y a Pisón. Los pretorianos proclamaron Augusto a Otón, que de esta manera ocupó el lugar del infame tirano Nerón, autor de su deshonra cuando le arrebató a su esposa Poppea Sabina para hacerla primero su combleza y después su mujer.

Otón. Este emperador merece ser citado con particular elogio en la historia de España, a pesar de su cortísimo reinado de noventa y cinco días.

El ejemplo del pronunciamiento de los ejércitos de Julio Vindex y de Galba había de producir malos frutos, que hartas veces hemos podido ver repetidos en los sucesos de nuestra patria. No quisieron, pues, ser menos las legiones de Alemania, y de ahí que pensaran tener igual derecho a proclamar un emperador que lo habían tenido las legiones de España y los pretorianos de Roma al elevar al imperio a Sulpicio Galba y a Otón Silvio. El *Imperator* a quien aclamaron era un general, Aulo Vitelio, famoso por su devoradora gula. Adhiriéronse al pronunciamiento las legiones de la Galia, y andaban dudosas las de España.

Apresuróse a venir Otón, y para atraerse el país, dictó importantes disposiciones en favor del comercio de exportación, pero no fué esto lo más interesante, sino que inauguró lo que podríamos llamar nuestra política marroquí.

Decretó, en efecto, Otón que la isla gaditana tuviese jurisdicción sobre la *Mauritania Tingitana* (para distinguirla de la Mauritania Cæsarensis, que comprendía la actual Argelia), de suerte que Marruecos recibió el nombre de *Hispania Tingitana* (de *Tingis*, Tánger, su capital).

Así podía disponer la Bética de unas magníficas colonias, pues Marruecos a la sazón era un país riquísimo, próspero y muy poblado. La anexión duró hasta el tiempo de los godos, y los mauritanos tenían que acudir a la audiencia (*conventum*) de Cádiz para sus pleitos y demás.

© Biblioteca Nacional de España

No le valió, sin embargo, a Otón el beneficio que dispensara a nuestro país. El gobernador de la Mauritania Tingitana, que desembarcó en la península para prestar su auxilio a Otón, fué derrotado por el gobernador galbista Cluvio Rufo, que ahora se había pronunciado en favor de Vitelio. Otón partió de España para Lombardía, y allí trabó batalla con los vitelistas, en un lugar entre Verona y Cremona, y como quedara vencido se suicidó.

Vitelio. (71 d. J.). Este personaje, que sólo puede compararse con aquel *Falstaft* inmortalizado por Shakespeare, entró en triunfo en Roma, como si hubiera triunfado de algún enemigo de la patria; lo cual le hizo aborrecible para muchos. Era una deshonra que aquel hombre indigno ciñera la púrpura de los Césares, y no duró mucho tan vergonzosa situación. Vitelio fué asesinado a los nueve meses de su innoble gobierno, en plena indigestión.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XII

EL IMPERIO LIBERAL

VESPASIANO, BIENHECHOR DE LOS ESPAÑOLES. — LOS JUDÍOS EN ESPAÑA. — TITO. — DOMICIANO. — NERVA. — TRAJANO Y ADRIANO, EMPERADORES ESPAÑOLES. — LOS ANTONINOS. — CÓMODO. — EL JUDAÍSMO.

(72 - 193)

Algunos historiadores comprenden bajo este título el período comprendido entre Flavio Vespasiano y Cómodo, o sea el de los Flavios y Antoninos.

Vespasiano. (72-80 d. J.). No era posible que continuara el escándalo de que el Imperio Romano pasara de manos de un Galba a un Otón, de un Otón a un Vitelio. Había que cortar de raíz tamaño abuso, y para ello se requería un hombre de sobresalientes dotes, digno de empuñar el timón de la poderosa nave. Tal fué Flavio Vespasiano.

Era éste un ilustre prócer, fundador del linaje de los Flavios, en tiempo de Claudio. Victorioso de los británicos y debelador de las islas normandas (Anglesey, Jersey y Guernesey), retiróse luego a la vida privada, de la cual fué sacado el año 68, reinando Nerón, para aniquilar la insurrección de los judíos. Triunfador de aquella gente después de largos años de terrible

© Biblioteca Nacional de España

guerra, fué proclamado emperador por sus tropas, reinando Vitelio en Roma. Adhiriéronse a la proclamación los ejércitos romanos de Egipto y Pannonia (Hungría); el general de este último, Antonio Primo, invadió a Tesalia y venció a Vitelio en Verona. Disponíase ya Vespasiano a partir para allá, cuando recibió la noticia de la muerte del despreciable gastrónomo y de su proclamación como emperador. Dejó el mando del ejército de Siria y Palestina a su hijo Tito, y se embarcó para Italia, donde llegó el año 72. El Senado y el pueblo le proclamaron emperador, y pocos reinados hubo jamás tan admirables, tan dignos de loa como el suyo.

Vespasiano bienhechor de los españoles.

España, sobre todo, le debió innumerables beneficios, pues se condujo como un verdadero padre para nosotros, al concedernos los derechos itálicos o latinos, de suerte que, en agradecimiento, muchas ciudades tomaron el nombre de *Flavia*.

Para comprender la importancia de esta concesión precisa hacerse cargo del régimen político que a la sazón existía en España.

«Las ciudades que Roma dominó en la Península, dicen los Sres. Fornes, fueron todas en su origen tributarias, conquistándose algunas, por su procedencia o servicios, privilegios y distinciones, que hicieron cambiar su vida orgánica común, en esa múltiple variedad que tanto las caracterizó en esta época. Unas se llamaban *Colonias*, y eran las que pobladas por ciudadanos y soldados de la misma Roma, se regían por sus leyes y derechos, y gozaban como un enjambre desprendido de ella, sus mismos privilegios, aunque conservando cierta dependencia por su carácter militar. Los *municipios* eran aquellas poblaciones que se regían por sus leyes, elegían y revocaban libremente sus magistrados, y si bien carecían del derecho de ciudad, en compensa-

© Biblioteca Nacional de España

ción podían aspirar alguna vez a las magistraturas de la Capital. Las *ciudades latinas*, o de derecho latino, eran las que a título de favor, por proceder sus habitantes del Lacio, se les habían concedido tierras, aunque no el derecho de ciudad. Las ciudades *inmunes* estaban libres de todo gravamen fiscal; las *aliadas* recibieron esta calificación por haber luchado en su origen valientemente por su independencia, respetada ahora, para evitar su permanente hostilidad; y las *tributarias*, cuyo número pasaba de trescientas, tenían que sufrir, con sus pagos o aldeas rurales, la pesadísima imposición de todas las cargas públicas. Por fortuna, Vespasiano, concediendo el *Derecho Itálico* a la España entera, borró para siempre estas odiosas, aunque políticas distinciones.»

Buena prueba del interés que por España se tomaba Vespasiano fué el nombramiento del sabio y honrado Plinio *el Mayor* como cuestor de la Bética. Por orden del emperador se abrieron en Galicia y Extremadura dos magníficas calzadas, a su costa la segunda, según una inscripción que dice haber sido hecha *impensa sua*.

«Gobernó la República, dice Mariana — que en esta parte es guía segurísimo, por atenerse a las relaciones clásicas y no verse sujeto a cortapisas ni a consideraciones políticas, — por espacio de diez años, con tanta prudencia y virtud que, fuera del conocimiento de Cristo, casi ninguna cosa le faltaba. Algunos le tachan de codicioso, pero excúsale en gran parte la grande falta de los tesoros públicos y los temporales tan revueltos, además de grandes edificios que levantó en Roma, entre los cuales el templo de la Paz y el Anfiteatro, dos obras de las más soberbias del mundo.

»Fué el primero de los emperadores romanos que señaló salarios cada un año a retóricos latinos y griegos para que enseñasen aquel arte en Roma.»

Por feliz podía darse España no ya con tan buen

© Biblioteca Nacional de España

emperador, sino con los excelentes pretores (este nombre habían vuelto a tomar los legados consulares) que gobernaban las provincias. Notable era por su ilustración y su ardiente amor a las letras el pretor de la Tarraconense Licinio Larcio, a quien se atribuye la construcción del maravilloso acueducto de Segovia, aunque otros suponen ser obra de Trajano.

Los judíos en España. Acontecimiento de inmensa importancia fué el que tenemos que recordar ahora.

Mientras Vespasiano reinaba con tanta dignidad y se hacía respetar por tantas virtudes, su hijo Tito acababa con la formidable insurrección judía y no dejaba piedra sobre piedra en Jerusalén. Recibido en triunfo en Roma, llegó con espléndido botín, como los vasos sagrados y el candelero de oro del templo de Salomón. Sobre todo fué crecidísimo el número de prisioneros que trajo; miles de ellos quedaron en Roma, donde se les empleó en la construcción del ingente Coliseo; otros fueron enviados a España, donde en su mayoría se establecieron en el Mediodía y el Occidente; no pocos se instalaron en Emérita Augusta (Mérida), ciudad muy principal entonces, capital de la Lusitania. A todos se les prohibió poder volver a Jerusalén, y menos reedificarla.

Como si no bastaran tantos beneficios, dispensó aún otro Vespasiano, que superó a todos, cual fué el dejar un sucesor que había de aventajarle en elevadísimas y nobles prendas.

Tito. (80-82). Con decir que los españoles apellidaron a Tito *delicias del género humano*, queda hecho su mejor elogio. Al recibir la investidura imperial tenía cuarenta años. Llegaba precedido de la fama de gloriosos triunfos. «En todas las virtudes se igualó a su padre, y se le aventajó mucho en la afabilidad y blandura de condición y en la liberalidad de que siempre usaba, tanto que decía no era razón

© Biblioteca Nacional de España

que ninguno de la presencia del príncipe se partiese descontento. Acordóse cierta noche de que ninguna merced había hecho aquel día; dijo a los suyos: Amigos, hemos perdido este día...»

Vese claramente que los Flavios se preocuparon profundamente de hacer olvidar los horribles días de Tiberio y de Nerón; así, derribaron el suntuoso palacio imperial que ocupaba el hijo de Agripina, llamado la *Domus Aurea* (Casa de Oro), y construyeron el *Coliseo*, para distraer eficazmente con los juegos de los gladiadores la atención de la plebe. Parte de la morada de Nerón pasó al dominio del pueblo; las magníficas estancias que daban al Esquilino fueron convertidas en termas, y en el valle se construyó aquel inmenso anfiteatro que hemos dicho.

Con ese vastísimo edificio, Roma lo tiene todo: un Panteón para todos los dioses; un Capitolio para Júpiter, el dios nacional; un palacio en honor a la majestad de la plebe: el Coliseo.

Ya por entonces, sin embargo, se iniciaba la decadencia de las letras y las artes de Roma; ya no se respiraba el ambiente que hizo que se llamara *Siglo de Augusto* aquel en que imperó, hipócritamente, con el título de Cónsul, el sobrino del gran César. Era evidente que se iba realizando un inmenso cambio, por poco perceptibles que fueran las señales.

En España reinaba la más profunda paz y era universal el bienestar. Desgraciadamente fué corta tanta dicha, pues el gran Tito murió a los dos años de haber subido al trono.

Domiciano. (82-97). Como si el espíritu del mal quisiera resarcirse de tantos años de ventura y buen gobierno, la fatalidad quiso que heredara al excelente Tito su hermano Domiciano, que en lugar de recordar a los Flavios, era el fiel trasunto de los Tiberios, Calígulas y Nerones. «Sus vicios y torpezas fueron de todas

© Biblioteca Nacional de España

suertes; su locura tan grande, que lo que ninguno de sus predecesores hiciera, lo hizo él; mandó que a su mujer (Julia, su sobrina, con la cual casó en segundas nupcias) diesen nombre de Augusta, y a él mismo de Señor y dios.»

Fué ciertamente Domiciano un monstruo de perversidad. Desterró de Italia a todos los filósofos; persiguió con saña a los cristianos; hizo matar infinidad de ilustres personajes. Multiplicaba las acusaciones de crimen de lesa majestad para confiscar los bienes a las víctimas. Por fin, murió asesinado en su propio palacio el año 97.

Lloráronle en gran manera los soldados, pues les dejaba hacer cuanto querían, para que le guardaran y le permanecieran fieles; en cambio, la muerte del tirano produjo inmensa alegría en todas las clases sociales. El Senado acordó que fuesen derribadas en toda la extensión del Imperio cuantas armas e insignias hubiese de Domiciano.

España bajo Domiciano.

Nada más extraordinario que cierto decreto que publicó aquel horrible déspota, pues mandó que en España no se plantasen más viñedos. Algunos han querido explicar tan raro hecho suponiendo que por el afán de cultivar la vid se abandonaba la labranza y la sementera, y podría ser que fuese así.

Es de notar, en efecto, que si Domiciano se hacía aborrecible en Roma por sus maldades, no se ensañaba con las provincias, de manera que en éstas se gozaba de bastante tranquilidad, y aumentaba la riqueza, a pesar de los pretores.

Es de notar que bajo Domiciano florecieron en Roma —aparte del insigne historiador Cornelio Tácito— tres poetas españoles de gratísima memoria: el famoso Marco Valerio Marcial, de Calatayud; Cayo Canio, de Cádiz, y Deciano, de Mérida.

© Biblioteca Nacional de España

Nerva. Muerto el cruel Domiciano — uno de cuyos entretenimientos era coger moscas y cortarles la cabeza, — fué proclamado emperador por el Senado el anciano general Cayo Nerva, muy respetable sin duda, pero ya harto viejo para sobrellevar el peso enorme que le habían echado sobre los hombros, y, por lo mismo, tuvo el feliz acuerdo de adoptar por hijo, y nombrar colega y dejar por sucesor a Ulpio Trajano, ilustre varón, natural de Itálica (cerca de Sevilla).

La primera disposición de Nerva, en cuanto asumió el poder, fué dar por nulos y sin efecto los decretos de proscripción de Domiciano, con lo cual muchos hogares recobraron la felicidad perdida, en medio de las universales bendiciones

Nerva dejó en España gratos recuerdos de su imperio, pues organizó nuestros tribunales de justicia y embelleció grandemente a Córdoba.

Corto fué su reinado, pues duró diez y seis meses.

Trajano, primer emperador español. (99-117). «Cuando la Providencia dispone que al trono de los emperadores romanos, que es el trono del mundo, dice D. Severo Catalina, suba un hombre digno de mandar a los demás, aunque no siempre exento de error, suscita un español. En la gloria de Trajano tenemos, pues, una participación insigne cuantos con el nombre de españoles nos honramos. Si pudiera suprimirse de su historia la página del martirio de San Ignacio, su historia sería un poema; tantas fueron sus conquistas por tierra y por mar.»

Era Trajano discípulo del ilustre historiador y moralista Plutarco, cuyas prudentes y sensatas máximas siguió siempre.

Fué grande amigo de edificaciones, y entre los magníficos puentes que mandó construir se cuentan dos verdaderamente admirables: el del Danubio, cuyas

© Biblioteca Nacional de España

ruinas se conocen con el nombre de las Puertas de Trajano, y el llamado de Alcántara, en Extremadura, sobre el Tajo. Créese que bajo su reinado fué fundada por los soldados de la Séptima Legión, vulgo *Gémina*, la ciudad de *Legio* (León), a dos leguas de Lancia o Sublancia, recientemente exhumada. Son innumerables las obras que quedan de su tiempo: hermoseó a su patria, Itálica, donde construyó el magnífico circo que se está poniendo al descubierto actualmente; levantó la famosa torre de Hércules, de la Coruña, y otros insignes monumentos, y como en todos figuraban inscripciones con su nombre, se le sacó el mote de *Parietaria*.

España le debió infinidad de mejoras. Siendo su provincia predilecta «quedó sembrada, dicen A. y H. Fornes, de monumentos, cruzada de magníficas vías, embellecidas sus ciudades, cultivado su suelo, y multiplicada y rica su gente.

Trajano

»Nuestra industria, igual, si no superior a la de Roma, hizo de moda sus productos, y vendió a precios fabulosos las delicadas y variadas obras de su buen gusto; mientras casas poderosas de comercio, gaditanas sobre todo, remitían al gran mercado valiosos cargamentos, en buques españoles y con tripulaciones españolas, que igualaban a los griegos, fenicios y cartagineses, en audacia, conocimientos y cariño a la vida del mar.

»Roma, al quitar la independencia a los españoles, no pudo quitarles sus bellas cualidades de laboriosos y emprendedores; cualidades que, por orgullo propio y por interés general, debían bien pronto convertir el

© Biblioteca Nacional de España

empuje de su antigua bravura militar, en esa actividad devoradora que alienta el trabajo útil y multiplica los negocios lucrativos. Animados por el ejemplo de sus vencedores, que convertían en deliciosos vergeles terrenos de aridez desconsoladora, concibieron el deseo, y lo realizaron, de ver su suelo agrícola el más rico, el más fértil y el mejor cultivado. Según Plinio, no había entonces en España nadie ocioso, nadie inútil, todos

Relieve de la columna trajana

trabajaban. La Bética, siempre envidiada y rica, exportó a ese pozo inmenso de consumo, llamado Roma, vinos y aceites, granos y frutas, miel y escarlata, lana estimadísima, armas de fino temple y caballos de triunfador. La Celtiberia y Lusitania, y más aún la Tarraconense, la inundaron de sus no menos importantes productos.»

© Biblioteca Nacional de España

Desgraciadamente, obscurece su gloria la terrible persecución que decretó contra los cristianos, poco después del comienzo de su reinado, durando cinco años. Parece ser que la persecución tuvo fin a instancias de Plinio *el Mozo*, que le hizo presente la conveniencia de reprimir la «superstición cristiana» valiéndose de la maña más que de la fuerza, pues estaba derramada no sólo por las ciudades, sino también por los pueblos y los campos, aparte de lo cual los cristianos no cometían delito alguno, como no fuese el cantar himnos en alabanza de Cristo.

Adriano. Español fué también el nuevo emperador, Elio Adriano (117-138), hijo de Itálica, como Trajano, y casado con Julia Sabina, hermana de aquél.

Era, a todas luces, hombre de profundo talento y de una actividad infatigable. Quiso recorrer, casi siempre a pie y con la cabeza descubierta, todas las provincias de su imperio, y así visitó Germania, Inglaterra, las Galias, España, África y Oriente.

Hallábase en Tarragona, donde había convocado una Asamblea, cuando un esclavo se lanzó contra él, espada en mano, para matarle, aunque por dicha no pudo consumar su mala acción. Resultó luego que estaba loco, y mandó que no se le castigara, sino que fuese entregado a los médicos para que le curaran; rasgo singular en aquel tiempo.

Como resultado de su viaje por nuestra península, acordó dividirla en seis provincias: Bética, Lusitania, Cartaginense, Tarraconense, Galicia y Mauritania Tingitana. Los gobernadores de las dos primeras tomaron el antiguo título de Legados consulares, y los de las otras cuatro el de presidentes.

Fué notable la disposición que dictó revocando el edicto de Vespasiano en que se prohibía a los judíos repoblar a Jerusalén, y mal le hubo la condescendencia; los judíos levantaron, en efecto, una ciudad, cerca de

© Biblioteca Nacional de España

la antigua capital de Israel, la cual, por orden de Adriano, recibió el nombre de Elia. Insolentados los judíos con la concesión, lanzáronse a las armas en cuanto se les deparó ocasión, pretextando para ello haber prohibido Adriano la circuncisión y exigido un templo a Júpiter, cerca de Elia.

La rebelión fué terrible, pero aun más la represión. Los judíos estaban acaudillados por un impostor llamado Barcocebas, que alegaba ser el prometido Mesías.

División de España en tiempo de Adriano

Defendiéronse desesperadamente los hebreos en la fuerte posición de Betera, pero fueron exterminados en gran número. No pocos, sin embargo, lograron escapar, y como tenían noticia de lo bien que les iba a sus correligionarios de España, aquí se vinieron, en grandes muchedumbres que fueron, escriben los Sres. Fornes, «si por una parte estimulantes poderosos de actividad, trabajo y negocio, por otra origen frecuente de movimientos populares contra ellos, como raza parásita, egoísta, avara y extranjera».

En cambio, Elio Adriano mostróse sumamente tolerante con los cristianos, hasta el punto de que trató de poner a Cristo en el número de los dioses.

Aparte de algunos actos de ingratitud y de liviandad, condújose Adriano como excelente gobernante, siendo en grandísimo número las poblaciones que fundó. Con España se mostró liberal y generoso en extremo, colmando de privilegios y distinciones a las ciudades y a

© Biblioteca Nacional de España

los habitantes, pues no quiso convertir en colonia el municipio de Itálica, como le pedían sus paisanos, y perdonó 19,000 sextercios a la Bética.

Por muchos conceptos ese inquieto personaje es un hombre moderno, con todas las curiosidades de nuestros *turistas*, o excursionistas. Hallándose en Egipto, mandó reedificar la tumba de Pompeyo; en Bretaña hizo levantar una muralla de 30 leguas, para separar Escocia de Inglaterra; edificó el famoso teatro de Nimes, el anfiteatro de Capua, y concluyó en Atenas el templo de Júpiter Olímpico. Quiso navegar por el Nilo y presenciar la salida del sol desde la cumbre del Etna.

Fué, pues, nuestro insigne compatriota (su madre era una ilustre dama gaditana, llamada Paolina) erudito, pintor, escultor, arquitecto, administrador, político. Durante su tiempo se efectuó una especie de renacimiento del arte, aunque con una riqueza de materiales que jamás se había pensado en emplear hasta entonces. La famosa *Villa Adriana*, cuyas ruinas se conservan aún en Tívoli, era, además de una maravilla de por sí, un admirable museo de preciadas obras de todas procedencias, especialmente de Egipto y Grecia. Podemos, pues, con orgullo recordar como modelos de cultura y buen gobierno a nuestros dos emperadores de Itálica.

Tantos viajes, durante los cuales Adriano se fijaba en todo, le movieron a poner límites a los dominios del Imperio, única manera de poder hacerlos efectivos, y por lo mismo señaló como frontera oriental el Eufrates, abandonando las conquistas de allende el famoso río.

Ya por entonces comenzaron a cundir las herejías dentro del cristianismo; un tal Basílides, en Egipto, y cierto Saturnino, en Siria, fundaron la secta de los gnósticos. Un discípulo de Basílides, llamado Marco, con algunos más sembraron en España la mala semilla

© Biblioteca Nacional de España

basilidiana. Consérvanse algunos restos de los amuletos (*abracadabra*) que usaban, en el museo de Tarragona.

Las fatigas y todavía más los vicios pervertidos, acabaron con la salud de Adriano, que, escéptico en la ciencia de los médicos, se dejó morir de hambre, en Baias.

Los Antoninos. Por fallecimiento de Cómodo Vero — anterior al de su padrino Adriano, y que hubiera debido suceder a éste, — subió al trono Tito Elio Antonino (139-151), que por sus virtudes mereció ser apellidado *Pío* y *Padre de la Patria.*

Decíase de él, por la paz que imperó durante los veintidós años de su reinado, que era el segundo Numa. Dejó perfectamente tranquilos a los cristianos. Suprimió el sueldo a los que no desempeñaban sus empleos — por donde se ve que no es de ahora cobrar la nómina sin parecer por la oficina. — Tan escrupuloso era, que decía, aunque repitiéndolo de Escipión: «Más quiero salvar a un ciudadano que matar cien enemigos.»

Suponen algunos que era descendiente de españoles; otros añaden que lo era de franceses. Lástima grande fué que su mujer, Faustina *la Mayor,* no fuese tan notable por sus virtudes como por su hermosura, en lo cual se hubo de parecer a la mujer de Adriano, Julia Sabina. Con todo, el bueno de Antonino la deificó después de muerta.

Para España es gratísimo el recuerdo de este emperador, pues le concedió el *derecho de ciudad.*

Marco Aurelio. No podía ser más digno de Antonino su sucesor, Marco Aurelio, su yerno, casado con su hija, Faustina *la Menor,* más hermosa aún y más liviana que su madre.

Hay que decir, sin embargo, que no fué Marco Aurelio el único heredero; también lo fué Antonino Vero, hijo de aquel Cómodo Vero, ahijado de Adriano; falleció este Antonino Vero a los nueve años de su imperio y sólo se distinguió por haber perseguido a

© Biblioteca Nacional de España

los cristianos y dado el título de *condes* (*comites*, compañeros) a los gobernadores de las provincias. Quedó, pues, Marco Aurelio como emperador único en 171.

Bien conocido es Marco Aurelio como filósofo estoico, moralista, justiciero y honrado. «Hizo el bien, sostuvo la justicia, y atendió, según sus coetáneos, escriben los Sres. Fornes, como una verdadera Providencia al remedio de las grandes necesidades que exigieron las pestes, hambres e inundaciones que asolaron nuestro país y otras regiones del Imperio. Una expedición mauritana, cruzando el Estrecho de Gibraltar, recorrió parte de la Bética, saqueó numerosos pueblos y sitió a Singilis (Antequera), donde, rechazada, tuvo que volverse a África.» Perseguidos por los españoles, pudieron, por fin, refugiarse en Tánger.

No podemos pasar en silencio dos notabilísimos documentos españoles de este tiempo. Uno de ellos es una lápida que se encontró en Tarragona en un huerto de Juan de Melgosa, y dice así, traducida al romance:

«A los dioses de los difuntos, a Julio II, que vivió 39 años, 2 meses y 10 días, Julio Tosco, de la duodécima legión *lanzadora de rayos* (*Fulminatrix*), a su liberto bueno y leal lo hizo.»

Resulta, pues, que en tiempo de Marco Aurelio hubo una *Legión Fulminadora* (o lanzadora de rayos), y fué, en efecto, esa legión duodécima, compuesta toda de cristianos, la que, hallándose en Alemania, en vísperas de un terrible encuentro, desfallecía de sed. Los cristianos imploraron entonces el favor del cielo, y se desató tal tempestad de truenos y rayos que la victoria quedó por los romanos, de donde el nombre de *Fulminadora* que se dió a dicha legión.

El otro documento es un testamento, esculpido en lápidas, descubierto en Barcelona, en virtud del cual se deduce lo que venía a ser la *usura centésima* del tiempo de los romanos. Era el 12 por 100, de manera que en

© Biblioteca Nacional de España

cien meses se doblaba el capital. Se llamaba centésima porque al principio de cada mes se entregaba al logrero la centésima parte del dinero que prestó.

«Los ochenta y cuatro años que transcurrieron desde la muerte de Domiciano a la de Marco Aurelio, escribe D. Juan Ortega Rubio, fueron los más felices del Imperio; España se llenó de magníficos edificios: Tarragona, Itálica, Mérida, Sagunto, Córdoba y otras poblaciones se embellecieron con palacios, arcos, templos, acueductos, etc.»

Por desgracia, el cesarismo no podía garantizar que los sucesores fuesen dignos de los antecesores.

Cómodo. (180-193). Resurgieron Calígula y Nerón en la persona de Aurelio Cómodo Antonino; si se le puede excusar en algo, es admitiendo que se volvió loco por unos bebedizos que le diera una concubina. Fué el primero de los emperadores que vendió a pública subasta los empleos. Murió a los doce años de su reinado. No ha quedado más memoria de él que haber nombrado cónsul a su caballo *Incitatus*, hecho repetidamente después acontecido, aunque en bípedos.

El tal Cómodo superó a Nerón en bajeza. Nerón se contentó con ser cómico y trágico. Cómodo descendió hasta hacerse *gladiador*. Matáronle los pretorianos, que le estrangularon, y a su muerte el Senado mandó fuesen destruídos todos los bustos de aquel miserable, con el cual terminó la era de los Augustos, Flavios, Ulpios y Antoninos, para abrirse el imperio de los pronunciamientos.

El judaísmo. Antes de pasar más adelante, conviene, para que nada esencial quede omitido en esta obra, dar idea de la influencia que la raza judía iba ya ejerciendo en nuestra historia, invadida parte de la Bética y la Lusitania por los hijos de Israel, en tiempo de Vespasiano y Tito, y después bajo el reinado de Adriano,

© Biblioteca Nacional de España

Según refiere el judío español Maimónides, viendo el rabino Judah, *el Santo*, que florecía bajo los Antoninos, el incremento que tomaba el cristianismo, calificado por él de «doctrina de Satanás», consiguió de Antonino Pío permiso para reunir un conciliábulo en Tiberiades, donde fueron aprobadas las tradiciones orales mosaicas que había ido recogiendo y a las cuales se daba tanto valor como a la misma Biblia. El conjunto de estas tradiciones formó un libro que se llamó la *Mischna*, palabra que significa *la repetición de la ley*. Este libro fué aumentado después, con nuevas tradiciones y comentarios por dos discípulos de Judah, formando la *Gomara*, hasta que, reunidos los dos libros, formaron el famoso *Talmud*.

Y este fué el libro que se extendió luego por nuestras juderías, constituyendo, en realidad, una curiosa enciclopedia.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XIII

EL IMPERIO MILITAR

PERTINAX. — SEPTIMIO SEVERO. — CARACALLA. — ALEJANDRO SEVERO. — LA ANARQUÍA. — LOS TREINTA TIRANOS. — ESPAÑA BAJO EL PODER DE TÉTRICO. — INVASIÓN DE LOS GODOS.

(193 - 284)

Llamamos *Imperio Militar,* siguiendo la acertada clasificación de los Sres. Fornes, al tiempo que transcurre desde Pertinax a Diocleciano. El imperio se desmorona; el poder es conferido, mediante estipendio, por la soldadesca; en poco más de cincuenta años perecen asesinados veinte emperadores y treinta usurpadores tiranos.

Pertinax. Difícil hubiera sido encontrar un miserable que pudiera compararse con Cómodo, por ilustre que fuese su nacimiento, y por lo mismo los pretorianos que lo estrangularon no hubieron de creer se perdiese gran cosa en dignidad al elevar al trono de los Césares a un pobre viejo llamado Helvio Pertinax, hijo de un liberto.

En cuanto se vió elevado a la suprema dignidad, pensó el buen hombre en restablecer la disciplina, pero mal le hubo, pues los mismos que le habían elevado al solio lo mataron a los dos meses.

© Biblioteca Nacional de España

Caliente aún el cadáver de aquel infeliz, presentáronse a los pretorianos dos sujetos llamados Sulpiciano y Didio Juliano para comprar el imperio. Los pretorianos se prestaron de buen grado, y por esta causa fué proclamado emperador Didio Juliano, por el precio de 25 sextercios a cada soldado. Por desgracia, no era bastante rico para poder pagar tanto dinero, por lo cual los pretorianos, a instigación del general Septimio Severo, lo borraron del número de los vivos, después de lo cual fué proclamado emperador este personaje por las legiones de Esclavonia e Iberia.

Septimio Severo.

(194-212). Era el nuevo reinante natural de Trípoli de Berbería, llamada entonces Leptis, y por lo tanto, africano; muy valiente y fiero. Proclamado emperador por la soldadesca, comenzó por castigar a los que — a instigación suya — habían asesinado al pobre Pertinax, privándoles de sus armas y vestuarios y desterrándolos a cien millas (160 kilómetros) de Roma.

Es indudabe que demostró ser un guerrero ilustre: venció en Bizancio, en Francia, en Inglaterra, e impuso la paz en Italia.

Respecto a España no hubiera motivo de queja contra él a no ser por la persecución contra los cristianos, de la que fueron víctimas algunos insignes mártires.

Septimio Severo exclamó al morir: «El imperio que recibí alborotado, dejo a mis hijos sosegado; firme, si fueren buenos; si malos, poco durable.» Y se equivocó, pues peores no podrían ser, a pesar de lo cual continuó subsistiendo.

Caracalla.-Heliogábalo.

Quedaron por herederos del imperio los hijos de Septimio, llamados Basiano y Geta, pero el primero, apodado *Caracalla,* del nombre de cierto vestido galo, se apresuró a asesinar a su hermano, y así quedó por único; pero no acabó en eso

© Biblioteca Nacional de España

lo horrible, sino que casó con su madrastra, Julia, madre del infeliz Geta. Caracalla era un monstruo capaz de avergonzar a los mismos Calígula y Nerón. Como exigiera al famoso jurisconsulto Papiniano que defendiera en el Senado el fratricidio y aquél se negara, le mandó matar. Todo su reinado no fué más que una serie de crueldades, hasta que, por fin, a los seis años de cometer los más horrorosos crímenes, los pagó con la vida, muriendo a manos de un soldado.

Recogió el poder el prefecto del Pretorio, Opelio Máximo, pero no tardó en ser asesinado también a instigación de Mesa, hermana de Julia, viuda y madrastra de Caracalla.

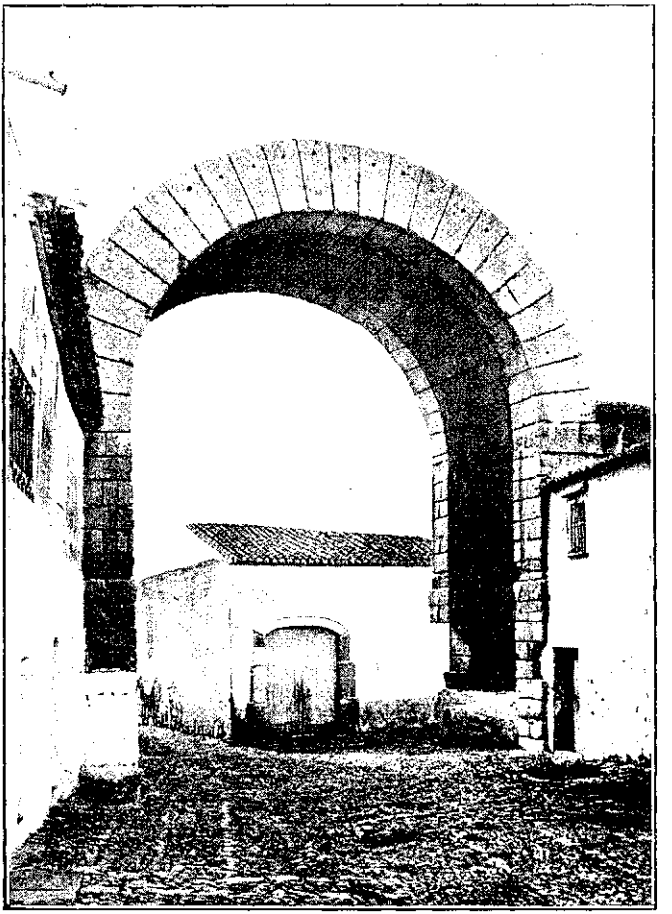
Caracalla tuvo un hijo con la bella Soemis, hija de Mesa y, por lo tanto, sobrina de Julia, y fué destinado a sacerdote del sol, en Fenicia. Llamábase Heliogábalo. Fué un monstruo de perversidad, de corrupción y de crueldades. Murió asesinado por los pretorianos a los tres años de estar infamando la púrpura imperial (223). Y, sin embargo, su obra política fué digna del mayor encomio, como ya diremos.

Interesa a España este reinado por haberse publicado en aquel tiempo la *Constitución Antonina*, en virtud de la cual todos los ciudadanos romanos nacidos en las provincias del Imperio eran *ipso facto* de condición libre. El verdadero objeto de esta medida era aumentar el número de contribuyentes, puesto que los esclavos no pagaban, pero el resultado fué distinto, pues ello dió motivo a la transformación social del Imperio.

Por fin acabó aquella serie de miserables, y surgió un emperador digno de compararse con Septimio Severo.

Alejandro Severo. Era éste primo hermano de Heliogábalo, ya César, o emperador colega, en tiempo de aquél, y contaba tan sólo diez y seis años. Fué virtuoso y justo, y demostró grandes dotes de guerrero; con eso, tan aficionado a los cristianos, que

© Biblioteca Nacional de España



Mérida: El Arco de Trajano

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

tenía puesta una imagen del Redentor en su oratorio, entre los dioses de la gentilidad. Gobernó con gran prudencia y benignidad, salvo para castigar a los inmorales y cohechadores. Como descubriese que cierto Turino Vetronio vendía *humos*, esto es, favores fingidos en nombre del emperador, le hizo asfixiar con humo.

Floreció en su tiempo el famoso jurisconsulto Ulpiano, a quien nombró su canciller.

En España debió de ser apreciado, pues en Guadix (Colonia Julia Gémina Accitana) se descubrió un pedestal con una dedicatoria a la estatua de Julia Mammea, madre de Alejandro Severo.

Poco interesa a nuestra historia el reinado de los siguientes emperadores: Maximino, Gordiano, Filipo, Valeriano Galieno, Claudio, Aureliano, Claudio Tácito, Probo, Caro y sus hijos, y luego Diocleciano.

Durante el espacio de tiempo comprendido entre Maximino (239) hasta Diocleciano (284) gozó España de prolongada paz, sólo turbada por las herejías promovidas por numerosos sectarios, y alguna vez por las incursiones de los godos, que amenazaban ya las fronteras del imperio, como diremos a su tiempo. Con todo, es digno de referirse que bajo el reinado de Galieno (260-268) el Imperio cayó en la mayor anarquía, alzándose con el poder todos los capitanes codiciosos de mando y de riquezas, y a este propósito ayudaron las invasiones de bárbaros germánicos que asolaban todas las provincias. Ni nuestra misma España se libró de la plaga, proclamándose emperador un general llamado Tétrico, que expolió y atropelló a los españoles por espacio de doce años, mientras los godos campaban por sus respetos saqueando, incendiando y matando. El número de esos jefes usurpadores fué de treinta, por lo cual se les llamó *los Treinta tiranos*.

Entre los últimos emperadores militares merece ser

© Biblioteca Nacional de España

citado el justamente apellidado Probo, a quien se debe la revocación del edicto de Domiciano que prohibía plantar viñas en España.

Recibieron en estos tiempos la palma del martirio San Lorenzo, diácono, natural de Huesca; el primer obispo de Tarragona, San Fructuoso, condenado a perecer dentro de una caldera de aceite hirviendo; los diáconos Augurio y Eulogio, y otros muchos insignes soldados de la fe.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XIV

EL IMPERIO ADMINISTRATIVO

DIOCLECIANO. — LA ERA DE LOS MÁRTIRES. — CONSTANTINO. — DESDE JULIANO A TEODOSIO. — TEODOSIO EL GRANDE.

(284 - 394)

Llegamos al último período del Imperio Romano. Ya no es tiempo de extender con nuevas campañas la dominación, sino de conservar lo adquirido mediante la reorganización de la monarquía, y la constante defensiva contra los bárbaros que amenazan todas las fronteras.

Diocleciano. El Imperio se halla en completa decadencia y precisa una actividad sin límites para contener su disolución. Necesitábase, pues, un talento organizador y se tuvo la suerte de encontrarlo en un general nacido en Esclavonia, de padres libertos; era su nombre Diocleciano.

No se le ocultó la inmensa carga que echaban sobre sus hombros, pero la aceptó (284). Los pueblos se hallaban agobiados por los tributos, y las provincias se despoblaban de una manera alarmante. Muchos habitantes, desesperados, se habían lanzado al bandolerismo con el nombre de *Bagaudas*, confundiéndose en aquellas partidas montaraces el latrocinio con el patriotismo. Diocleciano rebajó los impuestos y dispuso que los pretores

© Biblioteca Nacional de España

no robaran tanto. Pero además del peligro interior existía el peligro extranjero; los bárbaros sentían impaciencia por apoderarse de las tierras del Mediodía y el Oriente, tan fértiles como ásperas y áridas eran las suyas. Llamó, pues, para que le ayudaran, a Maximiano, a quien asoció al Imperio, y a Galerio y Constancio Cloro, a quienes elevó a la dignidad de Césares. Lograron, cada uno por su parte, apaciguar las rebeliones de las provincias de cuyo mando estaban encargados.

Para salvar la unidad del Imperio importábale a Diocleciano conservar el culto gentilicio y con este objeto se dispuso a cebarse con la mayor saña contra los cristianos, cuyo número aumentaba incesantemente.

La era de los Mártires.

No es preciso recordar la terrible persecución contra la Iglesia, en 303, por orden de Diocleciano. El edicto publicado por aquel sanguinario pagano mandaba que fuesen derribados todos los templos de los cristianos, quemados los libros sagrados y que los fieles fuesen tenidos por infames e incapaces de las honras y los empleos públicos. Fueron en grandísimo número los españoles que perecieron víctimas de la crueldad del pretor Daciano, enviado por Diocleciano. Fueron horriblemente martirizadas en Sevilla las hermanas Justina y Rufina, acusadas de haber derribado un ídolo de la diosa cartaginesa Salambona (Salambo), la Venus de aquella gente. Murieron también Marcelo Centurión, leonés, y sus doce hijos: Marina, en Orense; Eulalia, en Mérida; Severo, Félix y Cucufate, en Barcelona; Leocadia, en Toledo; Engracia y los Innumerables Mártires, en Zaragoza; Justo y Pastor, en Alcalá; Vicente, en Valencia.

Abdicó, por fin, Diocleciano, para retirarse a cultivar su huerta de Spalatro, y pasaron a ocupar el trono Galerio y Constancio Cloro, los dos Césares de quienes hablamos. España correspondió a Cloro y no sólo puso fin a la persecución, sino que dispuso la condonación

© Biblioteca Nacional de España

de los gravosísimos tributos impuestos por los últimos procónsules.

Constantino (306-307). Este insigne emperador, que había vencido adoptando la Cruz como insignia, ha dejado como primordial recuerdo su famosísimo *Edicto de Milán*, del cual arranca la paz de la Iglesia. Pocos reinados son más dignos de admiración, pues no sólo mandó restituir a los cristianos todos los bienes que les habían sido confiscados; no sólo les concedió el derecho de ocupar todos los cargos públicos y de poder levantar templos a su Dios, sino que demostrando poseer unos sentimientos humanitarios muy superiores a su tiempo, prohibió las luchas de los gladiadores e hizo cuanto pudo para mejorar la suerte de los esclavos.

Como administrador no merece menos alabanzas, y de la reforma territorial que realizó en España hablaremos luego, especialmente.

Constantino trasladó su sede a Bizancio, de donde el nombre que recibió de *Constantinopla*. Murió dejando consolidado el poder, pero estaba decretado por la Providencia que no pudiera prolongarse más aquella inmensa dominación.

El mismo Constantino fué instrumento de la próxima ruina al repartir el imperio entre sus tres hijos Constantino, Constancio y Constante. Todos perecieron miserablemente, haciéndose cruda guerra.

En España cundía lamentablemente la herejía arriana, favorecida por el emperador Constancio que por razón de Estado quería tener contentos a aquellos enemigos de nuestra fe. Figuró tristemente entre los arrianos el obispo de Córdoba, Osio, a quien excomulgó el obispo de Iliberris (Elvira, cerca de Granada), Gregorio.

Floreció en España en este tiempo el gran poeta Clemente Prudencio, de quien más adelante hablaremos, así como de otros ilustres escritores cristianos.

© Biblioteca Nacional de España

Desde Juliano a Teodosio (361-379).

De los tres hijos de Constantino había quedado como único reinante Constancio, quien, al morir, falto de sucesión, dejó por heredero a su primo Juliano, llamado el *Apóstata*, proclamado ya anteriormente emperador en París por los soldados de aquella guarnición.

Era cristiano; muy erudito y dotado de las más brillantes cualidades. Empezó muy bien, pues alzó el destierro a los muchos católicos que lo padecían, pero interiormente los aborrecía. De ahí sus decretos librecultistas para favorecer a los contrarios de la Iglesia, lo mismo paganos que judíos.

No estaban los tiempos para renovar las matanzas de cristianos, como en tiempos de Nerón, Trajano y Diocleciano; pero Juliano resolvió valerse de toda suerte de malas artes para dañarles. Así, mandó que los cristianos no pudieran recibir honores ni desempeñar magistraturas;que los jóvenes no pudiesen educarse en las escuelas griegas «que fué ocasión para despertar los ingenios de muchos cristianos a escribir obras muy elegantes en prosa y en verso...»

Murió Juliano en una escaramuza con los Partos, fallida su porfía en restaurar el paganismo, y le sucedió Joviano, católico, que se apresuró a derogar todos los edictos contra sus correligionarios. Entre sus leyes hay una castigando con pena capital al que intentara agraviar a alguna virgen consagrada a Dios, aunque fuese so color de matrimonio.

Pasaremos por alto, pues interesa poco, lo relativo a los siguientes emperadores, todos insignificantes, para llegar a Graciano (375-383), emperador de Occidente, mientras su hermano Valentiniano regía el Oriente.

Teodosio el Grande (379 a 395).

Era furiosa la acometida de los bárbaros y se necesitaba un caudillo de extraordinarias dotes para contenerlos. Este caudillo existía: era un español llamado Teodosio, del linaje

© Biblioteca Nacional de España

de Trajano, residente a la sazón en Itálica, hijo de un ilustre general que había mandado en África la caballería, y se convirtió al catolicismo en lo último de sus días.

La elección fué felicísima. Teodosio no se contentó con repeler a los bárbaros, sino que los persiguió sin descanso, venciéndoles cien veces, hasta que pidieron entrar en negociaciones. No se negó el glorioso triunfador, antes bien accedió a concederles tierras, aunque mediante la entrega de rehenes. Nombrado tercer emperador, quedó por único a la muerte de Graciano y Valentiniano II. Su reinado fué una lucha verdaderamente titánica para salvar el Imperio y poner coto a la herejía arriana.

No fué ciertamente un modelo de templanza, antes bien se dejó llevar de su carácter violento para perpetrar tremendas injusticias. Así fué cómo irritado porque los habitantes de Salónica asesinaron a uno de sus generales y a varios criados, mandó pasar a degüello a seis mil de aquéllos, lo cual le valió que el virtuoso San Ambrosio, obispo de Milán, le reprendiera agriamente y le cerrara las puertas de la iglesia, hasta que por fin lo perdonó, movido por sus ardientes súplicas.

Contaba Teodosio entre sus tropas con 20,000 godos, a sueldo, que le sirvieron de mucho. Eran los tiempos tan revueltos que un maestro de Gramática llamado Eugenio y un tal Arbogastes osaron alzarse por emperadores. Partió contra ellos Teodosio, y encontrándolos en las faldas de los Alpes del Delfinado los exterminó.

Falleció Teodosio en 394. Fué el último emperador de Roma. A su muerte el imperio quedó dividido en dos trozos: Occidente y Oriente, regidos por sus dos hijos Honorio y Arcadio, de quienes fué hermana la famosa Gala Placidia. Guerrero y estadista hubiera tal vez logrado restablecer la majestad del imperio, si la Providencia no hubiese abrigado otros designios.

Lleno de celo en favor del Catolicismo prohibió que los

© Biblioteca Nacional de España

herejes pudiesen reunirse en junta ni celebrar sus misterios y la comunión fuera de la iglesia, y mandó derribar los templos gentilicios que Constantino había mandado cerrar.

«La transmisión hereditaria del poder; la prudencia de las leyes; la habilidosa máquina de la administración; la división del Imperio; el régimen municipal; la organización y fomento del trabajo con las corporaciones; la disminución de la esclavitud; el planteamiento de todas las reformas de César, y otras más, dicen A. y H. Fornes, vinieron tarde para contener la ruina y acabamiento del Imperio.

»La contemplación de la sociedad romana en el siglo IV lastima y entristece. Es un mundo, una civilización que agoniza. Los impuestos, y los *publicanos* encargados de su recaudación, arruinan las provincias; la población disminuye; la miseria crece y se extiende por todas partes; la agricultura vuelve al sistema pastoral o mixto; los labradores abandonan sus campos buscando en la ciudad medios de subsistencia, y los habitantes de la ciudad salen al campo, y constituyen ejércitos de ladrones que amenazan hasta la capital del Imperio. Las cargas que pesan sobre los ricos les obligan a huir, a dejar abandonadas sus fortunas. Todos, ha dicho un historiador, procuran huir de su suerte: los senadores, del Senado; los curiales, de la curia; los labradores, de sus campos; los artesanos, de sus talleres;y el Estado tiene que convertir en hereditarios todos los cargos para detener esta emigración en masa. Los más repugnantes criminales se ven condenados a desempeñar cargos honrosos; los soldados cobardes y los sacerdotes indignos a la administración de las ciudades, a la curia.

»El Imperio agonizante cede el terreno a los bárbaros, cae mientras éstos se levantan, y la muerte de Teodosio el Grande, al producir la ruina del primero, entrega la sociedad a los últimos.»

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XV

CIVILIZACIÓN HISPANORROMANA

ESTADO SOCIAL DE ESPAÑA.—DIVISIONES TERRITORIALES—CIUDADES, COLONIAS, MUNICIPIOS. — ORGANIZACIÓN MUNICIPAL. — ADMINISTRACIÓN DE JUSTICIA.—EL PAGANISMO.—EL SACERDOCIO GENTILICIO.—EL CLERO CRISTIANO.—LAS HEREJÍAS.—ORGANIZACIÓN DEL EJÉRCITO.—LITERATURA HISPANORROMANA.—LA «EDAD DE PLATA». — LOS SÉNECAS.— LUCANO.— QUINTILIANO.— MARCIAL.— LITERATURA CRISTIANA.—PRUDENCIO.—CIRCOS, ANFITEATROS, TEATROS.— MONUMENTOS DE HONOR.—AGRICULTURA E INDUSTRIA.—MINAS.— COMERCIO.—LAS ARTES.—LAS CASAS.—LAS CIUDADES.

Estado social de España.

Regía en España el mismo derecho civil que en Roma: los hombres se dividían en dos clases: *libres* y *esclavos*. En otro concepto se dividían en *ciudadanos* y *extranjeros;* los primeros eran hombres *sui juris,* esto es, con derecho propio, independientes; los otros *alieni-juris,* esto es, sujetos a derecho ajeno, dependientes, a manera que se hallan sujetos los hijos bajo la patria potestad.

Los *libres,* a su vez, se dividían en patricios y plebeyos.

Entre los libres y los esclavos había una clase intermedia, creada en tiempo de Diocleciano, con el nombre de *servi terræ* o *adscriptitii,* esto es, siervos de la gleba.

Los esclavos tenían tres procedencias: prisioneros de

© Biblioteca Nacional de España

guerra, hijos de esclava y criminales condenados a la pérdida de la libertad. El número de esclavos creció a proporción que Roma dilataba sus dominios y sostenía mayores guerras, ocasión de hacer gran número de prisioneros, y eran reducidos a esclavitud lo mismo los ricos que los pobres, los ilustres que los miserables, los sabios que los ignorantes.

Durante la República y durante muchísimos años del Imperio el esclavo no era *persona,* sino *cosa;* un ser despreciable, una bestia. El trato que recibían era horrible; los trabajos a que se les dedicaba eran un martirio.

No dejó con el tiempo de mejorar algún tanto su suerte, pero de una manera muy relativa; todos los infelices que bajo el látigo de los contratistas trabajaban en el laboreo de las minas, en los molinos, en la construcción de calzadas eran esclavos.

Divisiones territoriales de España.

Dijimos ya que Augusto había dividido las tres provincias de España en una *senatorial,* la Bética, y dos *imperiales,* la Tarraconense y la Lusitania.

Veamos ahora la extensión de estas provincias.

1.º La *Tarraconense* se extendía desde el Pirineo hasta el *Campo Laminitano;* estaba separada de la Bética y la Lusitania por el Monte-Salorio (Sierra Nevada), los oretanos (desde Almadén a la Puebla de Alcocer), los carpetanos (Sierra de Guadalupe) y el Duero.

Comprendía siete audiencias o conventos jurídicos: *Tárraco* (Tarragona), *Cartago Nova* (Cartagena), *Cæsar Augusta* (Zaragoza), *Clunia* (La Coruña), *Lucus* (Lugo), *Brácara* (Braga) y *Astúrica* (Astorga). Había dos *ciudades inmunes*: *Illici* (Elche) y *Cæsar Augusta;* doce colonias, trece municipios, diez y ocho ciudades latinas y treinta y cinco estipendiarias. En las islas Pitiusas había una ciudad federada, *Ebusus* (Ibiza) y en las Baleares dos municipios (Mallorca y Pollensa), y dos ciudades latinas: *Cinium* (Sineu) y *Cunici* (Alcudia), y en

© Biblioteca Nacional de España

Menorca tres: *Iamno* (Ciudadela), *Sansera* (Santa Agueda) y *Magón* (Mahón).

2.º La *Lusitania* comenzaba en el Duero y estaba separada de la Bética por el *Anas* (Guadiana). Comprendía tres conventos jurídicos: *Emerita* (Mérida), *Pace Julia* (Béjar) y *Scalabia* (Santarén). Tenía cinco colonias, un municipio, tres ciudades latinas y seis estipendiarias.

3.º La *Bética* contaba con cuatro audiencias: *Hispalis* (Sevilla), *Gades* (Cádiz), *Corduba* (Córdoba) y *Aztigi* (Ecija). Tenía seis ciudades inmunes, nueve colonias, tres ciudades federadas, ocho municipios, veintinueve ciudades latinas y ciento veinte estipendiarias.

Según Plinio había 179 ciudades en la Tarraconense, 45 en Lusitania y 175 en la Bética, lo cual indica el alto grado de esplendor y progreso a que había llegado nuestro país.

Ciudades, colonias, municipios.

He aquí cómo explica D. Juan Ortega y Rubio el carácter de estos distintos organismos:

«Las *colonias* estaban fundadas por curatores, *triunviri coloniæ deducendæ*, que elegían el lugar y repartían las tierras entre los colonos (ciudadanos o soldados romanos). Los *municipios* eran ciudades ya fundadas, a las cuales se les concedían los derechos propios del ciudadano romano. Las colonias se diferenciaban de los municipios en que la población de aquéllas era transportada de Italia y la de éstos era indígena; en que aquéllas se regían por las leyes romanas y éstos por las leyes y magistraturas propias. Las ciudades *latinas* se llamaban así porque eran administradas como las de Italia. Las *estipendiarias*, que eran el mayor número, estaban obligadas a satisfacer los impuestos y cuyas autoridades debían ser nombradas por los pretores o, por lo menos, confirmadas por ellos. Las *contributas* eran pequeñas ciudades, agregadas, en lo relativo a su régimen económico, a otras mayores.

© Biblioteca Nacional de España

Las más privilegiadas de todas eran las *inmunes*, que no tenían la obligación de pagar impuestos, privilegio que sólo gozaban pocas ciudades. Por último, las *confederadas* eran de derecho independientes, si bien estaban unidas a Roma mediante un pacto, y por él auxiliaban a la gran ciudad en tiempo de guerra.»

Ya dijimos cómo durante el cortísimo reinado de Otón, agregó éste a la Bética la *Mauritania*, ahora *Hispania, Tingitana*.

Caracalla creyó oportuno dividir la Tarraconense, realmente desmesurada, en dos: la *Tarraconense propiamente dicha* y la *Galicia*.

En su reorganización administrativa, Constantino dividió toda la extensión de su inmenso imperio en cuatro *prefecturas;* Oriente, Iliria, Italia y Galia, subdivididas en diócesis. La Galia se dividía en tres diócesis, una de las cuales era España, que a su vez se subdividía en seis provincias: Bética, Lusitania, Galicia, Tarraconense, Cartaginense, Tingitana y Baleárica.

Fué admirable pensamiento de Constantino separar la administración civil del mando militar, y en su consecuencia fué desempeñado éste por jefes especiales, llamados *cómites* (condes), esto es, compañeros.

Digamos ahora que el poder de los prefectos, que hubiera sido inmenso, estaba contrapesado por varias organizaciones que le limitaban grandemente.

Organización municipal.

Subordinados al Prefecto se hallaban los *viceprefectos* o *vicarios*, que gobernaban las diócesis; al frente de las provincias se hallaban los *rectores* o *presidentes*, y de la administración de las ciudades cuidaban una curia, senado o colegio cuyos individuos eran llamados *decuriones*. Además de esa curia había diversos funcionarios con los títulos de *duunviros, prefectos, censores* y *defensores de la ciudad*.

Los prefectos y los que con igual título existían en las ciudades eran de nombramiento imperial; los duun-

© Biblioteca Nacional de España

viros y censores eran elegidos por los *curiales;* el *defensor* era elegido por sufragio universal.

Llamábanse *curiales* no precisamente los que pertenecían a la curia o colegio, sino cuantos poseían 25 yugadas de tierra, y su nombre de *decuriones* procedía de formar una décima parte del total de curiales.

El *prefecto de la ciudad* venía a ser como una especie de suplente del *decenviro,* o juez de primera instancia.

Los *ediles* eran los decuriones que tenían a su cargo las obras públicas, el cuidado de los templos y la policía urbana.

Los *duunviros* eran como un trasunto de los dos Cónsules de Roma y presidían la curia o senado.

El *censor* desempeñaba sus funciones por espacio de un quinquenio. Además de su papel de interventor y curador, debía fiscalizar la recaudación de los impuestos y los arriendos, y vigilar la construcción de la sobras.

El *exactor* era el recaudador de las contribuciones cuyo producto debía enviarse á Roma. «En suma, dicen los Sres. Fornes, así como cada colonia era una Roma en pequeño por sus monumentos, también lo era por la organización de su gobierno local.»

Administración de Justicia.

Por encima de los jueces de primera instancia o *decenviros* había una audiencia o *convento jurídico,* presidida por el gobernador de la provincia, de donde el nombre de *presidente* que se le daba a éste.

El conocimiento del Derecho había sido, hasta el tiempo de Augusto, exclusivamente de la competencia de los patricios, hasta que luego se permitió emitir su dictamen a los que habían estudiado leyes.

Las fuentes del derecho en España eran las Constituciones y Novelas de los emperadores y los escritos de los grandes jurisconsultos Papiniano, Paulo, Gayo, Ulpiano y Modestino, y con ellos los *Edictos de los pretores.*

© Biblioteca Nacional de España

El paganismo.

Poco sabemos acerca de la primitiva religión de los españoles, pero se sabe que los iberos, celtas y celtíberos admitieron las divinidades que importaron los fenicios, griegos y cartagineses, y sobre todo los romanos.

Ciertamente aparecen en las lápidas nombres de dioses que no eran conocidos en Roma: Bandua, Baracco, Ranveana, Idnosio, Endovélico, Lugorio, Navio, Togotis, etc., etc., pero el agudísimo crítico P. Masdeu cree que son extranjeros (fenicios, griegos, romanos), con denominaciones celtibéricas.

Eran innumerables las estatuas de Júpiter, Apolo, Osiris, Esculapio, Mercurio, Neptuno, Minerva, Vulcano, Isis, Flora, el Sol, la Luna, las Fuentes, la Salud, las Parcas, las Gracias, la Fortuna, la Victoria, Diana, Juno, Cástor y Pólux, Pan, etc., etc. Y a buen seguro la admisión de tantos dioses extranjeros debió contribuir grandemente a la pacificación de los espíritus, ya que existía tan fuerte vínculo entre conquistados y conquistadores.

El sacerdocio gentilicio.

Siendo, como eran, en grandísimo número los templos paganos existentes en España, lo fueron siendo más a medida que con las nuevas conquistas se iba ensanchando el Panteón romano. En Tarragona, Barcelona, Cádiz y otras cien poblaciones abundan en gran manera los restos de tales monumentos, aparte de los que figuran en las monedas.

En estos templos recibían culto las divinidades, con el mismo ritual que en Roma. Había, pues, como allá, los Pontífices, los Sacerdotes, los Flámines, las Sacerdotisas y las Flamínicas. Los Pontífices ocupaban el primer lugar de la jerarquía al frente del sacerdocio ya de una ciudad importante, ya de un distrito jurídico, ya de una provincia; los sacerdotes atendían al culto de ciertos dioses en particular; los Flámines eran, por decirlo así, sacerdotes locales.

© Biblioteca Nacional de España

Los sacerdotes se dividían en muchas clases, cuyas denominaciones se encuentran a cada paso en las inscripciones lapidarias: augures, arúspices, feciales, orgiotantes, maestros del Fano, maestros de los Lares, cuyas funciones consistían respectivamente en examinar las entrañas de las víctimas o el vuelo de las aves, con otras supersticiones; comunicar al pueblo los tratados de paz o declaraciones de guerra; enseñar los ritos de las *orgías* o fiestas de Baco; dirigir el culto del templo o de las capillas domésticas.

Aparte de tantos sacerdotes, por decirlo así, generales, había otros que desempeñaban cargos particulares; los *sodales augustales* entendían en el culto al Divino Augusto; los Salios en el de Marte; los Herculanos, en el de Hércules, muy reverenciado en Cádiz, Barcelona y Rosas, y sin duda de origen fenicio o cartaginés. Será o no verdad, pero se ha dicho que en el templo de Hércules de Rosas el culto consistía en prorrumpir en los más feroces juramentos, a manera de blasfemias. Más importantes que los anteriores eran los *Quimdecenviros*, que, como dice su nombre, eran quince varones encargados de repartir las tierras, interpretar los versos de las Sibilas y organizar las fiestas centenarias, a que al parecer no eran menos aficionados los hispanorromanos de entonces que los españoles de ahora.

La vida devota era bastante pesada y cara. Los ciudadanos debían visitar diariamente, por la mañana, los templos y asistir a las funciones, que solían revestir gran solemnidad. Respecto a la parte económica, a pesar de que el Estado pagaba espléndidamente a los sacerdotes, no se libraban los particulares de tener que dar dinero. En una comedia de Plauto, *Miles gloriosus* (el soldado fanfarrón), una esposa le dice a su marido: «Y además necesito ¿oyes tú? dar algo para las quincuatrias; pagar a la maga, a la adivina, a la que explica los sueños y las entrañas de las víctimas para hacer presagios.

© Biblioteca Nacional de España

¡Qué vergüenza cuando nada se les da! ¡qué ojos echan!»

Entre las estatuas que se conservan de aquel tiempo son dignas de llamar la atención una *Minerva*, en perfecto estado de integridad, descubierta en Tarragona, y una *Venus* exhumada también en aquella ciudad hace algún tiempo. Además se han encontrado infinidad de vasos sagrados que figuran hoy en aquel Museo.

El clero cristiano.

Debilísimo en un principio cuando las predicaciones de Santiago y San Pablo (en las cuales debemos creer con seguridad a pesar de los argumentos en contra presentados por monseñor Le Camus y otros historiadores de la Iglesia), cundió después rápidamente el cristianismo, tanto que en el siglo II no solamente eran muchos los católicos, sino que se había desarrollado ya la herejía. En los siglos III y IV la grey fué ya incalculable, y ya hemos visto el gran número de mártires que fueron sacrificados en la persecución de Diocleciano.

No se ingresaba en el santuario hasta después que el catecúmeno había recibido las aguas del bautismo. La jerarquía era sencillísima: elegíase como *presbítero* (anciano) al más venerable por su saber o su santidad; uno de los presbíteros ejercía la inspección de las iglesias y recibía el título de *obispo;* cuidaban de la administración dos *diáconos*, subordinados al presbítero. Obispos y diáconos eran nombrados asimismo por elección, pero con el tiempo, ya en el siglo IV, aumentó la autoridad episcopal, y los presbíteros y diáconos eran nombrados por los obispos. Los presbíteros se hallaban bajo la jurisdicción del obispo de la ciudad, y los obispos de una provincia de la de un arzobispo, o metropolitano. La cabeza visible de la Iglesia estaba en Roma. El Papa era elegido por el clero y el pueblo.

Las herejías.

Tempranamente, por desgracia, hubo de introducirse en España la heterodoxia, habiendo ocasionado grande estrago la herejía

© Biblioteca Nacional de España

de Prisciliano, mezcla grosera de maniqueísmo y gnosticismo. Fastidioso sería dar menuda cuenta de las aberraciones del tal; baste decir que para él Dios no es trino en persona, sino Uno; de éste emanan una especie de genios o dioses, buenos los unos y malos los otros (maniqueísmo). Uno de los peores es el creador y conservador del mundo en que vivimos, y como la materia es creación suya, resulta impura y pecaminosa. En cambio las almas, como creación del Ser Supremo, son puras. Si no pecan, permanecen tales, pero si pecan — en virtud de su libre albedrío, — caen a este mundo y el creador las reviste de cuerpo, y las esclaviza. No hay comunidad alguna entre el alma y el cuerpo, y así queda negada la resurrección de la carne. En cuanto a moral parece que los priscilianistas se jactaban de tenerla muy pura, mas no eran de ese parecer los católicos, que les acusaban de los vicios más abominables.

La iglesia era democrática a más no poder. Todo el mundo, hombres y mujeres, podían ejercer el sacerdocio, y no había jerarquías.

Surgió esta herejía en tiempo de Teodosio el Grande. Prisciliano era de noble y rica familia gallega, y ocupaba la silla episcopal de Ávila. Acusado ante el Concilio de Zaragoza, murió degollado, y sus secuaces fueron perseguidos y exterminados.

La Iglesia necesitaba consolidarse y no es de extrañar que procurara arrancar la cizaña.

A esta herejía sucedió la de los dos Avitos, que en parte siguieron los errores de Orígenes respecto a la no eternidad de las penas de la otra vida, a pesar de reconocer la eternidad de la materia.

Como hace observar el Sr. Menéndez Pelayo en su admirable *Historia de los heterodoxos*, la iglesia católica valió muchísimo más que los heresiarcas, bastando citar los nombres de Osio, de Paulo Orosio y, sobre todo,

© Biblioteca Nacional de España

de Aurelio Prudencio, de quien hablaremos más adelante como poeta.

Organización del ejército. Respecto a este particular debemos manifestar que los españoles, antes de la organización de Sertorio peleaban como guerrilleros, esto es, dedicándose a correrías, sorpresas y emboscadas. Esta táctica producía a veces buenos resultados, pero eran más frecuentes los reveses ante la solidez de las cohortes romanas.

El ejército romano, al cual pertenecieron luego centenares de miles de españoles, destinados principalmente a las fronteras para contener las invasiones de los germanos, tenía por unidad militar la *legión*, compuesta de 3,000 hombres.

Los soldados se dividían en dos clases, a saber: los más jóvenes (*juniores*) de 15 a 25 años, que eran enviados al exterior, y los más viejos (*seniores*), que permanecían de guarnición en las ciudades.

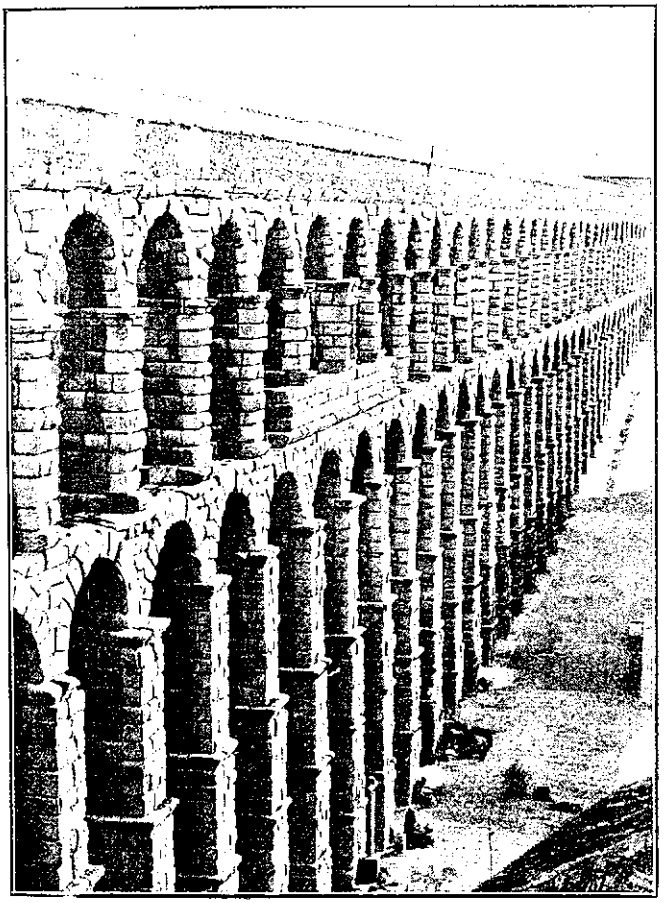
La legión, formada en falange doria, tenía, al principio, seis filas de espesor, y por lo tanto presentaba un frente de 500 hombres; a éstos se agregaban 1,200 infantes armados a la ligera (*vélites*), en dos filas. Las cuatro primeras filas de la falange estaban ocupadas por los *hoplites*, o soldados más pudientes, con armadura completa: en la 5.ª y 6.ª formaban los soldados de las clases menos acomodadas, con armamento no tan completo; la 6.ª y 7.ª iban armadas a la ligera, como hemos dicho, y a veces peleaban a cada lado de la falange.

Cada legión, que con los vélites ascendía a 4,200 hombres, se dividía en 42 *centurias*.

La caballería se hallaba en la proporción del 10 por 100 respecto a los infantes; y combatía en las alas, generalmente como reserva.

Posteriormente, a fines del siglo IV a. J., se modificó la organización de la legión, que dejó de ser falange para convertirse en *legión manipular*, con igual efec-

© Biblioteca Nacional de España



Segovia: Vista general del Acueducto Romano

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

tivo. Y esta organización fué la que tuvieron las legiones que llevaron a cabo la conquista de España.

«En la legión de los *manipulos*, dice Mommsen, se da la lanza al soldado de tercera fila; los de las dos primeras llevan un arma nueva y propia de Italia, el *pilum* o venablo, con su asta redonda o cuadrada, de cinco codos y medio de larga, y su punta triangular o cuadrangular. Inventado primero para defender los muros del campamento, pasó el *pilum* muy pronto de los soldados de las últimas a los de las primeras filas, que, desde su puesto avanzado, lo arrojaban en medio de sus enemigos, a diez o veinte pasos de distancia. La espada adquirió a su vez una importancia que no había tenido jamás la hoja corta de los antiguos falangitas; después del acto de arrojar los venablos, que es por donde principia el combate, entra inmediatamente en juego. Mientras que la falange, semejante a una lanza gigantesca e irresistible, se precipitaba antes en masa sobre el enemigo, en la nueva legión italiana, las pequeñas divisiones, unidas invenciblemente entre sí, fueron separadas y movilizadas según las necesidades. Su cuadro compacto puede distribuirse en tres secciones en el sentido de su espesor, la de los *astarios*, la de los *principes* y la de los *triarios* (*hastati, principes, triarii*); cada una tiene un espesor conveniente y sólo cuenta por punto general cuatro filas. Por su frente se divide también la legión en diez pelotones o manípulos (*manipuli*), mediando entre todos un espacio vacío, como entre las divisiones. La notable individualización de las secciones de la legión tiene en la táctica por consecuencia el dejar de combatir en masa: en adelante va a predominar el combate singular, como lo exige la decisiva importancia dada a la espada y a la lucha cuerpo a cuerpo. Desarróllase a la vez el sistema de los campamentos y de sus defensas: aunque un cuerpo de ejército no se detenga más que una noche, se rodea siempre

© Biblioteca Nacional de España

de una circunvalación regular, y se abriga como tras del muro de una fortaleza. La caballería, en la legión por manípulos desempeña un papel secundario, lo mismo que en la falange. El estado mayor continuó siendo también el mismo, pero se estableció una profunda diferencia entre el oficial subalterno, que batiéndose como simple soldado hacia su carrera espada en mano, a la cabeza de su manípulo, y cuyo ascenso regular consistía en pasar de los manípulos de la retaguardia a los de la vanguardia, y los tribunos militares encargados, de seis en seis, del mando de las legiones. Éstos no tienen ascenso en su carrera; y son tomados, por punto general, de las altas clases de los ciudadanos. Notemos, sin embargo, una innovación importante: en otro tiempo todos los oficiales inferiores o superiores eran elegidos por el general; desde el año 392 comenzó a elegirlos el pueblo.

»*Disciplina.*—La disciplina continuó siendo lo que antes, severa en extremo. En la actualidad, como en los tiempos pasados, el jefe del ejército tiene derecho de pasar por las armas a todos los que están a sus órdenes; hace apalear al oficial superior lo mismo que al simple soldado; dispone lo mismo el suplicio del hombre vulgar o del criminal ordinario, que el del oficial que ha faltado a la consigna dada y el de la división que se ha dejado sorprender o ha vuelto la espalda al enemigo.

»*Instrucción y clasificación de los soldados.*—La nueva ordenanza exigía del soldado un hábito diferente y más inveterado en el manejo de las armas que la antigua falange, en donde el recluta marchaba impelido por las masas pesadas y densas. El servicio militar no es entre los romanos una profesión, y el ejército se compone, como otras veces, de ciudadanos llamados conforme les correspondía. Para satisfacer las exigencias de la nueva ordenanza, hubo que abandonar la

© Biblioteca Nacional de España

alineación de los soldados en filas, según su clase y su fortuna (T. I pág. 138), para colocarlos según el tiempo que llevaban de servicio. Los reclutas forman pelotones sueltos, armados a la ligera; y de éstos se toman generalmente los *rorarios, rorarii* (*arrojadores*) que combaten con la honda; de aquí pasan a la primera división, después a la segunda. Los triarios son soldados viejos y experimentados: menos numerosos que los de las otras divisiones, forman, sin embargo, el nervio y el alma del ejército.

»*Valor militar de la legión manipular.*—El orden de batalla de los romanos ha sido, sin duda, la causa principal e inmediata de su supremacía política: fúndase sobre la combinación de los tres grandes principios de la guerra; 1.º, la organización de una reserva; 2.º, la reunión de las armas para combatir cuerpo a cuerpo y a larga distancia; 3.º y último, el facilitar al soldado la ofensiva y la defensiva. Ya, en la antigua táctica, la caballería hacía el oficio de reserva; pero este sistema llegó a su completo desarrollo mediante la separación del cuerpo de ejército en tres divisiones, de las que la tercera, formada de veteranos y de soldados elegidos, no entra nunca en acción hasta el momento decisivo. La falange griega sólo era propia para la lucha cuerpo a cuerpo; los escuadrones de la caballería oriental, con sus arcos y sus ligeros venablos, sólo habían provisto las necesidades del combate a larga distancia. Los romanos usaron a la vez el pilum y la espada, sabiendo reunir, de este modo, como se ha dicho muy bien, ventajas semejantes a las obtenidas en los tiempos modernos por el empleo del fusil y de la bayoneta. Entre ellos, el acto de arrojar los venablos antes de la lucha cuerpo a cuerpo, producía el efecto de los fuegos de línea antes de las cargas a la bayoneta. Por último, el sistema perfeccionado del campamento romano, útil para la guerra ofensiva y la defensiva, permite rehusar o acep-

© Biblioteca Nacional de España

tar la batalla, según las circunstancias; y en último caso, no darla, sino apoyado en el campamento, como si estuviese bajo los muros de una fortaleza. «El Romano, dice un proverbio de Roma, sabe vencer permaneciendo sentado.»

Literatura hispanorromana.

Nada queda de la literatura éuskara o vascuence, del período anterior a la conquista romana; con todo, es inmemorial el uso de los *versolari* o *coblari* que improvisan *zortzicos* en las fiestas populares.

Es indudable, con todo, que tuvimos una literatura indígena, no sólo vascuence, sino turdetana, lusitana, galaica, celtíbera, según se desprende de lo que dicen los antiguos: Estrabón, Diodoro de Sicilia, Silio Itálico, Apiano y muchos otros.

La invasión romana no se contentó con sujetar a España, sino que impuso su lengua, que no tardó en substituir a las lenguas indígenas. El hecho no tiene nada de particular, pues se ha repetido hartas veces en el transcurso de la historia, de donde la falsa base de las nacionalidades fundadas en la comunidad de la lengua.

Tal imposición era «obra del imperio»; era preciso que todos hablasen en latín, y por eso se exigía su uso a viva fuerza. Porque un licio no supo contestarle en latín al emperador Claudio, quedó privado del derecho de ciudadanía.

«La lengua impuesta, dice D. Ángel Salcedo, lo fué como instrumento de civilización, y hablar en latín y civilizarse significaron en las provincias sometidas una misma cosa. Por eso allí donde la lengua del Lacio no representaba tan beneficioso cambio, a pesar de los emperadores y de los pretores, no pudo predominar. Tal sucedió en Grecia y en todas las regiones a que Alejandro Magno había infundido el alma de Grecia... Esta superioridad de la civilización griega salvó el

© Biblioteca Nacional de España

idioma helénico, y su conocimiento era para los romanos insubstituible base, no sólo de instrucción literaria, sino de educación cívica; hasta en el Senado se consentía hablar en griego. En las comarcas orientales siempre coexistió, y pronto predominó sobre el latín, y así el imperio comprendió dos mundos: el helénico y el latino, que, andando el tiempo, fueron dos imperios. El *latinismo* sólo arraigó en una pequeña región de Oriente, poblada por colonos occidentales y que, por eso, se llamó la *Romania*» (*Rumania*).

No todos los países de Occidente se romanizaron, sin embargo, con igual facilidad. No quedó rastro apenas en Inglaterra, donde alzado el vuelo de las águilas romanas, volvió a levantar cabeza el celta; tampoco echó hondas raíces en la Galia septentrional, pero, en cambio, fué total la latinización en la Galia Narbonense, Italia y España.

Hay que advertir ahora que el latín no se hablaba de igual manera por todos: había el *sermo nobilis* y el *sermo vulgaris*. Este fué el que predominó entre el pueblo, de donde se derivaron las lenguas llamadas *románicas;* pero no por eso dejaron de florecer excelentes autores españoles que se valieron del *sermo nobilis*.

Cabe a España el honor de haber dado muchos más ilustres escritores latinos que las Galias, con ser en mucho menor número las ciudades. Ello es que si, según la clasificación de algunos, hubo en Roma una *Edad de Oro*, con César, Cicerón, Virgilio, Horacio, Tíbulo y Propercio, y una *Edad de Plata*, en esta segunda brillaron nuestros ingenios al igual que Tácito, Suetonio, Juvenal, los dos Plinios y Fedro, y aun, como dice Menéndez y Pelayo, ejercimos «una especie de dictadura literaria, cuyo cetro estuvo en la familia de los Sénecas».

No han faltado críticos que, como dice el Sr. Sal-

© Biblioteca Nacional de España

cedo, han afirmado que los españoles inficionaron la Literatura latina con el énfasis y vana pompa de las palabras, y la sutileza, ingeniosidad y refinamiento de los conceptos; de ser así, tendríamos, como dice Menéndez y Pelayo en el primer capítulo de la *Historia de las ideas estéticas*, «que nuestras Letras habían adolecido antes de nacer de dos de sus principales achaques: el abuso del color y de los recursos pintorescos, y el conceptismo. Parece, sin embargo, que la sutileza está más bien en tales críticos que en los censurados por ellos. El cargo sólo puede hacerse con algún fundamento a Marco Porcio Latrón y a Séneca *el Retórico*, que fueron profesores, y el segundo coleccionador de trozos de elocuencia y hombre de buen gusto, como acredita en los prólogos que puso a sus colecciones, y en que censura a los oradores de su tiempo por los defectos que a él precisamente se quieren atribuir ahora. Es natural, por otra parte, que no los escritores hispanolatinos, sino todos los que florecieron en la *Edad de Plata*, sean, respecto de los del precedente período, amanerados, artificiosos y retóricos, pues la inspiración espontánea sólo suele andar un momento unida a la perfección en la forma; ese momento es el zenit de las literaturas, y, pasado, iníciase la decadencia».

Sin perjuicio de dar una lista extensa, según Masdeu, de los escritores españoles que adquirieron justa nombradía con sus obras en latín, daremos cuenta de los que más sobresalieron, comenzando por los dos Sénecas, el *Filósofo*, Marco Anneo, preceptor y víctima de Nerón, y su hijo Lucio Anneo.

Los Sénecas. Nacieron ambos en Córdoba, y la fama ha perpetuado su recuerdo, aunque refiriéndose especialmente al primero, cuyo nombre se ha hecho sinónimo de profundo sabio.

De Marco Anneo (58 a. J.-33 d. J.) sólo han llegado

© Biblioteca Nacional de España

hasta nosotros unas cartas *Suasorias* (o de consolación), con algunos libros de *Controversias* y un extracto de los mismos, todo lo cual, a decir verdad, no reviste grande interés.

En cambio, aun pueden leerse con mucho gusto las obras de Lucio Anneo *Epístolas* y *Lecciones sobre Moral y Filosofía.*

Pertenecía Séneca a la secta de los estoicos, y como tal se condujo siempre. «La filosofía de Séneca, escribe M. Gastón Boissier, no es más, en su mayor parte, que una preparación para la muerte. No solamente enseña a esperarla con valor, sino que aconseja asimismo adelantarse a ella muchas veces.» Aparte de esto, su estilo es hinchado, pero se le puede dispensar en gracia de la valentía de la doctrina, en la cual se inspiró Quevedo, siglos después.

Andan discordes las opiniones en atribuir a Lucio Anneo, o a un tercer Séneca, también cordobés, la paternidad de varias tragedias, entre ellas una titulada *Medea.* No se recomiendan, a la verdad, gran cosa, pues están faltas de sentimiento y de gusto, hasta el punto de que el eminente crítico D. Federico Balart hubo de decir que *Medea* se expresaba como «una boticaria». Con todo, algunos celebran sus descripciones.

Lucano. Cordobés también fué el ilustre poeta Marco Lucano, sobrino de Séneca, y víctima, como él, de la ferocidad de Nerón.

Había nacido Lucano el año 38 de nuestra Era, y después de haberse educado en Roma, donde Lucio Anneo gozaba de altísimo favor y desempeñaba elevados cargos, pasó a Atenas a perfeccionar sus estudios. A su regreso, entró por influencia de su ilustre pariente al servicio del joven Domicio Nerón, discípulo del ilustre filósofo, y que a la sazón era mancebo que prometía por su dulzura y buenos sentimientos hacer la felicidad del mundo. Nerón le cobró afecto, tal vez por

© Biblioteca Nacional de España

no escasearle Lucano los aplausos al leerle sus poesías, y le hizo dar un empleo de cuestor o intendente. Por desgracia, los dos poetas acabaron por sentir celos, y muy enfadado Nerón por haberse dormido, o fingido que se dormía, Lucano mientras leía una composición, le hizo enredar en una acusación de atentado contra su persona, y recibió orden de que se quitara la vida, empleando para ello igual medio que su tío, esto es, abriéndose las venas dentro de un baño.

De las obras de este poeta sólo queda la *Farsalia*, escrita, por cierto, sin que en los tres primeros libros el autor declare si está por César o por los pompeyanos, aunque después no escatima los elogios a éstos, como se deduce de aquel tan repetido verso:

Causa victrix placuit diis, sed victa Catoni.

(La causa de los vencedores gustó a los dioses, pero la de los vencidos a Catón.)

Hablando M. Gastón Boissier de este poema, escribe: «*La Farsalia* estaba dedicada a Nerón y el autor pretendió publicarla bajo los auspicios de éste. La epopeya, que al cabo había de convertirse en una glorificación de la República, comienza con un elogio escandaloso del emperador. Lucano, después de llorar amargamente la guerra civil, alégrase, declarando solemnemente que es menester perdonarla y aun darle gracias, porque a esa guerra civil se debe el advenimiento de Nerón. (Todos los crímenes, todos los desastres — dice el poeta — nos parecen agradables pagados a ese precio.) Después vaticina al príncipe su apoteosis y canta su divinidad por adelantado. El autor presenta al César (¡a Nerón!) alzando el vuelo hacia los astros cuando su misión terrena concluya, entre los aplausos del cielo, regocijado por recibirlo, en tanto que los dioses, afanados en torno de su nuevo colega y compitiendo entre sí en actos de cortesía a fin de halagarlo,

© Biblioteca Nacional de España

se despojan en favor del recién llegado y le permiten que escoja en el Olimpo el sitio que le convenga y las funciones que sean de su agrado.»

Pero, como hemos hecho notar, esto sólo reza con la primera parte, o sea los tres primeros libros. Vinieron después las rivalidades con su augusto colega en poesía, y dejándose llevar de su encono, rompe en los más desaforados elogios a los defensores de la República.

Se ha censurado generalmente a Lucano por la ampulosidad de su estilo; pero es indudable que el poema encierra innumerables bellezas y sublimes pensamientos, especialmente en dicha segunda parte.

Quintiliano. Dijimos ya que era natural de Calahorra, donde vió la luz hacia el año 42. Residió en Roma desde su niñez, de manera que allí se educó, y al trasladarse Galba a la península, le acompañó, regresando con él, cuando, proclamado emperador, se sentó en el trono de los Césares.

El ilustre riojano se distinguió muy pronto como eminentísimo orador forense, pero no era en la tribuna donde debía obtener sus mayores triunfos, sino en el aula.

El excelente emperador Vespasiano, siempre anheloso de fomentar la cultura de su pueblo, había creado varias cátedras, costeadas por el Erario público, y Quintiliano ocupó la de Oratoria, con el sueldo de cien mil sextercios, que venían a representar unos setenta mil reales.

Quedan de Quintiliano dos admirables monumentos literarios, cuya importancia en nada ha decaído, antes bien merecieran ser más conocidos de lo que son: el uno es el libro *De Institutione Oratoria,* verdadero «código del buen gusto literario», según ha sido calificado; el otro es una colección de diez y nueve discursos que llevan el título de *Declaraciones.*

No todo han sido flores, sin embargo, para nuestro

© Biblioteca Nacional de España

buen Quintiliano. Cantú le maltrata ferozmente, diciéndole que es un modelo de crítica oficiosa; que su prudencia llega a tal punto, que no se sabe si elogia o si censura; que para él, formar un hombre elocuente equivalía a formar un buen declamador, y que la oratoria, en su concepto, era un arte ingenioso y difícil, que se adquiere uniendo el estudio y la probidad a la disposición natural, y sabiendo elogiar aun en los tiempos más miserables.

Con todo, le salva a Quintiliano su repetida declaración de que todo buen orador ha de ser ante todo hombre honrado. «Reprobaba los ejercicios que se hacían sobre tesis simuladas; reprimía con oportuna censura el orgullo juvenil, bien leyendo los mejores autores, cosa ya inusitada, bien moderando la idolatría con que se miraba a los clásicos.»

Exigencia admirable en unos tiempos en que los abogados, espías o traidores, se valían de la elocuencia para medrar, y sólo pensaban en dar armas, con sus adulaciones, a los imperantes, para que pudiesen desplegar su despotismo.

Silio Itálico. Como indica su nombre, nació en Itálica, patria de tantos ilustres varones, y al cual se refiere Rioja en su famoso canto a aquellas ruinas:

> Aquí de Elio Adriano, de Silio peregrino,
> De Teodosio divino,
> Rodaron de marfil y oro las cunas.

Con todo, poco se sabe de sus obras; consta que escribió un poema épico en diez y ocho libros sobre la *Segunda guerra púnica,* y debió ser importante personaje político, pues a la muerte de Nerón obtuvo el Consulado.

No es muy lisonjero el juicio que algunos forman de nuestro ilustre Silio. Dicen que sin imaginación reprodujo en verso lo que en prosa había escrito admirable-

© Biblioteca Nacional de España

mente Polibio y traducido Tito Livio, y que lo único que hizo fué añadir a aquellas narraciones algunas ficciones inverosímiles y acciones sobrenaturales muy tiradas por los cabellos, que no disipan la perpetua frialdad, mal compensada con la exactitud de algunas descripciones.

Era apasionadísimo de Cicerón y Virgilio, y celebraba cada año el aniversario del cantor de la *Eneida*. «Prestaba a los clásicos un culto muy irracional, sacrificando su inteligencia para comprimirla en hemistiquios, tomados a aquéllos, haciendo nacer los pensamientos a medida de las palabras, y llenando, a fuerza de erudición y de memoria, el lánguido vacío de aquella obra que no tiene siquiera los defectos que deslumbran en sus contemporáneos y que algunos toman por bellezas.»

Podrá ser que el juicio peque de severísimo, pero cualquiera diría que dejó escuela, en España, el insigne Silio Itálico, dos veces cónsul de Roma, y procónsul de Asia en tiempo de Vespasiano.

Lucio Junio Moderato Columela.

Este insigne gaditano se ilustró por igual en la poesía que en la agronomía, aunque sea más celebrado en este último concepto. Floreció bajo el reinado de Claudio — tan mal emperador como buen filólogo; — compuso Columela una obra titulada *De re rústica*, cuya última parte, dedicada a la jardinería, está compuesta en elegantes versos. Esta obra fué traducida al francés por el botánico Gessuer en 1745.

Escribió también Columela un notable tratado de arboricultura.

Lucio Floro

Debe contarse este ilustre español entre los historiadores más notables que hubo en Roma. Era pariente de los Sénecas y de Lucano, y floreció hacia el año 129 de la era cristiana. Es apreciadísima su *Historia Romana*, tanto por la elegancia del estilo, la corrección del lenguaje y la concisión

© Biblioteca Nacional de España

de la frase, como por la gravedad e interés del relato, de modo que está incluído entre los clásicos.

Marcial. Este poeta, hijo de Calatayud, es una de las glorias más verdaderas de nuestra literatura. Supónese su nacimiento en el año 40. Cantú, sin embargo, le maltrata, sin compasión, comenzando por llamarle *fabricante de versos.*

«Cuando llegó a Roma, escribe (*tenía entonces veinte años*), se dirigió por pan a la corte de Domiciano, y la mitad de los mil quinientos epigramas que escribió, son fétidas adulaciones al Júpiter romano, y diversas maneras de pedirle, con mucho ingenio y ninguna vergüenza, dinero, vestidos, favor, comidas y un arroyo de agua para su quinta.»

Con todo, y a pesar de haber puesto nuestro bilbilitano a Domiciano por encima del mismo Júpiter, parece que nunca pudo salir de apuros. Bohemio antes de que se inventase esta *clase,* «con el traje raído y cargado de deudas va pidiendo una limosna, y vende los regalos para hartarse de pan, y hace versos sobre toda clase de manjares para ser convidado a probar algunos.

»Con estas miserias sostenía el peso de la fama, continúa el terrible censor. Y era no sólo tribuno honorario, sino caballero honorario y padre honorario, sin ser militar ni estar sometido al impuesto, ni tener tres hijos... Después, cuando murió Domiciano, lo maldijo y elogió a Nerva, por haberse conservado bueno bajo el reinado de un príncipe tan cruel.» Digamos, en honor a la verdad, que no ha sido el pobre Marcial el único.

«De la misma necesidad de adular proceden las lascivias con que manchó sus versos; de adular, no a un hombre solo, sino las perversas costumbres de toda la ciudad, en donde estaban llenos los palacios y las calles de obscenos príapos y corrían las damas romanas

© Biblioteca Nacional de España

desnudas por las calles en los juegos de Flora, y los espectadores podían ordenar a las actrices que se desnudasen en la escena. Cuando Marcial dirige a otra parte su dardo epigramático, siempre lo hace con licencia vil, detestable, como si entonces sólo excitasen la risa de Roma los vicios que debían causar rubor.»

¿No se diría que estas acres censuras están copiadas de algún moralista de hoy con relación a no pocos contemporáneos y contemporáneas?

No hay que culparle, por lo tanto, del todo al pobre bohemio aragonés. Él mismo decía de sus versos que los había *buenos, medianos* y, sobre todo, *malos*. «No se encuentra nunca en Marcial, escribe el implacable Cantú, sentimiento profundo, y ninguno resistiría aquel picante continuo o trivial, insípido o alambicado, si no fuese porque el lenguaje generalmente es correcto y expresivo, cuanto podía serlo allí donde estaba desterrada toda inspiración espontánea, por el temor de infundir recelo a suspicaces emperadores, y de desagradar a protectores intolerantes.» Parrafada digna de Tácito.

Mela. Por aquel entonces floreció en Roma otro ilustre español, Pomponio Mela, autor de la primera obra latina de Geografía general, con el título de *De situ orbis* o *Chorografía*.

Literatura cristiana. Cabe en esta parte magnífica participación a España: brillaron Osio, Paulo Orosio, los poetas Cayo Vecio y Aquilino Juvencio, autor de la *Historia evangélica*, y llamado por nuestro Valera *aldmirable poeta, gloria de España*, y sobre todo Aurelio Prudencio, a quien el gran Menéndez y Pelayo, apoyado en la poco sospechosa autoridad de Villemain, califica del más inspirado y elegante lírico que ha habido en el mundo, desde Horacio hasta Dante, y calificado por Erasmo de *Píndaro cristiano*.

He aquí lo que nuestro insigne polígrafo escribe sobre Aurelio Prudencio: «Cantor del Cristianismo heroico y

© Biblioteca Nacional de España

militante de los ecúleos y de los garfios, de la iglesia perseguida en las Catacumbas o triunfante en el Capitolio; lírico al modo de David, de Píndaro o de Tirteo, y aun más universal que ellos en cuanto sirve de eco, no a una raza, siquiera sea tan ilustre como la raza doria, ni a un pueblo, siquiera sea el pueblo cristiano, sino a la gran comunidad cristiana que había de entonar sus himnos bajo las bóvedas de la primitiva basílica; rey y maestro en la descripción de todo lo horrible, nadie se ha empapado como él en la bendita eficacia de la sangre esparcida y de los miembros destrozados. Si hay poesía que levante y temple el alma para el martirio, es aquélla.»

Y en otro lugar: «En vano quiere Prudencio ser fiel a la escuela antigua, a lo menos en el estilo y en los metros, porque la hirviente lava de su poesía naturalista, bárbara, hematolatra y sublime se desborda del cauce horaciano.»

A los dichos hay que añadir Gregorio de Iliberis, autor de un libro titulado *De la Fe,* y los cronistas Idacio y Orosio.

Para terminar, reproduciremos el catálogo de Masdeu, en su *Historia Crítica,* de españoles ilustres en letras y ciencias durante la época romana.

POETAS

Poetas cordobeses conocidos en Roma desde el año 81 *antes de la Era Cristiana.*

Lucio Cornelio Balbo, promotor de la poesía teatral.

Cantatrices y maestros de canto y baile que vinieron de Cádiz a Roma

Emilio Severiano, escritor de farsas en Tarragona.

Julio Secundo, de la España Citerior, autor de versos acrósticos.

© Biblioteca Nacional de España

Teófilo Hena, cordobés, poeta de estilo desigual, pero de buen gusto en latinidad.

Lucio Julio Moderato Columela, natural de Cádiz, digno de cotejarse con Virgilio.

Marco Anneo Lucano, cordobés, poeta hinchado, pero de verso muy fácil y de mucho fuego y elocuencia.

Séneca el trágico, autor de las únicas tragedias latinas que han llegado a nuestros días.

Marco Valerio Marcial, bilbilitano, escritor amante de agudezas, pero de estilo purgado, claro y conciso.

Cauco Rufo, gaditano, poeta burlesco y escritor de tragedias, elegías e historias.

Teofilia, mujer de Caino, poetisa excelente.

Lucio, natural de Tuy, el Horacio de su siglo en la poesía lírica.

Unico el primero, autor de poesías amatorias.

Unico el segundo, imitador de Catulo y Ovidio.

Cayo Silio Itálico, de Sevilla la Vieja, poeta de ingenio mediano, pero de buen gusto.

Trajano Augusto, de Sevilla la Vieja, poeta griego y latino y escritor juicioso y elegante.

Adriano Augusto, de Sevilla la Vieja, poeta griego y latino, épico, anacreóntico, epigramático y de gusto ateniense más que romano.

Cayo Veconio Romano, natural de Murviedro, poeta excelente y escritor de mucha elegancia.

Cayo Vectio Aquilino Juvenco, el primer poeta sagrado de Occidente, escritor sin fuego poético, pero de estilo puro y sencillo.

Aurelio Prudencio, de Zaragoza, el mejor y más elocuente entre todos los poetas sagrados de la antigüedad.

Latroniano, hombre erudito y poeta cultísimo.

Acilio Severo, autor de una obra en prosa y verso.

San Paulino, francés, instruído en España en los estudios de poesía y religión.

© Biblioteca Nacional de España

San Dámaso, papa, poeta mediano y autor de obras históricas y teológicas.

Rufo Festo Avieno, poeta, geógrafo, astrónomo e historiador, pero de estilo áspero y obscuro.

ORADORES

Marco Porcio Latrón, cordobés, el primer profesor de mérito que tuvo Roma en sus escuelas de oratoria.

Junio Galión, uno de los cuatro mejores oradores que tuvo Roma después de la muerte de Cicerón.

Víctor Estatorio, cordobés, docto y elocuente.

Cornelio Hispano, orador bueno.

Gavio Silón, uno de los hombres más elocuentes de su siglo.

Turrino Clodio el mayor, abogado excelente.

Acilio Lucano, hombre muy acreditado en el foro.

Quintiliano el abuelo, buen orador.

Marco Anneo Séneca, cordobés, escritor de mucho juicio y buen gusto y de estilo fácil y puro.

Turrino Clodio el menor, orador de mucha pompa.

Quintiliano el padre, causídico de mal gusto y amante de niñerías.

Marco Anneo Lucano, cordobés, orador griego y latino, de estilo hinchado, pero ardiente, enérgico y sentencioso.

Anneo Mela, cordobés, amante de la buena elocuencia.

Anneo Lovato Galión, cordobés, declamador de estilo dulce.

Marco Fabio Quintiliano, de Calahorra, el primer profesor estipendiado de Roma, inferior en latinidad y elocuencia sólo a Cicerón, y por sus leyes de oratoria superior a todos.

Antonio Juliano, orador erudito de latinidad purísima y de facundia robusta y amena.

© Biblioteca Nacional de España

Cayo Veconio, romano, natural de Murviedro en Valencia, causídico de mucha fama.

Materno, natural de Calatayud, uno de los abogados más famosos de su edad.

Deciano, de Mérida, causídico insigne, filósofo estoico y poeta.

Liciano, de Calatayud, óptimo orador y buen poeta.

Adriano Augusto, declamador de estilo mediano y agradable.

Pedro de Zaragoza, orador insigne.

Elpidio, profesor de elocuencia.

Actio Tirón Delfidio, maestro de retórica y poeta.

Itacio Claro, obispo de Estoy, insigne por su elocuencia.

Desiderio, presbítero catalán, hombre docto y escritor fecundo y cultísimo.

San Paciano, obispo de Barcelona, ilustre por sus costumbres y por la propiedad y pureza de su lenguaje.

TRATADISTAS

Lucio Cornelio Balbo el mayor, natural de Cádiz, escritor purísimo y elegante.

Cayo Julio Higinio, historiador doctísimo.

Erennio Seneción, de la España Bética, filósofo insigne y abogado famoso.

Lucio Floro, historiador elegante y floridísimo.

Trajano Augusto, autor de la historia de la guerra dácica.

Adriano Augusto, historiador griego de su propia vida y escritor de gramática, oratoria y filosofía, leyes y arte militar.

Antonio Juliano, historiador de las guerras judaicas de su edad.

Flavio Mela, jurisconsulto.

Félix, de Zaragoza, hombre docto.

© Biblioteca Nacional de España

San Gregorio, bético, obispo de Granada, historiador y teólogo, mediano en el estilo.

Flavio Dextro, barcelonés, ciceroniano en su estilo y doctísimo en la historia.

San Filastrio, obispo de Brescia en Italia, autor de una historia de las herejías e instruído en las ciencias sagradas y profanas.

CIENTÍFICOS

Attilio, hispaniense, hombre doctísimo y el más antiguo entre los literatos españoles conocidos.

Herotes, andaluz, médico.

Lucio Cordio Sinforo, de Extremadura, médico.

Cayo Allio Januario, de Béjar, médico.

Tiberio Claudio Apolinar, de Tarragona, médico.

Julia Saturnia, de Mérida, instruída en medicina.

Cayo Julio Higino, uno de los mayores literatos de la antigua Roma; escritor de Agricultura, Gramática, Historia, Astronomía, Teología y arte militar.

Lucio Anneo Séneca, cordobés, excelente filósofo, físico, geógrafo, astrónomo, escritor de mucha erudición, y superior en sabiduría a todos los romanos de su edad.

Pomponio Mela, andaluz, escritor muy limpio y elegante, príncipe de los geógrafos latinos.

Turriano Gracula, andaluz, escritor de Geografía.

Galión, escritor de Botánica.

Marco Columela, gaditano, instruído en muchas ciencias.

Lucio Junio Moderato Columela, natural de Cádiz, escritor elegantísimo de Agricultura, Astrología y Teología.

Moderato, gaditano, filósofo pitagórico doctísimo.

Anneo Cornuto, hombre de mucha doctrina y erudición, filósofo estoico y poeta trágico.

© Biblioteca Nacional de España

Anneo Sereno, filósofo estoico estudiosísimo.

Osio, obispo de Córdoba, hombre docto y erudito, escritor robusto y elegante, autor de varias obras sagradas.

Olimpio, obispo de Barcelona, teólogo elocuente.

Ripario, presbítero catalán, docto en materias teológicas.

Potamio, obispo de Lisboa, teólogo.

Prisciliano, natural de la antigua *Gallecia*, hereje, escritor docto y elocuente.

Tiberiano, escritor hinchado y afectado.

Dictinio, obispo de Astorga, autor de libros teológicos.

Craterio, obispo, escritor en Teología dogmática.

Audencio, obispo, teólogo controvertista.

Lucinio, bético, hombre estudioso y erudito.

Circos, anfiteatros, teatros.

No se le puede arrebatar al pueblo español el honor, si es que lo es, de haber gozado desde tiempo inmemorial, con las corridas de toros, anteriores según todas las apariencias, a las invasiones pelásgica, fenicia, griega, cartaginesa, romana y árabe. No se puede negar que las corridas de toros fueron anteriores a todo desembarco de extrañas gentes, pero los romanos impusieron también sus especiales diversiones — como impusieron los árabes sus danzas, — y así tuvimos carreras de carros o caballos, en los circos; combates de fieras o de gladiadores, en los anfiteatros; comedias en los teatros.

Consérvanse importantes restos de circos en Tarragona, Mérida, Calahorra, Toledo, Sevilla, Sagunto y otros lugares; de anfiteatros en Tarragona, Barcelona, Granada, Jerez, etc.; de teatros, en Mérida y Sagunto.

Monumentos de honor.

Erigiéronse con frecuencia columnas y arcos de honor a los triunfadores. Quedan, principalmente, un arco en Mérida y el famoso de *Bará*, no lejos de Tarragona, que algunos creen eregido

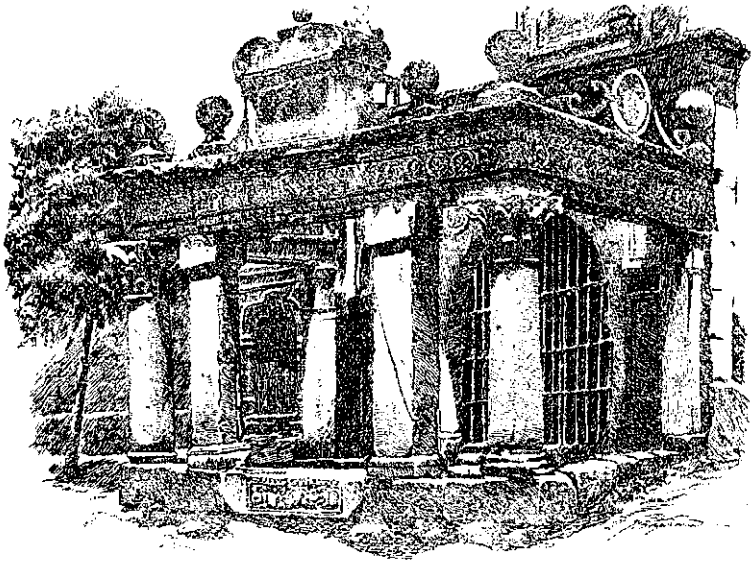
© Biblioteca Nacional de España

en honor de Trajano, que en 1843 un sencillo patriota tuvo la ocurrencia de dedicar al general Espartero, según rezaba una lápida que luego se quitó.

Las calzadas y los puentes romanos.

Bastarían esas soberbias obras para formarse idea de la grandiosidad que caracterizaba las construcciones romanas.

«De Italia, dice el Sr. Ortega Rubio, arrancaban dos principales calzadas: la una partía

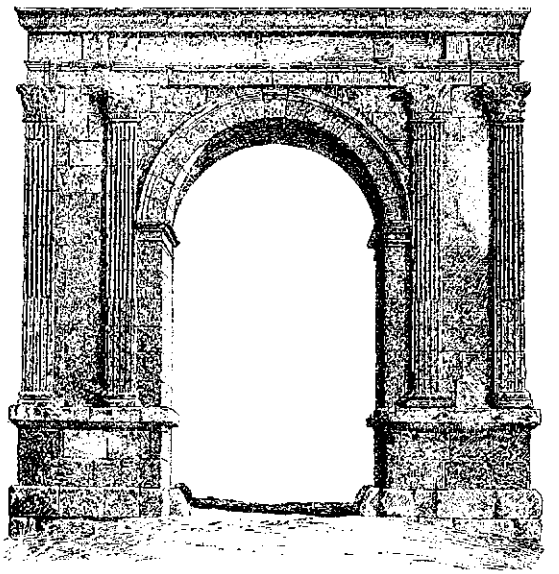


Ruinas del teatro de Mérida

de la misma Roma por la puerta Aurelia, seguía por la Toscana a Génova, a Arlés por los Alpes Marítimos, a Narbona, luego a Cartagena, después a Málaga y por último a Cádiz. La otra salía de Milán, atravesaba los Alpes Cotianos y la Galia Narbonense, los Pirineos; continuaba por Gerona, Barcelona, Tarra-

© Biblioteca Nacional de España

gona, Lérida, Zaragoza, Calahorra y León, prolongándose por Galicia y Lusitania hasta Mérida. Cruzaban además a España: de Cástulo a Córdoba, de Cástulo a Málaga, de Málaga a Cádiz, de Cádiz a Córdoba, de Hispalis o Sevilla a Córdoba, de Hispalis a Itálica, de Hispalis a Mérida, de Córdoba a Mérida, de Salacia a Osonaba, de Olisipon o Lisboa a Mérida, de Olisipon a Mé-



Arco de Bará, dedicado a Trajano, cerca de Tarragona

rida (por otro camino), de Olisipon a Braga, de Braga a Asturice, de Braga a Asturice (por otro camino), de Braga a Asturice (por un tercer camino), de Braga a Asturice (por un cuarto camino), de Esuri a Pace Julia, de Esuri a Pace Julia (por otro camino), de Ostio Fluminis Anae (Ayamonte) a Mérida, de Mérida a Zaragoza, de Mérida a Zaragoza (por otro camino), de

© Biblioteca Nacional de España

Astorga a Zaragoza, de Astorga a Zaragoza (por otro camino), de Tarragona a Zaragoza, de Tarragona a Zaragoza (por otro camino), de Laminio (Cerro de la Mesa) a Toledo, de Laminio a Zaragoza, de Astorga a Tarragona, de Zaragoza a Benearno y de Astorga a Burdigala.»

Complemento de esas soberbias carreteras, gran parte de las cuales fueron desenterradas por el insigne sabio D. Eduardo Saavedra, eran los puentes, a los cuales pudieron aplicar los romanos sus arcos semicirculares tan característicos; esos puentes, construídos con sillares unidos sin cemento, solían ser bastante estrechos, aunque de una solidez a toda prueba. Hablamos ya del puente de Alcántara, debido al gran Trajano; citemos ahora el de Mérida sobre el Guadiana; de Córdoba, sobre el Guadalquivir; de Salamanca sobre el Tormes; de Chaves sobre el Tamaga, y muchísimos más, que si no aparentan su primitiva construcción, se han reedificado sobre los antiguos cimientos.

Igualmente son de notar los magnos acueductos cuyos restos son la admiración del viajero; con sólo recordar el Acueducto de Segovia, el de las Ferreras, vulgo Puente del Diablo, cerca de Tarragona y el de Teruel, queda hecho el mayor elogio del alto grado de perfección y majestad a que alcanzaron aquellos arquitectos, que, al construir, parecían tener en vista la eternidad. Desgraciadamente los bárbaros, en sus invasiones, destruyeron gran parte del de Tarragona.

Agricultura e industria.

No nos engañaríamos al suponer que bajo la dominación romana el territorio español presentaba un aspecto muy distinto que hoy día. No en balde ha quedado como testimonio de la riquísima producción de cereales la frase de ser España «el granero de Europa». En los inmensos despoblados de las Castillas, Aragón, Andalucía y otras regiones aparecen restos de importantes ciudades, lo cual indica el profundo cambio experimentado en el transcurso

© Biblioteca Nacional de España

de los siglos. Las guerras, la mala política, las devastaciones del arbolado han conseguido hacer de un país fertilísimo una superficie en que predomina el secano y cuya mayor parte deja de estar cultivada. La misma nomenclatura geográfica da testimonio del profundo cambio sobrevenido, conservando no pocas localidades nombres que serían exactos en otro tiempo y hoy se hallan en completa contradicción con el aspecto de su término municipal.

Sabemos que se cosechaban en grandes cantidades los cereales, el vino, el aceite, y el esparto. Gozaban de merecida reputación las frutas, la miel y el azúcar de Ibiza. La industria esteparia había llegado a sumo grado de perfección en las actuales provincias de Murcia y Alicante, donde se continúa explotando todavía este ramo de riqueza.

Los romanos trajeron multitud de cultivos nuevos; raza tan práctica como pueden ser los ingleses en el día, aclimataban en Occidente los vegetales que mejor les convenían; la cebada, los ajos, las adormideras, las habas, altramuces, guisantes y plantas de forraje. De Grecia importaron la palmera, el albérchigo y el almendro; de otras regiones, el peral, la higuera y el manzano; de Armenia, el albaricoquero; del Ponto Euxino, el cerezo. Explotaban también los árboles maderables, como el olmo y el álamo.

Abundaban en España los prados, así en las llanuras como en las montañas, lo cual fué ocasión a que adquiriera inmenso desarrollo la ganadería. Labradores y pastores pertenecían a la clase de esclavos.

Era especialmente estimado el ganado lanar, y solían ser muy apreciados los finos paños y demás tejidos de lana, aunque principalmente los fabricados en Lusitania.

Al parecer se distinguían tres clases de lanas: la roja o dorada, *eritrea*; la morada, *ferruginea;* la parda, *fusca* o *bética*. En uno de los epigramas de Marcial se lee un

© Biblioteca Nacional de España

diálogo entre los vestidos de lana de la Bética, de color natural, y los de Tiro, teñidos de púrpura, y dicen los paños andaluces: «Mi lana no es embustera, no ha mudado de color; gustad la púrpura de Tiro; yo no necesito afeites de tintorería; traigo mi color de la oveja misma que me ha criado.»

Minas. Se suele decir por unos que España es un país esencialmente agrícola, y por otros que es esencialmente minero, y en realidad, podría descollar en ambas cosas, como descollara en la antigüedad.

Bien sabemos que el principal atractivo que tuvo Hispania para los fenicios y cartagineses fueron sus minas de metales preciosos, aparte de la abundancia de otros de aplicación industrial. Acerca de esto escribía el grande historiador Diodoro de Sicilia: «En adelante, habiéndose apoderado Roma de las provincias de España, comenzaron a ir allá italiotas sin cuento para saciar su codicia con los grandes tesoros que sacaron de aquellas minas, en cuyo trabajo empleaban innumerables esclavos.

»Estos pobres infelices, sudando noche y día con indecible fatiga en aquellos horribles calabozos subterráneos, daban a sus amos infinitas riquezas, pero comprándolas muchas veces con sus propias vidas, pues eran muchos los que caían muertos bajo el peso insufrible de un trabajo tan cruel.»

Contábanse entre los principales centros mineros Cartagena, Almería, Huelva, Almadén, Asturias, Cantabria y otras regiones o comarcas. No es raro hoy día encontrar minas abandonadas de tiempo de los romanos, completamente explotadas, en las cuales aparecen como testimonio de su antiguo laboreo lámparas de barro, ánforas y otros objetos.

Comercio. Con tanta abundancia de productos, vegetales y minerales, así como procedentes de la ganadería y las industrias agrícolas el comercio adquirió

© Biblioteca Nacional de España

grande incremento. Eran concurridísimos los puertos de Emporion, Barcino, Tárraco, Cartago Nova, Gades, Clunia, etc. Las exportaciones eran por lo común enviadas a África, Galia e Italia, desde donde eran luego transportadas al Norte y al Oriente.

Para verificar los pagos circulaban diferentes monedas, entre las cuales tenían curso legal las siguientes:

De *oro,* el *aureus* o *solidus* que equivalía a 25 dineros.

De *plata*: el *denarius* (dinero) que equivalía a dos *quinarios;* el *quinarius,* igual a dos *sextercios;* el *sextercio,* igual a dos ases y medio; el *dupondium,* que representaba el valor de dos ases.

De *bronce*: eran el *as* o *libella* que valía dos *sembellas;* la *sembella,* igual a dos *teruncios*; el *teruncio,* que venía a representar nuestras monedas de dos céntimos.

Era privilegio de algunas ciudades el acuñar moneda; entre las que gozaban de tal facultad se contaban Evora, Emerita, Osonoba y Salacia, en Lusitania; Abdera, Astapa, Carteya, Celti, Corduba, Illiberis, Itálica, Munda, Tarteso y Uvio en la Bética; Tárraco, Emporion, Bílbilis, César Augusta, Calagurris, Cástulo, Cartago Nova, Celsa, Mirobriga, Illici, Osca, Pallancia, Segovia, Toledo, en la Tarraconense.

No es menester decir el inmenso número de monedas de toda clase que han podido recogerse en las excavaciones, y tanto ayudan al conocimiento de la historia, con sus inscripciones, fechas, retratos y vistas de monumentos o de escenas.

Las artes. Hablamos ya de la perfección a que llegó la cerámica y la fabricación de armas, antes de la época imperial; de la belleza de los tejidos, de los progresos de la espartería y la cestería y de la metalurgia.

Todo indica que no les iban a la zaga las Bellas Artes a las Artes industriales. No hay día que no se

© Biblioteca Nacional de España

descubran admirables estatuas, relieves, objetos suntuarios y preciosos mosaicos en Ampurias, Tarragona, Mérida, Cádiz, Sevilla, León y tantas otras poblaciones. No hay duda que muchas de esas obras pueden ser debidas a artistas indígenas, pero es preciso reconocer que algunas son de importación extranjera y figurarían sin duda en las moradas de los patricios y los ricos, procedentes de Grecia, Roma, Egipto u otras partes.

En cambio, gozaron fama los españoles, según testimonio de Cicerón, de excelentes músicos, y lo mismo ocurrió con las gaditanas en concepto de bailarinas, arte en que no tenían rival, según consta de lo que dicen multitud de autores. La sucesión de los tiempos ha confirmado tan generalizada reputación.

Las casas hispanorromanas.

En Numancia puede verse la diferencia existente entre las casas celtíberas y las casas romanas, construídas sobre el solar de las primeras después de su destrucción. También han arrojado mucha luz respecto al particular las excavaciones hechas en la antigua *Pedrera* de Tarragona, donde podían verse gran número de casas, con sus paredes y tabiques.

Generalmente las casas constaban de un solo piso, aunque también las había de dos y de tres, en este caso se subía a los altos por medio de escaleras, de piedra o de madera.

Se sabe que si las familias ricas habitaban en casa propia, las que no lo eran alquilaban un piso, y lo mismo los tenderos, pero sin que la tienda tuviese comunicación con el interior. Las casas no tenían ventanas y sí tan sólo una especie de troneras, como se ve aún en muchos puntos de Castilla. Había sótanos para dormir la siesta o estar fresco en los calores del verano. Los dormitorios estaban orientados a la parte de donde venía el sol y en lugar retirado. Las cocinas tenían hornillas muy parecidas a las actuales.

© Biblioteca Nacional de España

Las ciudades. El plano de las urbes solía ser rectangular, y se hallaban edificadas en las alturas. En Tarragona se conservan en toda su integridad los soberbios lienzos de muralla romana, levantados sobre los muros ciclópeos, los cuales forman un ángulo recto. Igual se ve en Ronda.

Las calles eran estrechas, como en Roma. Si la ciudad era importante, no faltaban en ella suntuosos edificios públicos, como templos, circos, anfiteatros y teatros; basílicas, baños, pórticos, y con ello acueductos, cloacas, columnas, arcos de triunfo y sepulturas. En todas había un *Foro* en el cual departían de la cosa pública los ciudadanos y se levantaban gran número de aras con inscripciones.

Los templos estaban constituídos por una vasta nave abovedada, rodeada por un pórtico. La forma era rectangular; la estatua del dios o la diosa, sobre un altar, ocupaba el fondo de la nave. El culto era a veces muy suntuoso y se celebraban con frecuencia procesiones en honor a la deidad.

Las basílicas, en cuya traza se inspiraron los constructores de los primeros templos cristianos consistían en una gran sala cuadrangular rodeada por un pórtico. Estos edificios servían de tribunal de justicia y de Bolsa de contratación.

Los baños estaban instalados en edificios de planta circular. Su importancia era grandísima, pues allí acudían los ciudadanos, no precisamente para atender a su salud, sino por los cuidados de la higiene y la limpieza. En esos baños había gimnasios, escuelas, teatros, bibliotecas, museos, y estaban construídos con el mayor lujo.

Aparte de estos baños en las ciudades, conocíanse las aguas mineromedicinales, siendo celebradísimas en aquel tiempo las termales de Archena, Caldas de Montbuy, Ledesma, la Puda de Montserrat, Quinto, Segura de Aragón y muchas otras.

© Biblioteca Nacional de España

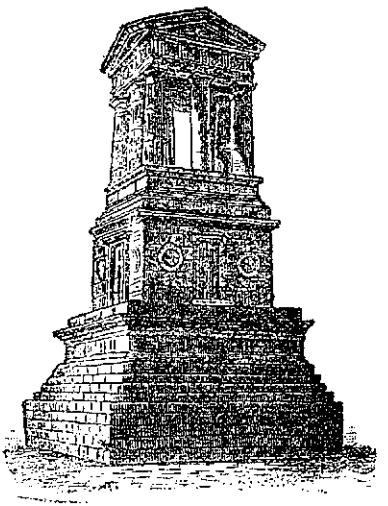
Cuidadosos los romanos de la higiene, construían soberbios acueductos, como los que dijimos de Tarragona y Segovia, y grandiosas cloacas en que se recogían las aguas pluviales y los detritus de la ciudad. Esas cloacas estaban a veces abiertas en la roca viva, a manera de túneles y las había que tenían cuatro metros de altura por otros tantos de anchura.

Algunos ricos vivían en suntuosos palacios o *villas* (dando nombre a las que hoy llamamos así). Esas villas, en efecto, eran una especie de pequeñas ciudades. Estaban rodeadas de una cerca cuadrada y en su interior había el caserío, con templos, teatros, almacenes, termas y, sobre todo, magníficos jardines.

Y allí vivían también los míseros esclavos, recluídos en horribles antros llamados ergástulas.

Cementerios.

«En los primeros tiempos de Roma, dice el Sr. Ortega y Rubio, se enterraban los cadáveres, pero luego se introdujo el uso de la cremación. Consistía ésta en arrojar el cadáver envuelto en una sábana de amianto en la pira. Las cenizas que quedaban en la sábana eran depositadas en la sepultura, como también las armas, vasos, etcétera, que usó cuando vivía.



Tumba de Micipisa, en Syrta

»Las sepulturas eran comúnmente de barro o de piedra común, pero a veces las hacían de mármoles.

»En las inscripciones que se ponían sobre los sepulcros era corriente la expre-

© Biblioteca Nacional de España

sión *séale la tierra ligera,* siendo de notar que en ninguna provincia del Imperio romano se hallaba tan repetida como en las lápidas de España.

»Eran diferentes los cementerios de los cristianos a los de los paganos; en éstos se guardaban las cenizas después de quemar el cadáver, en aquéllos se colocaba el cuerpo entero en nichos abiertos en la pared. Cuando aumentó el número de los cristianos, se abrieron galerías subterráneas, con calles y plazoletas, con capillas y altares (catacumbas); las galerías servían para enterramientos y en las capillas celebraban los fieles el culto.» No pocas veces se levantaban suntuosos enterramientos, o monumentos conmemorativos en honor a los grandes personajes.

La vida social.

Nuestros españoles, siempre amigos de la ostentación — cualidad o flaqueza de que se valió Sertorio para atraérselos,— aceptaron con entusiasmo las costumbres de los romanos en punto al lujo en los trajes, muebles y adornos.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XVI

LOS ÚLTIMOS AÑOS DEL IMPERIO

Veintiséis siglos hemos recorrido desde que se comienza a tener noticia de los pobladores de España hasta que el vasto imperio de Roma se disgrega bajo su propia pesadumbre, un trozo al Oeste y otro al Este; romanista el primero, grecizante el segundo, para terminar en completo divorcio.

Durante este largo espacio de tiempo hemos podido formarnos idea de la variedad de razas que poblaban la península, origen inevitable de divisiones, como si tal diversidad respondiera a la de su configuración geográfica, a pesar de formar un todo, según los datos aportados por Martínez Picavea.

No fué ciertamente nuestra península excepción a lo que ocurría en los demás países, sujetos igualmente a invasiones, pero tal vez la lucha fué aquí más desordenada. No había la unión necesaria para recibir a los que venían a arrebatarnos nuestras riquezas, y aun nuestra libertad. El perjudicado por el fenicio o el cartaginés acudía en vano a que se le socorriese para recobrar lo que le habían quitado o defraudado. La situación llegó a ser más crítica aún, cuando los púnicos, dejando de obrar cada uno por su cuenta, cedieron su puesto al general Amílcar Barca, que venía aquí a conquistar, para compensar la pérdida de Sicilia.

La división de los españoles le favoreció en su em-

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

ESPAÑA
bajo el dominio de los Romanos
409 años después de J. C.
Leguas de 25 al grado.
0 5 10 15 20 25 50
Millas romanas de 75 al grado.
0 15 30 45 60 75 150
NORTE
SUR
OESTE
ESTE
MAR CANTÁBRICO
OCÉANO ATLÁNTICO
MAR MEDITERRÁNEO
MAR DE LAS ISLAS BALEARES
GALIA
Golfo Gálico
Pyrenei Mons
Estrecho de Hércules
Long. del Merid. de Madrid. 2º
GALLAICIA
LUSITANIA
BETICA
TARRACONENSIS
CELTIBERIA
Penin. de Augusto
Flavionavia
Flaviobriga
Pompelo (Pamplona)
Laca
Calagurris (Calahorra)
Osca (Huesca)
Numancia
Segovia
Segotia (Sigüenza)
Bilbilis
Salduba
Caesar Augusto (Zaragoza)
Ilerda (Lérida)
Tarraco (Tarragona)
Dertosa (Tortosa)
Oleastrum
Iberus fl.
Chersonese
Emporiæ
Gerunda (Gerona)
Barcino (Barcelona)
Rubricatus fl.
Sepulcro de los Scipiones
Ceressus
Saguntum
Valentia (Valencia)
Elorissa
Colibrarias
Palma
I. Major
I. Minor
Jamno
I. Capraria
I. Ebusus
Ebusus
I. Ophiusa
Pr. Dianium
Lucentum (Alicante)
Thader fl.
Carthago Nova (Cartagena)
Pr. Saturni
Ilorcis (Lorca)
Murgis
Almeria
Pr. Charidemi
Malaca (Malaga)
Castulo
Corduba
Hispalis
Astapa
Asta (Jerez)
Gades
Gadir (Cádiz)
Templo de Hércules
Carteia
Calpe (Columna de Hércules Europea)
Abyla (Columna de Hércules Africana)
Olisipo
Scalabis
Emerita Augusta (Mérida)
Pax Julia
Ebora
Conimbriga
Lancia Oppidana
Salamantica (Salamanca)
Segoviae
Mantia (Madrid)
Toletum (Toledo)
Augustobriga
Norba Cæsarea (Castra Cecilia) (Cáceres)
Bracara Augusta
Aquæ Flaviæ
Asturica Augusta
Lucus Augusti (Lugo)
Brigantium (Betanzos)
Noela
Iria Flavia
Pr. Celticum
Pr. Trileucum
Pr. Lunarium
Pr. Magnum
Pr. Avarum
Pr. Sacrum
Pr. Cuneus
Pr. Pyrenæi
Rhoda (Rosas)
Tagus fl.
Anas fl.
Durius fl.
Minius fl.
Iberus fl.
Ebrus fl.
Turia fl.
Sucro fl.
Betis fl.
Balsa
Ossonoba
Mirtilis
Calle
Talabriga
Lucus Asturum
Cœcana
Menosca
Portus Victoriæ (Santander)
Bilbao
Olaso
Iulissa
Juliobriga
Segisamo
Deobrigula
Interamnium
Pallantia
Petavonium
Vindius
Legio VII
Gemina
Bergidum
Lucus Augusti
Vindelia
Aquæ Flaviæ
Bracara Augusta
Complutica
Miranda
Ocellum
Septimanca
Eldana
Tribol
Amnium
Lancia Oppidana
Verurium
Rusticiano
Arilium
Hermínius Mons
Castra Cecilia (Cáceres)
Augustobriga
Emerita Augusta
Pax Augusta (Badajoz)
Regiana
Marianus Mons
Seria
Corduba
Arsa
Cullences Emanci
Mirtilis
Carteia
Onuba (Huelva)
Hispalis
Astapa
Asta (Jerez)
Gades
Munda
Malaca (Malaga)
Murgis
Almeria
Castulo
Carcea
Selabis
Carteia
Laminium
Murus
Mundo
Saetis
Orelis
Iturgis
Aurigianum
Flavum (Jaén)
Eliberis
Urci
Apiamum
Sucron
Tyris
Sagunto
Segobriga
Lobetum
Carthago Vetus
Tolosa
Iluro
Celsa
Cæsaraugusta
Ilerda
Cæsaraugusta
Atunagia
Osca
Calagurris Nassica
Tarraco
Dertosa
Oleastrum
Iberus fl.
Chersonese
Emporiæ
Gerunda
Barcino
Rubricatus fl.
Sepulcro de los Scipiones
Ceressus
Blanda
Ilerda
Iluro
Betulo
Bergidum
Osca
Calagurris
Salduba
Celsa
Bilbilis
Segovia
Segotia
Numancia
Clunia Colonia
Septimanca
Salamantica
Segovia
Cesada
Complutum
Mantia
Toletum
Augustobriga
Norba Cæsarea
Scalabis
Olisipo
Ebora
Pax Julia
Conimbriga
Lancia Oppidana
Verurium
Rusticiano
Arilium
Pr. Lunarium
Pr. Magnum
Pr. Avarum
Pr. Sacrum
Pr. Cuneus
Pr. Pyrenæi
Pr. Dianium
Pr. Saturni
Pr. Charidemi
Magnus Portus
Mare Ibericum
Mare Balearicum
Vascones
Jacetani
Vescitani
Ilergetes
Lacetani
Cosetani
Ausetani
Castellani
Noigetes
Celtiberi
Arevaci
Vettones
Celtici
Lusitani
Turdetani
Turdulos
Oretani
Carpetani
Bastetani
Contestani
Bastuli
Turdulos
Bastetani
Oretani
Celtici
Cynetes
Bastuli
Bastetani
Contestani
Ilergetes
Lacetani
Cosetani
Ausetani
Castellani
Noigetes
Vascones
Jacetani
Vescitani
Celtiberi
Arevaci
Vettones
Celtici
Lusitani
Turdetani

© Biblioteca Nacional de España

presa; si había quienes querían permanecer independientes, tampoco faltaban otros dispuestos a pelear al lado del Africano, y así fué cómo Aníbal pudo contar con un inmenso ejército de iberos y celtíberos contra Sagunto.

España era un conjunto de cantones, de pueblos, de comarcas, de ciudades sin vínculo alguno, antes bien convertidos todos ellos en avisperos, por el encono entre pobres y ricos y entre los pueblos de arriba y los pueblos de abajo. Era una disgregación que parecía imposible llegar a soldar.

Y esto hizo Roma. Ante ella levantó Viriato, inútilmente, la bandera de la unidad nacional; impusiéronla, en cambio, los legionarios al convertir en ciudadanos romanos a los españoles.

Esta unificación se realizó principalmente bajo los Césares, instauradores de la dictadura plebeya contra el privilegio aristocrático, emperadores con gorro frigio, pudiéramos decir.

Muchos de aquellos monarcas fueron unos monstruos; fueron sus legados unos bandidos no menos codiciosos que los pretores y procónsules de la República; pero, aun así, llevaban adelante la idea de César, secuaz de Catilina: creaban el Derecho, otorgaban al pueblo inapreciables beneficios.

Ahí vemos al horrible Tiberio, asesino coronado, que reanuda la obra de los Gracos, y establece el crédito territorial «sin interés».

Ahí vemos al despreciable Claudio, marido de Mesalina, que, sin embargo, prohibe el tormento y declara inviolable la vida del esclavo, mientras el austero republicano Catón enseñaba la manera más económica de alimentar a aquellos infelices y sacarles la mayor cantidad de jugo posible.

Nerón, cifra y compendio de las mayores monstruosidades, decreta la gratuidad de la administración de justicia, revolución tan grande que no se habían ni

© Biblioteca Nacional de España

siquiera atrevido a proponer los tribunos de la plebe en tiempo de la República.

Domiciano, de siniestra memoria, declara que iguales derechos tienen los caballeros que los plebeyos, pero lo que llega a asombrar es que el mismo Cómodo promulgue leyes dignas de un verdadero santo: tal fué un edicto amparando la honestidad de las esclavas, que con harta frecuencia eran violadas por sus miserables dueños. Y aun hizo una gran cosa aquel monstruoso engendro: concedió a todos los hombres el derecho de ciudadanía.

Y así quedó formado por aquellos emperadores, de quienes al parecer nada bueno podía esperarse, esa cosa tan fuerte y perdurable llamada el Derecho Romano.

Los fenicios, los griegos, los cartagineses habían venido nada más que a explotarnos, tratándonos como si fuéramos un país de salvajes; en cambio, Roma vino a redimirnos de nuestras eternas disensiones, y la formidable máquina imperial acabó con el anterior atomismo. Este conjunto de tribus, este revoltijo de pueblos siempre en guerra, como pudieran estarlo las cabilas marroquíes, hubo de lograr su primera unidad bajo la forma de provincia latina, siendo completa la identificación entre la *Hispania* y la Península itálica, en lengua, ciencia, cultura e instituciones.

«En tiempo del imperio, escribe el Sr. Zugasti, puede asegurarse que España era aún más romana que la Italia misma, y no solamente contribuyó con sus ilustres hijos a sostener el brillo de la literatura latina, sino también a dar gloria y realce al solio imperial de la tierra, supuesto que los emperadores más dignos de estimación y respeto, en aquellas calamitosas edades, fueron españoles o de raza española.»

Recordemos, en efecto, al gran Trajano, a Adriano, a Antonino y Marco Aurelio, al insigne Teodosio.

Roma cumplía con su destino unificador: primero,

© Biblioteca Nacional de España

reunió en su Panteón todos los dioses; después, reunió en un haz a todos los pueblos; terminada esta misión, debía desaparecer, por una u otra causa, y desapareció. Por desgracia la causa fué muy poco honrosa: la inmoralidad.

«Ya desde muy antiguo, dice el Sr. Zugasti, se vendían en Roma todas las magistraturas, y frecuentemente el partido vencedor premiaba los servicios de sus adeptos, enviándolos a las provincias, en donde allegaban enormes riquezas, fruto de su impudente rapacidad y de sus injustas e increíbles exacciones; pero en la época del imperio, la corrupción había llegado a un extremo inconcebible, añadiéndose a la inmoralidad de los funcionarios en el desempeño de sus cargos, la mayor infamia en los medios de adquirirlos, valiéndose de la interesada influencia de esclavos y libertos sobornados para este fin en el mismo palacio y servidumbre de los Césares.

»Bajo este aspecto, la complicada máquina de la administración romana, que era la administración del mundo, presentó un fenómeno singular, completamente característico y resultado especial de la dominación de los romanos.

»En efecto, mientras los fenicios y los griegos sacaban enormes riquezas de España por los medios individuales del comercio, por la explotación de las minas y por las astucias y violencias de los particulares, como también lo verificaron los cartagineses, que si alguna vez impusieron exacciones, fué por causa de la guerra y como pena impuesta a los enemigos, los romanos practicaban sus depredaciones sistemáticamente, en tiempos de paz y valiéndose de la autoridad pública, resultando de aquí el poder más insolentemente expoliador que puede imaginarse, a la par que daba a los pueblos el ejemplo corruptor de las concusiones más escandalosas y del bandolerismo, digámoslo así,

© Biblioteca Nacional de España

más desenfrenado por parte de los representantes de la ley, del derecho y de la justicia; especie de bandolerismo colectivo, sistemático, autoritario, procedente de la administración misma, de incalculable y espantosa trascendencia para las muchedumbres, cuya terrible tradición debía prolongarse muchos siglos, siendo una de las más principales concausas de los orígenes del bandolerismo en las naciones de raza latina, cuyo fisco no sólo se ha distinguido siempre por su insaciable codicia, sino también por la más descarada inmoralidad de sus funcionarios.

»Pero si las flaquezas humanas, así como las virtudes, son patrimonio común de todas las edades, hay también épocas en que la corrupción es tan general y tan profunda, que, para curarla, se necesita una de esas evoluciones trascendentales, que vienen a cambiar de todo punto los fundamentos sociales en que descansan las naciones, modificando esencialmente las creencias del género humano.»

La ruda ciudad que empezara por ser modelo de sobriedad y fortaleza, había caído en lo más profundo de un lodazal; a medida que se elevaba más en su esplendor, se extendían más todos los vicios. Por fin, a la degradación moral siguió la decadencia física; ya los romanos no eran como antes: se había achicado su estatura y sus fuerzas se habían debilitado de una manera vergonzosa; los ricos eran más ricos, y los pobres más pobres que lo hubiesen sido nunca; sólo se pensaba en los juegos del circo, en las bagatelas de las diversiones callejeras. Pero mientras Roma agonizaba en la podredumbre, otros pueblos se iban acercando a sus murallas para levantar otro poder sobre el poder indigno que aun persistía.

España, entretanto, había logrado lo que de otra suerte no se habría podido realizar: las calzadas que todo a su través habían construído los romanos fueron

© Biblioteca Nacional de España

poderoso vínculo para estrechar las relaciones entre unas tribus y otras; a la tiranía inmediata del cacique, déspota, injusto con sus inferiores, sus siervos y sus esclavos, sucedió el de las autoridades romanas, cuyo yugo, por más lejano, resultaba menos duro. Y así adquirimos una civilización, la misma que desde entonces nos caracteriza, tanto que apenas si ha variado con la introducción de algunos elementos semíticos, aportados por la invasión musulmana.

Notemos ahora la facilidad con que arraigó esa civilización romana, ya en tiempo de Sertorio; pero no llegó a su total extensión hasta que España fué provincia imperial. No queda apenas nada griego, ni fenicio, ni cartaginés; no queda nada visigótico; algo se puede notar la influencia árabe, pero subsiste el romanismo en todo, con alguna excepción que ya veremos, caracterizada por el exceso de individualismo.

España, al llegar el siglo v, tiene conciencia de lo que es, y al rumor de las hordas de los bárbaros que se acercan al Pirineo, se dispone a salvar sus creencias y sus leyes. El torrente avanza arrollador, pero hay una fuerza invisible que lo contendrá y acabará por sobreponérsele: esta fuerza es la Iglesia, universal en gracia de haber preparado el Imperio su campo de acción unificando los pueblos.

Se va cumpliendo, por lo que se ha podido ver, una elaboración nacionalista: España, montón de tribus, se ha convertido en un bloque romano. Los bárbaros infundirán en este bloque la vida espiritual, y así España quedará constituída en Estado independiente, como el hijo que se emancipa al llegar a su mayor edad.

FIN DEL TOMO PRIMERO

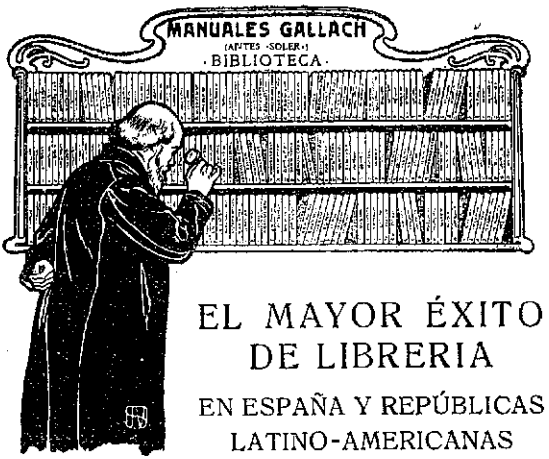
© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

LE
INTERESAN
A V.
LOS BUENOS
LIBROS

CONSULTE V. LAS
SIGUIENTES
PÁGINAS

© Biblioteca Nacional de España



EL MAYOR ÉXITO
DE LIBRERIA

EN ESPAÑA Y REPÚBLICAS
LATINO-AMERICANAS

Lo que debemos decir

Pocas bibliotecas, por no decir ninguna, han alcanzado el éxito de que puede vanagloriarse la BIBLIOTECA ÚTIL Y ECONÓMICA DE CONOCIMIENTOS ENCICLOPÉDICOS **Manuales-Gallach**. Debido a la acertadísima selección de las materias y a la autoridad de los profesionales que las desarrollan, los **Manuales-Gallach** se han abierto paso en medio de la fecunda producción editorial y han conquistado un lugar preeminente en la animada competencia bibliográfica, imponiéndose, por su propia virtud, como nece-

© Biblioteca Nacional de España

sarios, como indispensables en todos los hogares de habla española. La *Colección de* **Manuales-Gallach**, se presenta de una manera artística, lujosa y más agradable, en armonía con el gusto moderno y con las exigencias de la educación actual, que no se satisface si, junto a lo útil, no ve lo bello y lo económico.

UTILIDAD, BELLEZA Y ECONOMÍA,

tales son las cualidades distintivas de los **Manuales-Gallach**. Son útiles, porque eminentes hombres de ciencia, afamados artistas, eximios literatos, sabios catedráticos y muy excelentes jurisconsultos tratan en ellos, cada uno en su especialidad, de todos los ramos del saber humano, poniéndolos a la altura aun de aquellos que no poseen conocimientos en las materias; son bellos, por su forma elegantemente adornada, y por su fondo, expuesto en castizo español, ya que todos los autores son españoles. Que son económicos es cosa bien notoria: de todas las colecciones análogas a la de los **Manuales-Gallach** no conocemos otra más barata. Hemos dicho que todos los volúmenes de la enciclopedia **Manuales-Gallach** son de autores españoles, y así es, en efecto; pero como la ciencia y el arte no son patrimonio de una raza ni de un pueblo,

© Biblioteca Nacional de España

sino que pertenecen al linaje humano en conjunto, es nuestro propósito continuar avalorando esta Biblioteca con firmas extranjeras, ofreciendo a nuestros lectores lo mejor de cuanto en el mundo entero hayan conquistado las artes y las ciencias, y todos los frutos de la inteligencia del hombre, siempre ansiosa de saber, y todas las creaciones de la industria, que incesantemente nos ofrece tras una maravilla otra mayor con sus portentosas combinaciones mecánicas.

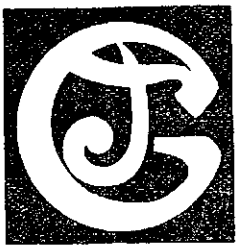
Los **Manuales-Gallach** se presentan enriquecidos con un Vocabulario de las voces técnicas contenidas en cada uno de ellos, voces que constituyen el tecnicismo propio de cada ciencia, arte, oficio o industria y que muchas de ellas no se encuentran en los diccionarios corrientes. Y a esta reciente reforma seguirá otra de indiscutible importancia, como es la de someterlos a una revisión escrupulosa, cada vez que hayan de ser reimpresos, con el objeto de ponerlos al día, esto es, de introducir en ellos todos los adelantos que se conozcan hasta la fecha de su publicación.

Hace algunos años, cuando se publicaron los primeros volúmenes de esta Biblioteca, cuando se acometió esta empresa, que alguien calificó de temeraria y aun de estéril, estábamos muy lejos de sospechar que adquiriera la popularidad que ha alcanzado, y que fuese objeto de una

© Biblioteca Nacional de España

demanda tan profusa. Confiados en la cultura de los pueblos que aquende y allende el Atlántico hablan el español, no vacilamos en contribuir con nuestro capital y nuestro trabajo a una obra, que, sin pecar de inmodestos, hemos de calificar de benemérita, porque difundir la ciencia, ofrecer a las personas de modesta posición el caudal de conocimientos que los **Manuales-Gallach** llevan a los dos mundos separados por el Océano, es ilustrarlas, es instruirlas, e instruyendo e ilustrando a los hombres se les dan medios para ser más útiles a sí mismos y a todos sus semejantes. Conocido nuestro propósito, divulgados los fines que perseguían los **Manuales-Gallach,** los entonces *Manuales-Soler,* muchos hombres distinguidos en la ciencia, en la cátedra, en el foro, en las artes, en la industria y en el comercio, nos ofrecieron su colaboración para llevar a feliz término una empresa digna del calificativo de meritísima. Y los hechos han venido a premiar nuestros afanes, a realizar nuestras esperanzas y a confirmar nuestro convencimiento de que los **Manuales-Gallach** contribuyen, como ninguna otra colección de su especie, a fomentar la instrucción, a elevar la cultura, a despertar el sentido moral, a inculcar en los hombres el justo concepto de ciudadanía, en fin, a hacer verdaderos hombres por el trabajo, que dignifica, y por el saber, que ennoblece.

© Biblioteca Nacional de España



CASA EDITORIAL

GALLACH

BARCELONA

PUBLICACIÓN DE OBRAS CIENTÍFICAS, LITERARIAS, DE ARTES, OFICIOS Y APLICACIONES PRÁCTICAS

SÍRVASE PEDIRNOS EL

CATÁLOGO GENERAL ILUSTRADO

DIRECCIÓN POSTAL: APARTADO DE CORREOS 89

BARCELONA

© Biblioteca Nacional de España

¿QUÉ NOS PROPONEMOS CON LOS MANUALES-GALLACH?

Ya lo hemos dicho, pero vamos a repetirlo en otra forma.

A todos los hombres les halaga *«tener muchos libros»*. Al rico, algunas veces por aumentar sus riquezas materiales con los tesoros más elevados y más seguros de la ciencia; otras veces por distraer sus ocios con lecturas amenas; casi siempre por ostentación, por hacer gala de su *buen gusto*, llenando de libros artísticamente decorados, las esculpidas estanterías de su biblioteca. Para el hombre de ciencia, el literato, el doctor y el licenciado, y para todos cuantos dedican sus amores a las bellas artes, *«tener muchos libros»* es más que un deseo, es una manía, es una pasión. También el industrial y el comerciante, cuando fatigados de la rutinaria jornada, dejan los pesados librotes de la contabilidad, se sienten atraídos por otros libros que les ofrezcan nuevas luces que alumbren el campo de sus negocios, o los eleven por unos momentos sobre la monotonía de la vida mercantil. ¿Y el obrero de la ciudad? ¿y el trabajador del campo? ¿No quieren éstos *«tener muchos libros»*? No solamente los quieren; los necesitan. ¿Cómo pasar sin libros las veladas interminables del invierno alrededor de una buena lumbre?

© Biblioteca Nacional de España

¡Pero son tan caros los libros y tan escasos los jornales! Esta exclamación muy razonable antes, no está justificada desde el instante en que existen los **Manuales - Gallach**. El hogar más humilde puede poseer hoy una Biblioteca completa, porque los **Manuales - Gallach** contienen todo lo concerniente a oficios, artes liberales, profesiones facultativas, industrias, etcétera, y en su especialidad son los libros más económicos que ha producido la imprenta española. Por ser enciclopédicos son útiles al sabio, porque, «el especialista», como acertadamente dice el Dr. D. Lorenzo Benito, «a fuerza de examinar un solo punto del vasto horizonte científico, pierde con facilidad la impresión del conjunto, tan necesario para el mantenimiento de la unidad en la ciencia», y los **Manuales-Gallach** vienen a ofrecerle un tesoro de conocimientos que sirvan de complemento a los que constituyen su facultad; y por su carácter eminentemente pedagógico, los **Manuales - Gallach** son necesarios a las personas poco instruídas, porque en lenguaje llano y sencillo les describen todas las maravillas de la naturaleza y todas las conquistas y creaciones del ingenio humano. Por suntuosa que sea la biblioteca de un rico, los **Manuales - Gallach** no desentonarán el cuadro con su presencia en ella. Al contrario, la elegante *étagère* que los acompaña y su bella encuadernación, contribuyen a completar el

© Biblioteca Nacional de España

magnífico conjunto. Y estas últimas circunstancias pueden ser también una nota de alegría en medio del ajuar modesto de las familias humildes.

En fin, los **Manuales - Gallach** son un verdadero monumento; porque de monumento puede calificarse una obra, materialmente constituída por millones de kilogramos de papel y millones de volúmenes difundidos por España y América, y animada en su constitución interna por el soplo divino de la ciencia y por las auras vivificadoras del más acendrado patriotismo. Quizás este último sentimiento, que en mi alma vibra con tan intensa energía que apaga los demás, haya sido, como nota dominante en los *Manuales*, la causa principal del triunfo que éstos han alcanzado sobre las publicaciones de esta índole, emprendidas por otros editores.

Vengan, pues, a nosotros todos los hombres de buena voluntad: profesores, artistas y maestros, y préstennos su apoyo en la obra patriótica, en la labor humanitaria de difundir la cultura en nuestro pueblo y en el de las Repúblicas hispano-americanas, que aun conservan con la antigua metrópoli un lazo imperecedero, el más noble, el que constituye el alma de los pueblos: la lengua castellana.

J. Gallach.

© Biblioteca Nacional de España

POR TODO LO MANIFESTADO EN LAS ANTERIORES PÁGINAS, REFERENTE A LOS

MANUALES GALLACH

LE INTERESA A V. CONOCER LOS VOLÚMENES DE QUE SE COMPONE ESTA EXCELENTE BIBLIOTECA, SOLICITANDO DETALLES EN TODAS LAS LIBRERÍAS ACREDITADAS DE ESPAÑA Y AMÉRICA. EL CATÁLOGO GRATIS SE OBTIENE PIDIÉNDOLO A LA CASA EDITORIAL

GALLACH

APARTADO DE CORREOS 89
BARCELONA

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

BN
1002051871

© Biblioteca Nacional de España